Centenariomanía

Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español

Javier Moreno Luzón

Marcial Pons **Historia**

MARCIAL PONS HISTORIA
CONSEJO EDITORIAL

Antonio M. Bernal
Pablo Fernández Albaladejo
Eloy Fernández Clemente
Juan Pablo Fusi
José Luis García Delgado
Ramón Parada
Carlos Pascual del Pino
Juan Pimentel
Borja de Riquer
Pedro Ruiz Torres
Ramón Villares

CENTENARIOMANÍA

Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español

JAVIER MORENO LUZÓN

CENTENARIOMANÍA

Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español

Marcial Pons Historia
2021

Cubierta: Monumento a Cervantes (1916-1960). Plaza de España, Madrid.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Javier Moreno Luzón

© Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
San Sotero, 6 - 28037 Madrid
☎ 91 304 33 03
edicioneshistoria@marcialpons.es
ISBN: 978-84-17945-93-0
Depósito legal: M. 12.732-2021
Diseño de cubierta: Ene Estudio Gráfico
Fotocomposición: Milésima Artes Gráficas
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Madrid, 2021

A Santos Juliá
(1940-2019)
in memoriam

ÍNDICE

	Pág.
ABREVIATURAS	11
INTRODUCCIÓN	13
CAPÍTULO 1. EL PASADO EN LA ARENA	17
Historia, memoria, conmemoración	20
Fiestas nacionales y centenarios	27
CAPÍTULO 2. ENTRE EL PROGRESO Y LA VIRGEN DEL PILAR	41
Las múltiples conmemoraciones de 1908	45
Tierra de mártires y héroes	59
El triunfo del nacionalismo regeneracionista	70
CAPÍTULO 3. RECONQUISTAR AMÉRICA PARA REGENERAR ESPAÑA	83
De conferencias, embajadas y banquetes	86
Españolismo hispanoamericanista	93
Patriotas de Ultramar	103
La madre asiste a las bodas de sus hijas	120
CAPÍTULO 4. MEMORIA DE LA NACIÓN LIBERAL	133
Patriotismo o traición	137
Celebraciones cruzadas	153
Lugares para la memoria	164

Pág.

CAPÍTULO 5. HEREDEROS DE BALBOA 177

Salvar el pasado de España 182
California española 186
La república de Balboa 203

CAPÍTULO 6. LA LENGUA DE CERVANTES 215

Las caras de un símbolo 221
Centenarios transnacionales 226
Cervantes cubano 231
España cervantina 235
Una institución ejemplarísima 243
Monumento al alma de la raza 246

CAPÍTULO 7. GLORIAS PATRIAS 255

La epopeya nacional 260
Por qué España es grande 267
La conmemoración que no cesa 277

AGRADECIMIENTOS Y REFERENCIAS 293

BIBLIOGRAFÍA 295

ÍNDICE ONOMÁSTICO 317

ABREVIATURAS

ABP	Archivo Belisario Porras, Panamá.
ACD	Archivo del Congreso de los Diputados, Madrid.
AGA	Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid.
AGP	Archivo General de Palacio, Patrimonio Nacional, Madrid.
AHN	Archivo Histórico Nacional, Madrid.
AHS	Archivo de la Hispanic Society, Nueva York.
AM	Archivo Antonio Maura, Fundación Antonio Maura, Madrid.
AMAE	Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Madrid.
ARABBAASF	Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.
ARM	Archivo Rodríguez Marín, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
AVI	Archivo Vega-Inclán, Museo del Romantismo, Madrid.
DSC	*Diario de las Sesiones de Cortes, Congreso de los Diputados.*
DSS	*Diario de las Sesiones de Cortes, Senado.*
RD	Real Decreto.
RO	Real Orden.

INTRODUCCIÓN

«Nos dió por los centenarios»
El País, 4 de marzo de 1910

El 23 de abril de 2020, Día internacional del Libro, en medio de una terrible pandemia global que causó centenares de miles de muertes y encerró en casa a todo el mundo, decenas de instituciones españolas honraron la efeméride. Lo hicieron con lecturas participativas y en voz alta— en formato virtual, por esta vez— de *Don Quijote de la Mancha.* Era ya una costumbre muy arraigada, que se había generalizado desde la década de 1990 para conmemorar la muerte de su autor, Miguel de Cervantes, en esa fecha de 1616. El ritual se repitió en lugares como Benidorm (Alicante), Marcilla (Navarra), Zamora o Córdoba, junto a numerosos pueblos y ciudades de Castilla-La Mancha y de la Comunidad de Madrid, a cargo de ayuntamientos, bibliotecas y asociaciones vecinales. El municipio de Alcantarilla (Murcia), por ejemplo, convocó una lectura desde los balcones y ventanas; mientras el profesorado de Lengua y Literatura Hispánicas de la Universitat Rovira i Virgili, en Tarragona, llamaba a declamar una versión multilingüe del clásico. La del Círculo de Bellas Artes de Madrid, como otros años, fue iniciada por el premio Cervantes, ahora el poeta catalán Joan Margarit, a quien siguieron las hijas de los reyes de España, la princesa Leonor y la infanta Sofía. Pero el acto más impresionante, y el único presencial, fue el que se organizó en el enorme hospital de campaña improvisado en el recinto ferial de Ifema, a las afueras de la capital, donde pacientes y sanitarios quisieron expresar así la especial conexión que había surgido entre ellos. Los vínculos comunitarios se tejían en torno al *Quijote.*

Las conmemoraciones, en forma de aniversarios o centenarios, adquirieron un protagonismo imposible de soslayar, por su poder de convocatoria, en la creación y el sostenimiento de identidades colectivas. Sobre todo de las identidades nacionales, determinantes en el ámbito político desde hace más de doscientos años, durante los cuales algunas celebraciones decantaron fiestas y símbolos duraderos. Este libro se centra en las que anegaron una etapa clave en la historia de la España contemporánea, las primeras décadas del siglo XX, cuando su intensidad y frecuencia autorizan a hablar de *centenariomanía*. Entonces terminaron de fijarse algunos de los elementos más sólidos y perdurables del imaginario español, como la Guerra de la Independencia, el descubrimiento y conquista de América y la encarnación del genio nacional en la obra de Miguel de Cervantes, sobre todo en el *Quijote*. Hubo otros muchos personajes y emblemas conmemorados en aquel momento, desde *el Greco* hasta Santa Teresa de Jesús, pero no alcanzaron la importancia de los anteriores. En realidad, España se había incorporado a la moda internacional de los centenarios unos años antes, con cierto retraso respecto a otros países occidentales, al festejar el teatro de Pedro Calderón de la Barca en 1885 o la pintura de Diego Velázquez en 1899. Los cuatrocientos años del primer viaje de Cristóbal Colón, en 1892, habían inaugurado asimismo el interés por destacar la vertiente imperial de las glorias patrias. Sin embargo, fue la derrota en la guerra con Estados Unidos de 1898, pronto conocida como *el Desastre,* la que detonó mil y una campañas del españolismo, empeñado en regenerar a la patria degenerada y marcado con un punto de ansiedad por el surgimiento simultáneo de los movimientos nacionalistas, catalán y vasco, que ponían en solfa la estructura del Estado.

La exploración de la *centenariomanía* en la época regeneracionista, entre 1898 y 1918, permite profundizar en algunas cuestiones generales que afectan al estudio de todo nacionalismo y en particular al del caso español. Aún aparece de cuando en cuando la creencia en una norma única que, con herramientas nacionalizadoras como las conmemoraciones, habría regido en los procesos modernos de construcción nacional. Una norma de la cual se separó España para constituir algo así como una excepción que, además, desembocó en un rotundo fracaso. La mayor parte de los especialistas en la materia ha abandonado este viejo paradigma

de la diferencia, pero la impresión subsiste todavía en el sentido común de muchos opinantes y en algunas obras historiográficas. Aquí se defiende al respecto una postura matizada, no siempre bien entendida: no existió una regla a la que hubiera que someterse, ni siquiera en Europa, sino que cada país siguió su propia vía sin renunciar a ciertos rasgos comunes. Los españoles de hace un siglo se lanzaron, como sus coetáneos, a la conmemoración de mitos nacionales y, como ocurrió en otras latitudes, hubieron de afrontar desafíos importantes, como la pujanza de los nacionalismos subestatales o la sempiterna ineficacia estatal para llevar a cabo algunos de sus propósitos. Rechazar la excepcionalidad no supone negar los problemas que sin duda tuvo el españolismo para imponerse y que ha arrastrado hasta nuestros días.

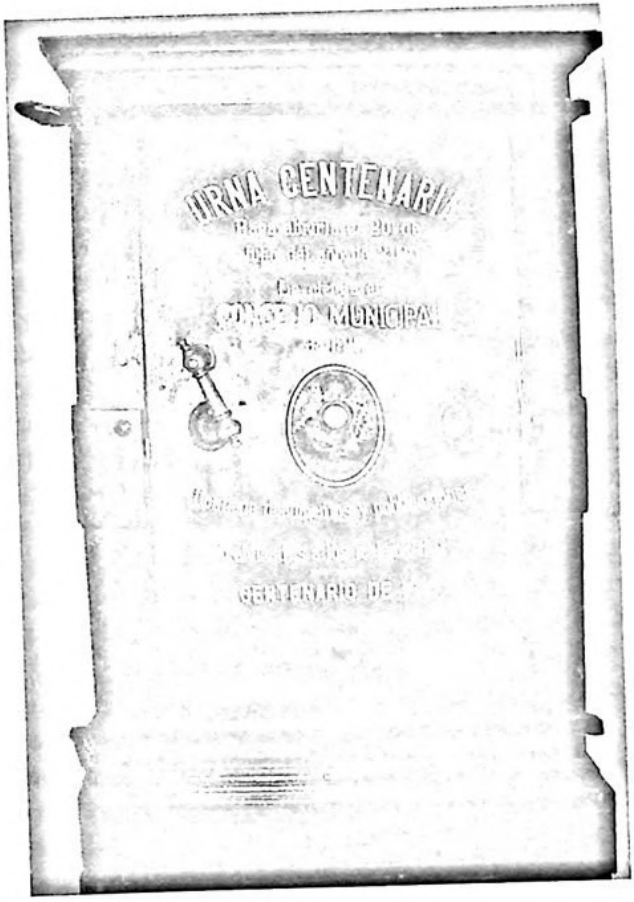
Este análisis desmiente también otros supuestos habituales al hablar del desarrollo de las naciones en el mundo contemporáneo. El primero, que su único motor residía en los poderes centrales del Estado, cuando lo más frecuente —y en ciertos lugares, lo básico— era la participación de fuerzas sociales y políticas diversas, con las que los gobernantes tuvieron que negociar. Del mismo modo, que lo nacional se oponía a lo local o a lo regional, cuando más bien fue al contrario: a menudo los círculos más próximos encauzaban las lealtades nacionalistas. Uno de los errores más repetidos a la hora de juzgar la trayectoria de España en este campo consistía en buscar sus carencias frente al modelo idealizado de Francia, según el cual la única manera de nacionalizar a la población provenía de las iniciativas de un gobierno centralizado y uniforme. No solo los organismos a ras de suelo, también las variantes localistas de la identidad nacional representaban papeles relevantes. Más aún, aquí se pone el foco sobre una dimensión casi olvidada de las construcciones nacionales: la transnacional, que en cuanto atañe a la española, pendiente —y dependiente— desde aquellos tiempos de la América hispana, resultó más que significativa. Hubo pues centenarios que se celebraron de manera simultánea en varios continentes y que supusieron un reto para la política exterior.

Por último, los relatos sobre el pasado que pusieron en juego las conmemoraciones no se tallaron como bloques homogéneos, sino que se prestaron a múltiples versiones y a una pugna incesante entre quienes deseaban, por así decirlo, llevar el agua a su molino. O sea, imponer su versión de lo ocurrido con el fin de legitimar sus

propias posturas e intereses, en capítulos esenciales para la historia cultural de la política. Un enfoque que no contraviene, sino que completa, los de la historia política tradicional. Por aquí desfilan dirigentes de distintos colores, miembros de la familia real, académicos, militares, periodistas, escritores, eclesiásticos, emigrantes, diplomáticos, sociedades recreativas o profesionales, alcaldías y comisiones variopintas, hasta gentes de a pie como las de Ifema, a veces bajo el paraguas de un amplio consenso sobre la necesidad de celebrar tal o cual acontecimiento y otras veces en radical desacuerdo sobre qué debía festejarse. Pero sus conflictos, por duros que fueran, no podían confundirse con la falta de interés por las tareas nacionalistas. En definitiva, fue aquel un momento de gran densidad, que dejó huella en la mirada que aún hoy los españoles arrojan sobre sí mismos. Este libro narra algunas de sus peripecias y reflexiona sobre su significado, a propósito de héroes y heroínas, gestas casi inverosímiles, epopeyas en busca de la libertad o símbolos venerados. Cuando era un estudiante con ínfulas intelectuales, me molestaba que amigos y conocidos me dijeran que me dedicaba a leer y contar historias, cuando yo prefería pensar en la Historia, con mayúscula. Hoy creo que no les faltaba razón.

Madrid, primavera de 2020.

Capítulo 1
EL PASADO EN LA ARENA



Urna del centenario colombiano de 1910, Museo de Bogotá.
Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales.

«Dans le passé, un héritage de gloire et de regrets à partager,
dans l'avenir un même programme à réaliser»
Ernest RENAN[1].

El 16 de mayo de 1905, el alcalde de Madrona —un pequeño pueblo castellano próximo a Segovia— se dirigió a la junta estatal encargada de conmemorar el tercer centenario de la publicación de *Don Quijote de la Mancha* y le envió el acta de las fiestas celebradas en el municipio unos días atrás. El documento subrayaba el entusiasmo patriótico de sus habitantes: tras unas solemnes exequias en la iglesia parroquial por el alma de su autor, Miguel de Cervantes, una manifestación salió de la casa consistorial para colocar una lápida en una de las catorce calles del lugar, bautizada ahora con su nombre. El desfile se componía de una banda de música, los escolares de la zona, diversas juntas locales, la bandera de España portada por un niño y las autoridades, seguidas de los vecinos. Hubo luego un baile en la plaza y una velada en memoria del genio español en la que el cura alabó su carácter católico, el maestro ponderó sus logros como literato y el secretario municipal hizo lo propio con sus dotes militares. También habló el primer regidor, «escitando [*sic*] al vecindario a la paz, armonía e ilustración, bases en que se sostienen los Pueblos fuertes». Por fin, veinte niños leyeron en voz alta aventuras del *Quijote,* jaleadas por el público, y se repartieron ejemplares del libro. Mientras tanto, el edificio del ayuntamiento

---

[1] Ernest RENAN, *Qu'est-ce qu'une nation?* (1882), http://www.iheal.univ-paris3.fr/sites/www.iheal.univ-paris3.fr/files/Renan_-_Qu_est-ce_qu_une_Nation.pdf, p. 8.

permaneció iluminado, con letreros en los que decía «Madrona a Cervantes, 1605-1905»[2].

Aquella población segoviana no hacía sino reproducir la pauta seguida ese año por muchas localidades españolas, que homenajearon al gran escritor a través de su obra maestra. En los festejos se escenificaba la cohesión de la comunidad en torno a uno de sus símbolos nacionales más reconocibles, en el cual se buscaba inspiración para abordar las reformas que necesitaba la patria con inequívocos mensajes regeneracionistas: como decía el alcalde de Madrona, «paz, armonía e ilustración» sustentaban la fortaleza compartida. Las glorias del pasado alimentaban así las promesas de futuro. Sin embargo, cada cual interpretaba ese mito a su modo, lo mismo que hacían el cura, el maestro y el secretario de Madrona. Unos buscaban en Cervantes la fe y el imperio, otros la rebeldía y la justicia social. Y tampoco reinaba en toda España la unanimidad acerca de la novela cervantina, pues algunos catalanistas veían en ella un emblema castellano y español, ajeno por completo a sus valores. Sin embargo, la fiebre quijotesca sobrepasó los límites de la Península Ibérica y alcanzó innumerables puntos de varios continentes, sobre todo de la América de lengua española, donde se le dieron significados de largo alcance. En conjunto, la conmemoración revelaba los rasgos culturales de una época, de la pugna y la convivencia en ella entre identidades nacionales y transnacionales en continuo cambio[3].

Historia, memoria, conmemoración

El estudio de las conmemoraciones —y, en concreto, el de los aniversarios y centenarios— se ha expandido en las últimas décadas de manera más que notable. La proliferación de publicaciones sobre el asunto ha de vincularse, sin duda, al auge general del interés por la memoria, que se ha ubicado en el centro de los debates políticos en numerosos países y ha salpicado sus calendarios de ocasiones conmemorativas. Algo que afecta de lleno a los medios

---

[2] AGA, Presidencia, L51/3595. *Ordenanzas municipales para el régimen del distrito de Madrona*, Segovia, Antonio San Martín, 1906, p. 12.

[3] Storm, 1998. Riera, 2005. Las conmemoraciones cervantinas, en el capítulo 6.

universitarios y marca tanto sus proyectos de investigación como su presencia pública. Basta pensar en el eco que obtuvo el bicentenario de la Revolución Francesa en 1989; en el recuerdo del Holocausto, que ha decantado su propia conmemoración anual (el 27 de enero, día de la liberación de Auschwitz en 1945); o en las controversias españolas sobre la llamada memoria histórica de las víctimas del franquismo. La centralidad del tema ha hecho que se hable incluso de un *giro mnemónico* en las humanidades y las ciencias sociales[4]. En el campo de la historia política, la aparición de este objeto de análisis ha formado parte de su acercamiento a la historia cultural, un proceso tardío y complejo que ha desembocado en la configuración de un ámbito especializado, ese que llamamos historia cultural de la política[5].

Tras el declive en la década de 1970 de los grandes paradigmas historiográficos de la segunda postguerra mundial, como el marxista o los de la escuela de *Annales,* la historia social se entregó a los paradigmas culturales, de un modo tan evidente que ya resulta difícil encontrar historiadores sociales que no sean a la vez historiadores de la cultura. Si la economía, la geografía o la demografía habían constituido saberes de referencia para las corrientes de vanguardia en la historiografía previa, muchas miradas se dirigieron entonces hacia los antropólogos, pioneros en la definición de lo cultural. Sin embargo, la historia política siguió una trayectoria muy distinta. Por un lado, revitalizó los moldes clásicos de la narración y la biografía, afectos a un cierto individualismo metodológico que la alejaba de las ciencias sociales. Por otro, prefirió relacionarse con disciplinas como la sociología y la ciencia política, de las cuales importó técnicas y conceptos para el examen, cualitativo o cuantitativo, de fenómenos como los partidos políticos y las elecciones. En algunos casos, quizás los más interesantes, se combinaban ambas perspectivas, la individualista y la interdisciplinar.

La falta de comunicación entre los historiadores de la política y los de la cultura escondía razones de fondo. Entre ellas, la desconfianza de los primeros hacia planteamientos deterministas que, como ocurría en el seno de los viejos paradigmas omnicomprensivos,

---

[4] Kõresaar, 2014.

[5] Canal y Moreno Luzón, 2009.

aplastaban a los actores políticos bajo las estructuras, antes socioeconómicas y ahora culturales. En las formulaciones más radicales, el discurso anulaba por completo la libertad de los agentes históricos, esa agencia humana que tanto preocupaba a los clásicos de las disciplinas humanas. No obstante, la ola culturalista barrió buena parte de esos obstáculos y acabó por transformar el grueso de las explicaciones sobre la vida política. Han subsistido, por supuesto, las obras que enhebran relatos en los que los individuos y las organizaciones, condicionados por sus contextos, resultan decisivos. Pero esos relatos se remiten a menudo a fenómenos culturales. Por ejemplo, a culturas políticas concebidas como visiones o representaciones del mundo que enmarcan la acción y le proporcionan repertorios de herramientas, suma de ideas, actitudes y usos diversos. Cosa distinta son los enfoques que se agotan en lo discursivo, sin margen para los sujetos[6]. Más aún, la historia cultural de la política ha encontrado un ancho territorio de exploración en los nacionalismos y las identidades nacionales, donde lo cultural y simbólico se sitúa en mitad de los conflictos, de la construcción de sujetos colectivos y de las formas de legitimar el poder. Las conmemoraciones y las políticas a ellas asociadas suelen protagonizar estos empeños nacionalistas.

La inspiración última de los trabajos sobre conmemoraciones proviene por lo general de los trabajos fundacionales de Émile Durkheim, que en *Las formas elementales de la vida religiosa* localizaba, en el totemismo de las tribus australianas, los factores básicos de la religión, definida como un conjunto de creencias (la fe) y prácticas (el culto). Entre estas últimas distinguía los rituales conmemorativos, que escenificaban y reactualizaban un pasado mítico, el de los ancestros que habían fundado cada clan. Tales ceremonias reavivaban la conciencia colectiva y fortalecían el sentido de pertenencia a la comunidad: «se tiene mayor seguridad en la propia fe —afirmaba Durkheim— cuando se ve el pasado a que se remonta y las grandes cosas que ha inspirado»[7]. De ese modo, la sociedad se hacía presente y disciplinaba a sus miembros. Unas conclusiones que se trasladaban con soltura del ámbito religioso al de otras manifestaciones sociales, pues, «¿qué diferencia esencial

---

[6] Cabrera, 2010.
[7] Durkheim, 1912, 2007, p. 350.

existe —se preguntaba el autor— entre una reunión de cristianos celebrando las principales efemérides de la vida de Cristo, o de judíos festejando la huida a Egipto o la promulgación del decálogo, y una reunión de ciudadanos conmemorando el establecimiento de una nueva constitución moral o algún gran acontecimiento de la vida nacional?»[8]. Como la aparición del *Quijote,* transmutado en Biblia española. Las conmemoraciones servían sobre todo para fomentar la unidad comunitaria impuesta a los individuos.

Esta marca de origen durkheimiana ha recorrido buena parte de la literatura sobre conmemoración y memoria, perdida con frecuencia en una logomaquia sin excesivo fuste sobre el significado de expresiones como memoria colectiva, memoria histórica, memoria cultural o memoria social. Sus piezas básicas se hallaban ya en la obra del sociólogo Maurice Halbwachs, cercano a Durkheim y fundador de toda una línea de pensamiento que llega hasta la actualidad, quien distinguía entre la memoria colectiva o social, con la que las personas recuerdan gracias a los marcos sociales en que se integran; y la memoria histórica, prestada, de hechos no experimentados por los sujetos, que se mantiene viva a través de conmemoraciones y que suele equivaler a la memoria nacional. Ambas se componen de narraciones cuajadas de elementos mitológicos[9]. Frente a los defensores del carácter colectivo de la memoria se han levantado quienes reniegan de él porque creen que esa facultad es siempre individual y muere con su portador, de modo que prefieren aludir a ese fenómeno social con otros apelativos, como el de ideología[10]. En cualquier caso, abundan las voces que advierten del error de considerar la memoria, colectiva o histórica, un objeto y no un proceso protagonizado por actores diversos, entre los que se producen conflictos y negociaciones, por lo que no hay una única memoria sino muchas; o que señalan la naturaleza metafórica del mismo concepto, una analogía entre individuo y comunidad que no debe tomarse de manera literal[11]. La confusión que rodea estos

---

[8] *Ibid.*, p. 397.

[9] AGUILAR, 2008, pp. 43-52.

[10] ASSMANN, 2010.

[11] Santos JULIÁ, «Memorias en lugar de memoria», *El País,* 2 de julio de 2006. AGUILAR, 2008, p. 44.

términos hace aconsejable su empleo con suma prudencia o su sustitución por otros más claros, como el de relatos compartidos sobre el pasado.

Otra cuestión insoslayable consiste en trazar las fronteras entre memoria, conmemoración e historia, que una buena porción de la literatura reciente ha intentado difuminar. El ensayista Tzvetan Todorov, por ejemplo, habló de tres formas de afrontar el pasado: la del testigo, que emplea la memoria para explicar y dar sentido a su propia existencia; la del historiador, que busca aproximarse a lo ocurrido mediante la investigación a partir de las fuentes disponibles; y la del conmemorador, que elabora discursos con fines políticos y sin atenerse a las reglas académicas[12]. Reinhart Koselleck señalaba dos formas de verdad: la subjetiva, nacida de la experiencia individual; y la objetiva, esbozada con los instrumentos historiográficos[13]. Aunque el historiador esté inmerso en los moldes interpretativos de su época, su oficio le obliga a aplicar controles de veracidad que le alejan de la simple labor conmemorativa. A diferencia de la historia, la memoria histórica no se basa en el conocimiento o la búsqueda del pasado, sino en «la voluntad de honrar a una persona, proponer como modélica una conducta, reparar moralmente una injusticia»[14]. En la España de 1905 se trataba de venerar la obra de Cervantes, no tanto de comprenderla. Lo cual no impide comprobar el frecuente solapamiento entre ambas aproximaciones[15], o el importante papel que desempeñan en las conmemoraciones los propios historiadores, que diseñan y comparten las políticas de la historia o del pasado. De hecho, la profesión historiográfica no se limita a estudiar los centenarios y aniversarios, sino que, como sabe cualquiera de sus integrantes, participa en ellos con gran entrega[16].

Las conmemoraciones, como daba a entender Durkheim, constituyen momentos fuertes en la definición y el mantenimiento de identidades colectivas, que encuentran en ellos la oportunidad de

---

[12] Todorov, 2000, 2002, pp. 155-160.
[13] Assmann, 2010.
[14] Santos Juliá, «Memorias en lugar de memoria», *El País*, 2 de julio de 2006.
[15] Winter, 2010.
[16] Alares, 2017.

reforzarse, renovarse, evolucionar y difundirse. Parece claro que las comunidades humanas —sean de clase o de género, sean una generación, un movimiento político o asociación de cualquier tipo, una ciudad o una nación, una entidad transnacional y hasta un imperio— necesitan construirse y reconstruirse de manera continua, para lo cual la evocación de su pasado compartido, más o menos inventado, resulta clave, lo mismo que la exhibición de sus símbolos en rituales conjuntos. Las conmemoraciones introducen orden en el caos y dan forma a los relatos históricos que consume el público. La historia cultural de la política desentraña ese curso interminable, vinculado a la lucha por el poder y a la legitimidad de las distintas alternativas en juego. Quién decide qué episodios o personajes de la historia hay que recuperar y cómo deben interpretarse, también cuáles han de silenciarse o echarse al olvido, lo mismo que quién y de qué modo es capaz de imponer en esa pugna su propia visión del pasado frente a las de sus adversarios, son cuestiones de la máxima relevancia. La conmemoración, por así decirlo, es la política por otros medios. No resulta pues extraño que los interesados por el poder le presten atención[17].

Desde luego, todo ello se aplica sin esfuerzo a la mayor fábrica moderna de identidades políticas colectivas, el nacionalismo, concebido —al modo durkheimiano— como una especie de religión secular. Así, puede decirse que las conmemoraciones concentran dispositivos a través de los cuales la nación rememora su pasado y discute sobre él, palancas que crean o sostienen el sentido de pertenencia de sus miembros[18]. Un fenómeno muy visible desde finales del siglo XVIII, cuando la política comenzó a sacralizarse alrededor del concepto de patria y se articularon religiones civiles en nombre de la regeneración nacional, con sus mártires, héroes y apóstoles[19]. Las naciones necesitan de la historia, porque, como afirmaba Renan, se definen por el recuerdo de los sacrificios y logros ya realizados y de los que están por venir. Para ello, del XIX en adelante se escribieron las historias nacionales, que se enseñaban en las escuelas, se propagaban en la prensa y se representaban en

---

[17] GILLIS, 1994. TROUILLOT, 1995.
[18] TURNER, 2006.
[19] GENTILE, 2007, 2014, II.

las artes, historias de naciones que se decían antiguas e idénticas a sí mismas desde sus remotos comienzos. Y que, por supuesto, se proyectaban sobre las conmemoraciones nacionalistas, que, con sus ceremonias periódicas, ayudaban a establecer quiénes pertenecían a la comunidad en cuestión y quiénes no[20]. Aunque, para conseguir cierto éxito, sus motivos debían ser verosímiles, una tarea a la que se aplicaron, y se aplican, muchos historiadores. O, dicho de otra forma, había que buscarlos en el legado étnico de la nación, reproducido y reinterpretado sin descanso[21].

Las conmemoraciones han constituido, en definitiva, importantes herramientas de nacionalización en manos de actores nacionalistas, fueran estos miembros de las élites políticas y culturales o de la sociedad civil, un instrumental cada vez más completo conforme se desarrolló la política de masas a partir de finales del siglo XIX. En su manejo tomaron la iniciativa las instituciones del Estado nacional, los gobiernos y parlamentos, pero también diversos sectores privados. Por ejemplo, el primer centenario de la independencia de Estados Unidos, que dio lugar a una gran exposición en Filadelfia en 1876, fue un proyecto de los empresarios de la costa Este, no de las autoridades[22]. El tablero conmemorativo admite jugadores muy variados, desde grupos industriales, comerciales o agrícolas hasta activistas educativos y religiosos. Y hubo verdaderos emprendedores de la conmemoración, como el jurista e historiador británico Frederic Harrison, motor de numerosos centenarios culturales en el tránsito del XIX al XX[23]. En España sobresalieron, por ejemplo, el periodista Mariano de Cavia, animador desde el diario *El Imparcial* de las celebraciones que en la misma época enaltecían a Cervantes y al *Quijote* como símbolos hispánicos, exaltaban la guerra napoleónica de 1808 como un inspirador mito patriótico y llamaban a no olvidar al héroe transnacional Vasco Núñez de Balboa; o el escritor y político hispano-cubano Rafael María de Labra, infatigable promotor del americanismo y de la memoria de las Cortes de Cádiz[24].

---

[20] ELGENIUS, 2011.
[21] SMITH, 1998.
[22] SPILLMAN, 1997.
[23] QUINAULT, 1998.
[24] Véanse los otros capítulos de este libro.

También ha de contarse con las instancias locales, pues los procesos nacionalizadores se desplegaron no solo de arriba abajo sino también de abajo arriba, y a muchos parecía natural acceder a la identidad nacional a través de la local o regional, núcleo de la cebolla identitaria que, lejos de debilitarla, la reforzaba. Un rasgo que han subrayado los especialistas en los últimos tiempos, cuando el regionalismo ha merecido una atención creciente. Incluso en Francia, un país mucho menos homogéneo de lo que solía suponerse y donde las *petites patries* tuvieron una gran relevancia a la hora de conformar un imaginario francés común[25]. Así pues, en las mismas conmemoraciones convivieron lo estatal y lo vernáculo, como ocurrió en las norteamericanas del siglo XX[26]. Una buena muestra de esta combinación fue el centenario de la Guerra de la Independencia en España, entre 1908 y 1914, cuando cada ciudad celebró su contribución particular a la gran epopeya patriótica contra Napoleón, lo mismo que ocurrió durante las conmemoraciones cervantinas. Más aún, los eventos conmemorativos pueden concebirse como espacios de negociación y cambio donde las gentes corrientes no solo reciben y asimilan los discursos elaborados por los políticos o los intelectuales, sino que aportan sus propias visiones del pasado y sus experiencias. Un ángulo poco explorado hasta ahora, por olvido o por la palpable dificultad para acceder a fuentes adecuadas para captarlo[27].

Fiestas nacionales y centenarios

Algunas conmemoraciones se desligan de fechas concretas, y no es infrecuente que se inauguren monumentos, se dediquen calles o se recuerde a un personaje célebre de alguna otra forma sin someterse a la tiranía cronológica. Pero las más relevantes adquieren sentido dentro de las pautas que marcan los aniversarios y centenarios (y sus variantes: bodas de plata, cincuentenarios, sesquicentenarios, milenarios, etcétera). No en vano, el control del

---

[25] Núñez Seixas y Storm, 2018. Chanet, 1996. Thiesse, 1997.
[26] Bodnar, 1992.
[27] Confino, 1997.

calendario distingue la política moderna, al menos desde que los franceses de 1792-1793, como parte substancial de su revolución, decidieron crear uno nuevo. Sin llegar a ese extremo, los nacionalismos han llenado el almanaque de días en rojo, entre los cuales sobresalen las fiestas nacionales, justificadas en su mayor parte con argumentos conmemorativos. Se ha dicho que las naciones exigen esos hitos temporales[28], aunque pueden citarse algunas que, al menos a primera vista, carecen de ellos. Como el Reino Unido, donde lo más parecido a un día nacional es el *Remembrance Day,* el 11 de noviembre, que recuerda a los británicos caídos en la Primera Guerra Mundial y, por extensión, en todas las guerras. De cualquier modo, lo habitual es disponer de tales efemérides, siquiera a efectos diplomáticos, que en muchos casos se erigen en emblemas de primera fila, solo por detrás de las banderas y los himnos en los catálogos simbólicos nacionales. Las más señaladas incluyen rituales capaces de renovar, con una conmemoración más o menos explícita, las identidades colectivas correspondientes.

Las peculiaridades de cada nacionalismo se plasman en sus respectivas fiestas nacionales, muy variadas, aunque clasificables de acuerdo con ciertos parámetros[29]. Muchas de ellas reflejan la idea de un nuevo comienzo, el recuerdo de un acontecimiento con el cual se fundó la comunidad política, como una revolución, la independencia respecto a una potencia colonial o la firma de la Constitución que alumbró un régimen distinto. El 14 de julio alude en Francia, desde 1880 y con festejos tanto oficiales como populares, a la toma de la prisión de la Bastilla en 1789, uno de los episodios más conocidos de la Revolución Francesa. El 4 de julio, *Independence Day,* conmemora en Estados Unidos, con desfiles y fuegos artificiales, la declaración del congreso continental que en 1776 desligó las trece colonias norteamericanas de la corona británica. En Argentina se celebran tanto el 25 de mayo, que rememora la rebelión organizada en Buenos Aires contra el gobierno español en 1810 y tiene un inconfundible sabor capitalino; como el 9 de julio, día de la independencia, declarada para todo el país por el congreso de Tucumán en 1816. En América Latina,

---

[28] Turner, 2006.

[29] McCrone y McPherson, 2009.

lo mismo que en África y en la Europa centro-oriental, el grueso de los días nacionales festeja sus respectivas emancipaciones. En cuanto a las cartas constitucionales, cabría citar casos como el de Noruega, que recuerda la aprobada un 17 de mayo —de 1814— con procesiones cívicas en las que los ciudadanos lucen trajes típicos y banderas[30].

Otra familia de días patrióticos se corresponde con celebraciones religiosas, allí donde la identidad colectiva está ligada a una determinada confesión. Es lo que ocurre en la católica Irlanda, cuyos hijos —comenzando por los de la diáspora— desfilan el 17 de marzo vestidos de verde, el color nacional, en honor de su patrón San Patricio. Y en países de raigambre ortodoxa como Grecia, que instituyó el 25 de marzo, día de la Anunciación y del levantamiento contra el poder del sultán de Estambul que en 1821 encabezó el obispo Germanos, anudando así la buena nueva cristiana con la de la patria. O Serbia, donde se festeja cada 28 de julio a San Vito, padre de la iglesia autóctona, en la misma jornada en que tuvo lugar la batalla de Kosovo frente a los otomanos en 1389, tan memorable que también se escogió para proclamar la Constitución de 1921[31]. El serbio pertenece a ese puñado de nacionalismos que rinde culto a derrotas sobrevenidas tras una resistencia heroica. Como el catalán, que desde los últimos años del XIX conmemora en la *Diada* del 11 de septiembre la caída de Barcelona ante las tropas borbónicas en 1714, durante la Guerra de Sucesión española, y la consiguiente pérdida de sus leyes propias[32].

La elección de una fiesta nacional no ha sido nada fácil en países con divisiones políticas profundas, que impiden acuerdos amplios en el terreno simbólico y malogran por tanto las funciones cohesivas que valoraba Durkheim. Las conmemoraciones patrióticas, habitualmente más débiles e inestables que las religiosas como la Pascua o la Navidad, tardaron en asentarse y despertaron conflictos que podían permanecer abiertos durante décadas, con bandos enfrentados que enarbolaban diversas alternativas o disidentes que contestaban las fechas oficiales. Por ejemplo, en Rusia aún pugnan

---

[30] ELGENIUS, 2007.
[31] ROUDOMETOF, 2005.
[32] CANAL, 2018, pp. 359-374.

la tradición bolchevique del 7 de noviembre —cumpleaños en el calendario actual de la Revolución de Octubre de 1917— con la derechista del 4 de noviembre, día de la Unidad que remite a un alzamiento contra los invasores polacos en 1612. El *Australian Day,* recuerdo del desembarco en la costa australiana de la primera flota británica en 1788, sufre el rechazo de los aborígenes que no olvidan las masacres de la colonización[33]. En Alemania, la caída del muro de Berlín en 1989 no engendró un festejo oficial a causa de un pasado nacional más que problemático: el 9 de noviembre, jornada en que los berlineses atravesaron y derribaron la barrera que les había dividido durante la Guerra Fría, coincidía con las fechas de la proclamación de la república en 1918, tras la derrota alemana en la Gran Guerra; del *putsch* hitleriano de la Cervecería en 1923, rememorado bajo el régimen nazi como fiesta de los mártires; y del terrible motín antisemita de la *Kristallnacht,* de 1938. Al final, las autoridades decidieron consagrar el 3 de octubre, día de la reunificación en 1990, anodino pero menos atribulado[34].

El 12 de octubre, fiesta nacional de España, reúne algunos de los rasgos expuestos y añade otros. No se trata de una fecha fundacional moderna, un papel que cuadraba mejor al 2 de mayo —aniversario de la revuelta popular contra las tropas napoleónicas en el Madrid de 1808— o al 19 de marzo —cuando se promulgó en Cádiz la Constitución de 1812, liberal y patriótica—, ambos divisivos: el primero rivalizaba con otras heroicidades locales, el segundo despertaba la enemiga de los sectores conservadores y católicos[35]. El 12 de octubre tenía en cambio connotaciones religiosas, pues era el día de la Virgen del Pilar, uno de los cultos católicos más arraigados en el país, aunque su oficialización se debió a otras consideraciones. Aniversario del descubrimiento de América en 1492, fue promovido por el movimiento civil hispanoamericanista desde finales del siglo XIX, en momentos de crisis que aconsejaban fortalecer el orgullo español mediante el recuerdo del imperio. El españolismo regeneracionista de entonces soñaba con capitalizar el principal legado de esa historia ultramarina, una gran comunidad cultural

---

[33] Geisler, 2009. Más ejemplos, en MacMillan, 2010, pp. 127-156.
[34] Geisler, 2005.
[35] Véanse los capítulos 2 y 4.

que dio en llamarse la *Raza,* lo cual conllevaba el estrechamiento de los vínculos con las antiguas colonias americanas. Al otro lado del Atlántico, los emigrantes españoles y el hispanismo antinorteamericano propulsaron asimismo la conmemoración, a la sombra de la retórica del reencuentro entre la *madre patria* y sus vástagos que presidió los centenarios de las independencias americanas a partir de 1910. El hispanoamericanismo ocupó un lugar de honor en las principales celebraciones españolistas, a menudo dependientes de esa vertiente transatlántica. Como escribió Carlos Serrano, al escoger ese motivo España «se convertía de repente en la hija de aquellas a las que siempre había tenido por hijas suyas»[36].

Declarado fiesta nacional en 1918 por un gobierno de unidad nacional, que reunía a todos los partidos gubernamentales en la monarquía constitucional vigente, el 12 de octubre ha sobrevivido como jornada festiva desde esa época hasta hoy, sin que lo eliminaran los sucesivos regímenes políticos del siglo XX. Cada uno prefería otra fecha más importante —la Segunda República, su proclamación el 14 de abril (de 1931); la dictadura franquista, el alzamiento militar del 18 de julio (de 1936)—, pero nadie se atrevió a prescindir de la celebración que con distintos nombres —de la Raza, de la Hispanidad— traía al presente la gloriosa epopeya que otorgaba a España una dimensión internacional imposible de obtener por otros medios. Ofrendas en los monumentos erigidos al descubridor Cristóbal Colón, recepciones diplomáticas y discursos de hinchada prosopopeya marcaron los rituales. Tras el retorno de la democracia en 1978 se debatió la posibilidad de elevar a la categoría de fiesta nacional el 6 de diciembre, cuando se votó en referéndum la nueva Constitución, pero en 1987, en vísperas del quinto centenario del descubrimiento de América, el dilema se resolvió en favor del 12 de octubre. No sin polémicas acerca de su significado, ha perdido de manera progresiva su sesgo hispanoamericano y desde hace años lo protagoniza un mero desfile militar[37].

Junto a los días nacionales, las conmemoraciones contemporáneas se han volcado en los centenarios. Una costumbre nacida en el siglo XVIII que se generalizó en el mundo occidental a partir de

---

[36] Véanse los capítulos 3-6. Cita en SERRANO, 1999, p. 329.

[37] GARCÍA y MARCILHACY, 2013. Véase también el capítulo 7.

mediados del XIX y que persiste hasta la actualidad. Los pioneros homenajeaban a los grandes escritores, tenidos en términos románticos por representantes del alma nacional que encarnaba la lengua respectiva y alabados al mismo tiempo como cumbres de la cultura universal[38]. Desde William Shakespeare en Inglaterra, a partir del centenario de 1769, hasta Johann Wolfgang von Goethe y Friedrich Schiller en Alemania; de Dante Alighieri en Italia a Pedro Calderón de la Barca o Miguel de Cervantes en España. A veces, la extensión del dominio lingüístico y cultural daba pábulo a celebraciones transnacionales, como las que consagraron los países de habla hispana a la obra cervantina en 1905 y en 1916, y los de habla inglesa a la shakespeariana este último año, tricentenario de la muerte de ambos escritores. En algún caso, la potencia simbólica de una de estas personalidades originó una fiesta nacional, como la de Portugal, que identifica a la nación con el idioma al dedicarla al poeta Luis de Camoens cada 10 de junio, fecha de su fallecimiento. El *Estado Novo,* la longeva dictadura portuguesa del siglo XX, lo erigió en día de la Raza para recordar la vocación imperial de su pueblo —un significado no muy lejano al que tenía el 12 de octubre español bajo el franquismo— y, con advocaciones más democráticas, ha subsistido hasta nuestros días. En España, el Día del Libro, que desde 1931 recuerda cada 23 de abril la desaparición de Cervantes, se ha convertido en un festejo muy popular, quizá el menos conflictivo de todos los españoles[39].

La *centenariomanía* vivió una edad dorada desde 1870 hasta 1914, incluso hasta 1930, un periodo en el que la emergencia de la política de masas hizo urgente la nacionalización de las poblaciones a través de tradiciones inventadas, o recuperadas y reconstruidas para ese fin[40]. El modelo elitista anterior, donde predominaban las reuniones de hombres cultos, se transmutó en enormes espectáculos públicos, que nutrieron desfiles llenos de banderas y carrozas alegóricas, conciertos, inauguraciones de monumentos cada vez más abundantes y aparatosos —era también la época de la *estatuomanía*— y toda clase de actos culturales, junto a

---

[38] QUINAULT, 1998.
[39] Véase el capítulo 7.
[40] HOBSBAWM, 1983, 1992.

publicaciones patrióticas de tiradas ingentes. Un estímulo además para la enseñanza de valores patrióticos a los niños y jóvenes, en las aulas o en las calles. La obsesión conmemorativa reflejaba el interés por la historia de las clases medias y altas occidentales al servicio del nacionalismo, como pusieron de manifiesto los centenarios napoleónicos que recorrieron Europa, desde Austria y Alemania hasta España, al iniciarse el siglo XX[41]. Algunos nacionalistas sin estado se valieron de las conmemoraciones para propagar y mantener sus respectivas identidades nacionales. Como los catalanes al instituir su *Diada* o en el séptimo centenario del nacimiento en 1208 del rey Jaime I de Aragón, héroe cristiano de la Reconquista frente a los musulmanes. O los polacos, repartidos en tres imperios y dispuestos a revivir su unidad perdida con la exaltación de sus literatos nacionales —como el poeta Adam Mickiewicz, al cumplirse en 1898 cien años de su nacimiento— o con el recuerdo de hechos militares gloriosos —el segundo centenario del levantamiento del sitio turco de Viena en 1683, a cargo de un monarca polaco, o el quinto de la batalla de Grunwald contra los teutones de 1410. Las labores conmemorativas sustituyeron en Polonia a las insurreccionales, más arriesgadas, de décadas anteriores[42].

La era del comercio globalizado y del turismo animó también exposiciones internacionales y universales, que a menudo hallaron un pretexto en las fechas redondas y combinaron las conmemoraciones con el despliegue de las riquezas y curiosidades de cada país, comenzando por el anfitrión. En ellas, la historia era un ámbito más de consumo masivo y servía de trasfondo a las ideas clave de progreso económico y paz mundial, ambas vinculadas a una competición nacionalista por ver quién levantaba los mejores pabellones, definía el rumbo cultural del momento y encabezaba la expansión imperial[43]. Como ocurrió en las que organizaron Filadelfia en 1876, para el centenario de la independencia norteamericana, y en 1926, por su sesquicentenario; y Melbourne en 1888, para los cien años del primer asentamiento europeo. Si en Estados Unidos se enaltecían sus valores fundacionales, en Australia se enfatizaba la lealtad

---

[41] OTTE, 2018.
[42] Véase el capítulo 2. Para Polonia, DABROWSKI, 2004.
[43] GREENHALGH, 1988. WILSON, 1991.

al imperio británico. O la de París, de 1889, cuando las alabanzas a los avances del siglo se sobrepusieron a la rememoración en crónicas y estatuas de la aún divisiva Revolución[44]. También podrían citarse la de Chicago en 1893, a poco más de cuatrocientos años del descubrimiento de América; la de Buenos Aires en 1910, centenario triunfal de la Revolución de Mayo en plena expansión económica argentina; y las de Roma y Turín en 1911, en el cincuentenario de la unificación italiana. O la mucho más modesta Exposición Hispano-Francesa de 1908, montada en Zaragoza para recordar, de una manera pacífica y progresista, los sitios de la ciudad en la Guerra de la Independencia[45]. Una costumbre que, adaptada a los cambios tecnológicos, ha sobrevivido por lo menos hasta 1992, cuando el quinto centenario colombino motivó la Expo de Sevilla, carta de presentación de una España democrática y moderna en la *era de los descubrimientos;* y hasta 2008, con una nueva muestra en Zaragoza, esta vez dedicada al agua, tan preciada en la región como su añejo orgullo patriótico.

Además, la monarquía ha dejado su huella en el calendario al fundirse con la nación, del siglo XIX en adelante. Así, algunos estados e imperios monárquicos festejan los cumpleaños reales, de la Inglaterra victoriana a la Tailandia actual, pasando por los Países Bajos, donde muchos ciudadanos asisten a los actos del Día del Rey o de la Reina exhibiendo el color de la dinastía, el naranja. En Suecia, el 6 de junio, día de la proclamación del rey Gustavo en 1523, contempló la promulgación de varias Constituciones; mientras en Japón, desde la época *Meiji* se recuerda la coronación de su primer emperador, el 11 de febrero de 660 a.C. La época de la *centenariomanía* fue también la de los jubileos monárquicos, ceremoniales tan vistosos como los de la reina Victoria de Gran Bretaña —el de oro en 1887 y el de diamantes, de tono imperialista, en 1897— y los del emperador Francisco José de Austria, que cumplió cincuenta años en el trono en 1898 y sesenta en 1908 con sendas apoteosis teatrales que lo mostraban como un padre preocupado por sus súbditos y pueblos, fuerza cohesiva de un estado multinacional. En su faceta de rey de Hungría, este mismo monarca presidió en 1896

---

[44] Spillman, 1997. Ory, 1992, pp. 139-163.
[45] Véanse los capítulos 2 y 3.

el milenario húngaro, donde el nacionalismo magiar asoció su historia con la dinástica, en torno a la corona de San Esteban[46]. Uno de los eventos más espléndidos fue sin duda el tercer centenario de la dinastía Romanov en Rusia, en 1913, cuando se escenificaron los estrechos lazos que ataban al pueblo campesino con el zar, presentado asimismo como patriarca y amante de todo lo ruso[47]. Si algunas repúblicas construyeron religiones cívicas, las monarquías escénicas aprovecharon materiales tradicionales para reinventarse con rituales cuyo arcaísmo encantaba a las crecientes audiencias[48].

La Primera Guerra Mundial trajo consigo cambios relevantes en las conmemoraciones nacionalistas. Siguieron en boga los aniversarios, centenarios y jubileos, pero se extendió el culto a los caídos por la patria en los conflictos armados, una constante desde entonces en muchos países que se plasmaba en la erección de monumentos al soldado desconocido[49]. La misma lógica a la que respondían las celebraciones del armisticio, como el *Remembrance Day* británico. El periodo de Entreguerras vio crecer en Europa las religiones políticas totalitarias que, obsesionadas con la simbología de la muerte y el sacrificio patriótico, orquestaron liturgias en las que se idolatraba no solo al caudillo sino también a los héroes y mártires del movimiento. Sin parar en barras, el fascismo italiano se sirvió de los mitos imperiales romanos, hasta el punto de romper el tejido urbano de la capital para poner al descubierto sus vestigios, y en 1937 festejó con una exposición el segundo milenario del nacimiento del emperador Augusto. Si el nazismo alemán celebró la raza de mil formas, la Unión Soviética no solo conmemoró los hechos de 1917, sino que armó un nuevo sistema de creencias, emblemas y ceremonias que acabó por recuperar, durante la Segunda Guerra Mundial, el lenguaje nacionalista ruso[50].

A partir de 1945 persistió la dimensión simbólica y ritual de la política, volcada en los relatos compartidos del pasado, pero en las democracias occidentales las iniciativas de los gobiernos perdieron

---

[46] Unowsky, 2005. Otte, 2018.
[47] Wortman, 2014.
[48] Cannadine 1983, 1992.
[49] Mosse 1990, 2016.
[50] Gentile, 2007, 2014.

terreno en favor de las de partidos y asociaciones. El recuerdo de la contienda se coreografió en torno a mensajes antifascistas, por ejemplo en los aniversarios de la liberación, y a un notable protagonismo de los excombatientes[51]. En los últimos decenios del siglo, las tendencias memorialistas multiplicaron las conmemoraciones de toda laya, al margen ya de la guía tradicional de estados nacionales como el francés, en una especie de bulimia conmemorativa que, según Pierre Nora, contaba con dos pilares fundamentales, «la exposición obligatoria y el fatídico coloquio»[52]. Puede que los tiempos inciertos que sucedieron a la Guerra Fría obligaran a mirar atrás en busca de orientación, pero lo que parece seguro es que las víctimas de la terrible violencia del Novecientos se colocaron en el centro de los debates públicos. A propósito, como se dijo al comienzo de estas páginas, del genocidio judío o de la represión franquista en España. Tanto su búsqueda de reconocimiento —a flor de piel en sociedades pendientes del trato que reciben las diversas identidades colectivas— como sus testimonios, a los que a veces se otorga un valor más alto que al trabajo académico, han condicionado la complicada polémica sobre memoria e historia.

* * *

En resumen, el estudio de las conmemoraciones por parte de la historia cultural de la política permite adentrarse en el nacionalismo de una manera muy productiva. Estas efemérides sirven de ventanas a través de las cuales entender mejor cómo se hacen, se rehacen y se deshacen las identidades nacionales; son herramientas para medir actitudes y preocupaciones contemporáneas, políticas, sociales e intelectuales[53]. En ellas se despliegan métodos que, pese a su recurrente presencia, hablan de las peculiaridades de cada nación, de cómo mantiene y renueva sus símbolos y mitos comunes: monumentos y museos, libros y periódicos, *souvenirs* y tarjetas postales, películas y documentales, monedas y sellos, desfiles y exposiciones,

---

[51] Ridolfi, 2009.
[52] Nora, 1992, 1997, cita en p. 4693.
[53] McCrone y McPherson, 2009. Otte, 2018.

actos académicos y ofrendas de flores, bautizos de calles y plazas, reformas urbanísticas e incluso eventos deportivos. Las coyunturas conmemorativas se ponen al servicio de la nacionalización de las gentes y también ofrecen la oportunidad de participar a sectores sociales muy variados. Y hasta permiten articular las relaciones internacionales, cuando con ese motivo se envían delegaciones oficiales a otros estados o intervienen fuerzas transnacionales, de los emigrantes a los intelectuales. Una buena muestra puede hallarse en los centenarios de acontecimientos o personajes que se convirtieron en emblemas del hispanismo, como Cervantes o como Núñez de Balboa, que en 1913-1916 —cuatrocientos años después de que avistara el Océano Pacífico— fue exaltado como un héroe en España, California y Panamá, atravesado por el nuevo canal transoceánico[54]. O como el 12 de octubre, celebrado en España y América con sentidos cambiantes, desde el *Columbus Day* italoamericano en Estados Unidos hasta el día de la Raza en el mundo hispano, discutido por fuerzas indigenistas que en algunos países han logrado cambiar por completo su significación y hasta su nombre[55].

Para ser desentrañadas desde la historia política, las conmemoraciones nacionalistas han de verse como arenas en las que se encuentran actores diferentes, cada uno con sus intereses y planes para imponer su propia versión de la historia. En ellas confluyen voces tanto oficiales como particulares[56]. La misma celebración adopta connotaciones distintas dependiendo del grupo que la interprete, lo cual pesa más allí donde se han abierto graves fracturas partidistas o en contextos multilingües y multiétnicos. Como se ve con claridad en Canadá, donde algunos centenarios, como el tercero de la fundación de Quebec en 1908, fracasaron porque anglófonos y francófonos, nacionalistas quebequeses y orangistas de Ontario, católicos y amerindios, reaccionaban ante ellos de maneras contrapuestas[57]. A veces, cuando los relatos míticos resultan al mismo tiempo sólidos y flexibles, la existencia de visiones diferentes de los mismos los fortifican. Ocurrió durante un siglo con las

---

[54] Véase el capítulo 5.
[55] García Sebastiani, 2020.
[56] Bodnar, 1992.
[57] Nelles, 1999.

posturas acerca del 12 de octubre en España: si los conservadores subrayaban su dimensión religiosa e histórica, que primaba la fe compartida por dos continentes gracias a la evangelización de América; los progresistas remarcaban rasgos culturales como la lengua y los proyectos comunes de cara al futuro; aunque ambos sectores defendieran la fiesta. Pero, como ejemplifican también las denuncias sobre las crueldades de la conquista, la misma conmemoración puede tornarse problemática.

Es decir, frente al enfoque unanimista y funcionalista de raíz durkheimiana, según el cual los símbolos y rituales tienden a producir cohesión social, abundan los casos conflictivos. En la misma Francia, que se menciona sin cesar como un modelo de unidad nacional, la memoria de la Revolución despertó el rechazo de los conservadores hasta bien entrado el siglo XX. Y aún en el bicentenario había quien quería celebrar 1789-1791, el momento monárquico y constitucionalista; y quien prefería 1792-1794, el republicano y jacobino. Con frecuencia, las fuerzas políticas rivales disponían asimismo de conmemoraciones alternativas: en España, el Primero de Mayo internacionalista contra el 2 de mayo nacionalista; o, en la coyuntura de 1908, el centenario de la Guerra de la Independencia frente al de Jaume I que promocionaba el catalanismo. La pugna por el pasado produce asimismo disidentes y marginados. Como pone de manifiesto el recuerdo de la Revolución de los Claveles de 1974 en el Portugal democrático, la retórica conmemorativa o epideíctica se dirige a los partidarios y deja fuera a los enemigos[58].

Así pues, los moldes teóricos inspirados por Durkheim no dan cuenta de la complejidad del fenómeno conmemorativo, con lo que parece necesario buscar otras fuentes. Más aún, el universo durkheimiano conduce con facilidad a una concepción orgánica y casi determinista de la cultura nacional que se renueva en cada rito, desmentida en muchos ejemplos de fiestas y centenarios. Por ello cabría volver la vista a otro de los grandes del pensamiento contemporáneo, Max Weber. En su obra no estudió a fondo el nacionalismo, aunque definió la nación como una comunidad que no se identifica de forma inevitable con un estado, tampoco con

[58] Véase el capítulo 2. BILLIG y MARINHO, 2017.

un idioma o una sangre, pero que se liga al recuerdo de un destino político compartido[59]. Es decir, era consciente de la importancia del pasado en los proyectos nacionalistas. Pero, más allá de esa intuición, el punto de vista weberiano insistía en que siempre debe comprenderse el significado que los actores sociales otorgan a sus actos. No se trata tanto de averiguar qué es la memoria colectiva, sino de penetrar en lo que la gente hace para proporcionar un sentido a su historia; analizarla no como una cosa sino como un proceso[60]. Santos Juliá, uno de los mejores estudiosos del tema, lo sintetizó de manera muy clara: «lo que importa al historiador de este fenómeno social que es la reconstrucción del pasado como instrumento de, o con directas repercusiones sobre la política, son los artífices de los relatos, los contenidos y las prácticas de la memoria»[61]. Es decir, retratar y seguir, sin prejuicios deterministas, a quienes juegan con el pasado en la arena. Como las autoridades, los notables y los vecinos de Madrona en 1905.

---

[59] Weber, 1922, 1964, p. 680.
[60] Confino, 1997. Billig y Marinho, 2017.
[61] Juliá, 2011, p. 136.

Capítulo 2

ENTRE EL PROGRESO Y LA VIRGEN DEL PILAR

Pabellón de la Alimentación, Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza, 1908.
Foto: Patrimonio Nacional.

«—Para que vea la gente que aquí sabemos hacer las cosas cumplidamente,
todo héroe habrá de tener su calle correspondiente...
¡Y monumentos! ¡La mar! ¡Y estatuas! Decir no quiero las que pretenden alzar.
¡Hasta a "Juan el cacahuero" se la van a levantar!...
—¡Magnífico programón! ¡No nos la darán con queso al final de la función!
—¡No! Paraíso, "para eso", no haría su Exposición»

Tomás AZNAR[1].

Maura dijo no. En julio de 1907, a unos meses del centenario del levantamiento contra Napoleón que había dado inicio a la Guerra de la Independencia, el presidente conservador aseguró en el Congreso de los Diputados que carecía de medios para abordar la conmemoración. Las continuas peticiones de las ciudades que reclamaban un pedazo de gloria en aquella lucha patriótica hicieron poca mella en su ánimo: si ya siendo ministro en 1903, con ocasión de otra pregunta parlamentaria, había respondido que no disponía de «una peseta que poder dedicar a esto», ahora contestaba que su gobierno no tenía «un pozo artesiano de donde sacar los recursos» que se le requerían[2]. Y eso a la vez que planeaba, por ejemplo, la construcción de una costosa escuadra de guerra. A primera vista, las implicaciones de esta actitud parecen obvias: Maura no hacía sino mostrar el sorprendente desinterés que sentían las élites políticas españolas por la nacionalización de las masas. Cuando en otros países los gobernantes se dedicaban a alimentar los mitos nacionales con celebraciones que trataban de legitimar a los poderes establecidos y de unir a la población en torno a ellos, sus colegas españoles, encastillados en el universo oligárquico de la Restauración, seguían ciegos a las exi-

---

[1] Tomás AZNAR, «El Centenario en broma», *El Liberal,* 26 de abril de 1908.

[2] *DSC,* 16 de julio de 1903, p. 1133; y 24 de julio de 1907, extracto oficial del núm. 60, p. 5.

gencias de la política moderna. Hasta el punto de desaprovechar la oportunidad que brindaba la memoria de un enfrentamiento armado, el de 1808-1814, que, entendido como guerra de liberación nacional, constituía un episodio crucial en la historia de la nación española elaborada durante el siglo XIX. Una desidia de los políticos que, a la postre, dejó huérfana de españolismo a la mayoría de los ciudadanos y permitió tanto la subsistencia de sólidas identidades locales como el fortalecimiento de nacionalismos alternativos[3].

Sin embargo, el panorama entero resulta mucho más complejo. Para empezar, los gabinetes liberales que habían precedido al de Antonio Maura se habían implicado, con medidas legislativas y bastante dinero, en las fiestas que preparaba Zaragoza para conmemorar los Sitios de 1808 y 1809, convirtiéndolas de ese modo en el número principal del centenario. Maura se conformaba pues con lo que habían dispuesto sus predecesores, no sin hacer, eso sí, algunos recortes a las previsiones iniciales. Por otro lado, el contexto político estaba marcado por la proliferación de iniciativas nacionalistas de muy diversa índole. Nunca como entonces, sobre todo después del *Desastre* de 1898, se habían multiplicado los monumentos conmemorativos y los símbolos en las calles, los desfiles, las ceremonias, los discursos, las publicaciones, los debates en la prensa y los actos más variados en homenaje a la nación. El problema no residía en la ausencia de proyectos nacionalizadores, sino tal vez en su exceso. Militares, católicos, conservadores, liberales, republicanos, fuerzas vivas y autoridades locales, desde los periodistas de provincias hasta el rey fueron muchos los actores políticos que formularon ideas nacionalistas y las expresaron en la esfera pública con el fin de captar el favor de la opinión. Además, el nacionalismo español ya no estaba solo, sino que debía competir con movimientos como el catalanista, en pleno desarrollo. Lo cual ayuda a entender, por cierto, las reticencias de Maura, aliado político en aquellas fechas de la Lliga Regionalista de Francesc Cambó.

De manera que una visión mecanicista y unidireccional de los procesos de nacionalización, según la cual los intelectuales cons-

[3] Este sencillo razonamiento, acorde con la tesis de la débil nacionalización española, se aplicó durante años al siglo XIX. En las últimas décadas, los estudios sobre la materia han alumbrado interpretaciones mucho más matizadas. Véase, por ejemplo, MORENO LUZÓN, 2007.

truían los mitos, después los gobernantes los difundían y por último las gentes de a pie los asimilaban, no da cuenta de lo que ocurría en la España de comienzos del siglo XX. Las identidades se formaban, se transformaban y se manifestaban de muchas maneras. Además, la existencia de localismos o regionalismos pujantes no implicaba necesariamente la debilidad de los vínculos nacionales. La memoria histórica o colectiva, expresada en términos nacionalistas, se hallaba lejos de constituir una especie de objeto terminado y se asemejaba más bien a una arena o campo de juego en perpetua transformación, a un tablero que acogía el conflicto y la negociación entre fuerzas distintas. Fuerzas que actuaban desde arriba o desde abajo, a través del estado o de la sociedad civil, desde el centro o desde la periferia, cada una con sus intereses y objetivos particulares, ansiosa por apropiarse del espacio social común, por imponer su versión de la historia con el fin de movilizar a la población y de reafirmar sus propias señas de identidad. Unas veces el acuerdo entre ellas era posible, otras no.

El centenario de la Guerra de la Independencia señala pues un hito en la atmósfera saturada de nacionalismo que se respiró en España tras el 98 y abre una ventana al análisis de esa pugna por la memoria. Este capítulo parte de los rasgos generales de la efeméride, tal y como se enfocó en todo el país, para estudiar a continuación lo sucedido en el epicentro de la misma, la ciudad de Zaragoza, que sufrió una intensa fiebre conmemorativa en 1908. Allí surgieron numerosas fórmulas que, en mayor o menor medida, exaltaban los valores nacionales a través de la sublimación de lo local; allí compitieron por definir los significados del evento diversos programas nacionalistas, agrupados en torno al nacional-catolicismo y a un nacionalismo regeneracionista de raíces liberales; y allí, en fin, los diversos festejos —que culminaron en una Exposición Hispano-Francesa de artes e industrias— obtuvieron un rotundo éxito. A diferencia de otras muchas empresas nacionalistas anteriores y posteriores, en esta no hubo que hablar de fracaso.

Las múltiples conmemoraciones de 1908

La Guerra de la Independencia, inventada y reinventada de manera continua a lo largo del siglo XIX, adquirió un indiscutible

valor como mito fundacional de la nación española en la época contemporánea. A comienzos del XX, la mayoría de los opinantes asumía sin apenas fisuras el núcleo del relato nacionalista decantado en decenios anteriores: ante la invasión napoleónica de 1808, los españoles se habían alzado de modo casi unánime en defensa de su integridad y habían hecho posible, a través de incontables sacrificios, la victoria final sobre los franceses en 1814, todo lo cual había salvado a la patria y probado asimismo las recias virtudes que adornaban a la raza, unida por encima de las diferencias regionales, valiente y celosa de su libertad nacional frente a la tiranía extranjera. No obstante, la interpretación depurada de la epopeya patriótica variaba substancialmente dependiendo de las posiciones políticas de cada cual: para los liberales, más enfáticos cuanto más a la izquierda se situaran, la nación tendía a confundirse con el pueblo, encarnado por los héroes salidos de sus entrañas y por los militares unidos a él, los *exempla virtutis* que no faltaban en cualquier nacionalismo. Ese pueblo, pleno de dignidad y altivez, había empujado al país hacia la modernidad frente a unas élites sociales y políticas entregadas al enemigo. El patriotismo se había fundido así con el amor por las libertades en las Cortes que habían proclamado en Cádiz el principio de soberanía nacional, en la Constitución de 1812. Para los sectores más conservadores y católicos, lo que contaba era en cambio la religiosidad de los españoles, que habían peleado contra las novedades revolucionarias que venían de Francia y en favor de la indisoluble unión entre la fe católica y la patria. Es decir, en pro de la monarquía tradicional hispánica, tan ligada a la Iglesia. No sin matices internos de cierta relevancia, como los que sopesaban el papel de la corona y la dinastía, el nacionalismo liberal y el nacional-catolicismo, consolidados ya como versiones alternativas del imaginario nacionalista español, se disputaban los relatos compartidos de aquellos episodios[4].

Casi todos los elementos influyentes en el escenario político de 1908 celebraron de alguna forma el centenario, aunque unos se mostraron mucho más entusiastas y participativos que otros.

---

[4] Smith, 1998. Álvarez Junco, 1994, 2019. Los rasgos generales de ambas versiones, en Álvarez Junco, 2001. La liberal, por ejemplo, en Jacinto Octavio Picón, «La santa indisciplina», *El Liberal*, 2 de mayo de 1908.

Para empezar, la prensa, herramienta de primer orden a la hora de influir en la opinión pública, adoptó actitudes muy variadas. Los diarios liberales —monárquicos o republicanos— urgieron sin cesar a la conmemoración ofreciendo razones y propuestas, atendieron con detalle a los festejos y publicaron con regularidad números especiales llenos de noticias y curiosidades, crónicas, poesías, himnos, grabados y fotografías. De acuerdo con el periodista de *El Imparcial* Mariano de Cavia, uno de los más activos animadores de las fiestas, los intelectuales debían enterar al ciudadano de lo que sus antepasados habían logrado para incorporarlo al «culto de la raza y de la Historia». El republicano *El País* proclamaba que «es nuestro objeto evocar nombres y hechos gloriosos, recordar la historia, difundirla, popularizarla, y, sobre todo, contagiar, si nos es dable, el entusiasmo» por los protagonistas de la gesta. Mientras tanto, los periódicos conservadores, salvo alguna excepción como el dinástico *Abc,* se limitaron a ofrecer escuetas informaciones acerca de las solemnidades. Los tradicionalistas tacharon incluso de falso el interés de la prensa liberal por ensalzar una cruzada eminentemente antiliberal[5].

Pero en los medios afines a la izquierda monárquica y al republicanismo, la efeméride acarreaba una firme obligación, pues a través de ella había de dilucidarse la vitalidad de la nación española tras años de decadencia que habían culminado en el 98. Según *El Liberal,* se trataba de dar «fe de vida de nuestro pueblo», de basar en el recuerdo de las energías pretéritas el renacer del alma colectiva: «celebremos el Centenario y recobremos nuestra dignidad, nuestra personalidad y nuestra fuerza». Un programa nacionalista con el que sintonizaban algunos portavoces de los emigrantes españoles en América, para los que 1808 imponía un insoslayable deber de memoria, cumplido durante la guerra hispano-norteamericana y renovado ahora como prueba de grandeza y base de la futura regeneración del país. Era el caso de la revista *España,* publicada por la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, que ofrecía a sus lectores una entrega especial

---

[5] Mariano de CAVIA, «Madrid ante el Centenario», *El Imparcial,* 15 de marzo de 1908. *El País,* 21 de enero de 1908. La postura tradicionalista, en *El Siglo Futuro,* 2 de mayo de 1908.

cargada de estampas históricas y llamadas a la unidad en torno al ejemplo de los aguerridos héroes populares de entonces. El destacado periodista Justo López de Gomara afirmaba en su aportación que, «a cien años de la época, a dos mil leguas de la patria», su corazón le decía que «somos muy capaces de repetir el 2 de Mayo», el alzamiento popular que había iniciado la epopeya. La conmemoración servía pues para mostrar lo que España atesoraba y para enlazar pasado, presente y futuro en un discurso populista, nacionalista y proyectivo[6].

Por ello parece natural que esos mismos círculos del liberalismo radical se vieran decepcionados con muchas de las actividades que se organizaban y atacasen a menudo la pasividad o la inoperancia de quienes no secundaban sus iniciativas. Así, criticaron a los escritores que se desentendían de la divulgación de las hazañas históricas, a las clases adineradas que despreciaban los festivales populares y, ante todo, al gobierno de Maura, que se escudaba en la financiación de los actos destinados a conmemorar los sitios de Zaragoza para no ceder a las demandas de patrocinio de otras poblaciones. De hecho, los conservadores eliminaron una disposición liberal que preveía el cumplimiento de los decretos en los que las Cortes de Cádiz obligaban a celebrar al menos los hechos de Gerona, Astorga, Manresa, Ciudad Rodrigo y Molina de Aragón. Y las comisiones provincianas que llegaban a Madrid en busca de ayuda eran, según *El País,* «peor recibidas que las importunas embestidas de caciques o de candidatos encasillables», es decir, de aquellos que reclamaban el respaldo oficial en los procesos electorales manipulados desde arriba[7].

Eso les ocurrió, por ejemplo, a quienes deseaban rememorar la batalla de Bailén de julio de 1808, que, a diferencia de otras fechas cercanas, había supuesto una victoria sobre el enemigo, no una derrota regada por la sangre de los héroes. Se reunieron los representantes en Cortes de las provincias andaluzas, presididos por el jefe del Partido Liberal, Segismundo Moret, para procurar la

---

[6] *El Liberal,* 9 y 11 de enero de 1908. *España* (Buenos Aires), 2 de mayo de 1908 (cita de Justo López de Gomara, «Cien años después», p. 62).

[7] Se trataba del artículo 3 de la Ley de 22 de enero de 1907, *DSC,* Leg. 1907, Apéndice 10 al núm. 55. *El País,* 10 de enero y 9 de abril (cita) de 1908.

construcción de un monumento; y acudieron a Maura los propios paisanos de Bailén de la mano de su diputado, el también liberal y militante españolista Niceto Alcalá-Zamora, con el fin de montar grandes ceremonias oficiales. Pero el jefe conservador solo tenía una respuesta: no. Entre las explicaciones a tanta negativa maurista que circularon por entonces sobresalía una: el gobierno temía la reacción adversa de Francia, cuya amistad era imprescindible para una política exterior española que aspiraba a salir del aislamiento tras el *Desastre* y se hallaba en vías de establecer una colaboración permanente con los franceses en Marruecos. Algo que, para el caso de Bailén, confirmó el mismo Alcalá-Zamora en sus memorias, pero que se antojaba una solemne tontería a la izquierda periodística, incapaz de comprender cómo podía ofenderse una república democrática que, por serlo, debía abominar de tiranos como Napoleón y aceptar sin problemas las legítimas expresiones del orgullo nacional de sus vecinos[8].

El caso es que, ante el retraimiento del gobierno, el grueso de las celebraciones se debió a impulsos locales. Esto ocurrió en Madrid, la capital de la monarquía y polvorín donde se había prendido la mecha de la rebelión antifrancesa el 2 de mayo de 1808. El ayuntamiento conservador tardó mucho en ponerse en marcha y en recaudar fondos a través de una suscripción pública. Las caricaturas de los periódicos mostraban al alcalde, conde de Peñalver, pidiendo limosna para el centenario. Así pues, las iniciativas más dinámicas correspondieron a la sociedad civil madrileña y al ejército. Por un lado, organismos como el Círculo de Bellas Artes, presidido por el exalcalde liberal moretista y «óptimo madrileñizante» Alberto Aguilera, que puso grandes lápidas dedicadas *a los héroes populares* en los lugares del alzamiento y patrocinó un festival militar donde se tocaron músicas compuestas para la ocasión; y el Centro de Hijos de Madrid, dirigido por el periodista Javier Betegón, interesado en que no solo se recordara a los héroes sino también a las víctimas, y en erigir un monumento *al pueblo del Dos de Mayo de 1808*. Su diseño, del escultor Aniceto Marinas, hermanaba en la muerte gloriosa al oficial Luis Daoiz con Juan Manuel Malasaña, su hija

---

[8] *Abc*, 5 de abril de 1908. *El País*, 24 de enero y 14 de mayo de 1908. ALCALÁ-ZAMORA, 1977, 1998, pp. 51-52. La tontería, en *El Liberal*, 6 de enero de 1908.

Manuela y un chico anónimo, figuras castizas que habían secundado la insurrección[9].

Por otro lado, el cuerpo de artillería homenajeó a sus héroes los capitanes Daoiz y Velarde y organizó un festival con diez mil niños de las escuelas de Madrid, reunidos en torno a la bandera nacional. En estos actos resultó evidente la vocación pedagógica de los militares, que entregaron a los alumnos publicaciones sobre el Dos de Mayo. Un folleto les explicaba qué es la patria —madre simbolizada por la enseña rojigualda, a la que pertenecían también quienes hablaban otra lengua además de la española, en alusión a los catalanes— y les contaba lo acaecido en 1808, con los artilleros sumados a los madrileños contra quienes querían esclavizarlos: «si algún día vinieran enemigos a pisar otra vez el suelo de España», concluía la lección, «¿verdad que, si para entonces sois ya grandes, haréis lo mismo que el pueblo del Dos de Mayo?». Un tipo de textos que abundaba ya entre las lecturas recomendadas por las autoridades para su uso en las aulas y que solían subrayar los actos heroicos castrenses como ejemplo de conducta para una infancia ideal, dispuesta a morir por la nación[10].

La conmemoración de Madrid, orquestada de acuerdo con un «entequillo programa de festejos, parido a prorrateo entre varias ilustres personalidades», consiguió sin embargo un enorme eco popular. Las capas medias y bajas de comerciantes, artesanos y trabajadores contribuyeron en un porcentaje muy apreciable a la suscripción municipal, mientras que el pasodoble *El Dos de Mayo,* de Federico Chueca, encargado por el Círculo de Bellas Artes y dedicado al ejército, se convirtió en la música de moda que se tocaba lo mismo en los toros que en la explanada de palacio. Y, un dato reconocido por todos, los madrileños asistieron en masa a las ceremonias públicas, que eclipsaron por completo la sobria celebración del Primero de Mayo por parte de los obreros socialistas. Al éxito coadyuvó de un modo decisivo la participación del rey Alfonso XIII

---

[9] Demange, 2004, pp. 205-263. Mariano de Cavia, «Madrid ante el Centenario», *El Imparcial,* 15 (cita sobre Aguilera) y 17 de enero de 1908.

[10] *Abc,* 4 de mayo de 1908. *Dos de Mayo de 1808. A los niños de las escuelas de Madrid en el primer centenario de tan gloriosa fecha, el Cuerpo de Artillería,* Madrid, Imp. y Lit. de Bernardo Rodríguez, 1908. Un ejemplo de libro de lectura militarista, en Monedero, 1895, 1901.

a la práctica totalidad de los números previstos, lo cual infló su significado y su repercusión. Desde luego, la sola presencia del monarca obviaba la falta de altura de las élites gobernantes y dotaba a los rituales conmemorativos de una potencia simbólica y de una capacidad nacionalizadora muy notables. El mensaje llegaba a más gente, más lejos y más alto. Algo que provocaba un constante tira y afloja entre quienes deseaban llevar al rey a sus propios actos; y que conocía a la perfección Antonio Maura, empeñado precisamente en aprovechar la simbiosis latente entre la monarquía y la nación española —o por lo menos cierta idea de la misma— para integrar a todas las regiones, y en particular a Cataluña, en sus proyectos nacionales a través de las reiteradas visitas de don Alfonso, que en 1908 hizo varias a Barcelona y a otras poblaciones catalanas. Los liberales de Madrid denunciaron las supuestas intenciones mauristas de descapitalizar la capital con tanto viaje regio[11].

Pues bien, Maura no parecía de antemano muy contento con la posible participación de Alfonso XIII en las fiestas de Madrid, que no fue anunciada en los prospectos oficiales, y hasta se ausentó de la capital en vísperas del evento. Pero el rey, «muy madrileño», comprometido con *el pueblo de Madrid* y en plena sintonía con los impulsores del centenario, decidió acudir a ellas y, al decir de la prensa liberal y de algunos medios relacionados con palacio, forzó el regreso de Maura y se impuso en el rifirrafe a su presidente. Don Alfonso descubrió las lápidas en honor de los héroes, asistió a funerales por las víctimas, presidió desfiles, funciones de zarzuela y fiestas académicas, inauguró el monumento al pueblo y una gran exposición histórica. Y, sobre todo, tomó parte en algunos actos muy significativos, como la procesión cívica que, compuesta por diversos elementos sociales y por unas cuantas carrozas alegóricas, recorrió el centro de la ciudad, desde San Francisco el Grande hasta el campo de la Lealtad, donde se elevaba de antiguo el gran obelisco al Dos de Mayo. A pie y entre vítores del público que

---

[11] DEMANGE, 2004, pp. 246-256. Cita de Luis GABALDÓN, «Hace cien años...», *Abc,* 2 de mayo de 1908. Suscripción, por ejemplo, en *Abc,* 3 de abril de 1908; pasodoble, 30 de abril y 11 de mayo de 1908. El capital simbólico del rey y su manejo por parte de Maura pueden verse en HALL, 2003, y GONZÁLEZ, 2003. *El año político,* 30 de octubre de 1908.

contemplaba el espectáculo en las calles engalanadas, el rey se dio un baño de multitudes.

Pero el momento álgido llegó durante el festival escolar, cuando Alfonso XIII cogió en brazos al príncipe de Asturias, que estaba a punto de cumplir un año de edad, y le hizo besar la bandera bajo el arco de Monteleón, donde Daoiz y Velarde habían dado su vida por España. La emoción estremeció al gentío. Como si no bastara con estas demostraciones nacionalistas y dinásticas, la familia real se acercó también a Móstoles para descubrir una estatua de Andrés Torrejón, el alcalde que había lanzado el primer grito de guerra contra los franceses. Como era previsible, los monárquicos interpretaron lo sucedido como una prueba de los vínculos que unían al soberano con su pueblo, que apuntalaban sin demasiado esfuerzo la visión de las cosas del liberalismo dinástico. Según *El Imparcial,* porque confirmaba que «esta monarquía española es una monarquía democrática y popular» y que en ella el rey tan solo era «el primer ciudadano». Maura, por su parte, salía muy mal parado al atribuírsele una gran aversión a fundir corona y sociedad: Cavia llamaba a los ministros conservadores *los mamelucos de Murat.* Hasta los republicanos tuvieron que reconocer el acierto de don Alfonso, que había sabido escuchar los deseos populares, y asumieron que el inesperado triunfo revelaba la pujanza indiscutible del *alma española,* aun cuando esta se expresara para aclamar a un Borbón. «Todavía hay pueblo», concluía *El Liberal*[12].

Pese a la aparente ausencia de instrucciones gubernativas, el *centenario de la Independencia* siguió en las demás ciudades pautas muy similares: se organizaron exequias por los fallecidos en la guerra, pasacalles, bailes, procesiones cívicas o cívico-militares, repartos de ayudas a los pobres y de premios a los escolares, veladas musicales y teatrales, exposiciones de objetos históricos y homenajes a los héroes alrededor de sus estatuas, descubrimientos de lápidas y *primeras piedras* o inauguraciones de monumentos. Hubo

---

[12] El rey, en *Abc,* 25, 26 y 28 de abril, y 2-4 y 17 de mayo de 1908. La polémica sobre su asistencia a los actos del centenario, en «Más docenas de verdades», *La Correspondencia de España,* 4 de mayo de 1908. «El Rey y Maura», *El Imparcial,* 3 de mayo de 1908. «El pueblo» y «Uniformidad plausible», *El Liberal,* 3 y 4 de mayo de 1908. También *El País* y *El Siglo Futuro,* 4 de mayo de 1908.

asimismo toques de modernidad, destinados a despertar el interés de la ciudadanía: iluminaciones eléctricas, automóviles y aviones, carreras de motos o bicicletas y sesiones de cine. Solo el 2 de mayo se llevaron a cabo ceremoniales en dieciséis poblaciones importantes, pero lo normal fue que cada localidad conmemorara sus propias fechas gloriosas: a lo largo de 1908 lo hicieron por ejemplo La Coruña, Villagarcía, Gijón, Oviedo, Sagunto, Valencia, Medina de Rioseco y Bailén, que vio encogerse los ambiciosos planes iniciales; y en años sucesivos se desgranaron las correspondientes fiestas en al menos veintiocho lugares más y se elevaron varias esculturas públicas. Algunas de grandes dimensiones, como la de los héroes del Puente Sampayo en Pontevedra, de 1911, por suscripción popular y a propuesta del centro gallego de Madrid que presidía el diputado liberal Eduardo Vincenti; y la dedicada a la batalla de Vitoria, un proyecto municipal de 1913. Ambas cuajadas de personajes reconocibles, militares y paisanos, y coronadas por la bandera nacional. El patrón consistía en destacar los méritos y hazañas autóctonas en la Guerra de la Independencia, sin cuestionar su carácter de lucha española: las distintas ciudades competían entre sí por ver cuál había sido más arrojada en la epopeya patriótica. Como había pasado ya en Madrid, las identidades nacional y local, y a veces la regional, se reforzaban mutuamente en rituales que enfatizaban la cohesión de la comunidad en torno a las virtudes de los paisanos que habían bregado un siglo atrás con las tropas francesas. El ejemplo de los muertos fortalecía el espíritu cívico de los vivos[13].

En la mayoría de los lugares llevaron la batuta los ayuntamientos o los parlamentarios con influencia en sus respectivos distritos, que ejercían una especie de liderazgo comarcal, aunque en algunos tomaron la delantera asociaciones independientes. En Cádiz y Alicante, los casinos. En Valencia, la sociedad valencianista *Lo Rat Penat,* que amparó el desfile de autoridades y corporaciones con el fin de honrar al *palleter,* héroe popular de la guerra, y a los defensores de la ciudad. La superposición de identidades, con predominio en este caso de la local, se ponía de manifiesto cuando

---

[13] «El centenario en provincias», *El Imparcial,* 2 de mayo de 1908. *Abc,* 3, 4, 7, 11, 12 y 26 de mayo; 13, 22, 26 y 29 de junio, y 17 y 20-22 de julio de 1908. DEMANGE, 2007. Los monumentos, en REYERO, 1999. SMITH, 1998.

se descubrían las placas conmemorativas, escritas en valenciano: «Lo poble de Valencia en esta plassa, alsant lo crit un palleter li declara la guerra a Napoleó» o «Als héroes de la guerra de la Independencia, defensors de la ciutat». Otras veces recaía la responsabilidad en meros particulares, como en Murcia, donde un profesor montó la fiesta escolar de la bandera[14].

En Sevilla, además de las efusiones localistas de rigor, un comandante de artillería promovió que se acercaran a la feria de abril delegaciones de las *provincias* españolas, que, ataviadas con trajes típicos, desfilaron entre vivas a España y se dedicaron a bailar en sus respectivas casetas sardanas, jotas o pravianas. Todos bajo la bandera española, acompañada para la ocasión por las enseñas de los países hispanoamericanos. Un festival que dio en llamarse *España en Sevilla,* y que, según la autoridad militar, ponía de relieve que, «hijos todos de la misma raza», «sentimos al unísono con los que, en fechas remotas, supieron mantener muy altos los ideales patrióticos». De manera más o menos implícita, se trataba de responder al catalanismo agrupado desde 1906 en la Solidaritat Catalana con una especie de simbólica *Solidaridad Española* que concebía a la nación como un conjunto de regiones ensambladas. Regionalismo y nacionalismo iban del brazo. Algo similar había alentado Cavia en Madrid al sugerir que los centros regionales depositaran coronas de flores en el campo de la Lealtad, o el consistorio madrileño al solicitar, sin muchos resultados, que se sumasen a la parada carrozas en representación de las diversas partes de España. No en vano se discutió si los delegados catalanes habían aplaudido suficientemente en Sevilla el paso de la bandera nacional[15].

Lugar aparte merece por tanto Cataluña, donde el centenario revistió rasgos peculiares. En principio, también allí se recordaron los episodios gloriosos de la *guerra del francés,* nombre que los catalanes usaban más que el de Guerra de la Independencia. La principal conmemoración fue la de la victoria lograda en junio de

---

[14] Valencia, en *Abc,* 29 de junio de 1908.

[15] *Sevilla en la Guerra de la Independencia,* Sevilla, Junta de Semana Santa, Corpus y Ferias, 1908 (cita en p. 57). *El País,* 1 de mayo de 1908. AGP, C.ª 15505/3. Solidaridad Española, en *El Imparcial,* 10 de enero de 1908. Polémica, en *Abc,* 3 de mayo de 1908.

1808 por los somatenes locales sobre un ejército napoleónico en El Bruch, reivindicada por todas las fuerzas políticas de la zona, fueran o no catalanistas. Igualada montó una fiesta con fuerte contenido católico, en la que se impuso la corbata de capitán general a la bandera del Santo Cristo del somatén. La infanta María Teresa, hermana del rey, y su esposo don Fernando —que presidieron los actos, revistaron a los somatenistas de toda Cataluña y escucharon himnos y sermones patrióticos en el mismo escenario de la batalla— demostraron que no solo Alfonso XIII sino también otros miembros de la familia real tenían capacidad para vincular a la corona con la nación en ceremoniales públicos, reforzando de paso el orden social al recibir en Manresa, entre banderas catalanas y españolas, las ovaciones de los obreros de las fábricas. Esta última ciudad consiguió además que el gobierno Maura patrocinara la construcción de una escuela-modelo para honrar la efeméride con una «obra de verdadero patriotismo y amor a nuestra España». Más tarde se produjo un conflicto en torno a dónde debía ubicarse la estatua en honor de *los mártires de la Independencia española,* si en el Bruch, como querían los paisanos y quienes habían iniciado una suscripción *nacional,* o en la montaña de Montserrat, donde se pretendía celebrar, junto con aquellos hechos heroicos, la proclamación de la virgen como patrona del somatén, la milicia tradicional catalana. Al final se impuso esta última opción, que descafeinaba el contenido españolista y lo recatolizaba, sancionada con acuerdo del monarca[16].

En Barcelona, sin embargo, los intentos de revivir lo ocurrido un siglo atrás resultaron minoritarios y pobres. Ya en 1909, las fuerzas conservadoras de la ciudad consiguieron homenajear a los *beneméritos de la patria* ejecutados por el invasor y dedicarles una capilla en la catedral. Pero el paisaje político barcelonés, y una buena porción del catalán, estaba dominado por partidos catalanistas que rechazaban tanto el carácter nacional de la guerra como la francofobia que conllevaba. Sus reticencias debilitaron la conmemoración de los sitios de Gerona, uno de los mitos perennes del españolismo, que solo

---

[16] Toledano González y Rubí i Casals, 2007. José Aladern, «Crónica catalana», *Nuestro Tiempo,* núm. 116 (agosto de 1908), pp. 188-200. *Abc,* 9-11 de junio de 1908. AM, L316/5 (cita en petición del alcalde de Manresa, 11 de diciembre de 1907) y 16.

jaleaban a nivel local militares y carlistas. Y es que, frente al primer centenario de 1808, el catalanismo tenía preparada otra conmemoración alternativa: los setecientos años del nacimiento del rey Jaime I de Aragón, convertido por sus admiradores en padre de la nacionalidad catalana, fundador de las libertades municipales y creador de un imperio capaz de alimentar las esperanzas del catalanismo novecentista y hasta de inspirar a los republicanos federales[17].

Las celebraciones en honor a Jaume I incluyeron viajes del Centre Excursionista catalán a Mallorca, una estatua situada en el enlace entre la Barcelona medieval y la reforma que rompía el casco —«el siglo XIII y el XX en contacto, no solo material, sino moralmente»— y, lo más llamativo, una cabalgata histórica, con participación del ejército, que no lograron suspender ni las bombas que estallaron en su recorrido. Tarragona, por su parte, preparó un panteón de reyes de la *confederación catalano-aragonesa* —«el Escorial de Cataluña»— para enterrar al Conquistador. A diferencia de lo ocurrido en otras zonas, aquí ciertos círculos oponían con claridad patriotismo catalán y nacionalismo español. Pues bien, lo curioso y revelador es que, en contraste con la cicatería que desplegaba ante otros proyectos conmemorativos, Antonio Maura, mallorquín y entusiasta del monarca aragonés, animó y apoyó con dinero público su centenario. Lo consideraba, eso sí, «uno de los fundadores de la unidad nacional que preparó conquistando para la España cristiana los reinos de Mallorca, Valencia y Murcia». El gobierno alentó las celebraciones fuera de Cataluña, aunque sin mucho eco, y reeditó crónicas y documentos. Estaba claro que su idea de nación bebía más de la imagen de un rey benévolo que gobernara sobre un conjunto de territorios autónomos, que del espectáculo truculento de las masas populares alzándose en armas contra un emperador. Algo que además convenía a su estrategia política inmediata: sacar adelante la ley de reforma de la administración local, que contemplaba la formación de mancomunidades provinciales, con el sostén del catalanismo moderado[18].

---

[17] MICHONNEAU, 2002, pp. 179-194; y 2005. «Alocució de la junta organisadora de la conmemoració del primer centenari de la Guerra de la Independencia a Barcelona», AM, L317/8.

[18] José ALADERN, «Crónica catalana», p. 194. *La Ilustración Española y Americana*, 8 de julio de 1908. Centenario de D. Jaime, AM, L305/17 (citas de nota oficial, s. a., y de «copia de la carta dirigida a los sres. alcaldes... por la comissió executiva

Como era previsible, los comportamientos de Maura frente a las conmemoraciones enfrentadas indignaron al españolismo liberal y demócrata. Los republicanos comparaban el centenario de la independencia, memoria viva de la nacionalidad española, con las traicioneras y apolilladas honras a *la momia del rey Don Jaime,* y acusaban al gobierno y a los catalanistas de agarrarse a una celebración para aguar la otra. Cavia ironizaba: «perdone el *gloriós En Jaume...,* que más de cerca nos tocan y nos interesan los héroes y los mártires de 1808»[19]. Por aquellas mismas fechas tomaba cuerpo una alianza de las izquierdas monárquicas y republicanas forjada para plantar cara al proyecto conservador de ley antiterrorista, cuyos recortes a la libertad de expresión hicieron ponerse a los periódicos liberales a la cabeza de la protesta. Una movilización que sirvió de origen al *bloque de las izquierdas* antimaurista y que coincidió asimismo con el fortalecimiento de la memoria liberal-progresista del siglo XIX, asociada o no con el centenario. Pues aquel 1908 los veteranos milicianos nacionales de Madrid desfilaron lo mismo el Dos de Mayo que tras las exequias por los revolucionarios muertos en julio de 1854; se celebró en algunas ciudades el *jubileo de la libertad,* que en la capital adquirió la forma de un homenaje de tintes masónicos y anticlericales a Juan Álvarez Mendizábal, el ministro de la desamortización eclesiástica, cuya efigie en la plaza del Progreso saludaron los niños de las escuelas laicas; se trasladaron los restos del jefe radical Manuel Ruiz Zorrilla a un panteón en Burgos y hubo concentraciones en recuerdo del general progresista Juan Prim en Reus, su ciudad natal[20].

Más aún, ese mismo año se descubrió en Madrid un imponente monumento a Emilio Castelar, presidente de la Primera República en 1873, construido gracias a una amplia suscripción en la que participaron más de mil ayuntamientos y varios comités europeos y latinoamericanos. Los emigrantes españoles en Argentina y México,

---

del VII Centenari del Conqueridor», febrero de 1908). También *La Época,* 6 de abril de 1908.

[19] «La momia del rey Don Jaime y el Centenario de la Independencia», *El País,* 9 de abril de 1908. «Añoranzas catalanistas», *El Liberal,* 13 de abril de 1908. Mariano de CAVIA, «Actualidad», 29 de abril de 1908.

[20] *Abc,* 2 de mayo, 11 y 14 de junio y 30 de julio de 1908. *El Imparcial,* 28 de julio de 1908.

entre los cuales abundaban los republicanos y la influencia castelarina resultaba patente, habían contribuido al esfuerzo colectivo de la mano de notables comprometidos con la causa como el periodista Antonio Atienza y el empresario Telesforo García. Se trataba de una estatua pensada como apoteosis de la oratoria, del liberalismo avanzado y también de la patria, que, según los promotores, se hallaba en peligro de ruptura. La asistencia del gobierno en pleno a la inauguración subrayó el significado de Castelar como gloria nacional, lo mismo que la propuesta para llevar sus restos al Panteón de Hombres Ilustres, gestos que no mitigaron sin embargo el potente mensaje izquierdista que emitía el monumento coronado por las figuras de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. En el aniversario de la revolución de septiembre de 1868, que se conmemoró tras muchos años de desidia, decenas de miles de manifestantes —otra vez *el pueblo* de Madrid, con los jefes liberales al frente— marcharon por la principal avenida de la capital, desde el obelisco del Dos de Mayo hasta la estatua de Castelar. De esta manera, 1808 y 1868 se enlazaban en el plano simbólico con 1908 para reforzar la identidad de los herederos del progresismo, sumergidos en una batalla contra *la epidemia clerical y doctrinaria*. La pugna por la memoria nacional constituía una parte substancial del conflicto político[21].

No obstante, el actor social más entregado a la conmemoración de la Guerra de la Independencia fue el ejército, que inició y protagonizó buena parte de los fastos del centenario. Su identificación con España, como baluarte de su unidad, no ofrecía dudas a nadie, más aun cuando su ataque violento contra el catalanismo había ocasionado en 1906 la aprobación de la ley de jurisdicciones, que cedía a los tribunales castrenses ciertos delitos de opinión, y el advenimiento de la Solidaritat Catalana. Militares hubo en la dirección de ceremonias cívicas como las de Madrid o Sevilla, pero las distintas armas celebraron asimismo sus propios rituales corporativos. La más activa fue la artillería, que no dejó un momento de vanagloriarse de Daoiz y Velarde, los cuales merecieron, además de las esculturas que ya tenían en sus lugares natales y en la capital,

---

[21] *Abc*, 6 y 7 de julio de 1908. *El Imparcial*, 5 de julio y 28 de septiembre de 1908. *El Liberal*, 5 de julio y 29 y 30 de septiembre de 1908. *El País*, 21-30 de septiembre de 1908. García Sebastiani, 2011.

una nueva estatua en Segovia; y no se quedó atrás la infantería, que tuvo su festejo en el alcázar de Toledo con un recuerdo para sus héroes el teniente Ruiz y el cadete Vázquez, compañeros de los artilleros en el parque de Monteleón, entre vivas a la unidad nacional. En ambos casos disfrutaron del respaldo de Alfonso XIII, siempre dispuesto a atender los deseos de los cuarteles. La infantería también sacó del olvido a otro de sus miembros, el capitán Moreno, pasado a la guerrilla y ejecutado por los franceses en 1810, para proporcionar a su pueblo natal de Antequera (Málaga) una gloria local durante el centenario. Así, los militares se presentaban como eje del levantamiento contra Napoleón, lo cual no dejaba de distorsionar la historia, pero en lo fundamental compartían el enfoque secularizado y populista del nacionalismo liberal. Es decir, creían en un «íntimo consorcio del pueblo con el ejército». Todavía, como el propio monarca, no habían entrado en la deriva autoritaria de tiempos posteriores[22].

Tierra de mártires y héroes

Si el primer centenario de la Guerra de la Independencia admitió lecturas muy variopintas —institucionales, partidistas, locales, corporativas—, todos los hilos que tejió la conmemoración se entrelazaron en la ciudad de Zaragoza. La buena marcha de los festejos zaragozanos, los únicos que contaron con la ayuda financiera del gobierno, hizo que concitaran todas las energías disponibles y que atrajesen los conflictos —y los acuerdos— que se movieron en torno al evento. Para los nacionalistas interesados en estas cuestiones, Zaragoza encarnaba en toda su plenitud a la patria española, tanto por el reflejo de sus grandezas pasadas —en los sitios de 1808 y 1809 «una sola ciudad fue España toda», afirmaba *El Liberal*— como por las posibilidades del presente, ya que a través de la capital de Aragón se expresaban, decían, las esperanzas de la nación entera. Los más

---

[22] *Abc*, 6 de mayo de 1908. *El año político*, 14 de julio de 1908. *El Imparcial*, 15 de julio de 1908. DEMANGE, 2007. *Los Sitios de Zaragoza. Homenaje de los generales franceses y españoles a los héroes de la Independencia*, Madrid, Biblioteca *Ateneo*, 1908 (cita del general Luque, p. 93).

exigentes pensaban que solo Zaragoza estuvo a la altura que requería la magna celebración, y lo cierto es que la vivió con una intensidad inusitada, que reactualizó en ella los mitos patrióticos y los derramó sobre una miríada de espacios conmemorativos[23].

La historia de la conmemoración de los Sitios se había iniciado en el mismo año de 1809, cuando la junta suprema del reino había ordenado que el estado reconstruyera los edificios públicos destruidos por la batalla y erigiese un monumento «para memoria perpetua del valor de sus habitantes». Pese a que las Cortes de Cádiz lo ratificaron en dos ocasiones, el decreto no se cumplió durante el resto del siglo XIX. En realidad, la capacidad evocadora de Zaragoza se demostró bastante escasa, pues en toda la centuria solo levantó una estatua, la del religioso ilustrado Ramón Pignatelli, aunque hubo numerosas propuestas de fabricar recordatorios a los héroes de la independencia, casi todas a cargo de particulares. Lo cual revela tanto el interés de algunos zaragozanos por el asunto como la incapacidad de las autoridades, enfangadas en los vaivenes políticos y la falta de recursos, para responder a él. Hubo que esperar a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, ya bajo la Restauración, para que los proyectos monumentales empezaran a cuajar. Uno de especial importancia, aunque sin relación con los Sitios, fue el dedicado a la institución del Justiciazgo, símbolo de las libertades de Aragón desmochadas por la monarquía absoluta, que adquiría todo su sentido en el contexto de las discusiones acerca del derecho foral suscitadas en torno a la elaboración del código civil, y que denotaba la emergencia de un cierto regionalismo aragonés. En cuanto a la saga antifrancesa, las iniciativas que empujaron la remembranza correspondieron a varios actores: en 1893, el ministro liberal Segismundo Moret pidió al ayuntamiento que exigiera al estado sus obligaciones para ir preparando el centenario; mientras que al año siguiente hizo lo mismo la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, dominada por los elementos conservadores y católicos de la ciudad. Moret representó un papel decisivo porque poseía la doble condición de diputado por Zaragoza y *primate* del Partido Liberal, es decir, porque podía trasladar

---

[23] «Zaragoza», *El Liberal*, 18 de febrero de 1908. *El Imparcial*, 19 de abril de 1908. *Faro*, 3 de mayo de 1908.

las demandas locales al centro que tomaba las decisiones políticas y realimentar así su influencia electoral y la de sus seguidores. La Económica, por su lado, sirvió de cauce a las inagotables actividades de Florencio Jardiel, deán de la catedral y alma del programa memorístico nacional-católico[24].

Ambos sectores, liberal y católico, entraron desde entonces en una dinámica acumulativa que aunaba dos componentes: de una parte, la colaboración encaminada a alcanzar los objetivos localistas que ambos compartían, y, de otra, una feroz competencia por controlar el proceso conmemorativo e imponer sus propias ideas sobre las del otro. En principio, las filas católicas tomaron ventaja y movilizaron más energías sociales. Por ejemplo, en la construcción de otro gran monumento identitario: el consagrado a los Mártires de la Religión y de la Patria. Obsérvese el orden de los factores, que daba preferencia a la fe sobre la nación. Porque el deseo de rendir culto a los héroes de 1808 fue reformulado por la Económica para enlazar el recuerdo de los Sitios con el de los *innumerables* cristianos ejecutados en la ciudad durante la persecución del emperador Daciano en el siglo IV. La estatua en cuestión debía evocar a la antigua cruz del Coso, alzada varias veces en honor del martirio y derribada primero por los franceses y después por los liberales, y ubicarse en la plaza de la Constitución, que comunicaba el centro histórico con el ensanche. Y había de pagarse a través de una suscripción popular en la que participasen todas las clases sociales, fundidas en esta «empresa a la vez religiosa y patriótica», obra de «verdadera restauración» que recuperaba todas las glorias zaragozanas del nacional-catolicismo. Aunque la suscripción no cubrió el total de los gastos, así se hizo, y la escultura de Agustín Querol, que vio rechazado su primer boceto por no colocar una cruz en la cima, se adaptó al pedido: la fe, en forma de ángel, sostenía ante la cruz a un mártir/héroe vestido de baturro, el prototipo rural aragonés. En octubre de 1904, con solo un día de diferencia, se descubrieron tanto esta estatua como la del Justiciazgo, situada en otra plaza, la de Aragón, a la que se accedía por el paseo de la Independencia. A los dos actos se asociaron delegaciones de la antigua corona ara-

---

[24] MARTÍNEZ VERÓN, 1984 (cita en p. 199). JUAN GARCÍA y ARRUGA SAHÚN, 2003. BLASCO IJAZO, 1955. Sobre el Justicia, BRINKMANN, 2002.

gonesa, aunque en el segundo no hubo presencia eclesiástica. Con ello, Zaragoza iniciaba el siglo empapada de memoria[25].

El centenario de los Sitios avanzó de igual manera desde 1901. Un concejal conservador propuso entonces colocar un monumento cada año y recordar al estado su deuda. Pero fue de nuevo la Sociedad Económica la que tomó las riendas de la organización desde la junta magna creada al efecto en 1902, que agrupó a las fuerzas vivas con Jardiel de vicepresidente y sede en sus locales. La disputa se estableció entre quienes, como el deán, querían depender en exclusiva de sorteos de lotería autónomos, y quienes en cambio, como el entorno liberal del *Heraldo de Aragón,* preferían que los ingresos manaran de las arcas estatales y confiaban más bien en la intermediación de Moret. Puede decirse que este último encabezó un auténtico grupo de presión en el parlamento y en los círculos gubernamentales de Madrid. Por fin, en 1906 el gobierno liberal comenzó a cumplir las disposiciones de las Cortes de Cádiz y tramitó las normas necesarias para —en palabras del ministro demócrata Amalio Gimeno— «encarnar en Zaragoza todo el heroísmo de aquella epopeya». Una ley de enero de 1907, en vísperas de la caída de los liberales, arbitró que, sirviéndose de la lotería nacional, el estado entregara 2,5 millones de pesetas a la junta organizadora del centenario para cumplir su programa, compuesto sobre todo de nuevos edificios públicos, estatuaria y una exposición. Puede compararse esta cifra con las 75.000 pesetas que recaudó el ayuntamiento de Madrid para el Dos de Mayo. Los conservadores de Maura mantuvieron estos moldes y se limitaron a poner al frente de la ejecutiva, como comisario regio, al gobernador civil, quien, junto con el alcalde también designado por el ministerio, garantizaba el control gubernativo del calendario[26].

De manera que las fiestas de 1908 pudieron celebrarse con desahogo. El hilo conductor que las atravesó fue sin duda el homenaje a los héroes y heroínas, a aquellos zaragozanos que —escribía un general— «nos legaron tan altos ejemplos de entereza, desinterés y consagración a la Patria». Sus hazañas, según el discurso

---

[25] Blasco, 1955. Juan García y Arruga Sahún, 2003, p. 174. La contraposición de ambos monumentos, en Forcadell, 1997.

[26] Actas del ayuntamiento, la junta magna y la RSEAAP reproducidas en Martínez Verón, 1984. *DSC*, 19 de diciembre de 1906, p. 4726. Ley de 22 de enero de 1907.

dominante, demostraban las virtudes eternas de una nación capaz de afrontar de nuevo altas empresas. La prensa local y los conferenciantes ocasionales repasaban una y otra vez estas vidas ejemplares y señalaban a sus personajes favoritos, pues había dónde escoger. Para probarlo, Zaragoza se pobló de lápidas que fijaban su memoria en los lugares donde habían vivido y actuado, inscribiendo en ellas la leyenda *La Patria y la Ciudad agradecidas,* con el fin de evidenciar que todos los componentes de la comunidad habían contribuido con su esfuerzo unánime a conformar su mejor legado histórico. En el panteón figuraban desde luego varios militares, con el *caudillo* de la plaza sitiada —el general José Palafox— al frente, pero había también nobles, como la desprendida condesa de Bureta o el regente de la Audiencia Pedro María Ric, que no había prestado vasallaje al invasor; hacendados como Mariano Cerezo, guía de combatientes; y campesinos como *el tío Jorge,* el héroe del barrio del Arrabal, organizador de una compañía de labradores. Al descubrimiento de cada placa asistieron representaciones de los grupos sociales —y hasta de los cuerpos de ejército— correspondientes. Otros protagonistas, como el ardoroso orador escolapio padre Boggiero y el sacerdote Santiago Sas, jefe de escopeteros, merecieron una cruz aparte en el puente donde habían sido ejecutados[27].

Sin embargo, las que se llevaron la palma fueron *las heroínas,* hijas del pueblo que resumían las virtudes de la raza como Manuela Sancho, Casta Álvarez y, por encima de cualquier otra, Agustina Zaragoza, *Agustina de Aragón,* objeto de un culto cívico y un monumento sobresalientes. La excepcional circunstancia de una ciudad sitiada había sacado a las mujeres del sitio natural que se les asignaba, el hogar, para sumarse a la defensa colectiva. Pero Agustina, al pie del cañón en su momento de gloria, reproducido por todos los mecanismos disponibles durante décadas, se había erigido en símbolo del patriotismo español de los aragoneses, un icono nacionalista más que reconocible y una de las pocas europeas

---

[27] *Obelisco histórico en honor de los heroicos defensores de Zaragoza en sus dos sitios (1808-1809) por D. Mariano de la Sala Valdés y García Sala, general de brigada, correspondiente de la Real Academia de la Historia,* Zaragoza, M. Salas, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo, 1908, p. 5. *Lo que la Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal Ciudad de Zaragoza, recuerda en más de sesenta inscripciones lapidarias, todas visibles desde la vía pública,* Zaragoza, La Cadiera, 1995.

elevadas a esa categoría. Aunque el reparto habitual de papeles de género le adjudicara, como hacía una zarzuela estrenada en vísperas del centenario, motivos amorosos para explicar su valentía[28]. En sus dos visitas a la ciudad, en junio y octubre, Alfonso XIII dedicó buena porción de su tiempo a estos ciudadanos modélicos, y no solo fue de lápida en lápida y de estatua en estatua, sino que presidió a pesar de la lluvia la procesión cívica que trasladó en junio los restos de las heroínas a un nuevo mausoleo y que quiso representar a la sociedad íntegra, de las asociaciones obreras a las patronales, con un lugar especial para las niñas que no cesaban de cantar el himno del Centenario: «Recuerdos sagrados, / Memorias benditas, / Que arriba en el cielo / dejaron escritas / La fe y el valor...». Aquellos actos de reconocimiento valieron a don Alfonso, como los de mayo en Madrid, comentarios muy positivos y un éxito para la nacionalización de la monarquía[29].

Los ceremoniales llevaban grabado el sello de la Iglesia, que se empleó a fondo en la tarea de impregnarlo todo de catolicismo. Era parte de una campaña de recristianización del país que servía de origen y de espejo a la oleada anticlerical de principios de siglo, con expresiones recurrentes en Zaragoza. Por ejemplo, en la inauguración del monumento a los mártires, que algunos saludaron cantando *La Marsellesa*. La reacción católica estaba dirigida por el arzobispo Juan Soldevila, un personaje muy próximo a Antonio Maura, de quien se declaraba «admirador y amigo» y con el que mantenía acuerdos electorales. No era solo que los eclesiásticos desempeñaran funciones rituales en la conmemoración, jaspeada de funerales y bendiciones, sino que, como hacía Florencio Jardiel, dibujaban las programaciones y aprovechaban las circunstancias para lanzar los mensajes adecuados a su ofensiva. Es decir, aquellos que equiparaban el patriotismo con la protección de los intereses de la Iglesia. Así lo hizo el mismo Jardiel, ante el rey, en las solemnes exequias por las heroínas, cuando habló de la defensa del hogar, de la escuela cristiana y del cemente-

---

[28] Castells Oliván, Espigado Tocino y Romeo Mateo, 2009. Shubert, 2012. La zarzuela era *Agustina de Aragón*, de Sebastián Alonso Gómez, estrenada en Zaragoza en junio de 1907.

[29] *El Gancho*, octubre de 1908, pp. 7 (cita) y 16-20. *El Noticiero*, 16 de junio de 1908.

rio —frente a las amenazas del matrimonio civil, la escuela laica y la secularización— y anunció la llegada de un nuevo ejército invasor «de ideas disolventes caldeadas en el fuego de aquella ya vieja impiedad que incubó la más audaz de las revoluciones», un ejército de malhechores, materialistas insaciables, «meretrices y sofistas» cuya victoria supondría la pérdida de la nación española. Pero esa derrota «no será, porque este es el baluarte de la fe religiosa coronado por el Santo Pilar». Zaragoza constituía un obstáculo insalvable para los enemigos de la católica España. «Así comprendo yo —sentenciaba el deán— este patriótico Centenario»[30].

Y es que la Iglesia disponía en Zaragoza de un capital simbólico de enorme envergadura, la virgen del Pilar, centro de varias identidades superpuestas en forma de cebolla: la zaragozana, la aragonesa, la española y la hispanoamericana. Su aparición *en carne mortal* al apóstol Santiago, evangelizador de la Península Ibérica, integraba uno de los relatos míticos más repetidos del catolicismo español. Lo cual se combinaba con la protección que le habían atribuido los defensores de Zaragoza durante los Sitios, a la que aludía la jota más famosa del repertorio local: «la virgen del Pilar dice / que no quiere ser francesa / que quiere ser capitana / de la tropa aragonesa...». La asociación entre el Pilar y la Guerra de la Independencia parecía tan obvia que el diario *Abc* convocó en 1908 un concurso de poesías dedicadas a la virgen y a España. De modo que los religiosos tenían muy fácil asociar efusiones patrióticas con devoción mariana y advertían de los peligros que acarrearía su abandono, como hacía un jesuita: «¡Ay de vosotros si de vuestros corazones se borra la Virgen del Pilar!... Quizás cuando vengan nuevos Napoleones veréis como las Zaragozas nuevas les abren las puertas». Las jerarquías eclesiásticas consiguieron que la basílica fuera declarada monumento nacional en 1904 y coronaron a la virgen en 1905. El paisaje sagrado del Pilar simbolizaba la resistencia de antaño y la del presente, con campañas que movilizaban a la creciente sociedad civil católica en sus combates contra el liberalismo secularizador y laicista[31].

---

[30] Salomón, 2002. Cartas de Soldevila a Maura, AM, L9/10 (la cita en una de 1 de febrero de 1907). El sermón, en *El Noticiero,* 16 de junio de 1908.

[31] El padre Vilariño, en *El Gancho,* octubre de 1908, p. 6. *Abc,* 30 de enero y 25 de marzo de 1908. Ramón Solans, 2014, pp. 193-237.

Conforme se acercó el centenario proliferaron los planes para realzar el templo pilarista de una manera extraordinaria. Como los del arquitecto Félix Navarro, quien ideó una columnata que lo rodeaba de glorias españolas y americanas, y una gigantesca cúpula con héroes zaragozanos y vírgenes regionales culminada por una bola del mundo luminosa, señal del emplazamiento del santuario nacional. Parecido, pero más barato, era el proyecto finalmente realizado con donativos que recogieron parroquias y damas, la iluminación del Pilar, diseñada de acuerdo con un complejo programa simbólico: junto con las alusiones a la virgen y a los héroes se hacían otras al carácter cristiano de Aragón —la cruz de Íñigo Arista, su primer rey— y de España —más cruces, como las de San Jorge y Santiago, y las flores que representaban a los mártires españoles—; y se coronaban las torres —donde sobresalían las fechas 1808 y 1908— con dos potentes focos de barco, cedidos por el piadoso marqués de Comillas, cuyos haces de luz evidenciaban a kilómetros de distancia el papel de la virgen como faro de la grey cristiana. En 1908, el Pilar era visita obligada para los miembros de la familia real, que nada más pisar la ciudad acudían a postrarse ante la imagen, y a él se dirigieron numerosas peregrinaciones regionales y una mundial en septiembre. La imagen recibió, de real orden, los honores de capitán general, bien ganados durante los Sitios[32].

Para cerrar el año, los católicos de diecinueve repúblicas hispanoamericanas ofrecieron sus banderas nacionales —otra vez las banderas, como en Sevilla, pero ahora bendecidas por el papa Pío X— a la *Pilarica*. Pues su fiesta, el 12 de octubre, era también la fecha del descubrimiento, y el Pilar acogía el acto como un homenaje a la *madre patria* española por haber llevado la fe verdadera al otro lado del Océano Atlántico. Era la culminación de un plan animado por el obispo chileno Ramón Ángel Jara, un activista ultramontano que hizo de la reivindicación hispanista un arma afilada contra liberales, revolucionarios y protestantes en América.

---

[32] *El Monumento a los Sitios con el templo del Pilar de Zaragoza según el plan del arquitecto don Félix Navarro*, Zaragoza, Impresor de M. Salas, Impresor del Excmo. Sr. Arzobispo, 1906. *Centenario de los Sitios de Zaragoza. Homenaje a la Santísima Virgen del Pilar. Grandiosa iluminación de su Santo Templo Metropolitano*, Zaragoza, Mariano Salas, impresor del Excmo. Sr. Arzobispo, 1908. *El Noticiero*, 20 de mayo de 1908.

Tras un intento fallido de canonizar a Colón en el cuarto centenario de su gesta, en 1892, su hispanismo se convirtió en el reverso del que alentaban los devotos ultramarinos de Castelar. Se trataba de reivindicar el imperio, la monarquía, la lengua y, por supuesto, la herencia religiosa de España. En noviembre de 1908, las enseñas quedaron instaladas en el Pilar como pago por las «joyas que dejó caer sobre la cuna de ese nuevo continente la soberana de Castilla»; es decir, en recuerdo de Isabel la Católica, la reina que había financiado con sus alhajas los viajes colombinos. Unos meses después, una bandera española completó la colección. Desde entonces, la virgen no hizo sino ensanchar su proyección como emblema de la comunidad transnacional hispánica, aprovechado durante décadas por el nacionalismo español más conservador[33].

El relato católico concebía la Guerra de la Independencia como un capítulo más en una historia de España cuajada de episodios memorables para la fe cristiana, heredero de la Reconquista y de la evangelización de América. Pero a su lado mostraba una vitalidad extraordinaria el mito patriótico popular, en el que la religión solo cumplía un papel accesorio. Una narración que entroncaba más bien con otras leyendas heroicas como las de Sagunto y Numancia, precedentes de los Sitios porque en esos asedios, de cartagineses y romanos, se habían inmolado también los primitivos españoles. El centro del escenario lo ocupaba el pueblo, celoso de su libertad. En lo tocante a la epopeya antinapoleónica, la manufactura y difusión de este mito debía mucho a los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós, que propagaron desde las últimas décadas del siglo XIX su imagen más aceptada. En 1908, los periódicos liberales reeditaron los *Episodios* por entregas y se publicó una versión resumida de la primera serie, la que cubría el conflicto, para que los niños asimilaran el pasado. La revista bonaerense *España* regalaba también el tercero, *El 19 de marzo y el 2 de Mayo*. Galdós, «el Homero de nuestra guerra de Troya», adquiría así la categoría de «reconstituidor de la vida nacional» o de «sembrador de patriotis-

---

[33] Carta de Soldevila a Maura, 24 de noviembre de 1908, AM, L9/10. RAMÓN SOLANS, 2017, cita en p. 236. El significado de la virgen del Pilar en el nacional-catolicismo, que se prolongó hasta la época de Franco, en CENARRO, 1997, y DI FEBO, 2002, pp. 39-47.

mo» frente a la desidia gubernativa. El propio escritor, consciente de sus potencialidades nacionalizadoras, se prestaba gustoso a la labor y, por ejemplo, redactó la alocución que promulgó el alcalde de Madrid para animar las fiestas del Dos de Mayo[34].

En cuanto a los Sitios, estrenó en junio su ópera *Zaragoza,* basada en el *Episodio* del mismo nombre, donde dramatizaba lo ocurrido en 1808-1809 a través de las peripecias de un exseminarista que, torturado por su amor imposible con la hija de un *judío* usurero y antipatriota, luchaba con los defensores de la ciudad hasta el fin. Galdós llegó a la representación acompañado de los directores de *El Imparcial* y *El Liberal* y obtuvo un éxito clamoroso, delirante cuando sonó la jota que ponía el colofón. Pocos días después, en el Teatro Pignatelli se estrenaba una pieza frívola titulada *Episodios Nacionales* y Galdós viajaba a Barcelona, donde se le rindió un homenaje con gritos de viva España y viva la libertad para contestar a separatistas y clericales. Su significación política no resultaba un secreto para nadie, pues era diputado republicano en el Congreso y participaba en los mítines de las izquierdas contra Maura[35].

Esta misma interpretación liberal-populista predominaba, no sin matices, en los dos monumentos de gran tamaño inaugurados en 1908. Uno se consagró a Agustina Zaragoza, aunque contenía relieves de las otras heroínas, y la presentaba vestida de artillera en actitud desafiante y erguida sobre su cañón. Su autor era Mariano Benlliure, uno de los escultores más afamados del país y especialista en estatuas conmemorativas, que se había empeñado durante años en ofrecer este tributo a la mujer aragonesa, acogido con amplio entusiasmo, aunque hubo quien criticó que no se la mostrase como la mujer del pueblo que había sido sino en atuendo militar. El otro, mucho más aparatoso, era el célebre monumento a los Sitios prometido desde 1809, que constituyó una de las obras más logradas de Querol y fue muy ponderado por su calidad artística y por transmitir emociones

---

[34] AGUILAR FERNÁNDEZ, 1997, 1999. Citas en *El País,* 21 de enero y 21 de abril de 1908, y *El Liberal,* 18 de febrero de 1908. *España* (Buenos Aires), 2 de mayo de 1908. *Abc,* 14-15 de marzo de 1908.

[35] *Abc,* 5-7 de junio de 1908. El judío galdosiano de *Zaragoza* representaba al elemento anti-nacional —véase PÉREZ GALDÓS, 1874, 2001, pp. 73-76—, lo cual contrasta con el filosemitismo de otras novelas galdosianas que recoge ÁLVAREZ CHILLIDA, 2002, pp. 164-165.

patrióticas al público. Sobre una gran escalinata, en movimiento ascendente, se representaban cuadros de los Sitios con Agustina y el cañón, los zaragozanos sosteniendo una puerta que se caía por el empuje del enemigo, las mujeres en marcha y las ruinas de la ciudad. En la cumbre, una noble matrona —en general identificada con Zaragoza, aunque también con España— velaba sobre sus abnegados hijos. La virgen del Pilar solo aparecía difuminada al fondo de una escena y lo que resaltaba en el conjunto era «ese tropel de gentes que escalan un ideal, esa mezcla de edades, sexos y clases de los defensores». Es decir, el bendito pueblo, verdadero héroe de la guerra nacional. Tanta figura femenina despertó cierta inquietud entre los que veían la gesta aragonesa como algo esencialmente viril, y algunos militares echaron de menos una estatua separada para Palafox, pero la aceptación social de los monumentos, descritos día a día por la prensa y descubiertos ambos por los reyes tras sendos discursos nacionalistas de Moret y Maura, no ofrece dudas[36].

El pueblo, una vez más, se convertía en la estrella de la función conmemorativa. Y el pueblo lo encarnaba en la Zaragoza de entonces la presencia ubicua del baturro, el tipo popular moderno que resumía las virtudes aragonesas —nobleza, fidelidad, desprendimiento, alegría y hasta cierta tozudez— y que se ponía al servicio de una especie de localismo nacionalista. El arquitecto católico Navarro, muy aficionado a los símbolos, propuso reconstruir la Torre Nueva, uno de los emblemas desaparecidos de los Sitios, y colocarle encima un super-baturro de ocho metros que sostuviera en una mano el escudo de la patria y en el otro el estandarte pilarista, una especie de *labriego Cristo*. Por fortuna, se impuso el buen gusto y la torre de los Sitios no llegó a edificarse, pero los baturros aparecieron en todos los monumentos importantes: en brazos de la fe, ofreciendo una rama de laurel a Agustina o a los pies de la matrona Zaragoza, casi siempre con un *guitarrico* y a punto de cantar la jota. El idealizado campesino aragonés representaba lo mismo

---

[36] Juan García y Arruga Sahún, 2003. G. García Arista, «Agustina de Aragón era una mujer del pueblo», *El País*, 1 de marzo de 1908. M. de Samos, «El monumento de Benlliure. Agustina tiene derecho a su uniforme», *El País*, 29 de marzo de 1908. Uvencio, «Querol y Benlliure», *Revista Aragonesa*, 4-7 (julio-octubre de 1907), pp. 305-307 (cita en p. 305).

que los chisperos y las manolas en el caso de Madrid: el pueblo eterno, dispuesto a morir por su tierra[37].

Cabe preguntarse por último hasta qué punto se implicaba en las conmemoraciones otro pueblo más tangible, el de los habitantes de Zaragoza en 1908. La gente asistía a funciones teatrales, ceremonias y exhibiciones de fuegos artificiales dedicadas a los héroes, en una urbe llena de banderas y de músicas relacionadas con la efeméride. Y participaba asimismo en los festejos de algunos barrios como el de la parroquia de San Pablo, donde la enseña nacional se colocaba en arcos triunfales y en lo alto de una torre, se giraban excursiones por los escenarios de los Sitios y se cantaba el *Gloria a España* de Clavé. Los niños, según el director de una escuela de la zona, se habían conmovido tanto al desfilar por las calles, que estaban dispuestos a emular el comportamiento de los héroes si hacía falta. Otras parroquias condujeron procesiones cívico-religiosas al monumento de los mártires, que disfrutaba de un continuo uso ritual, y vivieron algunos de los momentos culminantes del nacional-catolicismo zaragozano: en la de San Carlos, cuando se alzaba a Dios, en plena misa, sonaba la *Marcha real,* explotaban bombas y se izaban enseñas nacionales. Del barrio se pasaba sin dificultad a la ciudad, a la región y a la nación; de la patria chica a la patria grande. El *zaragozismo* y el aragonesismo no se oponían al españolismo, sino que, al contrario, lo reforzaban de forma rotunda[38].

El triunfo del nacionalismo regeneracionista

Pues bien, el patriotismo retrospectivo del centenario estuvo acompañado en Zaragoza por un pujante nacionalismo prospectivo. Si algunos pensaban sobre todo en revivir las proezas del pasado, otros muchos distaban de conformarse con el recuerdo y preferían aprovechar la oportunidad que ofrecían las fiestas de 1908 para impeler la modernización del país. La modernidad se asociaba, en círculos sociales bastante amplios de finales del siglo XIX y comien-

---

[37] Félix Navarro, «La Torre de los Sitios», *Revista Aragonesa,* núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), pp. 287-292.

[38] *El Gancho,* octubre de 1908, pp. 22-28.

zos del XX, con un desarrollo económico basado en la aplicación de los avances científicos a la agricultura, la industria y el comercio. La España que había sufrido el *Desastre,* una nación atrasada, debía ponerse al día y acercarse a sus vecinos más prósperos, es decir, *europeizarse* mediante una fórmula que consistía, en palabras del liberal aragonés José Gascón y Marín, en frecuentar «el Trabajo guiado por la Ciencia». Conceptos que se completaban con la paz, que favorecía el progreso, y la fraternidad entre los pueblos, aliada de la cooperación mercantil. Si los héroes del pasado se habían batido el cobre entre las ruinas para defender la independencia nacional, los del presente se dedicaban a trabajar para hacer avanzar a su patria y «conquistar su independencia económica». Así que no bastaba con descubrir monumentos y organizar desfiles, sino que la conmemoración tenía que dejar algo útil, algo que perdurase, que mostrara todo lo alcanzado hasta ese momento y los caminos abiertos para progresar en el futuro. Afirmación de identidad y búsqueda de horizonte. Siguiendo las pautas establecidas en todo el mundo occidental desde mucho antes —pesaba el ejemplo de París y el centenario de la Revolución Francesa en 1889—, y tras los fracasos de intentos locales anteriores, 1908 podía contemplar en Zaragoza una gran exposición[39].

Los promotores del certamen pertenecían a diversos ámbitos de la ciudad. Por ejemplo, conservadores y católicos incluyeron en sus propuestas iniciales una o varias exposiciones, desgajando a veces una muestra histórico-artística de la propiamente industrial. Al final se fusionaron ambas como uno de los capítulos fundamentales del centenario, pero quienes se hicieron cargo de su ordenamiento fueron los miembros de la llamada *generación de 1908* que, procedentes del comercio, la industria, la prensa y la Universidad, compartían los valores del liberalismo. Entre ellos descollaba la figura de Basilio Paraíso, que, más allá de la sombra protectora y algo lejana de Moret, ejercía un liderazgo inequívoco entre los elementos avanzados y servía de contrafigura

---

[39] La primera cita, de Gascón, en *Revista Aragonesa,* núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), p. 261, y la otra, de Basilio Paraíso, en PAMPLONA ESCUDERO, 1911, p. 176. JIMÉNEZ ZORZO, MARTÍNEZ BUENAGA, MARTÍNEZ PRADES y MARTÍNEZ VERÓN, 2004. Para exposiciones y centenarios, véase el capítulo 1.

a la del activista católico Florencio Jardiel. De hecho, la división básica de la sociedad zaragozana quedó plasmada en la imaginación ciudadana como un enfrentamiento entre ambos personajes: los «dos amos de Zaragoza», los llamaba el intelectual —también aragonés— Joaquín Costa. Paraíso tenía a sus espaldas una larga experiencia empresarial y política: por una parte, como fabricante de espejos e inversor en los sectores punteros de la economía urbana y comarcal, las industrias eléctricas y azucareras; por otra, como jefe del republicanismo progresista y diputado ocasional. *Self made man* a la aragonesa, compendiaba mejor que nadie el crecimiento económico de Zaragoza, que superó al iniciarse la centuria los 100.000 habitantes, y el arraigo electoral que disfrutaban los republicanos, con mayoría en el ayuntamiento desde 1904. Y, ante todo, Paraíso había acaudillado desde la presidencia de la Cámara de Comercio local el movimiento *regeneracionista* que, justo después de la derrota del 98, había expresado en toda España la protesta de las *clases productoras* contra la política caciquil, tenida por corrupta, parásita y despilfarradora. Aunque, siempre moderado, colaboraba con las fuerzas monárquicas cuando le parecía conveniente y solía apoyar a Moret en las elecciones. Para el entorno de Paraíso, la exposición de 1908 significaba la victoria póstuma de aquella movilización noventayochista de las *masas neutras*, pues reflejaba su patriotismo emprendedor y auténtico y demostraba que, a la postre, España había reaccionado ante la desgracia y se hallaba en vías de redención[40].

Partidario desde el comienzo de dar al centenario un sesgo práctico que redundase en beneficio de las clases populares, don Basilio se hizo con el control de la exposición en 1907, después de aprobada la asistencia estatal. No recorrió un camino de rosas, ya que tuvo que librar varias escaramuzas con sus enemigos, los hombres del conservadurismo católico, alerta ante el relieve que adquiría un republicano. La primera estalló a propósito de la misma naturaleza de la muestra cuando Paraíso, presidente de su comité

---

[40] La *generación de 1908*, en Fernández Clemente, 2002. La cita de Costa, en Peiró, 2008, p. 51. Serrano García, 1997, p. 355. *El Imparcial*, 16 de junio de 1908. García Lasaosa, 1984. Pamplona Escudero, 1911, p. 176. Miguel S. Oliver, «Mirando a Zaragoza», *Revista Aragonesa*, núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), pp. 3-5.

ejecutivo, propuso que se adjetivara *hispano-francesa* e incluyese una representación de la vecina república. Su lógica resultaba aplastante, porque el certamen había de trocar la guerra antigua por la paz y el comercio modernos, y las relaciones con Francia ocupaban un puesto insoslayable en cualquier apertura española al exterior. Además, las clases mercantiles aspiraban a transformar Zaragoza en un nudo de comunicaciones entre el sur de Francia y buena parte de la Península Ibérica a través de un túnel internacional bajo la frontera del Pirineo. Sin embargo, la comisión ejecutiva del centenario, feudo de los conservadores, sintonizaba mejor con la francofobia que creía del todo inapropiada la invitación, pues las honras a los héroes de los Sitios no podían compartirse con los herederos de los sitiadores. Esta postura se enraizaba en una honda prevención contra el republicanismo francés, radical y laicista, de cuyas leyes huían aquellos años oleadas de religiosos que llegaban a territorio español.

Cuando encontró resistencias, el combativo Basilio Paraíso decidió echar un pulso a la comisión del centenario y dimitió de su cargo, lo cual, al evidenciar que solo él podía liderar los esfuerzos de la burguesía zaragozana, le valió una victoria y la total autonomía en su cometido. Sus deseos coincidían asimismo con los del ala menos clerical del gobierno Maura, encabezada por el ministro de Fomento, Augusto González Besada, que declaró oficial el certamen franco-español y le dio el empujón definitivo. De modo que todo avanzó según las previsiones de Paraíso, quien hizo cuanto pudo para captar la cooperación de Francia. Una actitud comparable a la de los países hispanoamericanos que invitaron a España, la antigua metrópoli, a participar en las fiestas centenarias de sus respectivas independencias dos años más tarde. La oferta aragonesa encontró tantas dificultades que la presencia gala quedó reducida a un discreto pabellón con unos cuantos productos, de maquinaria agrícola, industrias como el automóvil o mercancías de los grandes almacenes parisinos y de las colonias. Pero con eso bastaba para justificar las visitas de autoridades extranjeras —encabezadas por el ministro francés de Comercio— y, lo que era más importante, para ratificar el mensaje progresista de unión transpirenaica, repetido en discursos, carteles, diplomas y anuncios: como decía el álbum oficial de la exposición, «las banderas unidas para recordar una fecha de odio feroz y lucha

enconada son de una significación que puede condensarse en una frase: ¡Progreso!»[41].

A continuación, los conservadores zaragozanos quisieron retrasar la muestra para que no coincidiera con las ceremonias del centenario, pues a su juicio era preciso «distinguir los llamados propiamente festejos, en los que el alma nacional conmemora sus antiguas glorias, *de* la exposición, que ostenta aquel otro carácter de reciprocidad de afectos con la nación vecina». No debía mezclarse, como deseaban las izquierdas, el ejemplo de los héroes con las promesas de solidaridad internacional. La maniobra llegó demasiado tarde, pero en el mismo año de 1908 volvió a producirse un rifirrafe a cuenta del viaje a Zaragoza de Alfonso XIII, un asunto que tomó relevancia nacional porque la prensa de Madrid lo enarboló como arma contra Maura. Mientras los liberales, monárquicos o republicanos, querían que el rey acudiera a la inauguración del certamen hispano-francés en la fecha prevista, el 1 de mayo, los católicos presionaron para que no fuese hasta que coincidiera con una fecha significativa de los Sitios como el 15 de junio, día de la batalla de las Eras, una de las más humillantes para el ejército francés.

Esta vez se impusieron las derechas gubernamentales. Al acto inaugural asistió el infante don Carlos y Alfonso XIII, comprometido en mayo con los festivales madrileños, no visitó la capital aragonesa hasta junio, de manera que se separaron con claridad ambos eventos. Los periódicos liberales acusaron a Maura de reducir al mínimo los pasos regios en Zaragoza y de discriminarla frente a Barcelona. No obstante, el monarca se detuvo con largueza en la exposición, lo cual sirvió de inmejorable publicidad a los expositores, y la casa real hizo caso al insistente Paraíso. En octubre don Alfonso volvió con la reina, y también estuvieron otros miembros de la familia como la reina madre y la infanta Isabel. El rey era para los liberales *el primer ciudadano de la nación, el primer español,* y en Zaragoza se mostró además como *el primer expositor,* según rezaba un cartel luminoso.

---

[41] Martínez Verón, 1984, p. 183. Eduardo Ibarra, «El Centenario de los Sitios y los estudios históricos», *Revista Aragonesa,* núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), p. 268. *Heraldo de Aragón,* 29 de mayo y 1, 4, 6, 7, 12 y 17 de junio de 1907. Pamplona Escudero, 2011, pp. 293-321. Martínez Herranz, 1991. Cita en *Álbum oficial descriptivo de la Exposición Hispano-Francesa. Zaragoza 1908,* Barcelona, Tipografía Castillo, 1908, p. 4. Los centenarios americanos, en el capítulo 3.

De sus palacios salieron muchos objetos para ser expuestos y hubo un pabellón de los reales patrimonios centrado en las labores agrícolas, pues a Alfonso XIII le agradaba sobre todo presentarse como *el primer labrador de España*. El soberano se sumaba a la tarea porque se consideraba «encarnación de todos los sentimientos de este noble pueblo que se honra honrando a sus héroes y siente al contemplar su pasado y el vigor de la raza, verdadera ansia de engrandecimiento y de progreso, beneficios tan solo reservados al trabajo, a la unión y a la fe». A su manera, también él era un regeneracionista[42].

Como otras exposiciones, la de 1908 conllevó una operación urbanística de fuste. En este caso había de expandirse el casco de Zaragoza incorporándole los terrenos de la Huerta de Santa Engracia, donde se levantó la muestra, como una pieza fundamental del ensanche. Por lo pronto se construyeron en ella, con los fondos estatales, tres grandes edificios públicos, los únicos permanentes de la exposición. Uno, el dedicado a museo de bellas artes y museo comercial, lo diseñó Ricardo Magdalena, un famoso arquitecto que se dedicó a recuperar las técnicas artesanales de la región, en un estilo neo-renacentista que recordaba el de los palacios aragoneses del siglo XVI. Otro, el destinado a escuelas de artes y oficios, industrias y comercio, fue concebido por Navarro como una construcción neo-mudéjar —estilo considerado no solo regionalista, sino también, en algunos círculos, puramente español— que coronaba una especie de torre Eiffel sobre una crestería con escudos en la que se leía la palabra España. Sus muros se recubrieron de lápidas con los nombres de los defensores militares y civiles de Zaragoza, una referencia que multiplicaba el monumento a los Sitios, plantado en mitad del recinto. El tercero, de mucha menor talla, sería ocupado por La Caridad, una institución benéfica con solera. Las demás edificaciones tenían un carácter efímero y en ellas predominaba el modernismo decorativo típico de estos concursos, aderezado con alegorías de la ciencia y el trabajo[43].

---

[42] Cartas y notas, AM, L311/17 (cita de una nota anónima, pero probablemente del gobernador civil, de 10 de julio de 1907). *El Imparcial,* 22 y 24 de abril, 26 de mayo (cita) y 21 de junio de 1908. *El Liberal,* 26 de abril de 1908. *Abc,* 15-17 de junio y 23 de junio de 1908. Cartas de Paraíso y otra documentación, en AGP, C.ª 15502/2, cita en nota s. a.

[43] PAMPLONA ESCUDERO, 1911. MARTÍNEZ VERÓN, 1984. La polémica sobre el neomudéjar, en ARAGUAS, 2000.

Pese al nombre de la muestra, los expositores procedían en su mayor parte de distintas zonas de España y constituían un *inventario nacional.* «España entera se ha venido a Zaragoza», afirmaba con rotundidad el *Abc.* Era la *España productora* que le gustaba citar a Paraíso, en la que menudeaban las industrias agroalimentarias. Había algunas instalaciones espectaculares, como la de dieciocho metros de Altos Hornos de Vizcaya o la de *La Veneciana,* empresa de don Basilio, que tenía hasta góndola. Pero las que definían mejor los contenidos se situaban en el pabellón de Fomento, con los adelantos de los ingenieros; y en el de la alimentación, donde se disponían harinas, aceites, vinos, licores, mantequillas y dulces. Algunos escaparates y la publicidad de las compañías asociaban sus productos con los héroes y lugares de la memoria de los Sitios, y había por ejemplo un monumento a los mártires de chocolate y una puerta del Carmen, testimonio en ruinas de la batalla, de azúcar. Los nacionalistas interpretaban la abundancia de establecimientos como una prueba de que España se emancipaba de la tutela extranjera[44].

El público acudía en masa a recorrer los paseos y a disfrutar de atracciones de feria como las barcas aéreas, el cinematógrafo y el *Ilusiorama,* un juego de espejos. Llegaron forasteros y visitantes ilustres, aunque lo más destacado fue el interés del pueblo por asociarse, decía un incondicional, «a la vigorosa manifestación de riqueza patria». Hubo numerosos abonados y se dieron entradas gratuitas para los niños de las escuelas y de la beneficencia y para todos los obreros de la ciudad, que tuvieron el detalle de no ponerse en huelga durante los preparativos. Muchas mañanas, los campesinos «afluían a la capital desde todos los extremos de la región» y «veíanse a los lugareños con sus trajes típicos, formando grupos de familias enteras, que iban de un lado para otro». Por la noche era el turno de la sociedad elegante zaragozana, que se reunía en torno a los conciertos y a los bailes del Gran Casino, lo cual no pasó desapercibido a los guardianes de la moral. El arzobispo Soldevila provocó una agitada polémica en julio de 1908 cuando denunció la combinación de juegos de azar y descoco femenino en

[44] Cita en *Abc,* 17 de octubre de 1908. Para lo demás, véase la nota siguiente.

un ambiente contaminado por el vicio. Los liberales salieron en defensa del honor de las damas que frecuentaban la exposición y la cosa no fue a más[45].

Los católicos, ya que no podían controlar el certamen, intentaron colonizarlo con exposiciones parciales. Por un lado, el arzobispo patrocinó una gran muestra *de arte retrospectivo* que reunió piezas provenientes de las diócesis aragonesas y de otros puntos de la geografía eclesiástica, algunas muy valiosas. Según el catedrático y escritor Juan Moneva, los políticos liberales habían establecido durante cien años que en Zaragoza solo contaban Agustina y *el tío Jorge* —«feminismo y democracia», decía— y ya era hora de enseñar al mundo que Aragón, antes de la Guerra de la Independencia, llevaba siglos siendo una rica monarquía y un bastión del alma ibérica. El sentir dominante pretendía que extranjeros y españoles, al contemplar tamaña acumulación de joyas, admiraran las dimensiones del patrimonio histórico nacional. Desde el punto de vista del nacional-liberalismo en boga, esta iniciativa había de servir, como afirmaba el periodista José Valenzuela, para evitar expolios, conservar lo heredado y ponerlo al servicio del pueblo y de la industria a través de las artes aplicadas. En general, la exposición retrospectiva se ensalzó mucho más que la de arte moderno, donde hubo obras de un abanico de autores que iba desde los regionalistas aragoneses hasta el catalán Ramón Casas y los vascos hermanos Zubiaurre, o la de objetos del periodo de los Sitios, bastante más pobre que la de Madrid, aunque custodiada, como ella, por soldados vestidos de época. En segundo término, los propagadores del culto a la virgen del Pilar quisieron construir un pabellón mariano que dominase en altura a los demás y acumularon estandartes e imágenes para subrayar que la regeneración solo era posible si era católica[46].

---

[45] Enrique SERRANO FATIGATI, «Una visita a Zaragoza durante la Exposición», *Revista Aragonesa,* núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), pp. 23-26 (cita en p. 25). PAMPLONA ESCUDERO, 1911 (cita en p. 111). Anselmo GASCÓN DE GOTOR, «Centenarios de los Sitios de Zaragoza. Exposición hispano-francesa», *Nuestro Tiempo,* núm. 117 (septiembre de 1908), pp. 298-322. *El Noticiero,* 18 de julio de 1908. *Diario de Avisos de Zaragoza,* 20-22 de julio de 1908.

[46] PAMPLONA ESCUDERO, 1911, pp. 203 y ss. J. VALENZUELA LA ROSA, «La Exposición de Arte Retrospectivo», *Revista Aragonesa,* núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), pp. 249-255. Mariano BASELGA, «La exposición mariana», *Revista Aragonesa,* núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), pp. 106-109.

Hubo también algunas secciones innovadoras, como la de economía social, donde dejó su huella el *nuevo liberalismo* intervencionista que, superando el *laissez faire* clásico, proclamaba la necesidad de fomentar acuerdos sociales y de mejorar la vida de los trabajadores con el fin de impedir la extensión de la lucha de clases. Gascón y Marín reflexionaba sobre la coyuntura española tras el *Desastre* y concluía que, como la supremacía de las grandes naciones se asentaba sobre los avances sociales, la conmemoración de la guerra de 1808 debía atender a estos problemas. Por eso se invitó a instituciones públicas y privadas a presentar sus acciones en el terreno de la política social y el auxilio mutuo, es decir, en la consecución de la armonía y la solidaridad. Acudieron más de doscientos expositores, aunque los liberales que idearon esta primera muestra española lamentaban el poderío abrumador de las asociaciones católicas y la práctica ausencia de las socialistas[47].

En otro campo relevante, el educativo, la pobreza de las escuelas españolas se reflejó en la de sus delegaciones. El impulso regeneracionista se notó más en las actividades que completaron la exposición, como los múltiples congresos que acogió Zaragoza a lo largo de 1908. Los hubo muy dispares, algunos católicos como el mariano y el de la *buena prensa* lanzada contra la *prensa impía,* uno histórico internacional sobre las guerras napoleónicas y unos cuantos corporativos, de secretarios municipales o de peritos mercantiles. La fe en los saberes científicos, en esa «santa Independencia de que gozaríamos si lográramos anular las trabas que nos hacen prisioneros de la incultura, del atraso y de la rutina», se expresó a través del congreso nacional pedagógico, que trató asuntos —como la formación de los maestros y la inspección— fijados por los hombres de la Institución Libre de Enseñanza en la agenda del regeneracionismo; del primer congreso antituberculoso universal celebrado en España y del primer congreso nacional de la asociación para el progreso científico fundada por Moret, don-

---

[47] Suárez Cortina, 2000. Gascón y Marín, «El museo de economía social. La Universidad ante el Centenario», *Revista Aragonesa,* núm. 4-7 (julio-octubre de 1907), pp. 258-261. Adolfo Á. Buylla, «La sección de economía social», *Revista Aragonesa,* núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), pp. 114-121.

de José Echegaray deseó que Zaragoza fuese «la Covadonga de la historia de nuestras ciencias». Los afanes de progreso material se plasmaban en la primera asamblea nacional de sociedades económicas de amigos del país, con un programa muy conservador; en el congreso agrícola nacional, donde habló de cuestiones sociales agrarias José Canalejas, representante del *nuevo liberalismo* en España; en el primer congreso internacional del turismo, centrado en la búsqueda de acuerdos hispano-franceses; y en el de la exportación, que la proponía como remedio a la sangría de los emigrantes. Para terminar, un congreso africanista prefiguró las expediciones comerciales a Marruecos que se llevarían a cabo enseguida, por Paraíso y Valenzuela entre otros, como avanzadilla de la *penetración pacífica* en la nueva aventura colonial española. El hecho de que la mayoría de las reuniones se realizase por primera vez da cuenta de las energías que liberó el centenario[48].

La Exposición Hispano-Francesa, que tuvo que prorrogarse a causa del éxito que trajo consigo medio millón de visitantes, se clausuró con un acto que, según los organizadores, sintetizaba su significado: la *fiesta de la familia aragonesa.* En ella se dio rienda suelta al aragonesismo más genuino, poblado de baturros y jotas, pero dejando claro que «el amor regional... corría cual río fecundo hacia la entraña de la Patria grande, intangible y una». En realidad, el regionalismo aragonés en ciernes se definía por su fidelidad a España y por su oposición al catalanismo. Era, a ojos de los nacionalistas españoles, un *regionalismo bueno* que, a diferencia del *malo,* no caía en egoísmos insolidarios ni se ponía por encima de los demás, sino que laboraba, sufrida y calladamente, por engrandecer a la patria común de todos. Aragón se convertía en la cara de una moneda en cuya cruz figuraba Cataluña; y lo mismo le pasaba a Zaragoza con Barcelona. Y no es que hubiera falta de comunicación. El certamen franco-español recibió una nutrida participación catalana, con las factorías textiles de Sabadell, caravanas automovilísticas, orfeones y las obras del museo barcelonés de arte moderno en una sala especial. Pero, cuando

---

[48] UVENCIO, «En torno al Centenario de los Sitios», *Revista Aragonesa,* núm. 1 (abril-diciembre de 1907), pp. 117-121 (cita en p. 118). Echegaray, en *Abc,* 30 de octubre de 1908. PAMPLONA ESCUDERO, 1911, pp. 343 y ss. GARCÍA LASAOSA, 1984.

se entraba en el terreno político, enseguida saltaban chispas. Las autoridades de Barcelona arribaron para inaugurar la sala modernista y fueron muy agasajadas, pero, a los postres de uno de los banquetes, un concejal republicano de Zaragoza las obligó a pronunciarse sobre el separatismo. El catalanista conservador Josep Puig i Cadafalch teorizó sobre las diversas nacionalidades y razas que componían España, y el alcalde barcelonés, el republicano Albert Bastardas, respondió: «Habláis de separatistas, ¿por qué no habláis de los separadores?» Y ahí quedó todo, aunque se había hecho patente la hostilidad entre catalanistas y españolistas. En resumen, editorializaba *El Imparcial,* «la raza aragonesa *era* el más firme baluarte de la integridad nacional»[49].

Además de superávit en las arcas de sus promotores, la exposición dejó una inmejorable impresión entre quienes la contemplaron. Zaragoza, que con ella marcaba su renacer cívico, le dedicó un último monumento que coronaba un león, símbolo de la ciudad y de España, guiado por dos niños en representación del arte y del comercio y custodiado por un busto de Paraíso que la modestia del empresario republicano impidió colocar. Hubo quien comparó a don Basilio, por los beneficios que derramaba sobre los zaragozanos, con la virgen del Pilar. Para los comentaristas que desde Madrid glosaban lo sucedido, aquello era lo mejor que se había hecho en el país desde, quizás, el certamen universal barcelonés de 1888. El centenario de la gloriosa francesada auguraba una era de avance nacional guiado por la cultura y el trabajo, en la que todos los españoles, desde las clases populares hasta el rey, cumplirían con sus obligaciones patrióticas. Zaragoza, según la prestigiosa revista *Faro,* desmentía a «la musa agorera de ruinas y desolaciones» y demostraba que toda España estaba progresando, con dificultades pero de manera inequívoca. Su ejemplo cundió y se anunciaron otras exposiciones para 1909 en Valencia y Santiago de Compostela. Unos días después del cierre de la muestra aragonesa se inauguraron las obras del túnel internacional

---

[49] Pamplona Escudero, 1911 (cita en p. 159). «Zaragoza», *El Imparcial,* 19 de abril y 24 de octubre (cita) de 1908. «El regionalismo bueno. Rumbos patrióticos», *El Imparcial,* 23 de julio de 1908. Cita en J. Pérez Carrasco, «El Ayuntamiento y los periodistas de Barcelona en la Exposición», *Revista Aragonesa,* núm. 16-21 (julio-diciembre de 1918), pp. 127-132.

de Canfranc, el sueño de una generación que uniría por fin a España con el resto de Europa a través de Aragón[50].

* * *

De modo que Maura dijo no, pero otros muchos respondieron que sí, que merecía la pena celebrar el centenario de la Guerra de la Independencia. La actitud del gabinete conservador se explica en parte por sus compromisos con Francia y por su alergia a las masas, aunque los factores decisivos se relacionaban con la búsqueda de aliados en el campo catalanista, que tenía sus propios planes conmemorativos para aquel año. Sin embargo, los liberales, republicanos o monárquicos, convirtieron el centenario en una muestra de vitalidad nacional tras el 98 y en aglutinante de la oposición a Maura. No por casualidad, Segismundo Moret, jefe del liberalismo gubernamental, apadrinó las fiestas, sobre todo las de Zaragoza, y en Zaragoza inició también, con un sonado discurso en el otoño de 1908, la campaña del *bloque de las izquierdas*. Nunca estuvieron tan cerca dinásticos y antidinásticos, juntos en la prensa y en la calle para defender una idea de nación que, pese a sus discrepancias sobre la forma de gobierno, compartían en lo fundamental.

Lo llamativo es que los radicales convergieran con la asistencia del rey Alfonso XIII y de la familia real, que se volcaron en los festejos y derrocharon la capacidad de nacionalización que poseía la corona; y con la del ejército, erigido en fortaleza de la integridad patria frente a los peligros centrífugos. El centenario movilizó además a múltiples elementos de la sociedad civil —periódicos, círculos, asociaciones, sociedades de amigos del país—, a los emigrantes españoles en América y a las autoridades locales, que entraron en una puja patriótica. Con afán educativo y nacionalizador, las fuerzas vivas edificaron monumentos, señalaron memoriales en la geografía urbana, organizaron toda clase de eventos e implicaron en ellos a los niños. En ausencia de una centralización al estilo francés, las conmemoraciones se dispersaron

---

[50] Juan García y Arruga Sahún, 2003. *Revista Aragonesa,* núm. 16-21 (julio-diciembre de 1908), pp. 144-150. «Por las provincias. Toda España progresa», *Faro,* 25 de octubre de 1908, p. 5. *Abc,* 21 de julio y 8 de diciembre de 1908.

por el territorio, pero confluyeron en los mismos objetivos. Aunque la voluntad de ciertas élites políticas quedase en entredicho y no se instituyera una verdadera fiesta nacional, abundaron los proyectos nacionalizadores y la efeméride obtuvo un notable eco entre un público que a grandes rasgos se identificaba con los mitos nacionalistas.

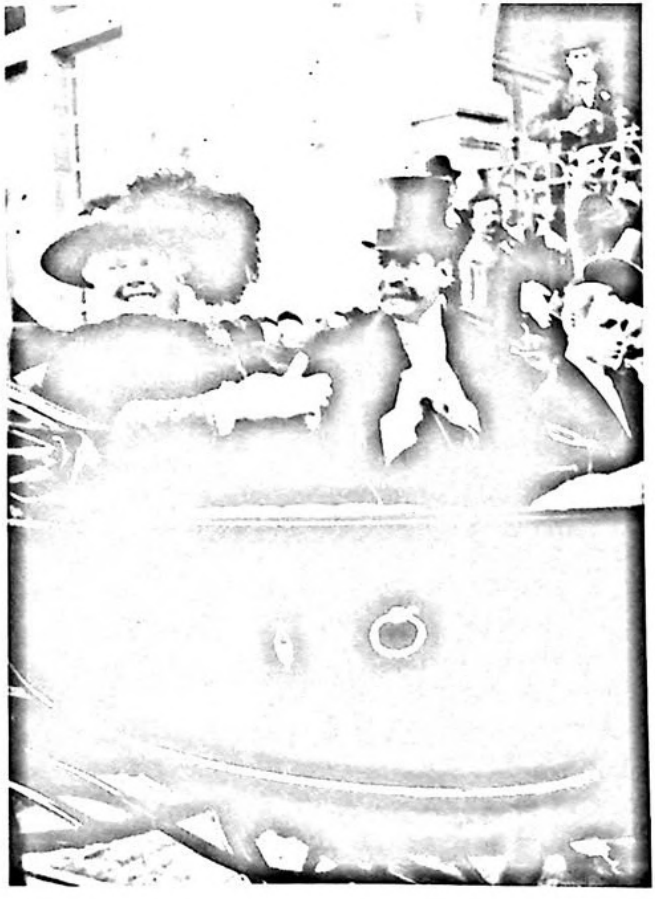
La concepción de la memoria nacional como un campo de enfrentamiento y negociación entre fuerzas políticas y sociales diversas encuentra un banco de pruebas ideal en la ciudad de Zaragoza, sometida en 1908 a intensas actividades conmemorativas. A juicio de Galdós, una autoridad en materia de sentimientos nacionales, aquella era la única parte de España que aún sostenía un patriotismo de primer grado. Allí chocaban por lo menos dos versiones del nacionalismo español, la católica y la liberal, desdoblada esta última entre el recuerdo a los héroes populares y la vocación regeneracionista que sublimó la Exposición Hispano-Francesa. Por un lado se fundían patria y religión, por otro se elevaba al pueblo a los altares cívicos, se comprobaba la vigencia de sus virtudes y se anunciaba un futuro de progreso. La Iglesia contaba con un gran apoyo en el tejido ciudadano y las élites liberales dependían en mayor grado de los organismos públicos, pero estas últimas lograron sus principales objetivos. Cada bando con sus propias conexiones internacionales, uno con la América hispana y el otro con Francia. No obstante, ambos adversarios coincidieron en los rituales que sacralizaban el orden social y escenificaban la unanimidad comunitaria. El exacerbado localismo que hacía de motor en la conmemoración, adobado con un regionalismo incipiente, disfrutaba de una envidiable salud, lo cual vigorizaba a la identidad nacional española. Algo similar a lo que ocurría en otras zonas de España, salvada alguna excepción como Cataluña, donde las identidades ya habían comenzado a escindirse. El aragonesismo zaragozano equivalía pues, en sus expresiones más frecuentes, a un españolismo anticatalanista que buscaba raíces en los Sitios y se encarnaba en las baturradas. Por decirlo con una jota: «Si ves el mapa de España / y buscas nuestra región / verás que le corresponde / el puesto del corazón»[51].

---

[51] Benito PÉREZ GALDÓS, «La esfinge del Centenario», *El País*, 2 de mayo de 1908. Jota de Miguel de Samos, *El Gancho*, octubre de 1908, p. 2.

Capítulo 3

RECONQUISTAR AMÉRICA PARA REGENERAR ESPAÑA



La infanta Isabel de Borbón, en Buenos Aires, con el presidente José Figueroa Alcorta, 1910.
Foto: Archivo Histórico de la Nación, República Argentina.

«... la actualidad nos brinda con una ocasión alta, solemne, *única* tal vez, de reconocernos, de estimarnos, de afirmarnos como nación y como raza».

Blanca DE LOS RÍOS[1].

En marzo de 1910, el profesor Rafael Altamira regresó de un largo viaje transatlántico, después de haber visitado seis países americanos y pronunciado trescientas conferencias. Al llegar a España encontró un recibimiento apoteósico: en La Coruña primero, luego en Santander y en Alicante, las multitudes lo aclamaban, lo abrazaban las autoridades y se sucedían las recepciones, los brindis y los paseos triunfales. Los escolares cántabros arrojaron sobre el héroe flores y ramas de laurel. Sus paisanos alicantinos lo hicieron hijo predilecto, dieron su nombre a una calle y hasta le ofrecieron un escaño en las Cortes. Los periódicos lo llamaban «reconstructor del alma nacional» y hablaban de la «reconquista de América», casi siempre calificada de moral o espiritual. Intelectuales y políticos aplaudieron sus informes en el Ateneo de Madrid, la Unión Ibero-Americana y la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tres de las principales instituciones culturales de la capital. Tras pasar por León, el periplo culminó en Oviedo, cuya Universidad le había encargado fomentar el intercambio académico y donde los homenajes se prolongaron durante un mes. Lo que había comenzado como una iniciativa universitaria —«en nobles vísperas del Centenario

---

[1] Blanca de los RÍOS DE LAMPÉREZ, «Afirmación de la raza ante el Centenario de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas», *Unión Ibero-Americana*, 28 de febrero de 1910, pp. 26-34 (cita en p. 28).

de la Independencia de la América Española», según la primera circular del rector ovetense— se había convertido en un acontecimiento político. Para coronar estos éxitos, el rey Alfonso XIII lo condecoró y le concedió dos audiencias, en las que el catedrático republicano relató al monarca las impresiones de su gira y le expuso un completo programa de acción con el fin de multiplicar los vínculos con América, asumido de inmediato por el gobierno. A juicio de Altamira, esta bienvenida demostraba que el pueblo español se daba perfecta cuenta de la importancia del problema americano, decisivo para el porvenir de la patria[2].

De conferencias, embajadas y banquetes

Por las fechas en que Altamira volvió a España, la prensa de Madrid especulaba sobre la composición de la embajada extraordinaria que, por orden del ejecutivo, debía acudir a las fiestas del centenario de la independencia argentina, en mayo de aquel mismo año. Tenían que figurar en ella las fuerzas vivas de la política, el pensamiento, las artes, las ciencias y las letras. Se trataba de responder a la invitación, de estar a la altura del evento y de mostrar lo mejor del país. Para encabezarla el rey designó, tras la negativa de su cuñado el infante don Carlos —mal visto por las izquierdas a causa de su pasado tradicionalista—, a su tía la infanta Isabel de Borbón, hermana de su padre Alfonso XII. Apodada *La Chata,* era uno de los personajes más populares de la familia real y combinaba, en un característico tono aristocrático y castizo, los rígidos rituales cortesanos con numerosas labores caritativas y con la presencia asidua en corridas de toros y verbenas madrileñas. Sus funciones resultaban excepcionales, pues solo representaba al monarca, no al gobierno.

La embajada propiamente dicha la presidía el diplomático Juan Pérez Caballero, un prohombre del partido liberal sin ex-

---

[2] *Abc,* 1, 4 y 5 de abril de 1910. «Dos Españas», *Heraldo de Madrid,* 3 de abril de 1910. «La reconquista de América», *El País,* 16 de abril de 1910. ALTAMIRA, 1911, 2007, pp. 5 (cita) y 263-266. Santos M. CORONAS, «Altamira: de la cátedra de Historia del Derecho a la Historia de las Instituciones Políticas y Civiles de América», en http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46894929101145619532279/p0000001.htm.

periencia en los asuntos americanos, pero con un notable peso político, que acababa de abandonar la cartera ministerial de Estado al caer el gabinete de Segismundo Moret y formarse el de José Canalejas, su máximo rival dentro del liberalismo dinástico. Premio de consolación que descartaba opciones más brillantes barajadas por los periódicos, como la del orador republicano moderado Melquíades Álvarez o la del jefe conservador Antonio Maura. Por lo demás, la misión se componía de militares y de una síntesis aproximada de la cultura oficial: tras la renuncia del escultor Mariano Benlliure, que pretextó problemas de salud, quedaron el escritor Eugenio Sellés, de la Real Academia Española; el ingeniero e inventor Leopoldo Torres Quevedo, de la de Ciencias; el también ingeniero José Eugenio Ribera, delegado del Ministerio de Fomento; y el pintor Gonzalo Bilbao. Y, a su lado, periodistas de cuatro diarios monárquicos (*La Época, El Imparcial, La Correspondencia de España* y *Abc*), encargados de divulgar los méritos de la empresa. No embarcaron con ellos representantes de los trabajadores ni tampoco el gran orgullo de la nueva ciencia española, el premio Nobel de Medicina Santiago Ramón y Cajal, como habían propuesto varios opinantes, pero sí lo hicieron, por sus propios medios, mensajeros de algunos ayuntamientos, cámaras de comercio y asociaciones americanistas[3].

La acogida que dio Buenos Aires a la embajada de la infanta Isabel causó asombro en los medios españoles, sobre todo en los diarios y revistas ilustradas que consumían las clases medias. Los adjetivos caían en cascada: grandiosa, colosal, delirante, memorable. Las noticias y fotografías certificaban la magnitud de las demostraciones públicas de afecto, el protagonismo de los emigrantes españoles y la relevancia otorgada a la embajadora, siempre en un lugar de honor junto al presidente de la república, José Figueroa Alcorta. Se publicaban detalles sobre los monumentos, las funciones teatrales, los bailes de gala y las paradas militares[4]. No era la

---

[3] *Abc*, 6 y 24 de febrero de 1910. *El País*, 8 de febrero de 1910. *El Imparcial*, 5 de marzo de 1910. *El Liberal*, 23 de mayo de 1910. Carta de la infanta Isabel a Alfonso XIII, 27 de febrero de 1910, AGP, C.ª 12800/7. RD de 12 de abril de 1910.

[4] Véanse, por ejemplo, *El Imparcial*, 20 de mayo de 1910. *Abc*, 8 de junio de 1910. *Blanco y Negro*, 22 de junio de 1910. *La Ilustración Artística*, 27 de junio de 1910. *La Ilustración Española y Americana*, 30 de junio de 1910.

primera vez que se enviaba una representación de ese tipo a América, puesto que en 1893 la infanta Eulalia de Borbón, otra de las tías de Alfonso XIII, había viajado a Chicago para visitar la exposición universal organizada con motivo del cuarto centenario del descubrimiento. Su viaje había provocado una notable polémica a causa de la mala educación de Eulalia, cuyos desplantes habían ofendido a los anfitriones. En cambio, el éxito de su hermana mayor superó todas las expectativas[5].

El gran éxito de Isabel, unido a las constantes presiones de los gobiernos implicados, condujo al envío de tres misiones extraordinarias más a otros tantos centenarios hispanoamericanos: México y Chile en septiembre de 1910 y Venezuela en julio de 1911. A México se mandó al capitán general Camilo García de Polavieja, marqués de Polavieja, de madre mexicana y uno de los militares con más protagonismo en la historia política reciente, que había gobernado las colonias de Cuba y Filipinas antes de 1898 y después se había postulado como espadón regeneracionista, católico y proclive a los intereses catalanes. Para Chile se pensó en José Brunetti y Gayoso, duque de Arcos, un diplomático y antiguo ministro español en Santiago con múltiples contactos en América. Y para Venezuela en el conde de Cartagena, nieto del jefe de las fuerzas españolas en aquella guerra de independencia. Una escala descendente que terminó ahí, puesto que no habría más embajadas extraordinarias en América hasta 1920-1921, cuando el infante don Fernando, otro cuñado del rey, viajó a Chile para festejar el centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes[6].

En cualquier caso, el centenario argentino tenía para España una importancia muy superior a la de las otras efemérides americanas. Argentina era la potencia emergente con la que podían surgir más y mejores negocios culturales y mercantiles, y allí residía la mayor colonia de emigrantes españoles del continente. La revolución de mayo se recordó en diversas ciudades peninsulares, casi siempre ligadas al comercio ultramarino y con el cónsul argentino al frente de la celebración. Es lo que ocurrió en Barcelona, donde un banquete reunió a entidades económicas, autoridades locales

---

[5] Sobre el viaje de la infanta Eulalia, véase WILSON, 1966.

[6] AMAE, H-3489, Protocolo, misiones extraordinarias españolas 1910-1921.

y residentes americanos; en Málaga, que bautizó una calle con el nombre de la república; en Valencia, donde su exposición nacional dedicó una semana a festejarla; y en Vigo, cuya Cámara de Comercio había financiado el viaje de Altamira. En el Salón de Ciento del Ayuntamiento barcelonés, tres mil personas escucharon al escritor hispanófilo argentino Manuel Ugarte. Cádiz, otro puerto que miraba hacia América, descubrió una lápida en homenaje al primer presidente civil de Argentina, Bernardino Rivadavia, en la casa gaditana donde había fallecido en 1845, una idea de la Cámara de Comercio española en Buenos Aires.

Desde el punto de vista político, el acto más significativo fue el que organizó en Madrid la Unión Ibero-Americana, un organismo lleno de notables de los partidos gubernamentales —su presidente era el conservador Faustino Rodríguez San Pedro, el director de su revista el liberal Luis de Armiñán— y uno de los pocos que recibía subvenciones estatales. A él asistió el mundo oficial, con el presidente del Consejo de Ministros a la cabeza, a modo de conmemoración conjunta de todos los centenarios americanos. Pero la fiesta más sonada llegó al pasar en junio por España el presidente electo de Argentina y antiguo ministro en Madrid, Roque Sáenz Peña, para el que se preparó un extenso programa de agasajos con el fin de agradecer el tratamiento dado a la embajada en El Plata. Sáenz rodó de banquete en banquete hasta el fastuoso del Teatro Real, donde la crema de la política liberal española —lo organizaba el republicano Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa, hablaron Moret y Canalejas— disertó sobre las prometedoras relaciones hispano-americanas. Como colofón simbólico se presentó allí mismo un cuadro vivo del óleo *La fundación de Buenos Aires,* de José Moreno Carbonero, encargado al pintor español por la municipalidad de la capital argentina. La invocación de los orígenes venía a reforzar las perspectivas de futuro[7].

En realidad, la parafernalia conmemorativa se alimentaba de múltiples redes de contactos entre españoles y americanos, que venían trenzándose desde hacía más de una década y se volcaron en torno al centenario. Aparte de los vínculos comerciales y asocia-

---

[7] *El Correo Español,* 27 de mayo de 1910. *Unión Ibero-Americana,* 30 de junio de 1910.

tivos, uno de los fenómenos más influyentes era el de los viajes de escritores y artistas a uno y otro lado del océano. Casi todos poseían nexos políticos y dieron testimonio en libros y artículos de su fascinación por la orilla opuesta, así como de su fe en la existencia de una comunidad hispanoamericana. Sin salir de 1910, anduvieron entonces por Argentina el ensayista conservador José María Salaverría, el dramaturgo filocarlista Ramón María del Valle-Inclán y la estrella más famosa del panorama literario hispano, el novelista republicano Vicente Blasco Ibáñez; por México y otros países, el poeta y parlamentario conservador Juan Antonio Cavestany. El jurista republicano Adolfo Posada siguió los pasos de Altamira en universidades de Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El pintor y autor teatral Santiago Rusiñol también asistió al centenario argentino. No faltaron voces que denunciaran el exceso de conferenciantes atraídos por las fáciles ganancias, pero lo cierto es que algunos de los citados moldearon la visión de América en la opinión pública española. En sentido inverso, ese mismo año visitaban España escritores nacionalistas argentinos como Ugarte y Manuel Gálvez, portavoces del hispanismo que deseaba penetrar en el alma de la raza. Quien más aplausos cosechó fue su compatriota Belisario Roldán, pues la intelectualidad madrileña parecía fascinada por su desbordante oratoria castelarina y promovió conferencias y banquetes en su honor. A la del Ateneo en enero asistieron, entre otros, el inevitable Moret, Blasco, el veterano Gumersindo de Azcárate y un joven José Ortega y Gasset[8].

Además, alrededor de estas manifestaciones crecía el tejido de centros americanistas españoles. Hasta poco tiempo antes, la Unión Ibero-Americana y sus delegaciones habían estado prácticamente solas en su defensa del acercamiento entre España y las repúblicas de habla española, acompañadas tan solo por algunos entusiastas en provincias como Huelva. Pero ahora sobraban las iniciativas. En Barcelona, un núcleo de profesionales, comerciantes e industriales inspiraba ya desde comienzos de siglo la revista comercial *Mercurio* y, capitaneados por los catalanistas Frederic Rahola y Rafael Vehils, fundaron en enero de 1910 la Sociedad Libre de Estudios America-

[8] Sobre la importancia de los viajes, puede verse PASCUARÉ, 2000. *La Lectura,* enero de 1910. *Abc,* 30 de enero de 1910.

nistas, nacida con el respaldo de diversos foros empresariales para estimular el conocimiento de América Latina a través de acciones pedagógicas. Al año siguiente, la Sociedad se fusionó con el Club Americano que alentaban los inmigrantes e indianos en la ciudad y formó la Casa de América, uno de los organismos culturales y mercantiles de más largo aliento, cuyos agentes velaron por los intereses de las compañías catalanas durante décadas[9].

En vísperas de otro centenario muy relacionado con América, el de las Cortes de Cádiz, en enero de 1910 comenzó también a funcionar en la ciudad andaluza la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes. En julio apareció el Centro de Cultura Hispano-Americana, patrocinado por el periodista y senador demócrata Luis Palomo, amigo íntimo de Canalejas, que lo concibió como un foco de enseñanza en el que, algo excepcional, participaban unas cuantas mujeres. Como la escritora Blanca de los Ríos, destinada a convertirse en una de las promotoras más activas del hispanoamericanismo reaccionario. Si en septiembre se daba a conocer la Asociación Americanista Valentina, en octubre lo hacía un fantasmal Círculo Hispano-Americano inspirado por el periodista Joaquín Just. De modo que en 1911 pudo celebrarse en Barcelona una multitudinaria asamblea nacional de asociaciones americanistas. Mientras tanto, Sevilla empezaba a preparar una muestra internacional hispanoamericana, proyecto heredero de aquella fiesta denominada *España en Sevilla,* que tanto éxito había obtenido en 1908 para replicar al catalanismo. Esos sectores españolistas miraban ya hacia América, aunque tuvieron que esperar hasta 1929 para poder abrir la gran Exposición que imaginaban[10].

Las conmemoraciones se concebían como ocasiones adecuadas para fortalecer las identidades nacionales, en las que se trazaban genealogías de la comunidad en cuestión, se actualizaban los discursos que la singularizaban y enaltecían, se fijaban sus símbolos y se realizaban ceremoniales ritualizados con el fin de cohesionarla. Cada

---

[9] SEPÚLVEDA, 1994, pp. 163-184. *Mercurio,* núm. 98 (1 de enero de 1910). DALLA CORTE, 2005, pp. 59-78. *Abc,* 10 de septiembre de 1910.

[10] *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes,* núm. 1 (febrero de 1910). *Abc,* 20 de marzo y 17 de octubre de 1910. AGP, C.ª 15505/3. Sobre el centenario de las Cortes de Cádiz, véase capítulo 4.

sector político intentaba en ellas imponer su interpretación del pasado y marcar el camino que había de seguirse. Los centenarios de las independencias americanas no constituyeron una excepción, en medio de la ola nacionalista que acompañó en varios continentes la transición de la política de notables a la política de masas. Pero el papel de España en ellos resultaba peculiar, incluso paradójico. No solo porque estuviese ubicada a miles de kilómetros de su epicentro y se hiciera presente allí a través de medios indirectos, como las embajadas o las actividades de los emigrados, invitada más que protagonista. Sino también porque, después de todo, los festejos recordaban el comienzo de rebeliones que habían desembocado en la emancipación de sus colonias. Incluso podían ser contraproducentes, si resucitaban viejos odios y agravios[11].

José Canalejas señaló, en su discurso ante la Unión Ibero-Americana, que no solían entregarse los pueblos a conmemorar las derrotas y enaltecer las desdichas. Olvidaba el jefe liberal un ejemplo muy cercano, el del catalanismo, que llevaba unos años celebrando su fiesta nacional, cada 11 de septiembre, en memoria de la debacle catalana ante las tropas del rey Felipe V en 1714. En el caso de los centenarios americanos la evocación no llegó tan lejos y tampoco despertó rencores, pero sí que dio lugar a una efusión nacionalista, de puro españolismo, en la cual confluyeron tres actores principales: un movimiento político en auge, el hispanoamericanista, con diversas expresiones en la sociedad civil y discursos cruzados en defensa de la historia, el presente y el futuro de la dimensión oceánica de España; la voluntad de reafirmarse de las colectividades de emigrantes españoles en América; y una política exterior que, aún renqueante, apostaba por la mejora de las relaciones con las repúblicas hispanas como forma de realzar la presencia del estado español en el mundo. Lo que el viejo luchador americanista Rafael María de Labra, encantado con las conmemoraciones, llamaba «asegurar la personalidad internacional de España»[12].

---

[11] Sobre conmemoraciones y nacionalismo, en general, véase el capítulo 1.

[12] El discurso de José Canalejas, en *Unión Ibero-Americana,* 30 de junio de 1910. Rafael María Labra, «El americanismo en España», *Ateneo,* t. X (julio-diciembre de 1910), pp. 74-77, esp. 76.

Estuvieran dirigidos hacia dentro o hacia fuera de las fronteras españolas, en los mensajes de 1910 predominaban los tintes españolistas, Las diversas voces implicadas alababan hasta el éxtasis las virtudes de la patria, su pasado y su cultura, se regocijaban con las tendencias hispanistas que exhibían por entonces algunas élites americanas y promovían el crecimiento de la influencia española en Ultramar. La apoteosis de Altamira solo podía explicarse por esa necesidad de afirmación nacional. En los vítores que escuchaba la infanta en Buenos Aires se percibía sobre todo el aprecio por un símbolo de España, que electrizaba a los más entregados. Los floridos parlamentos de Roldán sonaban bien porque declaraban su amor al idioma, a la bandera y al arte españoles. Y los halagos a Sáenz Peña no podían desligarse de un hecho crucial: cuando España había afrontado la desgraciada guerra contra los Estados Unidos de 1898, el prócer argentino había defendido a la *madre patria* frente al coloso anglosajón[13]. En definitiva, los centenarios americanos, no buscados y conflictivos en potencia, fueron bienvenidos por un nacionalismo español empeñado en la tarea de regenerar España después del *Desastre*.

Españolismo hispanoamericanista

Los centenarios llegaron cuando apenas habían transcurrido doce años desde la pérdida por parte de España de sus últimas colonias, en el Mar Caribe y en el Océano Pacífico, y del consiguiente desencadenamiento de una aguda crisis de identidad nacional. No cabía concebir un caldo de cultivo más propicio a la acogida favorable de las corrientes hispanófilas que venían de América. Piénsese, por ejemplo, en el *Ariel* (1900) del profesor uruguayo José Enrique Rodó, ensalzado por intelectuales españoles a quienes reconfortaban sus exhortaciones acerca de «una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia»; o en la estela del poeta nicaragüense Rubén Darío, que ponderó durante sus estancias en Madrid

---

[13] Como muestra, *El Mundo*, 21 de mayo de 1910. Vicente Blasco Ibáñez sobre Sáenz Peña, *Heraldo de Madrid*, 25 de junio de 1910.

la capacidad para recuperarse del pueblo español. La búsqueda de raíces hispánicas en las identidades nacionales o transnacionales americanas, cada vez más crecida en el cambio de siglo y que tanto contrastaba con la hispanofobia que había recorrido el continente en el XIX, alimentó al americanismo en España. Tras esta nueva querencia por la vieja metrópoli alentaban fenómenos similares a las pulsiones españolistas contemporáneas, que o bien prolongaban el positivismo científico decimonónico o bien componían una reacción antipositivista que buscaba los resortes espirituales de la nacionalidad. Si la desaparición de España del mapa americano facilitaba este acercamiento a la bautizada como *madre patria,* ahora desvalida pero recipiente aún de valores imperecederos, los españoles que trataban de superar el 98 adaptaron y reformularon los mismos tópicos para consumo interno. Como se vio en el centenario de 1910, los nacionalistas de ambos lados del Atlántico habían encontrado un terreno común[14].

En la España posterior al *Desastre,* y al menos hasta la Gran Guerra, buena parte de los impulsos americanistas procedió de la izquierda liberal, sobre todo de los monárquicos y los republicanos templados que confluían en los ámbitos *institucionistas,* es decir, cercanos a la Institución Libre de Enseñanza. A ellos pertenecían Moret, Labra, Altamira y Posada, por citar tan solo unos cuantos nombres. No obstante, y al contrario de lo que sucedía en otros terrenos sensibles para el nacionalismo español, como las opiniones sobre el mito fundacional de la Guerra de la Independencia y —más aún— acerca de su hijuela las Cortes de Cádiz, el americanismo se apoyaba en un acuerdo básico entre los medios confesionales y los liberales. Ambos sectores chocaban en 1910 a propósito de la apertura de las escuelas laicas, de la tolerancia hacia los emblemas religiosos no católicos y del control estatal de las congregaciones, pleitos que condujeron a la práctica interrupción de las relaciones diplomáticas entre el gobierno de Canalejas y la Santa Sede. Sin embargo, los adversarios convivían sin roces en los centros hispanoamericanistas, donde andaban codo con codo los adalides de la libertad de conciencia con los discípulos de Marcelino Menéndez Pelayo, el primer intelectual del catolicismo

[14] Cita en RODÓ, 1900, 1968, p. 37. MAINER, 1997, 2004. PIKE, 1971. ZULETA, 2000.

españolista. Unos y otros compartían visiones similares a propósito de los vínculos entre España y América y la conveniencia de estrecharlos, aunque discreparan acerca del peso de la fe o acentuasen, respectivamente, los aspectos prospectivos y los retrospectivos del movimiento. Tampoco había una división nítida entre aficionados a la retórica y gentes prácticas, puesto que hasta los miembros de las sociedades mercantiles abusaban del *lirismo.* La unidad del discurso nacionalista, todavía sin decantar hacia uno u otro lado, tapaba la mayoría de las diferencias.

Este discurso, en lo que a América atañía, se cimentaba en una convicción muy extendida: existía, al menos en potencia, una comunidad que agrupaba a España y a sus antiguas colonias, unidas por unas cuantas señas de identidad. Esa comunidad imaginada se denominaba casi siempre *la raza,* apellidada de forma un tanto equívoca como española, hispana, latina o hispanoamericana. Y, ¿en qué consistía esa raza? Desde luego, en una cultura o una civilización, caracterizada por determinados valores y formas de vida, por una manera singular de ver el mundo. Algo que podía comprenderse dentro de la búsqueda, muy en boga entonces, de una psicología particular para cada pueblo: españoles e hispanoamericanos, a despecho de su heterogeneidad, discurrían y actuaban del mismo modo, con idénticos defectos y virtudes. Pero la raza también era una estirpe, algo así como una gran familia amalgamada por lazos de sangre, resistentes a los altibajos de la historia política. Un árbol con ramas nacidas de un solo tronco. Podía tratarse de un embrión o de una realidad pujante. Como mínimo, ahí había —en palabras de Posada— «un fermento étnico», o —según Altamira— «cosas que estaban dormidas y latentes, deseando un motivo para expresarse». Una base sobre la cual construir, en ocasiones como la que proporcionaban los centenarios, un poder internacional en el que España había de tener un lugar destacado[15].

Las fuentes de la raza se hallaban en las experiencias históricas compartidas, en la religión y, de manera preferente, en la lengua.

---

[15] PIKE, 1971. MARCILHACY, 2006, primera parte, realiza un análisis en profundidad del concepto de raza, como un término polisémico que daba contenido a una *comunidad imaginada,* según la expresión de ANDERSON, 1983, 1991. Citas en POSADA, 1910, p. viii; y Rafael Altamira, en *Unión Ibero-Americana,* 30 de abril de 1910, p. 14.

Aunque no lo supieran —opinaban muchos—, los americanos que hablaban en español también pensaban y sentían en español, encorsetados por una mentalidad única. Un rasgo que resaltaban con especial ahínco los intelectuales institucionistas, cuyo organicismo los aproximaba a sus colegas americanos. Como el propio Altamira, muy influido por una concepción orgánica y cultural, a la alemana, de la nación. Dado que el lenguaje moldeaba la patria, algunos observadores españoles decían no sentirse extranjeros en Valparaíso o en La Plata. Dentro de la inquietud ya mencionada por hallar el núcleo del alma nacional, la lengua castellana se convirtió en el estandarte preferido del españolismo, Cervantes en su profeta y el *Quijote* en su texto sagrado. Frente a los desafíos externos, como la reivindicación de idiomas propios en algunos países americanos, que se dieron de bruces con el mantenimiento de la pureza y la unidad idiomáticas que asumió la Real Academia Española con ayuda de academias correspondientes en América. Pero también contra los internos, pues ante las demandas catalanistas se enarbolaba la superioridad de una lengua, la castellana, que usaban setenta millones de personas. Pese a no guardar relación aparente con América, la figura de Cervantes fue idolatrada por el hispanoamericanismo, que, tras el centenario quijotesco de 1905, comenzó a preparar el del fallecimiento del genio en 1916[16].

La raza era grande, pero no solo precisaba cuidados, sino que también corría peligro de verse vencida por otras razas rivales. Se recelaba de los influjos francés, inglés, alemán e italiano. Y se temía sobre todo el de Estados Unidos. La derrota de 1898 fue acompañada por la difusión de las teorías pseudodarwinistas que afirmaban la inferioridad de los pueblos latinos frente al auge de los anglosajones. Las *living nations* y las *dying nations* que había mencionado el primer ministro británico lord Salisbury en un célebre discurso. En cuanto al continente americano, semejante planteamiento no necesitaba de pruebas muy rebuscadas, puesto que a la guerra de Cuba habían seguido constantes intervenciones estadounidenses en Centroamérica. Los congresos panamericanos inquietaban a los diplomáticos españoles y a los ensayistas que advertían del riesgo de

---

[16] Sepúlveda, 2005, capítulo 8. Marcilhacy, 2006, pp. 734-769. Véase el capítulo 6.

deshispanización de América. Así, las llamadas a la unidad entre los países hispánicos mostraban, a ambos lados del océano, una gran desconfianza hacia «los modernos romanos del Norte». La misma definición de la raza en términos culturales se hacía por contraposición con los rasgos que, al parecer, prevalecían en Estados Unidos: siguiendo a Rodó, se daba por supuesto que los hispanoamericanos, como los españoles, eran desinteresados y espirituales, verdaderos hidalgos, mientras que sus antagonistas se dejaban llevar por el materialismo y una mediocridad niveladora. Tanto se extendió esa contraposición entre desprendimiento idealista y vacías metas materiales que la emplearon los mismos círculos empresariales que deseaban hacer negocios con América. Coincidiendo con el centenario, Rahola declaraba, no sin un matiz levantino, que «la Argentina, y con ella toda la América latina, será depositaria de la civilización mediterránea, impulsora del espiritualismo que ha de contrarrestar el avance del sentido positivista y material de la civilización norteamericana»[17].

Dentro de la comunidad hispanoamericana en construcción, España podía presentarse como uno más de sus miembros, a fin de no herir susceptibilidades entre los posibles socios. El enunciado de una relación de igual a igual salpicaba los textos de muchos liberales, conscientes de las limitaciones españolas y del recelo de algunos sectores de opinión en Ultramar. Por ejemplo, el decreto que nombraba embajadora a la infanta Isabel hablaba de las «repúblicas hermanas hispanoamericanas»[18]. Sin embargo, para los españolistas de cualquier signo era muy difícil renunciar a un puesto preeminente en aquel concierto. No en vano consideraban a España la primogénita del clan o, más a menudo, la madre de una veintena de hijas. La comparación materno-filial dominaba la literatura del centenario, tanto en España como en América, lo cual incitaba a las apropiaciones identitarias. Para empezar, la madre debía enorgullecerse de los triunfos de su descendencia, una recomendación frecuente entre los viajeros asombrados por el desarrollo económico

---

[17] La primera expresión citada es de Javier Fernández Pesquero, en *Unión Ibero-Americana*, 31 de octubre de 1910, p. 8. Frederic Rahola, en *Mercurio*, núm. 103 (1 de junio de 1910), p. 213.

[18] RD de 12 de abril de 1910.

argentino. Pues se obviaba la diversidad de las realidades americanas y se las enjuiciaba a través de Argentina, *nación de moda* y futura reedición de Estados Unidos. En las crónicas y reportajes, Buenos Aires se comparaba con Madrid para decir que todo —las avenidas y plazas, los edificios, los transportes— era parecido, pero mucho mayor, parangonable al París que los españoles solían usar como vara de medir su propia capital. Lo americano era español, de modo que sus logros eran nuestros, y España se consolaba de la pérdida de sus grandezas con la contemplación de las de sus retoños. Los más desinhibidos, como el conservador Salaverría, no podían evitar además un deje de superioridad al juzgar que «la América es un apéndice espiritual de España»[19].

El nacionalismo americanista español estaba rodeado a la vez por un halo de ansiedad, pues el cultivo de la vertiente atlántica de España se presentaba como una herramienta imprescindible para asegurar la viabilidad de la nación y su papel en el mundo. A juicio de Altamira, América era «la última carta que nos queda por jugar en la dudosa partida de nuestro porvenir como grupo humano». El mismo Salaverría pensaba que España vivía tan solo del prestigio que le daba su influjo cultural, y que si este faltaba se vería reducida a ser una nueva Turquía, otro enfermo de Europa[20]. Nadie proponía nuevos esfuerzos político-militares, pues bastante tenía el gobierno español con ocupar la estrecha franja territorial que le habían asignado en el norte de Marruecos. Pero los americanistas sí imaginaban aquella comunidad racial como un gran imperio moral, en el que la nación española se expandiría y compensaría la pérdida de su estatus imperial. La sensación de continuidad que otorgaban la lengua y los juegos de palabras sobre madres e hijas permitía soñar con metas elevadas. La raza se describía como una super-España, como una *patria mayor,* en términos del político conservador Joaquín Sánchez de Toca. Los portavoces de los emigrantes españoles en Argentina compartían esa visión de una España ensanchada, con doce millones de kilómetros cuadrados. Algunos predecían además la emergencia de una confederación que, contando con España,

---

[19] VALDEIGLESIAS, «Buenos Aires», *Blanco y Negro,* 21 de mayo de 1910. *El País,* 12 de octubre de 1910. Cita en SALAVERRÍA, 1910, p. 177.

[20] Cita en ALTAMIRA, 1909, p. 39. SALAVERRÍA, 1910. *Abc,* 3 de marzo de 1910.

desafiaría el poderío de los norteamericanos y, tal vez, vengaría las heridas del 98. En todo caso, allí se ventilaban los destinos nacionales. El acercamiento a América podía albergar fines comerciales, culturales o de política exterior, pero representaba ante todo una inyección de autoestima para los españoles interesados por estas cuestiones[21].

Para que este acercamiento tan prometedor funcionara, había que cambiar la imagen de España en Ultramar, lo cual preocupaba a la intelectualidad liberal. En 1909, el gobierno conservador de Maura había permitido que se ejecutara al famoso pedagogo ácrata Francisco Ferrer, acusado injustamente de haber intervenido en la llamada *semana trágica,* una huelga contra la guerra de Marruecos devenida en motín anticlerical. Las protestas de los librepensadores de todo el mundo contra esta iniquidad habían resucitado el fantasma de la España inquisitorial y reaccionaria, que reforzaba los peores estereotipos acerca de su atraso y su proverbial intolerancia. Contra ellos, viajeros como Altamira y Posada, igual que los participantes en los centenarios americanos o los líderes de la emigración, trataron de levantar una fachada distinta, la de una España moderna y progresiva, en sintonía con la Europa avanzada, que si, por un lado, trabajaba de acuerdo con la razón y la ciencia; por otro, se liberalizaba y caminaba hacia la democracia. Las evidencias de este nuevo rumbo se encontraban en el nivel alcanzado por su alta cultura —por sus catedráticos, investigadores y artistas— y en las políticas estatales que mejoraban la vida de los trabajadores, como las del *nuevo liberalismo* que exhibía el gobierno de Canalejas. De hecho, los intelectuales institucionistas reseñaban en América las exitosas experiencias educativas de su escuela pedagógica y el funcionamiento del Instituto de Reformas Sociales, un organismo técnico oficial creado en 1903 que escuchaba a patronos y obreros antes de recomendar al ejecutivo medidas intervencionistas sobre condiciones laborales y sistemas de previsión. En esos ámbitos, España iba por delante y tenía mucho que enseñar a sus hermanas o hijas del otro lado del océano[22].

---

[21] Joaquín Sánchez de Toca, en *Mercurio,* núm. 100 (1 de marzo de 1910), pp. 88-89. Camba y Mas y Pi, 1910, pp. 1-2.

[22] Rafael Altamira, en *Unión Ibero-Americana,* 30 de abril de 1910. Posada, 1910.

Al mismo tiempo, los hombres de izquierda confiaban en América como motor de una más ancha apertura de España al progreso, de una regeneración completa. Argentina —una vez más se tomaba la parte por el todo— era el ejemplo de lo que podía hacerse en la Península Ibérica. El contacto con repúblicas parlamentarias que habían resuelto los contenciosos con la Iglesia a favor del estado tenía que repercutir en la *madre patria,* bien dentro de la monarquía o bien avanzando hacia un improbable régimen republicano. La corona, pasado el turbión ferrerista, se avenía bien con quienes estaban dispuestos a olvidar durante un tiempo sus ideales democráticos para respaldar una solución monárquica al estilo de Gran Bretaña o de Bélgica. Los favores del rey a Altamira, que en 1911 sería nombrado primer director general de Primera Enseñanza, así lo apuntaban. Como lo hacía el incremento del número de republicanos ganados para la causa del liberalismo de Canalejas, secularizador y social. Pero el republicanismo insobornable no renunciaba a subrayar que los avances americanos se habían producido gracias al eclipse de una institución tan anticuada y derrochadora como el trono, y, en algunos casos, por la adopción de un modelo federal[23].

El centenario se contemplaba pues como un nuevo comienzo, o como un paso más hacia un futuro luminoso. «Una epifanía del porvenir», decía el *Mercurio.* El presidente del gobierno español no perdía oportunidad de recomendar que se mirase hacia adelante. Pero, como toda conmemoración, la de las independencias obligaba a elaborar algún relato sobre el pasado que se traía a colación en el presente. Las alusiones al legado español, que se reivindicaba cuando se definía la raza, demandaban un juicio positivo, o por lo menos matizado, sobre la época colonial. Los españoles no podían olvidar la mayor epopeya de su historia, o, en el estilo arcaizante de Blanca de los Ríos, *desnacerse* de sus glorias. «Si tenemos derecho a acariciar para el porvenir un sueño de grandeza ha de ser, sobre todo, en relación con lo más grande que en el pasado hicimos, con

---

[23] La gratitud de Altamira a Alfonso XIII por sus atenciones puede verse en sus cartas al rey, AGP, C.ª 15986/14. José Serrano Yagüe, en *El País,* 25 de mayo de 1910. Luis MOROTE, «Por ser federal», *Ateneo,* t. X (julio-diciembre de 1910), pp. 77-80.

lo más grande que ha hecho pueblo alguno en el mundo», escribía el republicano Luis de Zulueta[24].

Eso implicaba repudiar lo que terminaría llamándose *leyenda negra* americana, es decir, los ataques a la colonización española, tenida por sanguinaria por una amplia literatura que provenía del siglo XVI. Ahí estaban la extensión de la fe cristiana, el eje de la acción española según los católicos, o la impecable justicia de las leyes de Indias. El padre Las Casas, denunciante del maltrato a los indios, pasaba por un mentiroso, exagerado cuando menos, aunque también se invocaba como ejemplo de la piedad hispánica. El historiador Altamira emitía una opinión muy ponderada, confiando en que la crítica documental desmintiera los excesos atribuidos y nunca probados. Pero, en general, se defendía sin fisuras lo hecho por los conquistadores, comparándolo con sus equivalentes los colonos anglosajones de Norteamérica: en consonancia con sus respectivas características raciales, los españoles habían perseguido la gloria más que el oro, se habían concentrado en tareas religiosas y benéficas, mientras que los ingleses solo habían seguido su instinto económico y depredador. La prueba máxima de este contraste se encontraba en el mestizaje, posible en Hispanoamérica y ausente en la América sajona: cualesquiera que hubiesen sido sus excesos, el beso de un hidalgo castellano a una mujer india lo redimía de culpa. Lo cual no implicaba aprecio alguno por las culturas prehispánicas, menos aún por los indígenas modernos, invisibles o menospreciados. Lo que importaba es que España había liberado a América de la ignorancia y la barbarie. Otro republicano, el periodista Antonio Zozaya, interpretaba el cuadro de Moreno Carbonero como una enseñanza para los argentinos en el centenario: «Unos cuantos guerreros bastaron para daros la civilización, la fe y el lenguaje. Otros cuantos se atreven todavía a abriros el sendero de la idealidad»[25].

---

[24] *Mercurio*, núm. 51 (1 de junio de 1909), p. 1966. José Canalejas, en *Unión Ibero-Americana*, 30 de junio de 1910. Blanca RÍOS DE LAMPÉREZ, «Afirmación de la raza ante el Centenario de la Independencia de las Repúblicas Hispano-Americanas», *Unión Ibero-Americana*, 28 de febrero de 1910, pp. 26-34, p. 27. Cita de Luis de Zulueta, en *La Lectura*, enero de 1910, p. 197.

[25] Algunos ejemplos de estos juicios, en los artículos de P. M. Rodríguez H, en *Unión Ibero-Americana*, julio y agosto de 1908. José María Salaverría, en *Abc*, 6 de abril de 1910. Antonio Zozaya, en *El Liberal*, 30 de abril de 1910.

Y así se llegaba a las independencias, objeto central de las conmemoraciones de 1910 y 1911. La incomodidad que podía producir el recuerdo de batallas y derrotas se evitaba con una estrategia tan sorprendente como repetida: españolizar la emancipación. Las guerras entre realistas y criollos se contaban como guerras civiles entre españoles, pues españoles habían sido los de uno y otro lado, con nacidos en España en ambos bandos, e incluso se tenían por más españoles los contrarios al imperio, dado que los ejércitos vencidos se habían nutrido de indios y los vencedores de gentes de estirpe hispana. Podía darse un paso más, siguiendo la estela marcada por algunos hispanistas americanos, y entonces los libertadores —incluido Simón Bolívar, que Miguel de Unamuno veía como un nuevo don Quijote— se convertían en los verdaderos españoles, herederos de los conquistadores por su valor, su audacia y su entrega a una causa justa. Después de todo, antes de liberar la América austral, el general José de San Martín había peleado por la libertad española en la batalla de Bailén, la primera derrota de Napoleón, lo que vinculaba ambas epopeyas. Estos razonamientos desembocaron en un curioso culto a las figuras de la independencia americana, que llenó de estatuas los parques españoles en décadas posteriores. En 1910, algunos peninsulares se sumaban a otra tesis añadida, la que afirmaba que los rebeldes americanos no se habían vuelto contra España sino contra la tiranía, contra una monarquía absorbente y centralizadora —a juicio de los catalanistas que invitaban a Ugarte para confirmar estos términos— o absoluta por naturaleza como pensaban los republicanos. En el Buenos Aires de 1810 se había reunido el cabildo libre, secuela de las libertades medievales asfixiadas en Castilla y Aragón por las dinastías de Austrias y Borbones. Los perdedores de las historias que relataban regionalistas o liberales se habían tomado la revancha en América[26].

De todos modos, lo ocurrido cien años antes se echaba al olvido, se perdonaba en pro de una reconciliación total entre la madre y las hijas que, después de haberse empeñado en marcharse de casa

---

[26] Marcilhacy, 2006, pp. 1061-1077. Juan Pérez Caballero sobre San Martín, en *Abc*, 17 de junio de 1910. Simón Bolívar, en *Unión Ibero-Americana*, 31 de julio de 1911. Frederic Rahola y Manuel Ugarte, en *Mercurio*, núm. 103 (1 de junio de 1910).

contra la voluntad materna, se aproximaban de nuevo a su progenitora. Porque los lazos de sangre no se habían roto. En las representaciones del centenario argentino, una mujer coronada saludaba o daba la mano a otra tocada con el gorro frigio. Las independencias no habían sido sino procesos naturales en todas las familias, como un parto o la salida del hogar paterno para formar uno propio. El centenario venía a certificar ese paso, pues la plenitud de la emancipación filial no se alcanzaba hasta que el padre la sancionaba con su bendición. En el manifiesto que daba la bienvenida a la infanta en Buenos Aires, la comisión de los inmigrantes españoles lo afirmaba con contundencia: «Es ley invencible de la maternidad, en las naciones como en los individuos, que la entraña materna sea desgarrada en las contracciones espasmódicas del alumbramiento [...]. Pero es ley igualmente de la naturaleza que ese dolor, inseparable de la maternidad, sea el fundamento primero de la gran piedad de las madres»[27]. Ese símil, reiterado una y mil veces en los más variados entornos, silenciaba con un lenguaje pseudocientífico posibles conflictos, ratificaba la aproximación internacional y dotaba a España del rango que requería el nacionalismo hispanoamericanista.

Patriotas de Ultramar

La participación de España en las conmemoraciones americanas dependió, en buena medida, de la magnitud e importancia de las colonias españolas residentes en cada país. Los diplomáticos de las legaciones, ocupados en controlar las actividades de los inmigrantes, representaron también un papel significativo, pero la mayoría de los actos conmemorativos se sostuvo, de una manera o de otra, en las asociaciones integradas por españoles y en la capacidad de sus dirigentes. En Colombia, que celebró su centenario en julio de 1910 y contaba con una de las élites políticas más hispanófilas de América, la escasez de españoles —el ministro calculaba que

---

[27] *Mercurio,* núm. 93 (agosto de 1909). Martín Lorenzo Coria, en *Mercurio,* núm. 101 (1 de abril de 1910), pp. 158-159. Serie de artículos de Juan ARZÁDUN, sobre «La independencia argentina», en *El Imparcial,* por ejemplo los de 5 y 23 de junio de 1910. *El Diario Español,* 17 (cita) y 25 de mayo de 1910.

en Bogotá había solo treinta y dos— redujo el protagonismo de España a un nivel modesto[28]. Y es que el principal acicate para aquellas manifestaciones se hallaba en la necesidad de afirmarse de las colectividades, de reforzar su cohesión interna y de hacerse más visibles e influyentes ante los países de acogida. El éxito de esta conmemoración, como el de otras muchas, estuvo ligado al relieve de los actores interesados en hacer de ella un instrumento para fortalecer su propia identidad, y la inmigración española, aunque compleja y heterogénea, acentuó en la coyuntura de 1910 sus propios discursos nacionalistas, bien afinados en mitad del hispanoamericanismo ambiente.

En América, las migraciones hispanas contemporáneas tenían ya una larga historia, con un flujo que había comenzado a notarse en los años sesenta y setenta del siglo XIX y se había acelerado de manera muy rápida al iniciarse el XX. En realidad, el centenario coincidió con un pico en los viajes, el de los años 1904-1914, solo interrumpido por la guerra mundial. Durante ese periodo álgido abandonaron España, que tenía casi veinte millones de habitantes en 1910, entre un millón y medio y dos millones de personas, la mayor parte —entre 1,3 y 1,5 millones— rumbo a América. Se trataba de una incorporación tardía a la oleada migratoria procedente de la Europa del este y del sur, que desde el último tercio del Ochocientos había tomado el relevo de la anterior, con origen en la Europa septentrional y central. Los españoles se dirigieron sobre todo a algunos países, como Argentina, Cuba y, a gran distancia, Brasil y Uruguay. México y Chile quedaban muy por detrás en esta lista. Cuba se recuperó pronto del bajón que había sufrido a causa de la guerra del 98, pero, como imán para quienes buscaban oportunidades lejos de casa, Argentina no tuvo competencia: la ingente oferta de empleos de aquella economía en auge parecía irresistible. Entre 1904 y 1914 arribaron a ella más de 900.000 españoles, unos 120.000 solo en el año del centenario[29].

En los países donde vivieron con mayor intensidad las celebraciones de 1910 —Argentina, México y Chile—, las colonias

---

[28] AMAE, H-2346, Política exterior, Colombia 1904/1924, Encargado de negocios a ministro de Estado, 13 de julio de 1910.

[29] Las cifras, en SÁNCHEZ ALONSO, 1995, pp. 282, 284 y 288.

españolas reunían algunas trazas comunes. Por ejemplo, su asentamiento preferente en las ciudades, a despecho de los planes repobladores de los distintos gobiernos, concebidos para el campo; su dedicación a los sectores comerciales, en sus diversas ramas y oficios; y la existencia en su seno de élites sociales ya consolidadas que, en estrecho contacto con las autóctonas, encabezaban un tejido asociativo variopinto, pero bastante articulado. En Argentina, la colectividad estaba integrada, según el censo de 1914, por 830.000 personas, unas 300.000 de ellas en Buenos Aires, que según las cifras oficiales de 1909 albergaba tan solo a 174.000 españoles para un total de 1.200.000 habitantes. Sea como fuere, resultaba inmensa. En México, para 1910 puede afirmarse que la colonia no pasaba de los 30.000 miembros, mientras que en el Chile de 1907 rozaba los 19.000. La española era la principal entre las europeas en Chile y entre todas las extranjeras en México, mientras que en Argentina solo se situaba por detrás de la italiana. En la Venezuela que festejó su centenario en 1911, los enviados españoles calculaban entre 15.000 y 20.000 residentes[30].

Así pues, la colectividad española en Argentina era, sin duda, la más voluminosa y complicada de América. En Buenos Aires, donde se concentraron los actos del centenario, los ciudadanos de la *madre patria* se acumulaban en el centro urbano y sobresalían por su dedicación al comercio, el periodismo, las librerías y la enseñanza —sectores en los que el fácil manejo de la lengua y la relativa alfabetización les favorecía frente a sus competidores—, algunas industrias y, sobre todo, el servicio doméstico. La estructura asociativa del grupo estaba dominada por los profesionales y empresarios llegados ya en el siglo XIX, cuyos líderes formaban una densa red que controlaba unas cuantas grandes instituciones, algunas de las cuales figuraban entre las más potentes de Suramérica: las asistenciales, como la Asociación Española de Socorros Mutuos —que gestionaba pensiones y ayudas— y la Sociedad Española de Beneficencia —administradora del Hospital Español—; las económicas,

---

[30] MOYA, 1998, 2004, p. 164. LIDA, 2006. *Memoria presentada al Supremo Gobierno por la Comisión del Censo*, Santiago, s. e., 1907. AMAE, H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.

como la Cámara de Comercio —el único organismo que, por su carácter oficial, recibía fondos del gobierno de Madrid— y diversas entidades financieras, entre ellas el enorme Banco Español y del Río de la Plata, con cientos de sucursales; las transversales, como el Club Español, centro de sociabilidad elitista, y la Asociación Patriótica Española; y periódicos encabezados por *El Diario Español,* el de mayor difusión. De sus filas, bien relacionadas con las clases dirigentes argentinas, salieron los protagonistas del centenario. Y a ellas había que añadir una miríada de sociedades —benéficas, recreativas— y publicaciones locales, provinciales y regionales, que alcanzaban a un amplio número de inmigrantes y que, a salvo de rivalidades ocasionales, organizaban a sus miembros de forma subsidiaria[31].

En México, el núcleo de la colonia estaba formado por hombres de negocios con intereses en el comercio y otros muchos sectores, como los bancos, el textil y las tabacaleras. Uno de sus rasgos característicos era la inmigración en cadena dentro de las propias empresas familiares, con gran frecuencia tiendas de ultramarinos o abarrotes, que podían también implicarse en préstamos y empeños y albergar economatos o tiendas de raya de fábricas y haciendas. En algunos lugares, como Puebla, los españoles ejercían un auténtico monopolio mercantil. Sus principales instituciones, semejantes a las de Argentina pero de un alcance menor, eran la Cámara de Comercio, la Sociedad Española de Beneficencia, con asilo y hospital, y el Casino Español de la capital, de donde emanaron las iniciativas del centenario. Sus jefes disfrutaban de inmejorables vínculos con los gobernantes mexicanos bajo la dictadura de Porfirio Díaz, que fomentó la llegada de españoles —blancos y católicos— y protegió sus inversiones[32]. En Chile, su densidad organizativa era mucho menor pero su perfil profesional se parecía, más acentuado incluso hacia el comercio, y la imagen del español equivalía a menudo a la del prestamista o agenciero. Contrastaba la mala fama de estos españoles en ambos países, extendida entre quienes sufrían los abusos del crédito, con las fantasías hispanistas acerca de la generosidad y el espiritualismo de los hidalgos. En Venezuela, destino de cam-

---

[31] Moya, 1998, 2004.
[32] Pérez Herrero, 1981. Lida, 2006.

pesinos pobres de las Islas Canarias, la colonia se hallaba mucho menos estructurada[33].

Las asociaciones españolas más poderosas compartían un pétreo discurso nacionalista, enfatizado cuando la patria se veía en peligro. Durante la guerra colonial de Cuba, contra la opinión favorable a los insurgentes que reinaba en América, algunas ofrecieron ayuda económica y militar a la metrópoli. En México, las fuerzas vivas de la colonia formaron juntas patrióticas para enviar dinero, víveres y mulas al ejército español. En Buenos Aires nació en 1896 la Asociación Patriótica Española, entre cuyos fines fundacionales figuraba el auxilio a la patria, la defensa de su buen nombre, la repatriación de inmigrantes y la confraternidad con los americanos. Su primer logro consistió en regalar a la armada española un crucero de combate, el *Río de la Plata,* y después promovió el auxilio a los damnificados por inundaciones e incendios en España, montó juegos florales y hasta una expedición para liberar a un compatriota preso por los indios del Chaco. La Patriótica mantuvo viva la llama del hispanoamericanismo y, bajo la presidencia del institucionista republicano Antonio Atienza, dio a conocer en la revista *España* a los intelectuales que representaban ese nuevo país redimido por la cultura con que soñaban los liberales españoles. Hasta que un desfalco la puso en cuarentena en vísperas del centenario. En ambos países se orquestaron suscripciones para socorrer a las víctimas de la campaña de Melilla, la que había desencadenado la *semana sangrienta* de 1909, y se presentaron voluntarios para reconquistar el terreno perdido al eterno enemigo musulmán, aunque solo unos cuantos lograron luchar en Marruecos[34].

La naturaleza españolista del asociacionismo en Ultramar se puso de manifiesto de otras muchas maneras. Por ejemplo, a través de la arquitectura de sus sedes, para las cuales se escogían estilos acordes con el casticismo imperante, como el neoplateresco o *renacimiento español.* O sus conmemoraciones: algunas tradicionales, como el

---

[33] NORAMBUENA, 1994. NAVARRO AZCUE y ESTRADA TURRA, 2005. AMAE, H-3489, Morillo a ministro de Estado, 21 de agosto de 1911.

[34] SÁNCHEZ ANDRÉS, 1999. ORTIZ SAN PELAYO, 1899 y 1914. AMAE, H-1658, Correspondencia legación México 1902-1912, Cólogan a ministro de Estado, 12 de agosto de 1909.

cumpleaños del rey en las legaciones o el día de la virgen de Covadonga entre los avecindados en México; y otras nuevas, como el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento, promovido por la Patriótica de Buenos Aires. Y en especial, ya se ha visto, las fechas emblemáticas de la Guerra de la Independencia. Pocas semanas antes del centenario argentino, *El Diario Español* enlazaba en sus páginas tres Dos de Mayo igualmente patrióticos: el de 1808, el de 1866 —es decir, el bombardeo del Callao, en Perú, por al almirante Casto Méndez Núñez, durante una ruidosa campaña de prestigio— y, cómo no, el de 1898, cuando se conoció el hundimiento de la flota española en Filipinas. Esta afición por las efemérides españolistas la superaron algunos residentes en Chile cuando, años más tarde, propusieron la celebración del día de Gibraltar, el 4 de agosto, en demanda del irredento peñón que permanecía en manos inglesas. Los observadores españoles se asombraban ante este furor nacionalista, tan sorprendente como la tendencia compulsiva a asociarse de los emigrantes. Pues quienes se alejaban de su tierra, a la vez que se unían para asegurarse socorros y para divertirse, se nacionalizaban de inmediato o acentuaban su identificación previa con España, en contacto con un medio hostil, multicultural y en competencia con otras comunidades nacionales. La misma fuerza de su entramado asociativo, en combinación con su miedo a perder la ciudadanía española, explicaba también su resistencia a solicitar la nacionalidad de sus anfitriones americanos. El marqués de Valdeiglesias, cronista del viaje de la infanta, comentaba que el amor a la patria de un español estaba en relación directa con el cuadrado de las distancias que lo separaban de ella[35].

Los medios de la inmigración aprovechaban cualquier pretexto para reivindicar el honor de España. Publicaban enseguida las declaraciones de los escritores hispanófilos o defendían las bondades de la conquista. Y, por supuesto, acogieron de modo casi unánime la posibilidad de exhibir y potenciar su nacionalismo hispanoamericanista en el centenario de las independencias. Una de las prio-

---

[35] Ejemplos, en AMAE, H-2557, Política exterior, México 1905-1912, Cólogan a ministro de Estado, telegrama de 3 de mayo de 1910; y H-2358, Política exterior, Chile 1901-1923, mensaje de la primera junta española de reivindicación nacional, 30 de junio de 1916. *El Diario Español*, 2 de mayo de 1910. García Sebastiani, 2004. Moya, 1998, 2004. Valdeiglesias, 1910, p. 373.

ridades de sus dirigentes consistía en garantizar la unidad de los muy variados elementos que componían las colonias. Porque, si en el siglo XIX habían constituido grupos reducidos y manejables, su crecimiento había ido parejo a su progresiva diversificación. En la primera década del XX se había multiplicado el número de asociaciones y entre ellas no solo había ya muchas de carácter regional o regionalista, sino también algunas nacionalistas vascas y catalanas, que desafiaban el discurso españolista dominante y motivaban su radicalización. Los ataques a los *separatistas* podían alcanzar una gran virulencia: para Javier Fernández Pesquero, un hispanoamericanista muy activo en Chile, se trataba de seres degenerados; *El Diario Español* de Buenos Aires hablaba de «miserables abortos que no pueden confundirse con sus hijos (los de España), siempre leales y arrogantes». Un *casus belli* repetido en varios países se refería al peliagudo asunto de las banderas, de un contenido simbólico insuperable. Porque, para los nacionalistas de uno u otro signo, la bandera *era* la patria. De modo que los líderes de las colectividades, en confluencia con los diplomáticos españoles, andaban obsesionados por que no se izaran en público enseñas catalanas o bizkaitarras. Cuando lo hizo un centro catalán de Bahía Blanca en 1909, la protesta de la legación, secundada por algunos núcleos españoles, consiguió que el gobierno argentino interviniera para prohibir las banderas no oficiales en los clubes de inmigrantes. Las quejas de los círculos regionalistas por tan drástica medida consiguieron moderar un tanto las posiciones y que el gobierno liberal de Madrid adoptara una solución salomónica: como ocurría en los barcos mercantes, los centros españoles en el extranjero podrían enarbolar escudos y banderas regionales o provinciales siempre que a su lado figuraran, en lugar preferente, los de la nación española, «patentizando así la perfecta armonía y compatibilidad que existe entre los legítimos y respetables sentimientos regionales y el amor a España»[36].

---

[36] MOYA, 1998, 2004. *Unión Ibero-Americana*, 31 de octubre de 1910. *El Diario Español*, 14 de noviembre de 1909. Cita en AMAE, H-2315, Política exterior, Argentina 1900/1918, ministro de Estado a encargado de negocios en Buenos Aires, 17 de diciembre de 1909. Otros casos, en AMAE, H-1355, Correspondencia legación Buenos Aires 1907/1914, Soler a ministro de Estado, 17 de agosto de 1912; y H-1441, Correspondencia legación Santiago de Chile 1909-1919, Fernández Vallín a ministro de Estado, 18 de mayo y 21 de septiembre de 1909.

Lo cierto es que la inmensa mayoría de los órganos regionales instalados en América aceptaba esa misma tesis: el culto por la patria chica no excluía el ideal superior de la nación española. De uno se transitaba al otro, y ambos estaban muy unidos. Algo que pudo constatarse en el centenario, cuando el grueso de las asociaciones participó en los actos conjuntos de las colectividades sin mayores problemas. Cosa distinta era la reivindicación de los méritos propios, como el papel de los paisanos en las emancipaciones de 1810. El director de *El Eco de Galicia,* de Buenos Aires, publicó un libro titulado *Gallegos que ayudaron a la independencia americana.* La colectividad vasca en Argentina editó, con motivo de la efeméride, un contundente volumen en el que destacaba el protagonismo de los *baskos* en la vida de la república, sin una referencia a España más que para mencionar que la monarquía había enviado a eficientes colonizadores vasco-navarros al Nuevo Mundo. En su contribución a este tomo, Salaverría retrató a los vascos como individualistas, honrados aventureros, ambiciosos y fuertes, de un neto *masculinismo.* No por casualidad, muchos próceres argentinos, de Juan Bautista Alberdi a Bernardo de Irigoyen, descendían de familias *eskualdunas.* La inteligencia, la virilidad y el amor por las libertades de aquella raza —defendían varios autores— la había impulsado a participar en la revolución de mayo[37].

Un segundo frente en las fracturas internas de las colonias españolas era el que separaba a republicanos y monárquicos. Muchos de sus jefes, y es probable que la mayor parte de los individuos politizados del colectivo, se adherían al republicanismo. De hecho, algunos habían desembarcado en América como parte del exilio ocasionado por el fracaso de la Primera República española en 1874. En Argentina, el mantenimiento de las ideas antimonárquicas había conducido a la fundación en 1903 de una Liga Republicana Española, cercana a las ideas que propagaban en España los radicales Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez, ambos agasajados por los correligionarios durante sus viajes transatlánticos. Unos y otros creían que la regeneración de la patria pasaba

---

[37] *El Eco de Galicia,* 30 de mayo de 1910. *Los baskos en el Centenario. Adhesión de la colectividad baskongada al Centenario Argentino,* Buenos Aires, Tipografía «La Baskonia», 1910.

por la defenestración de la monarquía, corrupta y clerical. Sin embargo, y pese a los temores de la diplomacia, la crema de la izquierda española en Buenos Aires recibió con los brazos abiertos a la infanta. El abogado Carlos Malagarriga veía en ella la encarnación de las mujeres españolas. A juicio del hacendado y también abogado Rafael Calzada, exdiputado en Madrid y jefe de la Liga, doña Isabel representaba a la patria, y por tanto había que recibirla con todos los honores, como hizo su hermano Fermín, presidente del Club Español, en el lujoso banquete que ofreció a la embajadora. Bien es cierto que para entonces la Liga estaba ya en franca decadencia, pero los pujos nacionalistas se impusieron a cualquier otra consideración. El asturiano Calzada constituía el máximo ejemplo de un españolismo a prueba de bomba, orgulloso de haber nacido en la cuna de la Reconquista medieval contra los musulmanes y dispuesto a defender en un libro la españolidad de Cristóbal Colón. En México, el millonario y antiguo amigo de Castelar Telesforo García, expresidente de la cámara mercantil y de la Beneficencia, había descartado una posible organización republicana y veía en el centenario una ocasión de unidad y amor hispano-mexicano. Su conservadurismo, el de un veterano admirador de Porfirio Díaz y propagandista de su *política científica,* no contemplaba otra alternativa[38].

En la misma colectividad de Buenos Aires se había diferenciado un ala moderada del republicanismo que apostaba por la evolución de la monarquía española hacia la democracia. Era la línea de *El Diario Español,* que trompeteaba los éxitos del gobierno canalejista y alababa, en la coyuntura del centenario, su tolerancia hacia los éxitos electorales republicanos en algunas ciudades. Era una forma más de disipar las dudas sobre el régimen dinástico después de la *ferrerada,* que había provocado en casi todas partes manifestaciones contra el rey y, en una concentración dirigida por anarquistas en la capital argentina, había instigado la quema de una bandera monárquica española, con el consiguiente acto de desagravio a cargo de los militantes españolistas. Canalejas se convirtió en un héroe para estos liberales ultramarinos, que lo subirían a los altares tras

---

[38] DUARTE, 1998. CALZADA, 1927. *El Imparcial* (México), 9 de abril de 1910.

su asesinato en 1912. Y junto a su imagen mejoraba también la del mismo Alfonso XIII, al que se calificaba de valiente, moderno y liberal[39]. Mientras tanto, los carlistas —partidarios ahora de don Jaime, el heredero de la rama disidente de los Borbones— apenas malvivían. Eran más fuertes en México, donde el Casino Español había optado en algún momento por ese tradicionalismo católico y autoritario; pero en la progresista Argentina llevaban las de perder: con motivo del centenario, unos cuantos fieles, acompañados por el escritor Ramón María del Valle-Inclán, visitaron a otra infanta —doña Alicia, hermana de don Jaime—, resignada a dar ánimos a quienes acudían a su casa[40].

Aparte de la unidad, a los inmigrantes españoles del centenario les preocupaba su visibilidad, que se valorase su gran importancia. De entrada, en los países de destino, donde rivalizaban con otras colectividades y miraban de reojo sus aportaciones para no quedarse atrás. Los nacidos en la *madre patria* no se consideraban iguales que los demás extranjeros, pues, de acuerdo con las verdades admitidas del hispanoamericanismo, habían aportado la sangre y el ser a las repúblicas donde trabajaban. Exigían por tanto un trato mejor, que obtuvieron en México y desde luego en Argentina, donde los italianos se molestaron por la marginación de su embajador respecto a la infanta Isabel. Pero, en segundo término, los emigrantes también ansiaban un mayor reconocimiento en España, pues allí cundían las opiniones negativas respecto a su marcha: muchos españolistas, herederos del mercantilismo, lamentaban la sangría migratoria, que restaba brazos a la regeneración nacional, y en ciertas ocasiones emitían duras diatribas contra los que abandonaban su patria; mientras que algunos viajeros lamentaban que España no enviase a América a gente bien preparada, en vez de aquella turbamulta de desharrapados que huía de la miseria y del servicio militar. Algunos acusaban al movimiento obrero español, que con las huelgas inhibía las inversiones y provocaba la huida. Pero en los ámbitos políticos peninsulares se impuso la resignación ante un fenómeno incontrolable, adobada con el principio liberal de que cada cual tenía derecho a buscarse la vida como quisiera. Esa era,

---

[39] *El Diario Español,* 7-11 de mayo de 1910. García Sebastiani, 2004.
[40] Sánchez Andrés, 1999. *El Correo Español,* 6 de junio de 1910.

por ejemplo, la postura del hispanoamericanista y demócrata Luis Palomo. El parlamento, con la ley conservadora de 1907, acabó reglamentando el éxodo para evitar abusos[41].

Entre los regeneracionistas también había quien prefería fijarse en la cara de la misma moneda, en la esperanza que para España aportaban los emigrantes que prosperaban en Ultramar. Por una parte, su ascenso demostraba las buenas condiciones de la raza española, que en un medio propicio rendía frutos espectaculares. Por otra, auguraba un porvenir halagador para las exportaciones hispanas, pues se suponía que su patriotismo, a poco que se les facilitase la labor, les llevaría a comercializar y consumir productos españoles. Era mucho lo que podían hacer los emigrados por la regeneración nacional: los indianos, enriquecidos y progresistas, ya estaban fundando escuelas e instituciones benéficas en sus pueblos. Para los más optimistas, los emigrantes seguían la estela de los héroes de la conquista, pues habían logrado por medios pacíficos tanto o más que aquellos por la fuerza[42]. Los propios interesados se consideraban adalides del progreso, el trabajo y la paz. Y ese fue el tenor de las intervenciones que oyó la infanta en Buenos Aires, donde las fiestas preparadas por la colectividad poseían el aire inconfundible de un acto reivindicativo. La «Salutación a la infanta Isabel» del poeta Xavier Santero, recitada por el famoso actor Fernando Díaz de Mendoza en una función teatral de gala, lo recogía así: «No son, no, de su patria desertores, / no son de su bandera renegados: / son del progreso universal soldados, / son legión de modernos luchadores». El álbum regalado a la embajadora lo grababa en su dedicatoria: «Los que en estas hojas firman, españoles son y de España vinieron a recuperar en América por el trabajo lo que por la espada se ganó y se perdió por la espada»[43].

En coherencia con sus fines, los inmigrantes formaron sus propias comisiones conmemorativas para los centenarios. La de

---

[41] Sánchez Alonso, 1995, capítulo 2. Moya, 1998, 2004. Salaverría, 1910. *Abc*, 26 de octubre de 1910. Palomo Ruiz, 1911.

[42] Altamira, 1909. Posada, 1910. *Nuevo Mundo*, 2 de junio de 1910. Francisco Grandmontagne, en *El Imparcial*, 14 de junio de 1910. *El Eco de Galicia*, 10 de junio de 1910. Mainer, 2004.

[43] Citas en *El Diario Español*, 24 de mayo de 1910; y en Valdeiglesias, 1910, p. 422.

México estuvo centralizada por las élites afines a la oligarquía local que acaudillaba el presidente del Casino Español, el industrial José Sánchez Ramos, viudo de una hija de Benito Juárez y amigo muy cercano de Porfirio Díaz. En Chile hubo tensiones entre la cabeza del Círculo Español, respaldado por la legación, y el principal periódico de la colonia, dirigido por un liberal canalejista. Hasta allí llegaban las militancias partidistas peninsulares. En Argentina, las cinco asociaciones principales llevaron la voz cantante, con una junta directiva formada por millonarios y notables procedentes de diversas regiones que presidía el tabaquero extremeño Manuel Durán, aunque hubo otros muchos esfuerzos. Como el del presidente de lo que quedaba de la Patriótica, el músico católico Félix Ortiz San Pelayo, que se las ingenió para constituir un comité de bienvenida a la infanta. O los de decenas de sociedades más pequeñas, que orquestaron sus propios actos tanto en la capital como fuera de ella, lejos del alcance de los órganos más sobresalientes de la colectividad. Los diplomáticos, que se consideraban a sí mismos líderes naturales de las colonias, con derecho por tanto a intervenir en sus asuntos, intentaron ordenar y encauzar las múltiples propuestas, siempre suspicaces ante posibles disidencias. El propio gobierno español, como mostraba la real orden sobre banderas, ejercía cierta jurisdicción sobre los centros de emigrantes, aunque su efectividad a este respecto varió mucho en función de las habilidades de los ministros y cónsules en cada ciudad[44].

Los festejos siguieron la pauta previsible: banquetes, bailes, funciones de teatro y veladas musicales, placas y suscripciones para tareas más ambiciosas. La mayoría con discursos que subrayaban la solidaridad hispanoamericana. En Morelia, por ejemplo, la colonia española editó un libro sobre el general mexicano Nicolás Bravo, que en la guerra de la independencia había perdonado la vida a trescientos prisioneros españoles. Pero los actos multitudinarios trataban, una vez más, de mostrar unanimidades y fortalezas. Como el banquete popular para 3.000 comensales en Ciudad de México. Y, sobre todo, el enorme desfile de las sociedades españolas ante la

---

[44] *Unión Ibero Americana*, febrero de 1909. AMAE, H-1441, Servert a ministro de Estado, 6 de junio de 1910. AMAE, H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910, y Cólogan a ministro de Estado, 30 de abril de 1910.

casa que ocupaba la infanta Isabel en Buenos Aires, el 22 de mayo de 1910. *El Diario Español* afirmaba esa misma mañana que la única excusa para no asistir era la falta de amor a la patria, lo que equivalía a un crimen imperdonable. Pasaron por la avenida Alvear para saludar a la tía del rey entre 50.000 y 60.000 compatriotas, encuadrados por asociaciones que se identificaban con sus estandartes y bandas de música: las más notorias, como las benéficas, pero también unos cuarenta y cinco centros nacionales, regionales, provinciales y locales que los cronistas se entretenían en enumerar: orfeones, cooperativas, uniones gremiales y juventudes. Incluso una sociedad recreativa llamada Submarino Peral, brindis al inventor español del sumergible, Isaac Peral, que se había convertido en un héroe incomprendido dentro de la mitología nacionalista. Fue el número principal del centenario para los inmigrantes españoles en Argentina, una impresionante exhibición de fuerza y una ceremonia de comunión patriótica en la que, a juzgar por los testimonios, muchos de los participantes se emocionaron hasta las lágrimas[45].

Los españoles de Ultramar deseaban que la celebración no resultara efímera, sino que dejase una huella perenne y de gran envergadura. Lo que, en aquellos tiempos, cuando la *estatuomanía* se hacía inseparable de la *centenariomanía,* obligaba a erigir monumentos. Las colonias españolas en América eligieron en cada país los motivos que creyeron más adecuados para tender puentes hacia la sociedad de acogida y dejar clara a la vez su propia aportación a la historia americana. Lo cual no era del todo sencillo, pues, ya se ha señalado, las fiestas de 1910 rememoraban precisamente el desgajamiento de aquellas naciones respecto de España. Por supuesto, el monumento que promovió la comisión española del centenario argentino, acorde con sus ambiciones, resultó grandioso. Descartadas otras ideas, como la de construir un gran palacio escolar, se buscó a los mejores artistas para realizarlo, aunque el proyecto elegido fue obra exclusiva del prestigioso escultor Agustín Querol, que acababa de modelar el dedicado en 1908 a los sitios de Zaragoza. Ambos eran muy similares, aunque mucho mayor el de Buenos Aires. Pero si el aragonés estaba presidido por la figura

---

[45] ELGUERO, 1910. *Diario Español,* 22 de mayo de 1910. *Abc,* 19 de junio de 1910. VALDEIGLESIAS, 1910, pp. 264-270.

doliente de la patria enlutada, el bonaerense lo coronaba una figura amable, la Argentina, que abría los brazos en signo de bienvenida. Representaba el espíritu de la Constitución de 1853, que aceptaba a quienes llegaran de fuera para enriquecerla, y resaltaba el agradecimiento de los inmigrantes y también la contribución específica de los españoles: «de una misma estirpe, con igual idioma», rezaban las inscripciones. En el centenario solo se colocó su primera piedra en un sitio privilegiado que había cedido el estado argentino, el cruce de dos avenidas en los parques de Palermo. Conocido como *monumento de los españoles,* demasiado complejo y afectado por mil peripecias, tardó más de tres lustros en terminarse[46].

No fue el único hito monumental. En la misma república, los españoles de La Plata proyectaron uno más modesto para inmortalizar el abrazo de la vieja España y la joven Argentina, una imagen que preferían a la de las dos doncellas en pie de igualdad que también apareció durante el centenario. La exigua colonia de Colombia se limitó a poner una corona de bronce en el monumento al fundador de Bogotá. En Chile se buscó un símbolo que pudiera unir a inmigrantes y anfitriones y se halló muy atrás, en el siglo XVI, con el héroe español Alonso de Ercilla, que, aparte de pelear, había reconocido en el poema épico *La Araucana* la fiereza y el valor de sus enemigos indígenas. Con ello se quería despertar la gratitud de los chilenos, supuestos descendientes de tan bravos guerreros. La tenacidad de la junta conmemorativa y de la legación consiguió inaugurarlo a tiempo, con la estudiantina española tocando la *Marcha real.* Tan solo consiguieron poner la primera piedra del suyo los patriotas de Venezuela, donde el emblema escogido fue un episodio de la independencia, el acuerdo entre Bolívar y el general español Pablo Morillo para humanizar la cruel lucha[47].

Más dificultades encontraron los españoles de México, donde la elección del asunto memorable aún parecía complicada. Tras

---

[46] Carlos Malagarriga, en *Unión Ibero Americana,* febrero de 1909. *Monumento de los españoles. Memoria de la comisión española del centenario argentino,* Buenos Aires, s. e., 1927.

[47] Colombia, en AMAE, H-2346, encargado de negocios a ministro de Estado, 13 y 16 de julio de 1910. Chile, en AMAE, H-1441, Servert a ministro de Estado, 30 de abril y 4 de julio de 1910. Venezuela, en AMAE, H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 y 8 de julio de 1911.

algún escarceo acerca del general español Juan Prim, que en 1862 se había opuesto a la invasión del país, la autoridad diplomática recomendó remontarse hasta los orígenes, más allá de la conquista. Es decir, hasta Isabel la Católica, en su doble condición de mecenas de Colón y protectora de los indios. La reina Isabel, adorada por los conservadores peninsulares como encarnación de España, agradaba asimismo a los eclécticos gobernantes mexicanos, que en el centenario bautizaron con su nombre la unión de varias calles en el centro de la capital, donde se ubicaba el Casino Español. El monumento a la Católica debía elevarse en un lugar de honor, en el bosque de Chapultepec y frente al paseo monumental de la Reforma, donde se alineaban el del último emperador azteca y la gigantesca columna de la Independencia. Se dedicó el emplazamiento, pero nunca se construyó. Tras el empeño por ensalzar a la reina de Castilla latía el deseo de hispanizar el acto fundacional del descubrimiento, que los italianos querían hacer suyo mediante la entronización de Colón. Según el relato españolista, ni los orígenes de Colón estaban claros ni el descubridor habría sido nada sin España[48].

Y, junto al problemático pasado común, la representación regeneracionista, más desinhibida, de la España contemporánea. De esa España nueva que, sin renunciar a su gloriosa historia, resurgía tras el *Desastre* y acudía a los centenarios para demostrar, mediante el despliegue de su riqueza industrial y artística, que no estaba muerta. El acuerdo en este campo entre los inmigrantes y el gobierno monárquico no podía ser más perfecto: en opinión del embajador Pérez Caballero, los visitantes de los pabellones españoles en Buenos Aires podrían comprobar que «la antigua Madre Patria crece, se desarrolla y se agiganta en la senda del progreso». España ya no era la vieja mansión del hidalgo perezoso, sino un país moderno[49]. En una etapa donde menudeaban las exposiciones internacionales de artes e industrias, la imagen internacional del país no era cuestión baladí, y los responsables españoles en las muestras la resolvieron de un modo tan significativo como incoherente. Sus edificios efímeros

---

[48] AMAE, H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 6 y 17 de julio, 9 de agosto y 10 de septiembre de 1910. *El Imparcial* (México), 16 de abril y 29 de junio de 1910.

[49] Cita de Juan Pérez Caballero, en *El Diario Español*, 31 de mayo de 1910. CAMBA y MAS Y PI, 1910, p. 12.

oscilaban entre el exotismo neomorisco o neomudéjar y el consabido *renacimiento español*. En los años del centenario, dos grandes exhibiciones ejemplificaron ese contraste: en la de Bruselas de 1910, un pabellón neonazarí, que reproducía partes de la Alhambra de Granada, recogió varios premios y una polémica doméstica sobre si podía representarse a España con alusiones al pasado musulmán; en la de Roma de 1911, un impresionante edificio neoplateresco acogió una discutida selección de artistas[50].

Las exposiciones de España en los centenarios americanos siguieron esa tónica, pero con resultados diversos. Los pabellones de la de Buenos Aires fueron construidos por la Cámara de Comercio española, que recibió subvenciones de Madrid y trabajó a instancias de su presidente, el banquero catalán José Artal. Su llamamiento pedía a los empresarios peninsulares que participaran «a fin de conseguir, por medio de sus relaciones mercantiles con los Estados Hispano-Americanos, la regeneración económica anhelada». Hubo una respuesta masiva y se ampliaron los espacios disponibles, que retrasaron su apertura hasta octubre de 1910. Allí pudieron verse instalaciones de industrias alimenticias y de tejidos, de los altos hornos y de la fábrica de automóviles Hispano-Suiza, que certificaba la entrada de España en la modernidad y que sorprendió a quienes no esperaban este alarde por parte de la *madre patria*. Los edificios se ajustaron esta vez a la inspiración *art nouveau* de un arquitecto formado con maestros modernistas en Barcelona, aunque la escenografía se completó con tapices y salas dedicadas al Museo del Prado; y ante la puerta del recinto se erigió una estatua de Daoiz y Velarde, los héroes artilleros del Madrid de 1808. El carácter españolista del conjunto no podía expresarse con mayor claridad: España, venía a decirse, también había tenido una gloriosa guerra de independencia y aspiraba a un futuro prometedor. El estado español nunca satisfizo las deudas contraídas con los impulsores de la exposición, pero Artal recibió un título nobiliario por los servicios prestados[51].

---

[50] *Abc*, 18 de junio de 1910. *Ateneo*, t. X, julio-diciembre de 1910. García Sanz, 2006.

[51] Cita en Camba y Mas y Pi, 1910, p. 99. AGP, C.ª 15592/1, informe de la Comisaría Regia de Turismo.

En cuanto al arte, las obras españolas figuraron, separadas de los productos comerciales, en la exposición internacional del centenario. A la altura de 1910, la pintura y la escultura —sobre todo la primera— se consideraban parte substancial de la imagen de España que moldeaban los intelectuales y promovían los políticos. Se discutía entonces quién representaba mejor el alma nacional, si el noventayochista Ignacio Zuloaga, con sus enjutos campesinos castellanos y sus gitanas arrebatadas, o el regeneracionista liberal Joaquín Sorolla, pintor de la luminosidad y retratista cuasi-oficial de la élite española, con el rey Alfonso XIII a la cabeza. Ambos habían expuesto poco antes en la Hispanic Society de Nueva York, donde el millonario Archer M. Huntington oficiaba de introductor de estos genios hispanos ante la sociedad norteamericana. Las salas españolas de Buenos Aires se sometieron a una selección oficial en Madrid y al comisariado de Gonzalo Bilbao, miembro de la embajada extraordinaria, que las llenó de obras figurativas al gusto de la burguesía que las compraba. También debieron mucho a Artal, marchante y suegro de un discípulo de Sorolla. Pero quien venció, en ausencia del maestro valenciano, fue su rival Zuloaga, que presentó más cuadros que nadie, ganó un gran premio y asentó de modo definitivo tanto su influjo en Argentina como su fama de alquimista del espíritu patrio. Ganó otro gran premio Hermen Anglada Camarasa, cuyas heterodoxias crearon escuela entre los jóvenes artistas argentinos. Para los españolistas que glosaban estos éxitos, aquello demostraba la superioridad del arte español, que no solo deslumbraba con los cuadros zuloaguescos, sino que, además, con nombres como los de Mariano Benlliure y Miquel Blay —quienes cincelaban con el mismo éxito héroes de la independencia argentina que figuras castizas para el Club Español— desmentía su pretendida incapacidad escultórica. Para colmo, el programa del centenario argentino puso en entredicho otro tópico tenido por antipatriótico, el que afirmaba que en España no había ópera, con funciones en el Teatro Colón de los maestros Felipe Pedrell y Tomás Bretón, ejemplos del más puro españolismo musical[52].

Los otros países asistieron a manifestaciones de esta misma capacidad expositiva. En México, el propio gobierno porfirista cedió

---

[52] Varela, 1999. Camba y Mas y Pi, 1910. Gutiérrez Viñuales, 2003.

terrenos y dio facilidades para que la colonia española organizara y financiase una exposición de arte moderno y decorativo. Para lo cual se aprovecharon las fuertes conexiones transatlánticas con el grupo que, en torno al Banco Hispano Americano, aglutinaban indianos enriquecidos en México como Antonio Basagoiti y Bruno Zaldo, que además era parlamentario del partido liberal. Así se levantó un edificio efímero de aire medieval para contener una muestra que incluía muebles, porcelanas, telas, joyas, maderas y bronces —productos muy valorados por quienes auguraban un gran futuro a los saberes artísticos aplicados a la industria— y obras de Sorolla, Benlliure, Zuloaga y Bilbao, entre otros. En Chile, el centenario valió para ratificar la profunda huella pictórica del costumbrista Fernando Álvarez de Sotomayor en aquellas latitudes. Las muestras de 1910, salvo en la trayectoria truncada por la revolución mexicana, multiplicaron la repercusión y las ventas de los artistas españoles y consolidaron las tendencias hispanistas en el arte latinoamericano. En vez de fijarse en las vanguardias que venían de Francia, algunos jóvenes pintores —como los de la generación chilena llamada *del centenario*— miraban ahora a España, que les ofrecía un atractivo modelo para construir un arte nacional moderno a base de temas autóctonos. Todos aquellos triunfos, desde las concentraciones multitudinarias hasta las exposiciones, sin olvidar los monumentos, probaban la fuerza alcanzada por las colectividades españolas en América. Sus trabajos, en opinión de Adolfo Posada, hacían renacer «el juicio optimista respecto de las energías, aquí más dormidas, de la raza»[53].

La madre asiste a las bodas de sus hijas

Los centenarios podían estrechar, de un modo definitivo, los lazos de España con América. Los estímulos provenían de los círculos americanistas peninsulares y de las colonias de emigran-

---

[53] AMAE, H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 29 de mayo de 1910. *Unión Ibero-Americana*, 30 de junio de 1910. *Blanco y Negro*, 11 de diciembre de 1910. Las reacciones artísticas a las exposiciones de los centenarios, en Boone, 2019, pp. 137-141 y 153. Cita en Posada, 1910, p. 72.

tes, pero también de los gobiernos americanos que preparaban sus celebraciones patrióticas. Influían sobre ellos diversos fenómenos coetáneos: el deseo de contrarrestar el avance de Estados Unidos otorgando mayor peso a las relaciones con algunos países europeos; la necesaria colaboración en el manejo de los conflictos que pudieran surgir en las colectividades inmigrantes; y el nacionalismo de sus intelectuales, que buscaban de manera creciente referencias identitarias en el legado hispánico. Ya desde finales del Ochocientos, y de un modo decidido a partir del 98, cuando desapareció cualquier vestigio del imperialismo español en Ultramar, se multiplicaron las llamadas al encuentro y se desató la retórica. Al hacer de España un invitado de honor en la conmemoración de sus independencias, Argentina, México o Chile —aunque sonara paradójico— reforzaban sus respectivas identidades nacionales, en las que el componente hispanista representaba un papel variable pero significativo y en alza.

Más aún, los distintos regímenes políticos implicados poseían características comunes, que hacían fácil el acercamiento. La Restauración española, la república *aristocrática* argentina y el Porfiriato mexicano pertenecían a la familia de los sistemas que, en el último cuarto del siglo XIX, habían conseguido estabilizar panoramas más que violentos, con décadas de guerras y sublevaciones armadas a la espalda. Aunque las fórmulas variaran, y el respeto por los principios liberales oficiales también, todos ellos habían reunido a una porción de los antiguos adversarios y habían repartido el poder entre élites reducidas, en las que los notables, caciques o caudillos disfrutaban de la hegemonía a nivel local. El clientelismo presidía el comportamiento de las facciones partidistas y el contacto de los ciudadanos con las administraciones públicas, mientras que era corriente el fraude electoral a favor del ejecutivo, algo que por otra parte ocurría en regiones del mundo tan extensas como la mayor parte de Iberoamérica y la Europa mediterránea.

Al comenzar el siglo XX, los tres se enfrentaban al reto de abrirse para integrar a núcleos mayores de opinión, es decir, de comenzar a democratizarse. Un desafío que resolvieron de modo muy distinto, pues en Argentina las sucesivas reformas electorales —que culminaron en la ley Sáenz Peña de 1912— despejaron, no sin vaivenes insurreccionales y en contra de las intenciones iniciales de los reformistas, el camino de la oposición radical al gobierno; mientras

en México el porfirismo se enrocó en la reelección de su líder y tuvo que afrontar la rebelión maderista y la subsiguiente coyuntura revolucionaria pocas semanas después del centenario. En España la monarquía constitucional adoptó una estrategia intermedia, que si, por un lado, no cambió las bases del dominio establecido por conservadores y liberales; por otro, supo reinventarse frente a una izquierda débil en el terreno electoral y sobrevivió hasta el golpe militar de 1923. Los gobiernos español y argentino compartían además la preocupación por las actividades de un movimiento obrero con numerosos elementos anarquistas, que reprimieron de manera similar. Y tanto Argentina como México concibieron los centenarios como gigantescas operaciones de prestigio, que mostraran los progresos alcanzados en el terreno económico y mejorasen su consideración en el concierto internacional[54].

Sin embargo, los avances en las relaciones intergubernamentales hispano-americanas antes de 1910 resultaron más bien escasos. Se firmaron diversos tratados sobre asuntos como la propiedad intelectual y la validez de los documentos legales. Se produjeron también interminables negociaciones comerciales, sin apenas resultados. Los diplomáticos se movían con comodidad en los círculos políticos ajenos y pasaron por las legaciones en Madrid algunos hispanistas de renombre, como Roque Sáenz Peña o el poeta mexicano Amado Nervo. Unos ministerios y otros se apoyaban a la hora de vigilar y perseguir a sus respectivos disidentes. Pero los grandiosos planes del americanismo militante chocaban sin remedio con el cuadro estratégico y los límites materiales de la política exterior española. América podía ocupar, en el mejor de los casos, un papel secundario, que apenas alcanzaba para responder a las presiones de la sociedad civil. No obstante, algunos diplomáticos quisieron ver en los centenarios la puerta de acceso a la hegemonía de España sobre los países hispanos[55].

Animaba esta actitud el buen sabor de boca que dejó la gira de Altamira, un acontecimiento cultural sin precedentes que agradó tanto a los círculos gubernamentales americanos como a las colonias

---

[54] Véanse, por ejemplo, Floria y García Belsunce, 1983, pp. 57-104. González, 2000. Villares y Moreno Luzón, 2009.

[55] Mac Gregor, 1992. Sánchez Andrés, 1999. Rivadulla Barrientos, 1992.

españolas. El profesor institucionista, que describió su viaje como una *odisea patriótica,* fue alabado de forma unánime no solo por su sabiduría, sino también por su discreción. En los países del centenario lo recibieron notabilidades intelectuales y políticas de primera fila: el jurista argentino Joaquín V. González, ministro de varias carteras y fundador de la Universidad de La Plata, que invitaba a los conferenciantes españoles; el historiador mexicano Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública en 1910, a punto de inaugurar la Universidad Nacional; y el rector chileno Valentín Letelier. Los tres compartían un interés primordial por la reforma educativa y los tres promovieron la participación española en las conmemoraciones: si González defendió en el Congreso la cesión de terrenos para el monumento argentino y Letelier patrocinó el chileno, Sierra se erigió en ideólogo de la presencia hispánica en los festejos porfiristas. En México acudió a las lecturas de Altamira, como a las de Cavestany, el mismísimo presidente Díaz. Aquella acogida disparó el optimismo diplomático sobre la posibilidad de que España aumentara su influjo y desplazase a otras potencias en las predilecciones americanas. Una sensación que se hizo más aguda conforme se realizaron las conmemoraciones. El encargado de negocios en Santiago echaba así las campanas al vuelo: «la celebración del centenario en la Argentina, en Chile y en Méjico pueden ser para España fuente de incalculables beneficios, y para nuestra raza las bases de un poderío, mayor, si cabe [...] que aquel que hizo de España, por las armas, la nación más poderosa del mundo»[56].

Las embajadas extraordinarias guardaban una relación directa con la corona y potenciaron su identidad con la nación española, uno de los objetivos de las empresas nacionalizadoras de la monarquía tras el *Desastre.* En realidad, venían a sustituir un viaje a América del propio Alfonso XIII, que habían propuesto ya medios liberales como *El Imparcial* y recibido con fervor hispanistas como Nervo, secretario de la legación mexicana en Madrid, y las colectividades de emigrantes. Cuando el rey pisase tierra americana —aseguraban— se produciría, casi por arte de magia, la unidad hispánica. Al joven

---

[56] ALTAMIRA, 1911. AMAE, H-1441, Fernández Vallín a ministro de Estado, 8 de noviembre de 1909, y Servert a ministro de Estado, 4 y 26 de mayo de 1910 (cita en este último informe); y H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 12 de febrero de 1910.

monarca, representante a la vez de las tradiciones españolas y de la nueva España regenerada y moderna, le llovían las alabanzas y dedicatorias ultramarinas, desde las de Darío hasta las del poeta peruano Santos Chocano, lo cual cultivó, al correr de los años, su imagen de padre de la raza[57]. Don Alfonso no se animó a embarcarse en 1910, pero la infanta Isabel lo suplió con creces. Para ello se habilitó un presupuesto bastante crecido y se contó con la inestimable ayuda del marqués de Comillas, íntimo de la familia real y propietario de la Compañía Transatlántica —la principal beneficiaria de las líneas marítimas intercontinentales—, quien fletó el palacio flotante *Alfonso XII* para dar empaque a la misión. La única sombra que se cernía sobre esta era la amenaza terrorista, muy presente en las manifestaciones por al asunto Ferrer, que a punto estuvo de cumplirse durante una ceremonia a la que asistía la infanta en la catedral de Buenos Aires, donde se detuvo a un sospechoso armado con una daga. Los oficiales y los periódicos conservadores españoles se congratulaban de la dureza con que el gobierno argentino había conjurado el peligro obrero, aplicando medidas draconianas contra los anarquistas y declarando el estado de sitio para impedir la paralización del centenario a causa de las huelgas. Estas causaron algunas molestias, pero no hubo incidentes de relieve[58].

La visita de la infanta, desde el punto de vista gubernamental, cumplió los mejores augurios. Como delegada personal del monarca, recibió el mismo tratamiento que el presidente de Chile, el único jefe de estado presente en el centenario. Y se benefició de la proyección de una imagen que la identificaba con España. En un doble sentido. Por una parte, el muestrario de joyas y vestidos de gala convivía con noticias que destacaban su talante *demócrata,* su sencillez y su llaneza, siempre sensible a las desgracias de la gente humilde. Desde luego, atendió las recomendaciones de los inmigrantes españoles que acudieron a ella y las transmitió a las dependencias ministeriales correspondientes. Y visitó sin cesar hospitales y asilos para derramar

---

[57] *El Imparcial,* 26 y 29 de diciembre de 1907. *Unión Ibero-Americana,* marzo de 1908. Darío, en *Ateneo,* t. VII, enero-junio de 1909, pp. 257-273.

[58] AMAE, H-3489, Cadagua a ministro de Estado, 3 de junio de 1910. *Abc,* 10 de junio de 1910. Ramón María del Valle-Inclán comentó lo ocurrido en *El Mundo,* 19 de junio de 1910.

donativos, una estrategia caritativa que utilizaron todas las casas reales coetáneas para difundir estereotipos positivos y que en su caso también reforzaba los nacionales. A juicio de Roldán, alcurnia y misericordia revelaban las luces morales del viejo hogar de Castilla. Allí estaba, ampliaba Rahola, la *majestad de la raza*. De otro lado, doña Isabel encarnaba la historia de España, por su inevitable asociación con la otra gran Isabel, la Católica, y —como decía el diario *La Nación*— con el espíritu de la epopeya iniciada en 1492.

El componente religioso de la visita, aunque no fuese el hegemónico, apareció en la peregrinación al santuario de la virgen de Luján, a donde la infanta llevó la bandera española que ofrecían a la patrona de Argentina los católicos españoles, encabezados por el arzobispo de Zaragoza, con el fin de corresponder al obsequio de las enseñas hispanoamericanas que habían portado hasta el Pilar los peregrinos americanos en 1908. Según los relatos militantes de uno y otro lado, ambas advocaciones marianas habían patrocinado las respectivas independencias nacionales y simbolizaban el renacer católico frente a los males de la modernidad. El hispanoamericanismo confesional se desplegó en el sermón de monseñor Jara, el obispo chileno que había organizado la ofrenda dos años antes, quien pidió a la embajadora que, en ausencia de hijos propios, adoptara simbólicamente a la América española. En definitiva, la figura oronda de la infanta, una mujer de casi sesenta años, resultaba ideal para representar a la vieja *madre patria* que asistía a la mayoría de edad o a la boda de su hija, pues ese reconocimiento constituía el significado fundamental del viaje. Como le había ocurrido a Victoria de Inglaterra, aspecto y funciones encajaban sin dificultad. A decir de los incondicionales, la fusión entre la persona real y España alcanzó su cumbre durante el desfile de las sociedades de emigrados, cuando la bandera nacional que ondeaba en el balcón de su residencia envolvió el cuerpo de doña Isabel y el público, extasiado por aquella visión alegórica, contuvo el aliento[59].

Tanto en México como en Chile, las repercusiones de la visita regia a Buenos Aires pusieron en aprietos al gobierno español, que

---

[59] *El Diario Español*, 19 y 28 de mayo de 1910. VALDEIGLESIAS, 1910, sobre todo pp. 270-273 y 432-437. ROLDÁN en p. 643. Luján, también en RAMÓN SOLANS, 2017. Frederic Rahola, en *Mercurio*, núm. 103 (1 de junio de 1910), p. 231. *Abc*, 20 de junio de 1910. Cartas de recomendación de la infanta, en AMAE, H-1355.

justificó como pudo la decisión de no enviar a miembros de la familia real a los otros centenarios. Las excusas más repetidas aludían a que la embajada en Argentina abarcaba todos ellos o al cansancio de la infanta Isabel, que no podía someterse a otra travesía oceánica. Pareció imposible evitar ciertos resquemores, pues el amor propio de mexicanos y chilenos no aceptaba la preterición. Sin embargo, la ausencia de la casa real se compensó con otros expedientes, como la elección de personajes vinculados tanto a la corona como a los países de destino: el marqués de Polavieja y el duque de Arcos. De todos modos, el protocolo exigió especiales habilidades diplomáticas, como las del ministro español en México, Bernardo Cólogan y Cólogan, que tenía ideas propias acerca de la conmemoración, convenció con ellas a la colonia y se entendió de maravilla con el gobierno del general Díaz, sobre todo con Sierra. Su táctica consistía en dejar la iniciativa a los mexicanos y, al mismo tiempo, en no perder ocasión de enaltecer la historia y el orgullo de la desmedrada metrópoli[60].

Los peligros no provenían en México de un posible atentado anarquista, sino de las tradicionales agresiones que sufrían los *gachupines* —a menudo, los abarroteros y prestamistas— con motivo de la fiesta nacional, «durante las horas en que el pueblo t(enía) libertad para sus manifestaciones patrióticas». Un tipo de violencia que había decaído en los últimos tiempos, pero aún podía repuntar[61]. Sin embargo, la hispanofobia no asomó en las fiestas, sino todo lo contrario. La embajada española tuvo un recibimiento privilegiado: el presidente la atendió aparte, la *Marcha real* se tocaba junto al himno mexicano y el embajador se colocó a la derecha de Díaz durante la ceremonia principal, la que recordaba el Grito de Dolores, el primer episodio de la crónica independentista, desde el balcón del palacio nacional. En vez de mueras a los españoles, ese día —si hemos de creer a los testigos— se oyeron vivas a España. Polavieja se paseó por diversas ciudades a cargo de la colonia y en todas partes encontró discursos que alababan el papel de la *madre patria,* que había dado la lengua y la sangre a los mexicanos. En To-

---

[60] AMAE, H-1441, Servert a ministro de Estado, 25 de abril de 1910; y H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 16 de abril y 22 de mayo de 1910.

[61] GRANADOS, 2003. Cita en AMAE, H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 15 de noviembre de 1909.

luca lo esperaban varios miles de charros con banderolas españolas y se dedicaron una plaza a España y una calle al general. A cambio, la embajada había asumido un encargo delicado, el de sellar la reconciliación con la antigua Nueva España con un acto simbólico de la mayor importancia, al menos para México: la devolución del retrato y del uniforme y otros objetos arrebatados al generalísimo José María Morelos —mito paternal en el panteón patriótico mexicano— que se conservaban en el museo español de artillería. Una sugerencia del Casino Español que hizo suya el gobierno. Con gran pompa, las reliquias procesionaron por el centro de la capital —con custodia militar y acompañadas por una imagen de la virgen de Guadalupe y las banderas históricas de la independencia— y fueron acogidas con toda solemnidad y vivas cruzados. Al parecer, el acto conmovió a los presentes y disipó resquemores añejos[62].

El centenario mexicano tuvo un carácter historicista muy marcado, pues el régimen de Porfirio Díaz decidió consagrar en él su visión de la historia nacional con el fin de legitimarse y de imponerla en la nacionalización de los mexicanos. Y en esa versión es donde encajaba España, como uno de sus protagonistas. De acuerdo con Sierra y con la doctrina oficial del Porfiriato, la nación había emanado de la mezcla de dos razas, la indígena y la española, y su propia naturaleza se hallaba en ese mestizaje. Tanto el cura Morelos como el presidente Díaz eran mestizos. Así pues, uno de los números más espectaculares de la conmemoración consistió en un desfile histórico que arrancaba del encuentro entre el conquistador Hernán Cortés y el emperador azteca Moctezuma e incluía la escenificación de la ceremonia del Pendón, por la que la Nueva España renovaba periódicamente su lealtad al monarca. En todo ello había una revalorización de la época colonial, que, sin renunciar a la grandeza del periodo prehispánico, adquiría un nuevo relieve para el cultivo de la identidad mexicana. Lo cual agradaba de un modo irresistible a los españoles que vivían en México, confirmados en su propia relevancia a través de este enfoque. Para recibir el collar de la orden de Carlos III que le había concedido Alfonso XIII, Porfirio Díaz

---

[62] AMAE, H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 2 de noviembre de 1910; y Polavieja, 18 de noviembre de 1910. Morelos, en AMAE, H-2557. García, 1911. Guedea, 2009. *Arte y Letras,* 25 de septiembre y 9 de octubre de 1910.

desempolvó un retrato del rey ilustrado del siglo XVIII y lo colgó en el salón más importante del palacio nacional[63].

Pero las alusiones a la conquista de México, tarde o temprano, se topaban con la controvertida figura de Hernán Cortés. El ministro Cólogan opinaba que aún era pronto para elevar una estatua al conquistador, ya que los odios contra el símbolo de la crueldad hispana estaban demasiado vivos. Pero, de acuerdo en esto los dirigentes españoles y los mexicanos, había otras maneras de rendirle culto. Lo curioso es que el embajador Polavieja, nieto de un regente de la Real Audiencia de la Nueva España y militar con un cierto barniz intelectual, había investigado la vida de Cortés y, poco antes del centenario, había publicado un libro sobre él. Basado en la lectura del historiador norteamericano William H. Prescott y de algunos papeles del Archivo de Indias, el Cortés de Polavieja era un superhombre nietzscheano, que superaba cualquier obstáculo gracias a «su heroico corazón, su alma ardiente y su inquebrantable voluntad». Un trasunto del general cristiano que era Polavieja, incomprendido por sus superiores y ejemplo de una raza que pensaba en la evangelización más que en las riquezas. En resumen, un vigorizador de la patria, que debía extraer enseñanzas de su carácter —sin dudas ni temores— para regenerarse en la difícil coyuntura de comienzos del siglo XX[64]. El mismo Polavieja, al que harían académico de la Historia por estas labores, comprobó en 1910 que aún seguía viva la memoria de su ídolo, cuando el gobernador indio de Tlaxcala le recordó la antigua alianza de sus dos pueblos contra los aztecas. Y tanto los prohombres del Porfiriato como los de la colonia asumieron la reivindicación de Cortés. Unos meses antes del centenario, un par de periodistas aventureros —«bohemios ambulantes de la españolería» los llamaba Cólogan— presentaron un plan para seguir la ruta del conquistador y describirla en un libro: el dictador puso a su disposición un barco y una escolta, y los españoles más influyentes lo financiaron. Según el ministro español en México, por mucho amor que los mexicanos tuvieran a lo indígena, tenían que reconocer que debían la civilización y la nacionalidad

---

[63] GUEDEA, 2009.

[64] AMAE, H-3489, Cólogan a ministro de Estado, 17 de abril de 1910. POLAVIEJA, 1909, cita en p. 14. LÓPEZ SERRANO, 2002.

a la España de la conquista. El libro en cuestión, inflamado de patriotismo, resultó casi ilegible, pero quedaba el gesto[65].

En Chile, como en Venezuela al año siguiente, se repitieron los moldes de cordialidad hispanoamericana. No sin algún tropiezo inicial, pues se rumoreó que uno de los componentes de la embajada, el militar Méndez Vigo, descendía de Méndez Núñez, que además del Callao había bombardeado Valparaíso. Pero Arcos se desenvolvió bien en un terreno familiar para él, el de las élites hispanófilas chilenas, y los deseos de amistad se esculpieron en los monumentos, como el de Ercilla y el de la batalla de Maipú, donde también se homenajeó a los españoles vencidos. En Caracas todo giró en torno a la figura de Bolívar y a su abrazo con el abuelo del embajador Aníbal Morillo. Los discursos subrayaron la españolidad del libertador, que, señalaban los españolistas, a la hora de morir se vio abandonado por los americanos. Lo más reseñable del centenario venezolano fue la manifestación de los estudiantes universitarios que, con el pretexto de agasajar al representante del rey liberal Alfonso XIII, protestaron contra el régimen recién estrenado del Juan Vicente Gómez[66]. En general, en la correspondencia diplomática y en la prensa predominaba el triunfalismo: todo había salido mejor de lo previsto, se habían disuelto los recelos y se preparaba un futuro magnífico para las relaciones entre España y sus hijas. Un futuro de tratados comerciales, instructores militares españoles entrenando los ejércitos americanos, emigrantes tan ricos como bien considerados y gobiernos rendidos ante los encantos de la *madre patria.*

* * *

¿Qué quedó del centenario? Pese al triunfalismo rampante, algún periódico español se preguntaba en 1910 si, aparte de la

---

[65] *El Imparcial* (México), 6 de abril de 1910. AMAE, H-3489, informe de Polavieja, 18 de noviembre de 1910; y cita en H-2557, Cólogan a ministro de Estado, 12 de mayo de 1910. SEGARRA y JULIÁ, 1910.

[66] Chile, en AMAE, H-1441, Servert a ministro de Estado, 5 y 9 de agosto de 1910; y Arcos a ministro de Estado, 26 de septiembre de 1910. Venezuela, en AMAE, H-3489, Morillo a ministro de Estado, 7 de julio y 21 de agosto de 1910. *Unión Ibero-Americana,* 31 de octubre de 1910 y 31 de julio de 1911.

acentuación del mutuo afecto, iba a extraerse algo útil de los notables gastos ocasionados por las embajadas. En lo inmediato, cabía señalar ciertos logros menores en Argentina, como la fundación de una academia de la lengua correspondiente, que impulsó Sellés, o el nacimiento de la Unión Internacional Hispano-Americana de Tecnología y Bibliografía Científicas, un proyecto de Torres Quevedo para fomentar la difusión de la ciencia en castellano. Pero no mucho más. En el terreno comercial, aludido con frecuencia durante los festejos, el ingeniero Ribera elaboró informes sobre la economía argentina y la nueva dirección general de Comercio del Ministerio de Fomento se encargó de ampliar horizontes económicos. De hecho, no cesaron las misiones mercantiles, como las organizadas por la Casa de América de Barcelona con respaldo del gobierno. Sin embargo, estos esfuerzos no rompieron las barreras que impedían un aumento substancial de los intercambios, pues el proteccionismo arancelario español se avenía mal con las importaciones agropecuarias americanas y malogró cualquier posible arreglo. Por otro lado, la revolución mexicana que comenzó en noviembre de 1910 amputó las posibilidades de mejora de las relaciones entre España y México: las partidas insurgentes se lanzaron muy pronto contra los *gachupines* que tanto se habían comprometido con la dictadura de Porfirio Díaz, la última vez durante las ditirámbicas ceremonias centenarias. En los demás países, los ejércitos siguieron buscando inspiración en otras potencias y el crecimiento de los efectivos diplomáticos españoles fue tan lento que no permitió una política muy ambiciosa[67].

Más avances se produjeron en el ámbito de la cultura, el favorito de los intelectuales regeneracionistas. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo público inspirado por la ILE y clave para la modernización de la ciencia en España, fue encargada en abril de 1910 de los intercambios académicos con América. Posada viajó como comisionado de la Junta para establecer los primeros contactos. Y así nació una política científica que a partir de 1914 se articuló a través de la Institución

---

[67] *El Mundo*, 29 de junio de 1910. La UIHATBC, en AMAE, H-2315. José Eugenio RIBERA, «Viaje a la Argentina», *Revista de Obras Públicas*, vol. 58 (1910), pp. 395-398. PIKE, 1971, capítulo 10. SEPÚLVEDA, 2005. LIDA, 1997.

Cultural Española de Buenos Aires, patrocinada por cinco grandes asociaciones de la colectividad y dirigida por uno de sus miembros más prestigiosos, el doctor Avelino Gutiérrez. En la cátedra que fundó la ICE impartían cursos los profesores seleccionados por la JAE, que se animó a extender el modelo a Uruguay, Chile, Paraguay y Bolivia, una especie de circuito para los intelectuales españoles que cruzaban el Atlántico. A lo que siguieron otras muchas fundaciones, en América y en España, hasta los años treinta. Otra vez, la vitalidad de los inmigrantes resultaba crucial para sostener el empeño hispanoamericano. Si alguien había extraído réditos de los centenarios eran ellos, que gestionaron por diversos conductos —como el del presidente Figueroa Alcorta y la infanta Isabel— el perdón para los desertores y prófugos huidos a América. En 1912, el gobierno Canalejas terminó concediéndolo[68].

Todo esto se antojaba poco en comparación con las inmensas expectativas levantadas por el hispanoamericanismo. Una honda brecha separaba la pobreza de los avances concretos y la retórica grandilocuente, que se infló en años sucesivos hasta hacerse insoportable. El escritor Wenceslao Fernández Flórez expresaba ese hartazgo: «Los unos hablan del sinsonte, del cañaveral y de la hamaca. Los otros, de los orígenes de las razas, de la consanguinidad, del azúcar de caña, de Hernán Cortés, de las plantaciones de tabaco, de Moctezuma y de las joyas de Isabel la Católica. Desde luego, son preferidos los que cantan el sinsonte. Por lo menos, no hacen daño a nadie y dejan en paz a los muertos en su sepultura»[69]. Pero tanta insistencia en los mismos tópicos remitía, más que a realizaciones *prácticas,* al universo, menos tangible, de las identidades nacionales, en el que los relatos americanistas disfrutaban de funciones expresivas y también performativas, pues a la vez construían, actualizaban y difundían un imaginario español en el que América representaba un papel esencial. El hispanoamericanista fue un avatar del españolismo que no dejó de expandirse tras los centenarios de las independencias hasta ocupar un puesto tan central que acabó por otorgarle un carácter omnipresente y hegemónico. Proporcionaba a España

---

[68] López Sánchez, 2007. Dalla Corte, 2005, pp. 35-37. Campomar, 2009. RD de 25 de abril de 1912. *Mercurio,* 17 de mayo de 1912.

[69] Cita en Fernández Flórez, 1964, p. 65.

una categoría simbólica indiscutible, afirmaba a los emigrantes españoles frente a sus competidores y al país de acogida, y llenaba de contenido una política exterior sin recursos suficientes. En este orden, el *moral,* su éxito fue completo. Desde 1910, América se incluyó con ahínco en las tareas nacionalistas y nacionalizadoras, tanto particulares como estatales y no siempre bien aprovechadas, como las que justificaron los siguientes centenarios: el de la Constitución de Cádiz en 1912, el del descubrimiento del Pacífico en 1913-1915 o el de la muerte de Cervantes en 1916. Encarnada más adelante por la fiesta nacional del 12 de octubre, la dimensión americana del nacionalismo español tendría un futuro brillante.

Capítulo 4
MEMORIA DE LA NACIÓN LIBERAL

Lápida conmemorativa en la fachada del Oratorio de San Felipe Neri, Cádiz, 1912.
Foto: Rodrigo Gutiérrez Viñuales.

«Profeso fervorosamente la religión de los muertos,
y soy uno de los más activos cooperadores
de cuantas conmemoraciones se hacen de los hombres,
más o menos aplaudidos o más o menos olvidados,
que prestaron servicios a la Patria y a la Humanidad»
Rafael María DE LABRA [1].

El 4 de octubre de 1912, el diario republicano *El Liberal,* de Madrid, informaba en segunda página sobre el inicio de los festejos que conmemoraban el centenario de las Cortes de Cádiz. Junto a las noticias que transmitía el telégrafo se publicaba una carta que, con el título «Fiesta nacional española. El día de la libertad», había enviado un mes antes desde Buenos Aires Rafael Calzada. No era un lector cualquiera, pues Calzada representaba un papel protagonista entre los emigrantes españoles en Argentina. Abogado de éxito y gran propietario de origen asturiano, participaba en las principales asociaciones y empresas de su comunidad, había acaudillado allí la Liga Republicana Española e incluso había obtenido un escaño como diputado por Madrid en 1907 [2]. En aquella carta, el prócer republicano daba una lección de patriotismo. A su juicio, «España necesita(ba), por múltiples razones, estimular los sentimientos patrióticos de sus hijos, que sufrieron depresión no pequeña en los últimos tiempos, principalmente por consecuencia de la catástrofe colonial de 1898». Para ello resultaba indispensable dotarla de una gran fiesta nacional, cosa que no tenía. No podía ser el 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América en 1492, porque recordaba la ruina que había acompañado a las glorias imperiales;

---

[1] LABRA, 1913a, pp. 3-4.
[2] DUARTE, 1998.

ni el 2 de mayo, el del levantamiento de 1808 contra Napoleón, por sus connotaciones antifrancesas. «Solo la fecha del 19 de marzo de 1812 —concluía Calzada— tiene la suficiente grandeza». La Constitución promulgada en Cádiz ese día sintetizaba el espíritu de independencia y la abolición de odiosos privilegios, por lo que su rememoración apasionaría a una nación liberal y democrática como la española, insuflándole nueva vida. Así, recomendaba un amplio programa conmemorativo: lecciones en las escuelas, monumentos, desfiles y conferencias, todo en torno a una festividad subrayada en el calendario. Al cabo, el *día de la libertad* serviría para alimentar el patriotismo y transformar España[3].

Calzada no hacía sino recetar para su país los remedios nacionalistas que se aplicaban en Argentina, donde las autoridades y la sociedad civil impulsaban la nacionalización de una ciudadanía creciente y heterogénea. En 1910, el nacionalismo argentino había vivido su apoteosis en el primer centenario de la independencia, unos festejos en que numerosos miembros de la colectividad española —y él mismo entre sus dirigentes— habían intervenido con fervor. Otros estados, en Europa y América, seguían un modelo similar, a través de conmemoraciones que buscaban el refuerzo de las respectivas identidades nacionales y, con ellas, de la cohesión de sociedades trastornadas por rápidos cambios a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Para los republicanos españoles, el mejor ejemplo venía de Francia, donde los gobiernos promovían el 14 de julio como parte substancial de los homenajes a la Revolución en que hundían las raíces sus propios valores democráticos y nacionalistas[4]. De acuerdo con estos moldes, la Constitución de 1812, aunque monárquica, podía convertirse en un mito fundacional para una España moderna y progresiva, heredera de los principios doceañistas. Un motor para propulsar la regeneración a la que aspiraban las izquierdas liberales españolas.

Sin embargo, como reconocía el propio Calzada, la conmemoración de las Cortes de Cádiz y de su texto constitucional no generaba en absoluto un consenso unánime en la escena política

---

[3] Rafael CALZADA, «Fiesta nacional española. El día de la libertad», *El Liberal*, 4 de octubre de 1912. El artículo fue reproducido también en *El País*, 5 de octubre de 1912.

[4] El centenario argentino, en el capítulo 3; y las fiestas nacionales, en el 1.

española. Algo parecido ocurría en muchos otros países, donde los conflictos sobre el pasado y los símbolos nacionales formaban parte de la cotidianidad. Ni siquiera en Argentina estaba del todo claro si el hito principal que debía celebrarse se hallaba en la revolución bonaerense de mayo de 1910 o en el congreso de Tucumán, que el 9 de julio de 1816 había declarado la independencia patria. Y tampoco en la Francia republicana faltaban los enemigos del legado revolucionario de 1789, conservadores para quienes era un hecho nefasto que solo había traído desgracias a una nación en esencia católica y monárquica: santa Juana de Arco *vs.* Marianne. Bien por razones territoriales, bien por motivos ideológicos, las conmemoraciones ocasionaban múltiples desacuerdos, e incluso cuando la fecha no ofrecía dudas se enfrentaban interpretaciones contrapuestas acerca de su significado. La historia se transformaba en un terreno de disputas en el que se ponían en juego las identidades políticas, en especial las nacionales, y donde cada actor procuraba imponer su versión sobre las del resto, legitimando de este modo sus posiciones, e impregnar con ella los instrumentos disponibles de nacionalización, como la enseñanza y las ceremonias masivas[5]. Entre el verano de 1910 y el otoño de 1912, el centenario de Cádiz dio lugar a un amplio debate sobre el pasado liberal español y la manera de abordar su recuerdo, una polémica que implicó a la mayor parte del arco político y a círculos tanto nacionales como locales. Su pugna por la memoria —librada en discursos, artículos de prensa, conferencias, folletos, libros e impulsos conmemorativos de todo tipo— revela algunas de las quebraduras del nacionalismo español al iniciarse el siglo. Esas que impidieron que el sueño de Calzada se hiciera realidad.

Patriotismo o traición

Los partidarios de la conmemoración gaditana procedían, en su mayor parte, de las filas del liberalismo progresista, más entusiastas cuanto más a la izquierda. En ellas se ubicaban algunos pilares del republicanismo comprometido con la causa como Rafael Salillas, un

---

[5] Véase el capítulo 1. Sobre Francia, véase, por ejemplo, LEBOVICS, 1994.

médico y notable criminólogo especializado en el estudio positivista de los delincuentes y en la reforma de las prisiones. Salillas fue el diputado que defendió en el Congreso la idea de festejar el 24 de septiembre de 1910, centenario de la reunión inaugural de las Cortes en la isla de San Fernando, con un homenaje a los doceañistas. Su propuesta, apoyada por otros republicanos como el moderado Gumersindo de Azcárate y el radical Alejandro Lerroux, enfatizaba una de las tesis más queridas por los izquierdistas, para quienes el protagonismo en las hazañas patrióticas de la Guerra de la Independencia y el aliento que movió a los reunidos en Cádiz correspondían en exclusiva al pueblo. Frente al absolutismo arbitrario, las Cortes habían existido «por lenta y persistente sugestión del espíritu del pueblo y por clarísimas revelaciones de la soberanía popular»[6]. En arranques llenos de pervivencias románticas, se afirmaba que los españoles corrientes, abandonados a su suerte por los poderosos, habían organizado las juntas, tomado las armas y vencido al enemigo. El héroe de Salillas era Diego Muñoz Torrero, el clérigo y parlamentario que había sabido recoger aquel espíritu para hacer del poder soberano de la nación el eje del edificio constitucional.

El populismo republicano, que en la primera década del siglo XX triunfaba en las elecciones de ciudades como Barcelona o Valencia, se proyectaba hacia atrás al recoger y llevar al extremo las interpretaciones históricas progresistas que habían recorrido el XIX. Ahí estaban, por ejemplo, los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós, que paradójicamente no habían atribuido tanta relevancia a las energías populares en la obra concreta de Cádiz. Pero Galdós, diputado en 1910 por la conjunción republicano-socialista, se había convertido en el patriarca idolatrado del nacionalismo liberal, y como tal había ejercido en las conmemoraciones de 1908 en Zaragoza y Madrid, por su condición de autor de las novelas que habían inoculado valores patrióticos a varias generaciones de españoles. Ya muy anciano, formó parte de la comisión oficial del centenario gaditano y hasta intervino en las ceremonias de septiembre, cuando se limitó a afirmar que «en esta conmemoración solemne enaltecemos al Pueblo español»[7]. En realidad, la versión republicana de lo

---

[6] Cita en *DSC*, 21 de julio de 1910, p. 825.

[7] Gómez Bardají, Gómez Bardají y Ortiz de Burgos, 1912, cita en p. 67.

ocurrido un siglo atrás se había fijado en libros como la *Historia de la revolución española* (1890-1892), del escritor y político Vicente Blasco Ibáñez, caudillo populista en Valencia al doblar el siglo. En esta versión el pueblo, compuesto por ciudadanos patriotas, se erigía en actor principal del drama, lo mismo que en la precedente Revolución Francesa[8]. Salillas siguió esta misma senda en uno de los libros más significativos que dio el centenario, *En las Cortes de Cádiz (revelaciones acerca del estado político y social).* Allí se afirmaba con rotundidad que «En las Cortes de Cádiz como en todo, absolutamente en todo, palpitó lo único grande, lo único noble, lo único puro que la Nación tenía: el alma del pueblo. En España había un pueblo grande, colosal, el más grande de Europa, el más grande del mundo. No había otra cosa más que pueblo». Los dones populares se trasladaban pues a la construcción política gaditana: «ánimo esforzado, constancia a toda prueba, tenacidad en el esfuerzo, resignación ante la adversidad, paciencia con los males heredados, objetivo preciso y resolución de llegar al fin»[9].

Las izquierdas españolas solían contraponer la pureza del pueblo a la corrupción de las clases directoras, tanto en el pasado como en el presente. José Ortega y Gasset, quien despuntaba por entonces como un ambicioso intelectual que coqueteó primero con el radicalismo y después con actitudes reformistas, lo resumía bien en 1912: la guerra antinapoleónica había sido obra del pueblo heroico y puro frente a unas élites torcidas y malvadas, pues «eternamente será virtud abajo, lo que es arriba vicio y al contrario»[10]. Los círculos republicanos trasladaban esa honradez popular a las figuras doceañistas, las de unos varones bienintencionados que no se merecían los frecuentes comentarios irónicos acerca de sus disposiciones. En especial, sobre la ingenuidad del artículo 6 de su Constitución: «El amor a la patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles, y asimismo el ser justos y benéficos». Para sus defensores, la famosa candidez de los hombres de Cádiz no era tal, sino una prueba de virtudes cívicas entre las cuales sobresalía

---

[8] Blasco Ibáñez 1890-1892, 2007. Romero Ferrer, 2012, pp. 201 y ss.

[9] Salillas, 1910, citas en pp. 20 y 23.

[10] José Ortega y Gasset, «Las Cortes de Cádiz», *La Prensa* (Buenos Aires), 13 de octubre de 1912.

el patriotismo, un concepto muy arraigado en las tradiciones republicanas desde tiempos antiguos y justo lo que requería España al iniciarse el siglo XX. Más aún, la admiración del republicanismo por las Cortes y sus miembros empleaba un lenguaje religioso, que aludía con frecuencia a la sacralidad y al martirio: los antimonárquicos hablaban de la necesidad de implantar un culto político a tan ilustres ancestros y definían Cádiz como un lugar sagrado. Un artículo del diario *El País* decía que los diputados habían sido atraídos «por una fuerza misteriosa que latía en la ciudad santa», mientras los mismos parlamentarios se tenían por mártires de la libertad[11]. A juicio de sus albaceas, sobre ellos habían llovido los vilipendios de la reacción y el menosprecio de toda aquella truhanería electorera que había hecho degenerar el régimen alumbrado en 1812.

Naturalmente, las alabanzas a los doceañistas corrían parejas a los ataques contra el omnipresente caciquismo que explotaban los partidos gubernamentales, el liberal y el conservador, para mantenerse en el poder bajo la monarquía de 1876. En buena ley regeneracionista, los republicanos achacaban a la corrupción reinante el atraso de España. También en *El País,* que dedicó un amplio suplemento especial al centenario gaditano en octubre de 1912, el urbanista e ingeniero Arturo Soria y Mata emulaba a Joaquín Costa —célebre por haber definido el sistema político imperante como *oligarquía y caciquismo*— para sentenciar que «bajo las apariencias engañosas de la Constitución, la realidad abrumadora es la de millares de caciques y oligarcas, que han multiplicado y difundido por toda la nación el despotismo, los vicios y las maldades de la innoble personalidad de Fernando VII». El periodista Luis de Tapia completaba el panorama con una de sus composiciones humorísticas: «Cortes fueron de honradas intenciones, / libres de sacristías y palacios... / Cortes fueron sin fieras ni Dalmacios, / Sin actas falsas... Limpias de *ratones* / Fue su honor no escribir "Jurisdicciones"; / Su honra, moverse en diáfanos espacios; / Su fortuna, el no ser cuna de "Ignacios"; / Su firmeza, el no ser de Romanones...»[12]. La monar-

---

[11] Francisco Escolá, «El espíritu de la ciudad santa», *El País,* 23 de septiembre de 1912.

[12] Arturo Soria y Mata, «1812-1912-2012», y Luis de Tapia, «Grandes fueron. Soneto», ambos en *El País,* 5 de octubre de 1912.

quía entregada al clericalismo, los caciques ratoniles campando por sus respetos, el fuero civil mutilado por las cesiones a los militares a través de la ley de jurisdicciones de 1906 —que había traspasado a los tribunales castrenses los delitos contra el ejército— y presidiendo el Congreso de los Diputados el conde de Romanones, un reconocido experto en favores clientelares y marrullerías electoreras... en la opinión republicana todo seguía igual, o aún era peor, que en 1810. Solo cabía inspirarse en los hombres de Cádiz para derruir lo existente y emprender en serio, como habían hecho ellos, la regeneración de España.

Además de perfilar su interpretación histórica acerca de las Cortes doceañistas y de cebar con ella sus discursos contra el régimen vigente, los republicanos mostraron una enorme capacidad para movilizar voluntades y organizar conmemoraciones. En este campo se llevó la palma el senador Rafael María de Labra, verdadero promotor del centenario desde su atalaya parlamentaria y gracias a sus múltiples contactos con centros culturales, instituciones locales y asociaciones a uno y otro lado del Atlántico. Nacido en Cuba y criado en Cádiz, Labra, que cumplió setenta y un años en 1912, era desde su juventud un incansable activista en ciertas causas. Algunas ya amortizadas, como la abolición de la esclavitud y la concesión de la autonomía política a las últimas colonias españolas para evitar su independencia, empresa fallida en 1898. Pero otras aún de actualidad en la primera década del XX, como el progreso educativo y la vertiente hispanoamericana de la política exterior de España[13]. Hombre reformista y plenamente integrado en los círculos influyentes de su tiempo, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, animaba la resurrección de las ilustradas Sociedades Económicas de Amigos del País y presidió durante años la sección de ciencias históricas del Ateneo de Madrid.

En cuanto al centenario de Cádiz, Labra —que se presentaba como hijo de doceañista porque su padre, militar de profesión, había servido en las filas del liberalismo— entendió mejor que nadie su potencial nacionalizador. Creía con firmeza en *la religión de los muertos,* es decir, en el valor educativo del enaltecimiento

---

[13] HERNÁNDEZ SANDOICA, 1994.

de las glorias nacionales y de la fundación de monumentos alrededor de los cuales podían articularse ceremoniales políticos. Para crear buenos ciudadanos españoles, cultos y comprometidos con su patria, un fin al que la memoria de la Constitución gaditana se ajustaba como un guante. El aprendizaje del pasado preparaba el futuro. En marzo de 1912, durante un debate en el Senado sobre el centenario, Labra desgranó los principales contenidos de aquel ejercicio conmemorativo. Aludió por supuesto a la afirmación de la soberanía popular y a la moralidad insobornable de los diputados de Cádiz, pero insistió sobre todo en su carácter nacional. Es decir, en la unidad de pareceres que debía despertar la conmemoración en todos los españoles, sin distinciones de partido. Que él, republicano y defensor de la libertad de cultos, ensalzara una Constitución monárquica que establecía la oficialidad de la religión católica, probaba lo neutral de su postura. Aquello «interesa(ba) al honor, al prestigio y al porvenir de nuestra Patria»[14].

Los planes nacionalistas del republicanismo encontraron, en principio, una coyuntura política propicia donde desplegarse. No por casualidad, el centenario estuvo presidido por gobiernos del partido liberal, los de José Canalejas, que entre 1910 y 1912 tuvieron ocasión de aplicar un programa con el que intentaban consolidar la monarquía constitucional de Alfonso XIII a través de su apertura en sentido democrático. Canalejas, antiguo republicano, se erigía en el principal adalid de un *nuevo liberalismo* intervencionista que seguía la estela de sus congéneres europeos, desde David Lloyd George en Gran Bretaña hasta Giovani Giolitti en Italia, para ensanchar las bases del régimen monárquico con medidas en favor de las clases populares. Con ese objetivo, los gabinetes canalejistas aprobaron diversas reformas sociales y laborales, y avanzaron en el cumplimiento de ciertos anhelos históricos del progresismo español. Como la abolición del impuesto de consumos, el que más perjudicaba a los trabajadores porque gravaba los artículos de primera necesidad; o el servicio militar obligatorio, que nacionalizaba el ejército mediante la desaparición de las redenciones a metálico que libraban a los jóvenes con posibles del paso por los cuarteles.

---

[14] *DSS*, 6 de marzo de 1912, p. 1434.

Canalejas hizo asimismo bandera de otra reivindicación izquierdista, la custodia de las prerrogativas estatales frente a los privilegios de la Iglesia, lo cual condujo a un choque frontal con el Vaticano y con el mundo confesional español. En ese contexto, le convenía aprovechar el ejemplo de los doceañistas, patriotas y liberales, monárquicos y católicos pero defensores del estado y enemigos de la Inquisición, para legitimar sus posiciones.

Los liberales monárquicos localizaban en la Constitución de 1812 el origen del sistema político en el que gobernaban. Poco importaba que la soberanía nacional definida por Muñoz Torrero —«La soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo pertenece a esta exclusivamente el derecho a establecer sus leyes fundamentales», rezaba el artículo 3— cuadrara mal con la cosoberanía o soberanía compartida entre el parlamento y la corona que establecía el texto constitucional en vigor, el de 1876 —según su artículo 18, «La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey». Romanones, presidente liberal del Congreso, opinaba que los diputados doceañistas, «al creerse, como en realidad eran, verdaderos co-soberanos de la Nación», no deseaban «rebajar la institución monárquica, pues al propio tiempo que proclamaban y definían la verdadera Soberanía de la Nación, declaraban la inviolabilidad del Rey y la legalidad de la sucesión hereditaria [...], llegando con ello a una expresión feliz de lo que es uno de los sistemas más perfectos por que se rigen los pueblos: la Monarquía constitucional»[15].

El discurso del liberalismo dinástico acerca de Cádiz traslucía también otros valores asentados en la vida oficial, como el de la paz y la convivencia entre partidos, pues «las Cortes y su Constitución —señalaba el senador canalejista Fermín Calbetón— representan dentro del régimen interior de España una era de paz, de tranquilidad, de transigencia», en contraste con la violencia absolutista. Es más, «siempre fueron aquellos sabios legisladores, aquellos patricios ilustres, hombres de gran criterio práctico y que acomodaron a los criterios de la época, a las exigencias de los tiempos, todas y cada una de sus resoluciones»[16]. Un verdadero autorretrato: los

---

[15] Gómez Bardají, Gómez Bardají y Ortiz de Burgos, 1912, p. 75.
[16] *DSS*, 8 de marzo de 1912, p. 1467.

monárquicos de izquierdas veían a los doceañistas como se veían a sí mismos, como gentes de orden y respetuosas con la religión, capaces de orientar hacia un horizonte progresivo a la monarquía mediante reformas atenidas a lo que la realidad permitía. Algo que no les impedía arrimar el ascua a su sardina cuando, como hacía Romanones, enfatizaban la defensa del poder civil frente a los abusos eclesiásticos y alababan a aquellos creyentes, a menudo clérigos, que habían rechazado la tutela del papa y expulsado al nuncio. Nada más lejos de la actualidad, apuntaba un crítico en esta misma línea, que aquellos eclesiásticos entregados a labores patrióticas[17].

Dentro del partido liberal se distinguían, al iniciarse la segunda década del siglo, varias facciones con estrategias e idearios distintos, conjugados con una inclemente pugna por el liderazgo que persistía desde la muerte de su jefe histórico, Práxedes Mateo Sagasta, en 1903. En 1910, dos grupos principales se disputaban la hegemonía partidista: el de Canalejas, que desde la cabecera del Consejo de Ministros fue ganándose la fidelidad de clientelas liberales cada vez más nutridas; y el del viejo Segismundo Moret, defenestrado de la presidencia por el anterior, cuyo influjo menguaba. Les diferenciaban ante todo sus opiniones ante la posible colaboración con los republicanos moderados. Moret se había distinguido por estrechar lazos con los llamados *gubernamentales,* dispuestos a acercarse a la monarquía con tal de que esta se democratizara. Es decir, si la corona asumía una reforma constitucional que reconociese la libertad religiosa y retocara instituciones oligárquicas como el Senado. En cambio, Canalejas, a la izquierda del moretismo en asuntos cruciales como las relaciones con la Iglesia, prefería no abrir la caja de Pandora de la Constitución, algo que los sectores conservadores y el rey no tolerarían, y aprovechar en cambio sus buenas relaciones con Alfonso XIII para sacar adelante sus proyectos avanzados. Pues bien, ambos personajes tenían también posturas algo divergentes en cuanto al centenario doceañista. Desde el gobierno, Canalejas respaldó los festejos, aunque no se privó de afirmar que «los banquetes, las bambalinas, las decoraciones y los gallardetes» habitua-

---

[17] Acogida de las palabras de Romanones, a favor y en contra, en *Heraldo de Madrid,* 27 de septiembre de 1910; y *La Época,* 25 de septiembre de 1910. Gómez Bardají, Gómez Bardají y Ortiz de Burgos, 1912, pp. 75-76. Vergara, 1912.

les en estos actos «realmente son ya rutinarios y solo el mal gusto los sigue autorizando»[18]. El primer ministro apostaba por invertir en monumentos, pero en sus recelos había algo más profundo. Sin negar la grandeza que habían demostrado los patriotas de Cádiz, notaba en ellos las consabidas candideces y actitudes románticas, mientras que el «Código inmortal» del 12 le resultaba confuso, incongruente y bastante arcaico, muy lejano del liberalismo puesto al día, en consonancia con la ciencia política contemporánea, que él propugnaba[19].

A diferencia de su rival, Segismundo Moret se entregó en cuerpo y alma —como sus amigos republicanos— a la conmemoración. Este abogado de más de setenta años, intelectual anglófilo y orador de elegancia reconocida por todos, ya había representado un papel clave en el centenario de los Sitios de Zaragoza, su distrito electoral, en 1908. Pero era gaditano y en Cádiz disfrutaba asimismo de un buen campo de cultivo político, de uno de esos feudos clientelares donde conceder favores y recoger adhesiones. Su correligionario Cayetano del Toro, notable moretista de la capital, fue uno de los más activos organizadores del centenario. En pleno centro de la misma, sus paisanos le habían levantado una estatua a Moret y en marzo de 1912, cuando se cumplían cien años del alumbramiento constitucional, le ofrecieron un multitudinario homenaje. Tanto en esa ocasión como en octubre, cuando se celebraron finalmente las fiestas principales, Moret procesionó y pronunció discursos en los que remarcaba el relieve de las Cortes gaditanas en la gloriosa historia española.

Parece inevitable emparejar a Moret con Labra, pues ambos tenían mucho en común: una edad parecida, fuertes vínculos con Cádiz, la defensa del legado progresista y demócrata del siglo XIX y la pertenencia a los mismos entornos culturales, como el de Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza o el del Ateneo de Madrid, que Labra, tras años de trabajar hombro con hombro, presidiría a la muerte de Moret. Los dos encarnaban como nadie el alma doceañista: según el diario *El Imparcial,* afiliado al moretismo, su jefe era «la más preciada figura del parlamentaris-

---

[18] *DSC,* 21 de octubre de 1910, p. 1301.
[19] CANALEJAS, 1912, pp. 99-100.

mo» y «quien mejor representa la tradición que hoy se conmemora»; por su parte, el nombre de Labra iba casi siempre asociado a calificativos que parecían salidos de sus propias descripciones del doceañismo, como los de «insigne publicista, virtuosísimo político y ejemplar patriota»[20]. El republicano formaba parte de los medios reformistas con los que el jefe de los dinásticos de izquierda se entendía sin dificultades, por lo que no sería descabellado afirmar que el centenario fue cosa de ambos sectores. Sus miembros se encontraban lo mismo en los debates ateneístas que en las redacciones de los grandes periódicos madrileños o en diversos organismos oficiales como el Instituto de Reformas Sociales o la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, puntales de la política social y cultural de comienzos de siglo. Las mismas gentes que poco antes habían encabezado una coalición contra los gobiernos del conservador Antonio Maura, el *bloque de las izquierdas* que había atraído una movilización conjunta —de monárquicos y antimonárquicos— sin precedentes.

Fueran republicanos o no, los liberales compartían una obsesión a la hora de valorar el periodo 1808-1814: fusionar la guerra nacionalista de la independencia y las Cortes de Cádiz en un solo acontecimiento. Era el corolario de todos sus esfuerzos por mostrar la naturaleza radicalmente española y patriótica de las Cortes. «Los legisladores que se congregaron en la bella ciudad andaluza —afirmaba *El Imparcial*— se impusieron dos sagradas misiones: libertar del yugo extranjero la patria y manumitir al pueblo de la esclavitud»[21]. Es más, para las diferentes tendencias del liberalismo las Cortes de Cádiz no eran sino la cumbre de la ímproba lucha nacional contra Napoleón y su labor se resumía en la reconstitución de una España empobrecida y en trance de muerte por causa de la monarquía absoluta, una España perdida y disgregada en juntas locales que necesitaban el impulso y el ideal común que les proporcionaron los doceañistas. Aquellos gloriosos diputados eran ante todo patriotas y su obra consistió en rehacer la patria deshecha. En Cádiz confluyeron además todas las energías regionales españolas, que Labra enumeraba así: «la heroica Madrid, la inmortal Zaragoza, la insuperable

---

[20] Citas en *El Imparcial*, 25 de septiembre de 1910; y *VIPEGON*, 1912, p. 6.
[21] *El Imparcial*, 4 de octubre de 1912.

Gerona, la viril Asturias, la previsora Cataluña, la centelleante Valencia, a Cádiz llevaron sus acentos y sus aspiraciones y sus votos»[22]. Su recuerdo podía ser pues un antídoto contra el separatismo que los más susceptibles, muy numerosos en el liberalismo monárquico, adivinaban en tierras catalanas y vascas. Por otra parte, las izquierdas constataban, como habían hecho en su día los protagonistas de las Cortes gaditanas, sus raíces profundamente españolas, pues no se habían limitado a copiar modelos extranjeros, sino que se habían inspirado en las antiguas asambleas castellanas. Como dijo Moret en uno de los diversos discursos y conferencias que pronunció en aquellas fechas, «si algo nacional y castizo hay en nuestra legislación es precisamente la Constitución de Cádiz [...] El grito de ¡Cortes! de los españoles del tiempo de Fernando VII, aprendiéronlo en las Cortes de Castilla, y así fructificó el año 12 la fecunda semilla que había sido depositada algunos siglos antes»[23].

Por último, el centenario tuvo una lectura nacionalista inclinada hacia la política exterior, en la que porfiaron también los liberales de uno u otro signo. Tras el *Desastre* se hallaba de nuevo en duda la personalidad de España, tal vez incluso su misma existencia, por lo que urgía componer una acción internacional coherente y eficaz. Puesto que a Cádiz habían acudido representantes de los «españoles de ambos hemisferios», como rezaba el artículo 1 de la Constitución de 1812, su memoria serviría para tender de nuevo los puentes hacia América y formar una comunidad moral hispanoamericana que diera relevancia mundial a España[24]. Después de todo, en las Cortes recogieron los liberales de Ultramar las ideas que dieron savia a sus respectivas repúblicas, y no fue contra aquellas, sino contra el absolutismo, contra quien se rebelaron los americanos. Aquí se desataron los discursos sobre la *raza,* una «unidad de almas» que abarcaba desde la Patagonia hasta California y que se enraizaba sobre todo en la lengua. La *madre patria* debía acoger a sus hijas, agradecidas por la herencia cultural recibida, y ayudarlas a superar los desafíos panamericanos que les planteaban por entonces los dirigentes de Estados Unidos, es decir, esos *yanquis* que habían

---

[22] *DSS,* 6 de marzo de 1912, p. 1435.
[23] *Abc,* 6 de octubre de 1912.
[24] LABRA, 1913b.

humillado a los españoles en Cavite y Santiago de Cuba y ahora querían dominar todo el hemisferio occidental[25].

Desde luego, Moret reforzaba este mensaje cuando enhebraba advertencias de esta manera: «que había que unirse para ser fuertes en Europa y en el mundo [...]; que nos vamos a hacer escuchar y temer, o, por lo menos, a respetar; que el Canal de Panamá es un peligro; que [...] la voz de alerta estaba dada, y que el éxito será del más enérgico». La próxima apertura de una vía de comunicación entre el Mar Caribe y el Océano Pacífico, bajo el control de Estados Unidos, preocupaba ya a medio mundo y hacía saltar las alarmas hispanoamericanistas, recelosas del coloso del norte[26]. Las ciudades americanas, constataba por su parte Labra, se llenaban de millones de emigrantes españoles; el interés de las naciones hermanas por lo español era cada vez mayor, como demostraba el empeño de quienes conmemoraban sus propias independencias por homenajear a España y a sus símbolos nacionales, de Isabel la Católica a Miguel de Cervantes; el viaje a Argentina de la infanta Isabel en 1910 había sido un éxito; y en la misma Península nacían toda clase de asociaciones americanistas, desde la conservadora Unión Ibero-Americana hasta el más liberal Centro de Cultura Hispanoamericana. El centenario de las Cortes ofrecía una ocasión irrepetible: «Cádiz —afirmaba un gaditano entusiasta— fue el pezón ubérrimo que alimentó a la nueva raza con el torrente de la sangre generosa y de las energías psíquicas de España. Cádiz sea [*sic*] la ciudad por quien las naciones americanas, en la evolución de la vida independiente, devuelvan a la Madre el beso de su amor»[27]. Cádiz era, ni más ni menos, la Covadonga de América.

De acuerdo con estos planteamientos, nada impedía la consagración de las Cortes gaditanas, admirables y españolísimas, como un mito nacional que, sujeto a miradas convergentes dentro de las

---

[25] Véanse, por ejemplo, *El Imparcial*, 1 y 8 de octubre de 1910. R. Ginard de La Rosa, en *El País*, 19 de marzo de 1912. L. MOROTE, «La España absolutista y la España constitucional», *El País*, 5 de octubre de 1912.

[26] J. M. GUTIÉRREZ Y GARCÍA, «España y América. En el primer aniversario de la muerte de Moret», *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, III (1914), p. 234. Sobre el Canal, véase el capítulo 5.

[27] V. MOLINA, «Discurso de apertura», *Revista de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, I (1910-1911), p. 3.

culturas políticas liberales, aglutinara a los españoles y les infundiese un patriotismo regenerador. Se ponderara su aliento popular y sus cívicas virtudes, o más bien su equilibrada moderación y su pragmatismo reformista, cabía elaborar con ellas un relato de origen como los que habían idealizado la Revolución Francesa o las independencias americanas. Sin embargo, buena parte del abanico político se encontraba en España al margen de este liberalismo reflejado en el espejo doceañista. Más a la izquierda, los movimientos obreros permanecían por completo ajenos a la conmemoración, a la que no dedicaron un solo minuto. El socialismo español prefería recordar en 1912 otro aniversario: el de la Comuna de París, un 18 de marzo que tapaba por completo el 19. Sus héroes no eran parlamentarios burgueses, sino trabajadores que «ansiaban el gobierno del pueblo por el pueblo», cuyo «alzamiento fue una verdadera rebelión de la clase explotada contra sus opresores». En consecuencia, las casas del pueblo socialistas homenajearon a las víctimas de la represión de 1871, no sin dedicar también unas palabras a Karl Marx, de cuyo fallecimiento se cumplían veintinueve años[28]. Internacionalismo *vs.* nacionalismo.

Sin embargo, las mayores resistencias al centenario procedían de las derechas católicas, que desde que comenzó a hablarse de las conmemoraciones se opusieron rotundamente a la idea. Para los círculos antiliberales, mayoritarios en el catolicismo político español, regía el canon histórico establecido por su intelectual más respetado, el Marcelino Menéndez Pelayo joven y combativo, quien en su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882) había tachado a las Cortes gaditanas de herederas del regalismo jansenista y, ante todo, del espíritu ilustrado de la *Enciclopedia* y del *Contrato social* de Jean-Jacques Rousseau, es decir, «de todas las tendencias desorganizadoras del siglo XVIII». Los doceañistas, dados a utopías abstractas, «fabricaron alcázares en el viento» y, en lugar de atender a la antigua conciencia nacional, atacaron con todas sus fuerzas a la Iglesia y a las auténticas tradiciones españolas. Sus reformas dividieron España en dos bandos, propagaron irreverencias y charlatanerías, socavaron el prestigio del trono y el orden religioso. Y

---

[28] Cita de «18 de Marzo de 1871», *El Socialista,* 15 de marzo de 1912. «En honor de la "Commune"...», *El Socialista,* 22 de marzo de 1912.

así —concluía Menéndez Pelayo— «comenzó esa interminable tela de acciones y reacciones, de anarquías y dictaduras, que llena la torpe y miserable historia de España en el siglo XIX». En resumen, las Cortes de Cádiz habían originado todos los males contemporáneos del país[29].

Los escritores y políticos más reaccionarios acusaban pues al doceañismo de extranjerizante, antiespañol y traidor a la patria. El jaimista Juan María Roma, autor de uno de los folletos publicados con motivo del centenario, explicaba cómo los afrancesados liberales se habían dividido en dos grupos: los «napoleonistas» y los que «esquivando las balas, se retiraron cómodamente a Cádiz» para implantar en España las máximas del enemigo. Estos últimos traicionaron al ejército y al pueblo que, fieles a su fe de siempre, luchaban por la monarquía católica: «los soldados de Napoleón asestaban sus tiros contra el cuerpo de los soldados españoles. Los legisladores de Cádiz clavaban sus puñales en el alma misma del ejército español, que peleaba, como decían los mismos liberales, por la Religión, por el Rey y por la Patria». Para colmo, los liberales habían instigado las revueltas independentistas americanas contra la metrópoli. Reconocía el tradicionalismo que la Constitución del 1812 había declarado oficial la religión católica como la única verdadera, pero esto le parecía solo un ardid hipócrita, puesto que, a la vez, los doceañistas habían abolido la Inquisición y aprobado la libertad de imprenta, síntoma de apostasía y fuente de mil desgracias. Fue entonces cuando, por causa suya, se aceleró la decadencia de España. Un colaborador del diario integrista *El Siglo Futuro* acusaba en un panfleto a aquellas Cortes de fomentar el ateísmo, los sacrilegios y la lujuria. En el mismo periódico se denunciaba el dispendio «en satánicos festejos a honor y gloria de la infernal Constitución de Cádiz»[30].

No solo los tradicionalistas ponían reparos a la conmemoración. También lo hacían los católicos independientes que, de la mano de corporaciones como la Asociación Católica de Jóvenes Propagandistas, animaban la arrolladora movilización confesional

---

[29] MENÉNDEZ PELAYO, 1880-1882, 1992, II, pp. 1005 y 1006.

[30] Citas en ROMA, 1910, pp. 5 y 8; y *Un tradicionalista,* «El dragón del Apocalipsis y la Constitución de Cádiz», *El Siglo Futuro,* 21 de marzo de 1912. También CIRIA, 1910.

que contestaba a las reformas liberales. Su recién nacido órgano de prensa, *El Debate,* protestaba contra la tiranía de imponer unas fiestas contrarias a los sentimientos del pueblo, empobrecido y esclavizado por un siglo de regímenes políticos inspirados en el liberalismo. Según estos medios, la asamblea gaditana no representaba a los españoles y solo les había proporcionado calamidades: parlamentarismo, caciquismo, centralismo y libertades perversas[31]. Naturalmente, tales diatribas tenían un objetivo más cercano en el tiempo: la política anticlerical de Canalejas, que en su campaña regalista aprobó la llamada *ley del candado,* obstáculo temporal a la entrada de religiosos extranjeros en España, amenazaba con una nueva ley de asociaciones para controlar a las congregaciones y llegó a retirar al embajador ante la Santa Sede. En el otoño de 1910, cuando comenzaron las celebraciones gaditanas, miles de católicos se manifestaban en las calles contra el gobierno liberal. El centenario quedó así marcado por la principal línea de fractura que atravesó la política española entre 1899 y 1913, la que separaba clericalismo y anticlericalismo.

A juicio de la jerarquía eclesiástica, la celebración de las Cortes de Cádiz resultaba no solo innecesaria, sino también peligrosa y contraria al sano patriotismo que debía amalgamar a los españoles. Lo sentenciaba con rotundidad el obispo de Jaca en los debates del Senado: «venir a conmemorar el triunfo de un partido sobre otros partidos, que al fin son numerosos, venir a recordar lo que para muchos es una tristeza, una humillación, una derrota; conmemorar con cánticos triunfales el principio de nuestras luchas civiles haciendo que se ahonden más y más las divisiones entre los hijos de una misma Patria, me parece, Sres. Senadores, de la mayor inoportunidad»[32]. Otro prelado, el de Cádiz, obligado como estaba a adoptar una postura clara ante el centenario, distinguía perfectamente entre dos memorias contrapuestas: por un lado, la de la resistencia de la ciudad frente al asedio francés, hazaña merecedora de regocijo; y, por otro, la de la labor de las Cortes «en agravio de nuestras creencias religiosas y de la doctrina y derechos de nuestra

---

[31] *El Debate,* 8 de marzo de 1912 («Nuestra protesta. El centenario de la Constitución de 1812. 1.500.000 pesetas para fiestas») y 6 de octubre de 1912.

[32] *DSS,* 8 de marzo de 1912, p. 1462.

Madre la Iglesia católica», ante la que recomendaba circunspección[33]. Al contrario que los liberales, los católicos procuraban separar con nitidez la guerra, cuyo recuerdo unía a los españoles, de la malhadada y divisiva revolución.

La crecida confesional cogió al partido conservador, la otra pata del turno bipartidista que funcionaba bajo la monarquía constitucional, en posiciones ambiguas que condujeron a su pasividad durante el ciclo conmemorativo. Buena parte de sus cuadros podía reconocerse en las zonas más templadas del legado gaditano, pero el grueso se sentía más cómodo con un liberalismo de corte doctrinario y acomodado a los requerimientos de la Iglesia. Bajo la jefatura de Antonio Maura, los conservadores monárquicos se aproximaban a la jerarquía y a la sociedad civil católicas, buscaban su voto en las elecciones y su complicidad en la oposición a Canalejas. El portavoz del conservadurismo en la prensa nacional, *La Época,* adoptaba una posición intermedia entre unos y otros extremos y criticaba con matices a los doceañistas por ilusos, por creer que se podía avanzar a saltos e introducir novedades que, sometidas al espíritu francés, contrariaban eso que Antonio Cánovas, fundador del partido y del régimen de 1876, había llamado la constitución histórica de España, con lo que no habían cosechado más que sangre[34].

Unos argumentos que repetían historiadores académicos como Juan Pérez de Guzmán, especialista en la Guerra de la Independencia, y Jerónimo Bécker, estudioso de la política exterior española. Y también intelectuales de mayor calado y repercusión, como el literato José Martínez Ruiz, *Azorín,* admirador por entonces de Juan de la Cierva, mano derecha de Maura y ministro de talante autoritario. *Azorín* percibía en los hombres de Cádiz el individualismo violento y nivelador de los revolucionarios franceses, ajeno a la compleja realidad decantada por la tradición que representaban mejor las viejas Cortes consultivas: «erigir en dogma la libre soberanía individual vale tanto como destruir todo organismo social, toda sociedad»[35].

---

[33] *El Siglo Futuro,* 13 de marzo de 1912. *El Debate,* 14 de marzo de 1912.

[34] DEMANGE, 2004-2006. J. B., «El centenario de las Cortes de Cádiz. De por qué fracasó la obra de las Cortes», *La Época,* 24 de septiembre de 1910.

[35] *Azorín,* «Acerca de un centenario. Ideas de 1812», *Abc,* 21 de septiembre de 1910.

Así pues, los conservadores expresaron reticencias ante la conmemoración, criticaron el exceso de gastos y apenas participaron en ella. Además, los círculos católicos y derechistas tenían a mano conmemoraciones alternativas: la del padre Francisco Alvarado, el *Filósofo Rancio,* abierto adversario de las Cortes de Cádiz, a quien los tradicionalistas pusieron una placa en el pueblo sevillano de Marchena; o la del clérigo, filósofo y tratadista político Jaime Balmes, nacido en 1810. Balmes había afirmado ya la indisoluble unión entre España y el catolicismo, marca de su esencia histórica, lo cual implicaba, según la derecha dinástica, que no era «una gloria de partido ni de escuela, sino una gloria verdaderamente nacional». Las fiestas balmesianas, organizadas en su localidad natal de Vich (Barcelona), fueron presididas por la infanta Isabel, vuelta ya de su periplo argentino[36].

Celebraciones cruzadas

Estas lecturas políticas de la conmemoración se vertieron y ritualizaron en muy diversas celebraciones, que cabría agrupar en tres actos principales: el primero se desarrolló en septiembre de 1910 en San Fernando, adquirió un carácter fundamentalmente político-parlamentario y resultó sin duda el más coherente y redondo; el segundo tuvo lugar en Cádiz en marzo de 1912, dedicado a la promulgación de la Constitución y protagonizado por el triunfo local de Segismundo Moret; y el tercero, con mucho el más complejo y aparatoso, se prolongó varios días en Cádiz a comienzos de octubre de 1912 con contenidos heterogéneos —militares, parlamentarios, americanistas— y fue percibido por casi todos los opinantes como un relativo fracaso. Entretanto se produjeron distintas actuaciones, oficiales o particulares, que respondían en gran medida a la voluntad de divulgar y popularizar los diferentes relatos compartidos sobre las Cortes doceañistas.

En un principio, la iniciativa correspondió a las *fuerzas vivas e intelectuales* de Cádiz, que deseaban aprovechar la oportunidad

---

[36] DEMANGE, 2004-2006. *DSS,* 8 de marzo de 1912. «El centenario de Balmes», *La Época,* 7 de septiembre de 1910.

para revitalizar la economía urbana, muy decaída tras la guerra de Cuba[37]. Después de algunos intentos frustrados, los tres diputados que representaban a la circunscripción gaditana —el ingeniero Federico Laviña, liberal; el marino José de Barrasa, también liberal; y el abogado y empresario Luis J. Gómez de Aramburu, conservador— pidieron en el Congreso en julio de 1910 que se concediera un crédito con el fin de conmemorar el centenario. La prensa liberal apoyó la moción y Canalejas la acogió «con verdadero entusiasmo»[38].

En Cádiz movilizaba a la opinión un núcleo de individuos en el cual sobresalía el alcalde y jefe liberal Cayetano del Toro, un prestigioso oftalmólogo entregado a los asuntos ciudadanos, aficionado al arte y gran propagandista de la idea; el erudito Pelayo Quintero y el banquero Juan Aramburu; representantes del mundo profesional y de los negocios que se prodigaban en las diversas asociaciones que animaban el proyecto, desde la Real Academia Hispano-Americana hasta la Sociedad Económica de Amigos del País, resurgida de sus cenizas para la ocasión en 1911. En cuanto la correspondiente comisión parlamentaria se dispuso a estudiar el crédito llovieron sobre ella las presiones locales: mandaron misivas, entre otros, el Casino Gaditano, el Centro Mercantil e Industrial, la Liga de Restaurantes y Cafés, la Sociedad de Carpinteros, la Asociación Gaditana de la Prensa, el Sindicato de Ultramarinos y la Sociedad de Milicianos Nacionales Veteranos, además de la Diputación presidida por Juan Gómez Aramburu, liberal y hermano del jefe conservador ya citado. Los mensajes iban cargados de impaciencia y de una exaltación patriótica un tanto deslucida por el lenguaje telegráfico: «fiestas recordativas grandes hazañas inmortales combates defensa integridad nacional consagración liberal», rezaba el de la Comisión Provincial[39]. En fin, era un asunto importante y colaboraron casi todos los que tenían algo que decir en la vida gaditana, liderada por algunas familias de políticos y hombres de negocios. De los dos millones solicitados, la comisión del Congreso aprobó tan

---

[37] Piñeiro Blanca, 1997.

[38] *DSC*, 8 de julio de 1910, pp. 454-455; y Apéndice 21 al núm. 27, 14 de julio de 1910.

[39] ACD, Serie General (SG), L411/2, y Gobierno Interior (GI), L81/29.

solo 400.000 pesetas como adelanto para aquel año[40]. Pero con eso ya podían comenzar las fiestas.

Casi a la vez tomaron el relevo los diputados republicanos, que, por boca de Salillas, solicitaron que el Congreso no se fuera de vacaciones sin anunciar un homenaje para septiembre de 1910: «Mereceríamos que se nos declarara incapaces de reverencia y culto y con ello de amor a las libertades conquistadas por la progenie de los insignes, honrados y castizos constitucionales españoles, si tan señalada y memorable fecha la dejáramos pasar inadvertida», decía su proposición. Canalejas no quiso que se votara y se dio por aprobada sin mayores discusiones[41]. Así pues, se formó una junta nacional conmemorativa que absorbió a todas las comisiones locales existentes y que, encabezada por el presidente de la cámara, integró desde obispos hasta generales pasando por los republicanos Labra y Luis Morote y por Galdós, «como autor de los *Episodios Nacionales*». Subordinada a ella quedaba una junta local con todos los elementos posibles y dirigida por el gobernador civil[42]. Para completar el cuadro se dispuso por decreto «que sea día de fiesta nacional el 24 de septiembre próximo, fecha del Centenario de las Cortes de Cádiz», algo muy significativo en un país que carecía de una efeméride de este tipo y donde tan solo se consideraban festivas a nivel nacional algunas fechas religiosas o asociadas a la corona, como los santos y cumpleaños de los reyes y del príncipe de Asturias. Aunque la disposición tenía claros límites, pues se refería tan solo a ese mismo año, lo mismo que había ocurrido con el 12 de octubre en 1892. Se dictaron normas además para solicitar la medalla conmemorativa del centenario, una condecoración que, adornada con los colores nacionales y la correspondiente escarapela, solicitaron decenas de individuos que alegaban descender de un héroe doceañista o haber contribuido de alguna manera a los festejos[43]. La iniciativa local se había convertido ya en una empresa estatal y la republicana había sido definitivamente asumida por las instituciones oficiales.

---

[40] *DSC*, Apéndice 1 al núm. 31, 21 de julio de 1910.
[41] *DSC*, 21 de julio de 1910.
[42] RD de 24 de agosto de 1910.
[43] RO de 18 de agosto de 1910. Orden de 19 de septiembre de 1910. ACD, SG, L640.

De modo que el gobierno y la mayoría liberal en el parlamento acogieron con simpatía las distintas propuestas conmemorativas. Más aún, el Congreso de los Diputados publicó entre 1909 y 1914 una serie de antologías parlamentarias del siglo XIX y los primeros años del XX que se iniciaba con la de las Cortes de Cádiz, preparada por el periodista y representante liberal Rafael Comenge: «a nosotros, como españoles de cepa y cuño, no nos resta más que aplaudir incondicionalmente», explicaba este fiel moretista, «fueron las Cortes lo que debieron ser; antes que nada, una explosión de patriotismo, de buena fe, de ciencia y de honradez». El propio Moret, en sus últimos meses de vida, se empeñó en que el Congreso editase un manuscrito sobre aquella experiencia depositado en la cámara, obra del escritor gaditano Adolfo de Castro. Abstraído de los debates de actualidad, el veterano liberal dedicó al parecer muchas horas a repasar esos extractos de folletos y periódicos de la época, pues disfrutaba al rememorar «aquellos días gloriosos [...] en que la sabiduría y el patriotismo de los legisladores escribieron en la Historia Política y Parlamentaria de España páginas inmortales». Se trataba de un esfuerzo inédito —y nunca repetido— por construir desde las Cortes de la Restauración una genealogía del liberalismo español a partir de su tradición parlamentaria[44].

Pero lo urgente en 1910 era abordar el 24 de septiembre con el mayor esplendor posible. Tras algún que otro roce entre San Fernando y Cádiz se decidió hacerlo en el Teatro de las Cortes, en San Fernando, donde se reprodujo la decoración original. La población se llenó de adornos y se edificaron arcos del triunfo dedicados a las Cortes inmortales, a la Libertad, a los Héroes de la Independencia y a los Legisladores de 1810, con acompañamiento de los cuarenta y nueve escudos de las provincias españolas. Contenidos patrióticos que asociaban, en tono predominantemente liberal, la guerra y la revolución. Los actos siguieron el molde habitual en estos casos y obtuvieron un gran éxito de público, pues a los isleños se sumaron miles de forasteros. Destacó entre ellos la *procesión cívica,* un ritual que no faltaría en ninguna de las celebraciones del centenario y que servía para dar un carácter solemne y cuasi-religioso a las ce-

[44] Citas en COMENGE, 1909, p. xxiii; y CASTRO, 1913, p. 6.

remonias seculares, algo común desde el siglo XIX. Componían la comitiva la guardia civil montada, la bandera de las Cortes con las armas de España y de San Fernando, comisiones varias, el centro obrero, representantes de las instituciones gaditanas, Galdós —muy visitado esos días— y las diversas autoridades presentes. Primero se dirigieron a la parroquia, donde se cantó el *Te-Deum,* y después al teatro, en el que las Cortes vigentes celebraron su sesión especial con discursos de Galdós y Romanones, entre otros. Más tarde tocó el turno a los militares, con un desfile en el que la muchedumbre aplaudió especialmente a los cazadores de Alfonso XII, héroes de la reciente acción de Taxdirt en Marruecos. La Iglesia tuvo un lugar notable, con misas de campaña y de réquiem, y más aún la armada, con una visita al Panteón de Marinos Ilustres. Además, se bautizaron calles con los nombres de Canalejas, Romanones y otros *primates* liberales[45]. Completaba el programa el reparto de premios a los alumnos de las escuelas públicas. El ministro del ramo, el periodista Julio Burell, arengó a los niños diciendo que «el único medio de ser ciudadano es educarse en el santo amor a la patria», como hacían en Argentina, donde el maestro transmitía sentimientos patrióticos a sus pupilos. Era preciso, añadió el ministro, «que depositemos en el ejército nuestra confianza» e instruir a las nuevas generaciones «en el santo amor a la libertad, nacido al calor del hogar por una educación basada en la moral cristiana, fuente de todo patriotismo». Formar españoles nacionalistas y liberales, cristianos y admiradores del ejército que luchaba en África, ese era el mensaje gubernamental[46].

Una de las preocupaciones más visibles de quienes festejaban el centenario era lo que llamaban *vulgarizar* —es decir, difundir— la obra patriótica de Cádiz, para «fomentar la escasa cultura política de nuestros conciudadanos»[47]. «Es obligado que llegue un momento —afirmaba Romanones— en que no haya uno solo de los ciudadanos españoles de la generación actual que al oír pronunciar los nombres de los que se llamaron Calatrava, Argüelles, Jovellanos (y)

---

[45] GÓMEZ BARDAJÍ, GÓMEZ BARDAJÍ y ORTIZ DE BURGOS, 1912. *Abc,* 25 de septiembre de 1910.

[46] *El Imparcial,* 27 de septiembre de 1910.

[47] *VIPEGON,* 1912, p. 16.

Muñoz Torrero [...] deje de descubrir su cabeza en señal de respeto y gratitud»[48]. Con ese propósito, la sección que presidía Labra en el Ateneo de Madrid organizó entre 1907 y 1912 una ambiciosa serie de conferencias sobre historia contemporánea de España, en la cual disertaron acerca de los inicios del siglo XIX algunos de los intelectuales y políticos más importantes del país, con predominio de los liberales progresistas. Destacaron entre ellos los profesores Rafael Altamira y Manuel Bartolomé Cossío, de la Institución Libre de Enseñanza, que hablaron de reformas pedagógicas; el naturalista y librepensador Odón de Buen, sobre ciencias; y el magistrado republicano Octavio Cuartero, quien trató de la justicia con dejes demócratas y socialistas. Las charlas enardecieron a un público adicto[49].

Segismundo Moret, presidente del Ateneo, al dar comienzo a su propia intervención sobre José Bonaparte, señalaba también aquel «fin patriótico y educador» del ciclo, no en vano él mismo había dirigido uno similar sobre la España ochocentista en 1885-1888, y para justificar su utilidad aseguraba que «el presente está contenido en el pasado y vive como orientación para lo porvenir». Una declaración diáfana acerca del significado de las conmemoraciones patrióticas de cualquier signo[50]. A fines de 1911 comenzó asimismo otro programa divulgativo bajo la dirección del catedrático de historia de la Universidad Central Pío Zabala. Y hubo más empresas relacionadas, como la del Centro Instructivo del Obrero que alentaba en Madrid el alcalde liberal más preocupado por la nacionalización de la capital, Alberto Aguilera, sede de unos estudios de historia moderna y contemporánea de España en 1910; o colecciones de artículos de prensa sobre la cuestión[51]. Entre los libros, folletos y hasta tesis doctorales que circularon en aquellas fechas abundaron los consagrados a glorificar las figuras de los diputados que habían representado a cada región en las Cortes de Cádiz, como los asturianos, los madrileños, los canarios, los extremeños o los catalanes, a cargo estos últimos del catalanista Frederic Rahola, y las biografías

---

[48] *El Imparcial*, 25 de septiembre de 1910.

[49] Véase, por ejemplo, Santiago ARIMÓN, «En el Ateneo. La justicia y las Cortes de Cádiz», *El Liberal*, 5 de mayo de 1911.

[50] *El Imparcial*, 16 de marzo de 1912.

[51] PÉREZ COMPÁNS, 1911. GALLARDO Y DE FONT, 1910.

de doceañistas como Argüelles o Muñoz Torrero[52]. En ellos, identidad local y nacionalismo se mezclaban en distintas dosis.

En el terreno de la difusión con fines nacionalistas de la herencia gaditana, el gobierno anunció en septiembre de 1910 que, «deseando SM el Rey [...] que la opinión pública llegue a posesionarse plenamente de la transcendental importancia que tuvo en la vida de nuestra nacionalidad la labor de aquellos legisladores inolvidables, se ha servido disponer que durante el curso universitario de 1910-1911 se den conferencias públicas para divulgar dicho periodo histórico». A este fin los rectores debían organizar actos de extensión universitaria que serían premiados con medallas y méritos en las hojas de servicio de los profesores[53]. Parece que la idea no tuvo toda la amplitud que deseaba el ministro de Instrucción Pública, pero se dieron charlas oficiales a instancias de diversos centros como la Universidad de Oviedo, los Institutos de Huelva y Málaga y la Escuela Industrial de las Palmas de Gran Canaria. En ellas podían encontrarse relatos más o menos convencionales de lo ocurrido en Cádiz, aunque cabe pensar que entre el profesorado público cundían más los cantos engolados a guerreros y héroes de antaño que la memoria moderna del constitucionalismo liberal[54]. Lo mismo pasaba entre los eruditos locales gaditanos, mucho más atentos a la guerra, es decir, al sitio de la ciudad, que a las mismas Cortes. Por último, encuadrados o no en las campañas estatales, algunos militares se sumaron a la conmemoración reivindicando un lugar para el ejército[55].

La segunda fase del centenario, en marzo de 1912, tuvo un sesgo casi exclusivamente local y consistió en un paseo triunfal por Cádiz de Segismundo Moret, que pese a sus muchos años —moriría en enero de 1913 antes de cumplir los setenta y cinco— desplegó

---

[52] Véase la bibliografía incluida en *La conmemoración de las Cortes de Cádiz, compilado por un patriota, editado por varios españoles de la Península y de América,* Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1913. Gómez Villafranca, 1912. Rahola y Trémols, 1912. Ruiz Ramos, 1913.

[53] RO de 6 se septiembre de 1910.

[54] Véanse, como muestra, *La conmemoración de las Cortes de Cádiz, compilado por un patriota;* Escuela Industrial de Las Palmas de Gran Canaria, *Serie de Conferencias organizadas por el Claustro de dicho Centro,* Las Palmas, Tipografía del «Diario», 1911; y Saz, 1910.

[55] García Gutiérrez, 1912. Moya y Jiménez y Rey Joly, 1912.

en aquellos meses una actividad frenética. Allí pudo verse el tejido que unía a los notables de la Restauración con distritos y localidades que buscaban conseguir favores colectivos a través de ellos y agradecían los beneficios obtenidos. Moret deambuló por la ciudad en loor de multitudes, banderas nacionales, colgaduras y música, con especial éxito, según los cronistas, entre las mujeres gaditanas, que a su paso arrojaban flores y soltaban palomas. El municipio decidió que los niños nacidos el día del cumpleaños de Moret recibirían una suma de dinero que, depositada en el Monte de Piedad, disfrutarían cuando llegasen a la mayoría de edad. Un periódico propuso que la gente se descubriera al pasar por delante de la estatua de su ilustre paisano. En su paseo triunfal, Moret se detuvo a admirar su efigie, emocionado, y a la puerta de su casa natal: en ambos casos gritó un ¡Viva Cádiz! que enardeció al gentío. Y no dejó de interesarse por obras y proyectos de la ciudad.

Participó también don Segismundo en la inevitable procesión cívica, de la plaza de Isabel II a la de San Antonio, y escuchó allí el recitado de artículos de la carta magna y un himno a la independencia. Concluido el acto, el prócer y su correligionario Del Toro quedaron en el escenario y «el público, deseando abrazar a Moret, asaltó la tribuna con tal ímpetu, que se rompió la barandilla y cayeron al suelo muchas personas». Resultaron heridos un comerciante, dos carpinteros y un albañil, representantes tal vez de ese pueblo que, con elementos de todas las clases sociales, adoró ese día a su ídolo político. Al morir uno de los accidentados, *El Siglo Futuro* comentó que no podía faltar una tragedia en la conmemoración de otra, y que «tal vez era necesaria esa víctima por desagraviar a Dios». Con las localidades del Gran Teatro agotadas, el colofón lo puso una velada en la cual *el repúblico gaditano* se acordó de Otumba y Lepanto, victoriosas batallas españolas en América y el Mediterráneo; y también de Santa Teresa y Cervantes, glorias nacionales; hasta desembocar en el país que se había levantado contra Napoleón y en la Constitución del 12 y concluir que, con fe y con amor a la patria, España resurgiría. Ovaciones formidables y un «delirante entusiasmo» pusieron fin a la apoteosis de Moret[56].

---

[56] *Abc*, 19 y 20 de marzo de 1912. *El Siglo Futuro*, 23 de marzo de 1912.

Mientras tanto, otro anciano infatigable, Rafael María de Labra, procuraba por todos los medios que el centenario tuviera un lucimiento excepcional y que, dentro de él, sobresaliera la vertiente hispanoamericanista, convencido de que «estas conmemoraciones no son solo actos de justicia y de deudas de gratitud. Tienen un valor educativo de primera fuerza, tanto por su intención como por su fuerza atractiva sobre la generalidad de la gente distraída, pasiva o ignorante»[57]. Actuó no solo en el Ateneo de Madrid, sino también en la junta nacional que preparó los festejos y en el entramado asociativo de Cádiz. Así, animó una velada en honor de los diputados doceañistas americanos en septiembre de 1910 y un certamen científico-literario en junio de 1912, ambos organizados por la Academia Hispano-Americana gaditana; y se sirvió además de la Sociedad de Amigos del País para poner en marcha la principal ceremonia no oficial que tuvo lugar este último año: la llamada un tanto tétricamente *fiesta de las lápidas*[58].

Para ello, don Rafael María tiró de los hilos que lo vinculaban con las asociaciones americanistas en España y, sobre todo, con los centros sociales fundados por emigrantes españoles en América, a los cuales representaba en la Península. Los más relevantes eran el Casino Español de La Habana, cabeza de una red de clubes españoles en Cuba; la sociedad gallega argentina llamada *del Valle Miñor* y la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires; los casinos españoles de Santiago de Chile, México y Puerto Rico; y el Centro Español de Tampa (Florida)[59]. Algunos orquestaron actos conmemorativos por su cuenta, como hizo el militante Centro Republicano bonaerense, y casi todos se adhirieron a los eventos de Cádiz en 1912, prueba de que habían aprendido en sus países de acogida la utilidad de las conmemoraciones para el desarrollo del nacionalismo en la era de las masas. A comienzos de octubre, y tras la consabida procesión, se descubrieron las placas labradas por encargo de los centros de ultramar y fijadas en las paredes externas del oratorio de

---

[57] LABRA, 1913a, p. 4.

[58] *Velada artístico-literaria que en memoria de los diputados americanos doceañistas celebró la Real Academia Hispano-Americana*, Cádiz, Imprenta de Manuel Álvarez, 1910. A. GARCÍA GUTIÉRREZ, «Memoria reglamentaria», *Boletín de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes*, II, 11 (1913).

[59] *El Liberal*, 15 de marzo de 1912.

San Felipe Neri, lugar donde se había aprobado y promulgado la Constitución doceañista. Una ceremonia acompañada por municipios que festejaban a sus propios parlamentarios y respaldada por los círculos avanzados e institucionistas de toda España[60].

Y llegaron por fin las *fiestas grandes* del centenario, en las que el gobierno se dispuso a echar el resto. Una decisión precedida de cierta polémica, pues las celebraciones de San Fernando habían dejado un rastro de sospechas sobre el manejo del presupuesto público y no faltó quien recomendara, en nombre del sufrido contribuyente, que se gastase el dinero en cosas más útiles[61]. Sin embargo, tras la insistencia de las fuerzas locales se aprobó un nuevo crédito de 800.000 pesetas, algo más de la mitad de lo pensado inicialmente, y se diseñó un calendario que mostraba a las claras los múltiples significados de la conmemoración: con la presencia del rey y de las más altas autoridades del estado, durante tres días se debía desarrollar en Cádiz un programa con al menos cinco núcleos temáticos: el militar, con misa de campaña, parada y retreta, protagonizado por las unidades que ostentaban la corbata de la orden de San Fernando, creada por las propias Cortes gaditanas; el político-parlamentario, con procesión cívica y velada; el escolar, con juegos florales; el local-popular, con deportes, bailes, comida para los pobres y corrida de toros en El Puerto; y el americanista e internacional, fundado en la presencia de misiones extranjeras[62]. A lo que había que añadir el primer congreso de la prensa, que rememoraba la libertad de imprenta. Se cursaron las invitaciones y las repúblicas latinoamericanas respondieron con el envío de delegaciones de gran nivel, encabezadas por tres expresidentes en los casos de Argentina, Perú y Colombia. La ciudad se preparó a conciencia para recibir a los miles de visitantes que se avecinaban y hasta el obispo, incapaz de distinguir a esas alturas entre los actos que conmemoraban la guerra y los que enaltecían a las Cortes, tuvo que levantar el veto a la participación de sus feligreses en las fiestas[63].

---

[60] LABRA, 1913b. VALLE IBERLUCEA, 1912a y 1912b. También DEMANGE, 2004-2006.

[61] *DSC*, 18 y 21 de octubre de 1910. *DSS*, 4 y 6 de marzo de 1912.

[62] ACD, SG, L413/26 y L640. GÓMEZ BARDAJÍ, GÓMEZ BARDAJÍ y ORTIZ DE BURGOS, 1915.

[63] GARCÍA CABEZAS, 1911. *La Época*, 23 de septiembre de 1912.

Pero dos acontecimientos inesperados vinieron a estropear los planes. En primer lugar, el súbito fallecimiento de la infanta María Teresa, hermana de Alfonso XIII, impuso el luto en la corte y motivó un retraso en el calendario y la anulación de la presencia del monarca. De nada sirvieron los ruegos para que don Alfonso reconsiderara su actitud y asistiese a los festejos: «¿Qué puede haber más grande para un rey constitucional que la conmemoración del primer Código político nacional moderno?», se preguntó en vano el *Diario de Cádiz*. En segundo término, el estallido de una huelga general ferroviaria mantuvo ocupados en Madrid a Canalejas y a la mayor parte de su gobierno, centró la atención de la prensa e impidió el viaje de buena parte de los turistas esperados. Ni la memoria del origen de la monarquía constitucional parecía estimular lo suficiente a Alfonso XIII ni terminaba de cuajar la unidad de los españoles de todas clases que presuponía el nacionalismo gobernante. El católico *El Debate* colegía que el sabio pueblo español había condenado a la marginalidad aquellas fanfarrias del régimen liberal[64].

Las fiestas se celebraron de todos modos, presididas en nombre del rey por el capitán general y exministro conservador Fernando Primo de Rivera, primer marqués de Estella y tío del futuro dictador. Y tuvieron algunos números de cierta resonancia, como los juegos florales o el campamento establecido a las afueras del casco urbano por las exóticas tropas moras del ejército español. A decir de los medios locales, el pueblo gaditano asistió como espectador atento a las fanfarrias y a los entretenimientos, que incluyeron hasta una película de cine titulada *El Centenario de las Cortes de Cádiz,* donde se recogían la llegada de autoridades, la procesión cívica y el desfile de las tropas. Pero casi todos apuntaron una cierta frialdad, incluso un deje melancólico, en el clima social que acompañó al centenario, quizás, opinaban, porque los españoles no veían con claridad los beneficios del liberalismo o porque las conquistas del derecho solo podrían conmemorarse cuando estuviera garantizado su ejercicio[65].

---

[64] *Abc,* 24 y 25 de septiembre de 1912. *El Imparcial,* 27 de septiembre de 1912. «El centenario y la huelga ferroviaria. ¡¡Cien años de libertades!!», *El Debate,* 6 de octubre de 1912.

[65] MATEOS, 2003, p. 187. *El País,* 5 de octubre de 1912. *El Imparcial,* 4 de octubre de 1912. *El Liberal,* 11 de octubre de 1912.

Liberales monárquicos y republicanos coincidieron en que lo mejor de lo ocurrido se hallaba en el fortalecimiento de los lazos hispanoamericanos. Uno de los síntomas de su buena salud fue la popularidad adquirida aquellos días por la reina de los juegos florales gaditanos, Clara Figueroa Alcorta, hija del hispanófilo presidente argentino que había organizado las fiestas porteñas de 1910 y que, en mutua correspondencia, encabezaba su delegación nacional en 1912. Tras la visita a Cádiz, ya en Madrid, las misiones americanas anduvieron muchos días de banquete en banquete y de té en té, del Senado a la casa de Romanones; del Palace Hotel, recién inaugurado, a los centros americanistas. Se hicieron votos por que aquellas expresiones de cariño transatlántico destilaran algún acuerdo comercial que justificara los fastos y Canalejas anunció la futura creación de empresas y negocios comunes entre España y la América Latina. Por lo menos se había puesto de largo el hispanoamericanismo español, que quedó citado para la siguiente gran ocasión: el esperado centenario, en 1916, de la muerte de Cervantes, encarnación suprema del genio de la raza que se expresaba en la lengua común[66]. En un gesto que cerró la conmemoración, el rey decretó indultos o rebajas de condena a penados de buena conducta, a presos encarcelados muy jóvenes o mayores de sesenta y cinco años y a los militares que se hallaran perseguidos por delitos cometidos en los territorios de Ultramar durante la dominación española[67].

Lugares para la memoria

Desde el comienzo, los promotores del centenario pensaron en dejar huella perdurable de la celebración y se dedicaron a construir lápidas, museos y monumentos que recordaran a las generaciones futuras la grandeza de aquellas Cortes y la longevidad de sus principios políticos, o, mejor aún, que transmitieran los relatos

---

[66] *La Ilustración Española y Americana*, 15 de octubre de 1912. «Obras son amores», *El Liberal*, 28 de septiembre y 11 y 14 de octubre de 1912. *El País*, 9 de octubre de 1912. *El Imparcial*, 8 de octubre de 1912. Véase el capítulo 6.

[67] RRDD de 17 y 23 de octubre y de 6 de noviembre de 1912.

que ellos mismos elaboraban en el siglo XX sobre aquellos acontecimientos del XIX, fuente de su propia identidad. Para empezar, se renombraron calles y plazas, algo barato y bastante sencillo: por ejemplo, los ateneístas consiguieron que primero el Ayuntamiento de Madrid y después los de otras ciudades dedicaran vías públicas a José Mejía Lequerica, el más ilustre de los diputados doceañistas americanos, y en Cádiz pusieron plaza de la Constitución a la de San Antonio, uno de sus principales centros de reunión[68]. El Congreso de los Diputados, a instancia de los republicanos y pese a la protesta integrista, consintió en inscribir en el salón de sesiones los nombres de los diputados que habían suscrito el proyecto de la Constitución del 12[69]. Pero la mayor parte del presupuesto, más que a las fiestas, debía dedicarse a levantar edificaciones duraderas y llamativas, lugares para la memoria del doceañismo donde se plasmaran con nitidez los proyectos nacionalizadores que motivaron la conmemoración, o, en expresión de inefable Labra, el «carácter genéricamente nacional y profundamente educativo» de estas demostraciones patrióticas[70].

El primero y más obvio de estos contenedores conmemorativos era el espacio donde se había compuesto la Constitución, es decir, el oratorio de San Felipe Neri. Las fuerzas vivas gaditanas intentaron durante mucho tiempo que fuera declarado monumento nacional y lo consiguieron pocos años antes del centenario, cuando las reales academias de Bellas Artes y de la Historia, aun reconociendo la poca valía arquitectónica del templo, emitieron entusiastas informes basados en su valor histórico y nacionalista, «en atención a haber sido —sintetizaban los académicos— la cuna de la Independencia y de la Libertad española». Allí no debía tocarse nada, añadían, «en demostración de respeto hacia los objetos materiales que, en cierto modo, presenciaron aquellos desahogos patrióticos»[71]. Sin embargo, la iglesia se restauró y aseó en 1912 y fue sometida a una nueva decoración exterior con motivo de la *fiesta de las lápidas* inspirada por Labra y los Amigos del País, que transformó el entorno de la

---

[68] *El País*, 18 de marzo de 1912.
[69] ACD, GI, L82/99. GÓMEZ BARDAJÍ, GÓMEZ BARDAJÍ y ORTIZ DE BURGOS, 1915.
[70] *La conmemoración de las Cortes de Cádiz, compilado por un patriota*, p. 54.
[71] RO de 18 de julio de 1907. ARABBAASF, L48-2/4.

plaza de las Cortes y revistió sus fachadas con emblemas que debían servir como telón de fondo a un escenario ceremonial.

Los muros del oratorio ya habían sufrido un continuo trasiego decorativo a lo largo del XIX. En 1822, durante el Trienio liberal, se colocó una placa con un águila, que luego los absolutistas arrancaron y sustituyeron por una cruz negra, que —en palabras de un cronista— «la gente vulgar [...] dio en decir que fue colocada para ahuyentar a los demonios con motivo de haber estado allí las Cortes, donde hablaron algunos impíos y jansenistas». Hasta que, en 1836, «en la primera noche de cierto día de patriotismo», una turba «desclavó la cruz, sirviéndose de instrumentos y escaleras que trajeron al intento, y la llevó procesionalmente cantándole el *gori gori,* por la calle de San José y la calle Ancha, al centro de la plaza de San Antonio, donde pensaba reducirla a cenizas» en «desagravio a la libertad». Dos religiosos salieron al paso de los sacrílegos y «hablándoles en estilo cristiano para conmover sus corazones» les convencieron para salvar la cruz. Finalmente, un alcalde progresista colocó el 2 de mayo de 1855 una lápida en honor de los diputados que aprobaron «el Código de 1812, fundamento de las libertades patrias, que abolieron el inicuo tribunal de la Inquisición y que con su energía defendieron el país contra las huestes de Francia». En 1867 se recolocó el águila de 1822 y en 1868, con la Revolución Gloriosa, se volvió a poner la inscripción de 1855. Durante el Sexenio revolucionario se celebró cada 19 de marzo y en 1869, para festejar la nueva Constitución democrática, hubo procesión cívica[72].

A este privilegiado conjunto simbólico se añadieron en octubre de 1812 las lápidas pagadas por los centros españoles de América, no sin antes superar las reticencias de quienes se temían la supresión del culto católico en el templo. Las placas alababan con toda intención, a través de los nombres de los diputados americanos, los principios y realizaciones doceañistas. Entre otros, y por orden de importancia: la soberanía nacional, la división de poderes, la técnica de la Constitución, la libertad de los indios, la de imprenta, la abolición de los señoríos, la libertad de la industria, la abolición

[72] CASANOVA Y PATRÓN, 1911, pp. 93-96.

de la Inquisición, la igualdad de españoles y americanos, la libertad de la propiedad y de cultivo y las reformas ultramarinas. Junto a estos mármoles se fijaron los encargados por los ayuntamientos españoles en honor de sus respectivos parlamentarios. Pues, según Rafael María de Labra (hijo), «San Felipe Neri es toda España». El dinero de Ultramar alcanzó para veladas y también para libros y folletos sobre el tema, que circularon con profusión[73].

Además, Labra (padre) recogió la idea local de convertir el oratorio en un Panteón Nacional de Doceañistas Ilustres, que debía situarse en el centro de la misma iglesia. En su interior descansaban ya soldados y milicianos liberales caídos en 1823, durante el enfrentamiento armado con las tropas absolutistas en el cercano fuerte del Trocadero, que había puesto fin al gobierno constitucional. Ahora se trataba de transportar al «sagrado Palacio de las Cortes» los restos de la mayor cantidad posible de diputados españoles y americanos, algunos de los cuales se hallaban en un pequeño mausoleo dentro del cementerio gaditano. Este debía ser el complemento perfecto al centenario, con iguales metas, «en relación directa con las necesidades interiores e internacionales de España». Un proyecto que quedó a medias, pues solo llegaron al oratorio los que ya reposaban en Cádiz[74]. Por otra parte, y sin conexión aparente con el proyecto de Labra, en abril de 1912 el Congreso de los Diputados se ocupó de trasladar al Panteón de Hombres Ilustres, erigido junto a la basílica de Atocha de Madrid, los restos mortales de varios notables liberales del XIX como José María Calatrava, Salustiano Olózaga, Francisco Martínez de la Rosa, Juan Álvarez Mendizábal y los héroes de las jornadas gaditanas Argüelles y Muñoz Torrero. La presión de los liberales monárquicos había conseguido que un espacio controlado por la corona se transformara, no sin reticencias y obstáculos por parte de palacio, en un monumento patriótico que honraba en la capital nacional el recuerdo de los constitucionalistas[75].

En Cádiz se construyó, asimismo, por decisión del tenaz prohombre liberal Cayetano del Toro, un Museo Iconográfico e Histórico de

---

[73] BELDA y LABRA, 1912. M.S.B., 1912.

[74] LABRA, 1913a, p. 3; y 1913b, p. 41.

[75] GÓMEZ BARDAJÍ, GÓMEZ BARDAJÍ y ORTIZ DE BURGOS, 1915. La ajetreada historia del Panteón de Hombres Ilustres, en BOYD, 2004.

las Cortes y Sitio de Cádiz, en cuya definición convivían de nuevo los dos significados que se cruzaban en el centenario, pues pretendía rendir igual «homenaje a la gran obra política de la Libertad Española y a la marcial epopeya de la Independencia nacional». En palabras de Del Toro, «los planos de las batallas, los retratos de sus caudillos [...]; objetos de su pertenencia, trofeos, preseas, documentos de todas clases, libros que se imprimieron, etc., etc., todo esto se compila en este Establecimiento, llamado a ser el Monumento principal que quede a la posteridad como recuerdo de estos hechos»[76]. No se trataba de una empresa aislada, pues el periodo acogía el nacimiento de otras instituciones museísticas claramente nacionalistas, como el Museo Numantino de Soria, de 1914, dedicado al recuerdo de los *españoles* que habían resistido hasta la muerte el cerco romano en el año 133 a.C.; o el Museo del Greco de Toledo, de 1910, destinado a convertirse en Museo del Arte Español y parte del legado del marqués de la Vega-Inclán, ideólogo asimismo de la Casa de Cervantes en Valladolid, de 1916. La compra y la remodelación de dos edificios anexos al oratorio y la cesión de cuadros y objetos permitieron hacer realidad con rapidez los propósitos de Del Toro e inaugurar el museo durante las celebraciones de octubre de 1912. Completaría el conjunto un enorme lienzo, encargado al pintor y académico gaditano Salvador Viniegra, que retrataba la promulgación de la carta constitucional de 1812 ante la euforia de todas las clases sociales, personificadas por tipos pintorescos: el pueblo de los relatos liberales. Tanto en las fiestas de las lápidas como en el proyecto museístico latía otra incipiente preocupación de la época: el turismo. En 1911 se creó una Comisaría Regia para el fomento del turismo y divulgación de la cultura artística, dirigida por Vega-Inclán, y en las mismas fechas del centenario de Cádiz se celebraba en Madrid el quinto congreso internacional dedicado a la materia[77].

Pero no paraba ahí el afán memorístico del liberalismo. En realidad, quedaba por hacer lo principal, es decir, cumplir con el mandato acordado por las Cortes de Cádiz en 1812, a petición

---

[76] *Catálogo del Museo Iconográfico e Histórico de las Cortes y Sitio de Cádiz*, Cádiz, Talleres Tipográficos de M. Álvarez, 1917, p. 6.

[77] RROO de 27 de abril de 1910 (Museo del Greco) y de 24 de enero de 1914 (Museo Numantino). La Casa de Cervantes, en el capítulo 6. RD de 19 de junio de 1911.

del ayuntamiento, de erigir en la ciudad «un monumento público y magnífico que perpetúe la memoria del día en que se publicó la Constitución política de la Monarquía española, y en que dio principio la gloriosa libertad e independencia de la Nación»[78]. Ese mandato no comenzó a cumplirse hasta las vísperas del centenario, en medio de una fiebre estatuaria que desbordaba las posibilidades inversoras de las administraciones públicas y la capacidad de recaudación de las suscripciones populares. Hasta el punto de que un diputado liberal pidió en 1912 que cada vez que se hiciera una estatua con auxilio del parlamento se construyese paralelamente un grupo escolar en la misma localidad, con lo cual se paliaría a toda velocidad la escasez de escuelas[79]. El monumento a las Cortes venía a acompañar a decenas de bronces y mármoles que se moldearon en toda España para celebrar las distintas contribuciones locales a la epopeya nacional contra Napoleón, moda que encontró su máxima expresión de eclecticismo semántico en el monumento que, a instancias de un diputado conservador, se dedicó en octubre de 1912 en Jaén a las batallas de las Navas de Tolosa y Bailén es decir, a la unión simbólica de la Reconquista con la Guerra de la Independencia, hitos ambos de la más añeja narrativa histórica nacionalista. Más aún que los conservadores, los liberales eran especialmente aficionados a la estatuaria, no solo para recordar hechos históricos, sino también para honrar a sus personajes más notables en sus respectivos solares o feudos electorales, que ofrecían así un tributo a sus benefactores: Moret tuvo su efigie en Cádiz, como Sagasta en Logroño, Eugenio Montero Ríos en Santiago, Canalejas en Alicante y Romanones en Guadalajara. Por lo tanto, acogieron con gran entusiasmo el encargo doceañista, recordado oportunamente por la Academia Hispanoamericana, con el fin de edificar uno de los monumentos nacionalistas más importantes del momento, comparable tan solo en su ambición y dimensiones al de Alfonso XII o al de Cervantes, ambos en Madrid.

---

[78] *Antecedentes históricos que deben ser tenidos en cuenta por los artistas que acudan al concurso para erigir un monumento conmemorativo de las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz,* Madrid, Imprenta de los Sucesores de J. A. García, s. a.

[79] REYERO, 1999. El año 1910 fue especialmente pródigo en la petición de bronces para estatuas patrióticas, véase ACD, SG. Proposición del Sr. Galarza, *DSC,* Apéndice 3 al núm. 204, 13 de diciembre de 1912.

La junta nacional del centenario, haciéndose eco de las lecturas liberales del mismo, estableció los muchos mensajes que había de sublimar el monumento dedicado «a las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz»: además de «sintetizar el nacimiento de la nacionalidad tal y como en todos los aspectos de su propia vida lo supo con sus energías alcanzar la Nación misma, organizando, combatiendo y legislando», destacaría su silueta sobre el Atlántico para recordar «la obra civilizadora de España en América» y, más aún, debería también agradecer la ayuda prestada por Inglaterra y Portugal en la lucha contra el invasor. Junto a ello, la junta recordaba las instrucciones primigenias del consistorio gaditano, según las cuales el monumento se ubicaría en la Alameda, «para que los navegantes puedan verle a la entrada y salida de este puerto» y tenía que incluir la estatua de Hércules, emblema de la ciudad, y un zócalo o pavimento de figura elíptica en cuyo anfiteatro pudieran reunirse las autoridades a celebrar solemnidades en memoria de la Constitución. Así se dio apertura en mayo de 1911 a un concurso entre escultores y arquitectos, cómo no, españoles, ratificado por ley poco más tarde[80].

La tarea que se abría ante los artistas interesados en la obra no parecía nada fácil, dados los requisitos del concurso. Y eso que para entonces había ya en España un puñado de verdaderos expertos en este tipo de trabajos, cuya demanda tanto abundaba no solo en Europa sino también en América. Sin embargo, y contra todo pronóstico, se presentaron a él muchos bocetos y de gran calidad, lo que obligó al jurado a modificar las bases para admitir seis en lugar de tres con vistas a su desarrollo posterior. En opinión de Rafael Doménech, un crítico de arte de la época, lo más complicado para los concursantes había sido expresar plásticamente la heterogeneidad de los temas escogidos —Cortes, Constitución y Sitio, más Cádiz, más América, más Inglaterra y Portugal—, que les impedía conseguir el objetivo fundamental de un monumento conmemorativo, es decir, que pudiera «abarcarse la idea con una sola ojeada». Arquitectos y escultores desplegaron todos los elementos compositivos posibles: escalinatas con leones, criptas, templos griegos, columnas

[80] *Antecedentes históricos que deben ser tenidos en cuenta por los artistas*, p. 4. Ley de 7 de julio de 1911.

rematadas con ángeles, arcos triunfales, obeliscos, pedestales con relieves, grandes esculturas exentas y hasta un faro simbólico[81].

En alguno de los proyectos rechazados se insistía en integrar la construcción en el entorno local, inspirándose en el supuesto espíritu gaditano, y en «reflejar el alma nacional por los caracteres étnicos»[82]. Pero el jurado prefirió el de los arquitectos Modesto López Otero y José Yarnoz y el escultor Aniceto Marinas, autor este último, por ejemplo, de la estatua de Velázquez erigida en la entrada principal del Museo Nacional de Pintura y Escultura (*vulgo* del Prado) en el centenario del pintor, en 1899, y de la consagrada al pueblo del Dos de Mayo en 1908, las dos en la capital. Su propuesta sobresalía por su relativa modernidad, más conceptual que narrativa, por ser «sencill(a) y fácilmente comprensible» y por atenerse con precisión a las bases: la planta semicircular que evocaba las Cortes sostenía dos frisos, el de la Guerra y el de la Paz, presididos en su confluencia por una matrona que representaba la Constitución, portando la espada de su fortaleza y el código de su sabiduría; tras ella se colocaba un alto pedestal sobre el que cuatro figuras simbólicas —la Libertad, la Justicia, la Democracia y el Progreso— sostenían el libro inmortal; y, por la parte posterior del grupo, las provincias americanas rodeaban al Hércules gaditano. En resumen, se asociaba al modo liberal soberanía nacional y defensa nacional, y dominaba el conjunto la figura de la Constitución[83].

Tras algunos añadidos, como un relieve propio para Inglaterra y Portugal, el proyecto ganador se adaptó a la nueva ubicación prevista: en vez de la Alameda de Apodaca, el monumento se situaría en un espacio abierto tras el derribo de la muralla y enfrente del puerto, en la que, después de algunas dudas entre América y España, acabaría llamándose plaza de España, como las que también se preveían por esas fechas en Madrid y en otras ciudades. Con ello se redondeaba el programa simbólico[84]. En 1913 se firmó el contrato entre el

---

[81] R. DOMÉNECH, «Concurso de proyectos para el Monumento Conmemorativo de las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz», *Museum. Revista Mensual de Arte Español Antiguo y Moderno y de la Vida Artística Contemporánea*, 1911, pp. 441-448 (cit. p. 444).

[82] ANASAGASTI y CAPÚZ, 1912, p. 11.

[83] REYERO, 1999, pp. 102-103. Memoria del proyecto, en ACD, SG, L640.

[84] ACD, SG, L640.

presidente del Congreso y el equipo artístico, pero a partir de entonces todo fueron dificultades, mayores cuanto más lejos quedaron los ardores del centenario. Los pagos prometidos no llegaron, las obras fueron acumulando retrasos y, pese a las súplicas de los autores, hubieron de paralizarse por falta de dinero. En 1921, un grupo de diputados liberales y republicanos en el que figuraban Romanones, Melquiades Álvarez y Lerroux, pidió que se facilitara un crédito para terminarlas, denegado por el gobierno conservador. Finalmente fueron las fuerzas vivas locales las que volvieron a la carga y lograron que se acabara la construcción en plena dictadura del general Primo de Rivera. El alcalde primorriverista de Cádiz lo recibió del gobierno en 1929 con un vago discurso que tan solo subrayó el hecho de que aquel acto final se realizaba un 2 de mayo[85]. Se difuminaban, ya por completo fuera del contexto en que habían surgido, los lugares conmemorativos del programa nacionalista liberal.

* * *

La conmemoración del centenario de las Cortes de Cádiz, enmarcada en el de la Guerra de la Independencia, pero con características peculiares, mostraba, como otras iniciativas en aquellos tiempos de *centenariomanía,* la creciente voluntad de numerosos actores políticos de planificar y llevar a cabo políticas de memoria con fines nacionalizadores en la España posterior al *Desastre* del 98. Sus impulsos anudaron las acciones de diferentes instancias estatales, desde el gobierno hasta las administraciones municipales pasando por las Cortes, con las propuestas de distintos protagonistas de la sociedad civil, reunidos sobre todo en asociaciones culturales como el Ateneo de Madrid y los círculos hispanoamericanistas o animados por las fuerzas vivas locales. Las empresas del nacionalismo español, como las de otros muchos nacionalismos, no dependieron en exclusiva de las energías ministeriales, sino que se configuraron a lo largo de procesos en los cuales participaron individuos e instituciones de naturaleza muy diversa.

---

[85] AGA, Presidencia, Subsecretaría, L3620. ACD, SG, L469/36.

El recuerdo de las Cortes gaditanas podía valer para potenciar una identidad española y liberal o, incluso, constituir una fuente de legitimidad para una monarquía constitucional en tránsito hacia un régimen parlamentario, pero para ello debía superar las múltiples reticencias que despertaba a su paso. En la celebración se puso de manifiesto la poca disposición a sustentar este esfuerzo de protagonistas decisivos en la vida pública española. De hecho, los liberales que impulsaron las fiestas se encontraron con la protesta del nacionalcatolicismo antiliberal, enarbolado no solo por la minoritaria extrema derecha tradicionalista, sino también por la jerarquía eclesiástica. Los conservadores dinásticos mantuvieron una postura ambigua y tímida y, en general, se abstuvieron de participar en la conmemoración. Así, pese a los intentos de hacer del centenario una fiesta nacional, aquel quedó sesgado por la divisoria liberalismo/catolicismo militante, eje del conflicto político de la época, y solo sirvió para uso y disfrute de los liberales, monárquicos o republicanos, que reafirmaron a través de él su personalidad.

En realidad, también entre los partidarios de conmemorar la obra doceañista surgieron diferencias. Los republicanos se revelaron mucho más conscientes de las posibilidades nacionalizadoras del centenario, fueron ellos los que llevaron la voz cantante y los que supieron organizar los movimientos extraoficiales que acompañaron la ocasión; los que, siguiendo el ejemplo de Francia, Argentina y otros países con los que mantenían estrecho contacto, aspiraban a hacer de las Cortes de Cádiz un mito de origen de la categoría que habían adquirido la Revolución de 1789 o las independencias americanas, eso sí, desde presupuestos fuertemente españolistas. Anhelantes de un culto político que elevara la cultura democrática de los españoles, marcaron las líneas maestras del centenario y sus objetivos más importantes. Los liberales monárquicos, por su parte, fueron al principio a remolque de las ideas republicanas, aunque pronto volcaron abundantes recursos públicos en una celebración que, a su juicio, debía servir sobre todo para glorificar algunos componentes del régimen de la Restauración, o al menos de su visión de lo que debía ser el mismo: la monarquía constitucional, el equilibrio entre orden y progreso, el amparo de la unidad nacional, el respaldo al ejército que peleaba en África por ganar una posición para España en el concierto de las potencias y la defensa del poder civil frente al influjo reaccionario de la Iglesia.

Ambos grupos compartían los presupuestos del nacionalismo liberal y sus intenciones educadoras. Pero si los republicanos reclamaban la participación democrática de la ciudadanía asociada a la soberanía nacional proclamada en Cádiz, los monárquicos preferían la simple adhesión de los españoles a los principios oficiales que ofrecía el gobierno, entre ellos la soberanía compartida de las Cortes con el rey. Sus compromisos con los mecanismos del *turno pacífico,* incluido el fraude electoral que presidía los comicios en los que siempre vencía el partido en el poder, junto con su dependencia de las redes caciquiles que cubrían el país rural, les impedían intentar, siquiera en el plano retórico, la movilización de la opinión pública en sentido democrático y participativo. Preferían confiar en reformas encaminadas a modernizar a largo plazo la sociedad española, integradas por ejemplo en las políticas educativas y sociales. No obstante, como demostraba la conjunción de intereses que se produjo en el centenario, unas fuerzas y otras podían entenderse, sobre todo cuando se trataba de la izquierda del Partido Liberal y del republicanismo templado que desembocó más adelante en la creación del Partido Reformista. Así, cabe ver las fiestas de Cádiz como una especie de puente entre el *bloque de las izquierdas* de 1908-1909 y la colaboración entre liberales dinásticos y republicanos que se rozó en 1913 y que, a la larga, frustraron las dificultades para convertir la monarquía constitucional de la Restauración en una democracia de inspiración gaditana.

La celebración dejó una cierta sensación a fracaso, sobre todo entre los republicanos que más expectativas habían alimentado y que denunciaron la falta de fe de las autoridades y la general indiferencia de la opinión. Desde luego, quedó en el ambiente un mensaje confuso, fruto de la mezcla de contenidos que desvelaba la mera denominación del monumento que puso la guinda al centenario: a las Cortes, Constitución y Sitio de Cádiz. Por un lado, se celebraban conjuntamente el alumbramiento del régimen parlamentario y la gesta guerrera de la resistencia contra los franceses. Por otro, era al mismo tiempo una fiesta nacional y una fiesta local. Esto último denotaba a su vez uno de los rasgos más persistentes del nacionalismo español, su estrecha imbricación con identidades locales que hacían en España —como ocurría también en otros países— de vehículo necesario para alcanzar lealtades nacionales. Los festejos de Cádiz mostraron un tinte localista muy acentuado, como se encargaron de

apuntar los ultramontanos y de reafirmar los eruditos de la tierra, lo cual socavaba el carácter nacional de la celebración, poco seguida en otras zonas de España. Pero, por lo demás, sin el motor localista, sin el interés económico y político de Cádiz y su comarca, seguramente los festejos no se habrían celebrado nunca. Estas ambivalencias y confusiones —guerra vs. revolución, gaditano vs. español— interfirieron sobre ceremonias y monumentos. No es casualidad que funcionaran de manera mucho más eficaz las fiestas y memoriales con un sentido bien claro —como la velada parlamentaria de San Fernando, la apoteosis local de Moret, la fiesta de las lápidas o el museo iconográfico— que los que albergaban una mayor ambición y multiplicidad semántica, como las *fiestas mayores* de octubre de 1912 o el desdichado monumento conmemorativo.

El sueño de emigrante Rafael Calzada —la conversión del 19 de marzo en fiesta nacional— no se hizo realidad. Liberales y republicanos confluían al recordar a *la Pepa,* la Constitución promulgada el día de San José de 1812. Pero no era posible alumbrar una fiesta así con la evocación de una asamblea cuyos miembros, adorados como patriotas por una parte de la sociedad política, eran despreciados como traidores por otra, la que seguía los dictados de la poderosa Iglesia católica. Más que de fracaso o de incompetencia de las élites gubernamentales, cabe hablar aquí de un nacionalismo español fragmentado —como tantos otros nacionalismos coetáneos— pero no famélico y mucho menos inoperante. A la postre, la conmemoración vino a fortalecer su emergente faceta ultramarina, ya entrevista en la Zaragoza de 1908 y desbordada en Buenos Aires o Ciudad de México en 1910. En Cádiz se vio de nuevo que el hispanoamericanismo, tan ventajoso para españoles y americanos, sí despertaba los consensos y fervores precisos para engendrar en España una gran efeméride anual que, contra lo que creía Calzada, podía ser y sería el 12 de octubre. No muchos años más tarde, en 1918, el *día de la raza* alcanzó la categoría de fiesta nacional. Por decirlo de ese modo, el legado de Isabel la Católica y Colón terminó por ganar la partida al de *la Pepa.*

Capítulo 5
HEREDEROS DE BALBOA

Apuntes para el Monumento a Vasco Núñez de Balboa en Panamá,
por Mariano Benlliure, *ca.* 1923.
Archivo Fundación Mariano Benlliure, Madrid.

«Tu nombre el Genio y el Valor entraña:
Lo dice el mar que descubriste ansioso
Y la gloria inmortal que diste a España.
Lo dice tu cadalso ignominioso!»

Marco Tulio COLLAZOS[1].

El 25 de septiembre de 1913, para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, un mensaje telegráfico pidió a los barcos que navegaban por él que arriaran las banderas en honor de su descubridor, el adelantado Vasco Núñez de Balboa. Era una iniciativa del comité que en San Francisco (California) organizaba festejos con ese motivo[2]. Al día siguiente, el remolcador *Gatún* atravesó las primeras esclusas del Canal de Panamá, que preparaba su inauguración y que, al unir el Atlántico y el Pacífico, anunciaba profundos cambios en el comercio mundial. Ambos hechos, la conmemoración y la apertura del Canal interoceánico, se hallaban estrechamente vinculados, pues el héroe español simbolizaba, a juicio de los contemporáneos, la gran empresa del siglo XX. Diversos actos rememoraron en aquellas fechas la hazaña de Balboa, que había explorado el istmo de Panamá en 1513 hasta encontrar el llamado Mar del Sur. En algunos de sus países ribereños, los emigrantes españoles animaron fiestas para ensalzar el acontecimiento, como una velada literario-musical en la Universidad de Chile y una sesión de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística[3]. La República

---

[1] Marco Tulio COLLAZOS, «A Balboa», en MÉNDEZ PEREIRA y MARTÍNEZ, 1916, p. 197.

[2] *San Diego Union* y *Morning Enterprise* (Oregon City), 26 de septiembre de 1913.

[3] *Revista de la Real Academia Hispano-Americana* (Cádiz), núm. 14 (1913), pp. 178-93. *El descubrimiento del Pacífico y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, Fomento, 1913.

de Panamá declaró festivo el 25 de septiembre y ese día se colocó en su capital la primera piedra de la exposición nacional destinada a honrar a Balboa, con España como invitada. En presencia del presidente desfilaron las fuerzas de policía, se bendijeron los terrenos, un ministro elogió la figura del adelantado y se repartieron recuerdos y cerveza marca *Balboa*. Aquella noche, la colonia española orquestó la correspondiente velada[4].

Mayor envergadura alcanzaron las celebraciones en el estado norteamericano de California, donde se oficializó asimismo el *Balboa day*. San Diego, junto a la frontera con México, contempló una cabalgata en homenaje al descubridor, llena de figurantes vestidos de conquistadores e hidalgos españoles, al final de la cual miles de personas se concentraron en el parque de la ciudad, bautizado como Parque Balboa. Allí se vertió agua del Pacífico y tierra procedente del Canal de Panamá sobre el lugar donde debía dedicarse una estatua al personaje. Más al norte, en San Francisco, Balboa en persona arribó a puerto a bordo de una carabela y fue recibido por la reina de las fiestas, descendiente de una familia española, anunció su descubrimiento y fue aclamado por la multitud al recorrer calles y salones engalanados con banderas rojas y amarillas[5]. Estos espectáculos públicos contrastaban con la modestia de las conmemoraciones en la propia España. En septiembre hubo una función en la Real Sociedad Geográfica, en Madrid; otra en la Casa de América, de Barcelona, alentada por empresarios catalanes; y un banquete en San Sebastián, la corte de verano. Aunque los eventos principales se desarrollaron unos meses más tarde en Sevilla, que proyectaba ya su exposición hispanoamericana y que acogió una muestra de documentos sobre la América colonial y un congreso de historia y geografía al que llegaron expertos de varias nacionalidades[6]. No hubo pues manifestaciones multitudinarias, a diferencia de lo que venía ocurriendo desde 1908 con el fin de recordar la Guerra de la

---

[4] *Diario de Panamá*, 23 y 26 de septiembre de 1913. *Abc*, 31 de octubre de 1913.

[5] *San Diego Union*, 27 de septiembre de 1913. *The San Francisco Call*, 22 de octubre de 1913.

[6] RD de 26 de marzo de 1913 (*Gaceta*, 9 de abril de1913). Sucesivas Reales Órdenes dispusieron la cooperación de los centros docentes, la recogida de documentos y las licencias a profesores para asistir al Congreso (*Gaceta*, 9 de julio y 8 de septiembre de 1913 y de 13 de febrero de 1914).

Independencia. Balboa no merecía en su patria el mismo trato que los héroes y heroínas que, cien años atrás, habían luchado por la libertad nacional.

En este caso, la cuestión era otra: encontrar un papel adecuado para España en la coyuntura internacional marcada por la inauguración del Canal de Panamá, que, no era un secreto para nadie, consagraba la hegemonía de Estados Unidos sobre el continente americano, o al menos sobre el Caribe y Centroamérica. Un dominio propulsado por la guerra hispano-norteamericana de 1898. Las élites políticas y culturales españolas no tuvieron que esforzarse demasiado para hallar ese papel, pues, como había ocurrido pocos años antes, con ocasión de los centenarios de las independencias de Argentina o México, recibieron continuas demandas transatlánticas para participar en múltiples fastos[7]. En lugares tan distintos como California y Panamá proliferaban esfuerzos para construir identidades que cohesionaran y realzasen sus respectivas comunidades: fuera para mostrar su importancia frente a otros estados norteamericanos, o para cimentar una república recién nacida, en ambos territorios se reivindicaba la genealogía española y se requería el respaldo del antiguo imperio.

El uso que las dos sociedades hicieron del pasado hispánico ofrecía ejemplos claros y significativos de construcción identitaria. Ambas elaboraron y difundieron mitos históricos con métodos parecidos —exposiciones enciclopédicas, monumentos y arquitecturas historicistas, festivales variopintos y abundante material impreso— por parte de diversos actores, aunque en una pesaron más los dirigentes locales y la sociedad civil, y en otra el gobierno y los inmigrantes. Más aún, en torno a la exaltación del logro de Balboa y de otros episodios de la conquista española pudo constatarse la naturaleza transnacional de los discursos y prácticas nacionalistas[8]. No solo por las similitudes entre ellos, sino también porque California, Panamá y España se conectaron a través de iniciativas que se influían mutuamente y que se veían condicionadas por los movimientos globales alrededor del Canal. Y lo hicieron a través de las redes que tejían la diplomacia, la emigración o los intelectuales;

---

[7] Véase el capítulo 3.
[8] Thiesse, 2006.

pero también de las alusiones a una historia común, que exigía la presencia foránea en los eventos domésticos. Frente a enfoques centrados tan solo en actuaciones estatales encerradas en las respectivas fronteras, estas experiencias ponían de relieve la complejidad y los nexos transnacionales de los proyectos nacionalizadores.

Los españoles de entonces —desde el rey o los diplomáticos hasta los artistas y académicos, sin olvidar las colectividades en América— aprovecharon de forma muy desigual las oportunidades que les ofrecían semejantes requerimientos. En sus respuestas pesaron tanto las divisiones internas como los rescoldos de la derrota frente a Estados Unidos, una humillación díficil de superar, pero también unas expectativas demasiado ambiciosas respecto a sus posibilidades en la nueva coyuntura y la constatación de que, pese a la retórica imperante del nacionalismo regeneracionista, España tan solo podía aspirar a mantener cierto prestigio en el plano cultural. Como progenitora de pueblos y como foco inconfundible de estereotipos neorrománticos, aunque no, en absoluto, como potencia económica o política. Así se constató al estallar la Gran Guerra, ante la cual el gobierno español mantuvo una frágil neutralidad, fruto de la impotencia.

Salvar el pasado de España

Tras la fulminante debacle del 98, las relaciones de España con América mejoraron de forma repentina. Por sorprendente que resultase, la antigua metrópoli se acercó a sus excolonias por dos caminos: de un lado, y ya sin la sombra del imperialismo español en Cuba y Puerto Rico, algunas repúblicas latinoamericanas reclamaron los vínculos hispánicos como una seña de identidad frente al empuje de Estados Unidos; de otro, las élites españolas vieron en ese acercamiento una especie de compensación por aquellas pérdidas y una ayuda en la ingente tarea de regenerar el país y resituarlo en la arena internacional. En ese marco, la conmemoración de las epopeyas americanas, iniciada en 1892 con el cuarto centenario del descubrimiento, acompañó a la exaltación de la *raza*, una comunidad supranacional imaginada que compartía lengua, cultura y hasta psicología, y en la que España ocupaba un lugar privilegiado, el de la *madre patria* que se reconciliaba con sus hijas, las repúblicas

hispanoamericanas[9]. Más difícil parecía encajar una aproximación al enemigo *yanqui.*

Cuando comenzó a vislumbrarse el centenario de Núñez de Balboa en 1913 y se difundió la noticia de que Estados Unidos quería estrenar el Canal en fechas próximas, algunas voces se elevaron para pedir que España encabezara la conmemoración. Por ejemplo, la del periodista liberal Mariano de Cavia, que recurría una vez más a la *centenariomanía* con el fin de fortalecer el nacionalismo español y, de paso, frenar la emergencia de otros movimientos nacionalistas en Cataluña o el País Vasco. Cavia animaba a los españoles, empezando por el ejército, a no quedarse atrás[10]. Balboa figuraba ya en el panteón de las glorias imperiales hispánicas: disponía de calles dedicadas en varias ciudades y su estatua adornaba —con la del navegante Fernando de Magallanes— el gran monumento que Madrid había ofrendado a las víctimas del *desastre* noventayochista. Sin embargo, el centenario quedó reducido a unos cuantos eventos académicos y a la publicación, por parte de historiadores y ensayistas, de obras biográficas sobre el descubridor del Pacífico. En todas ellas, como en los resúmenes de la prensa, se repetían tópicos ya muy consolidados. Aunque se añadieran datos y pruebas documentales, se asumían las impresiones que, basadas en las crónicas coetáneas y en la recuperación romántica llevada a cabo por el poeta liberal Manuel José Quintana, lo convertían en un hombre superior, admirado y también objeto de las envidias que condujeron a su trágico final. Quintana lo había incluido en sus *Vidas de los españoles célebres,* junto a otros personajes relacionados con las Indias como el conquistador Francisco Pizarro o el fraile Bartolomé de las Casas, y lo definía como «domador de los montes, pacificador del istmo y descubridor del Mar Austral»[11]. Frente a él se perfilaba su antagonista, el gobernador Pedro Arias Dávila, *Pedrarias,* quien, consumido por el odio, lo perseguía hasta conseguir su ejecución: el joven hidalgo salido de la nada, valiente, aventurero y con excepcionales cualidades; frente a frente con el

---

[9] Marcilhacy, 2010. Véase capítulo 3.
[10] Mariano de Cavia, «El día de Balboa», *El Imparcial,* 21 de febrero de 1913.
[11] Quintana, 1807,1946, p. 293.

aristócrata inepto y cruel, viejo y rencoroso. Ese era el esquema, casi inamovible[12].

Las biografías del centenario no discreparon de este canon. La más importante, encargada por la Real Academia de la Historia al americanista Ángel de Altolaguirre, reconocía trazas negativas en la conquista, como la sed de oro que excitaba a los colonizadores o las intrigas entre ellos, pero no cuestionaba su grandeza. El autor enfatizaba «el valor temerario de los españoles o su resistencia física para sobrellevar el hambre, la fe y las fatigas de las penosas jornadas». Penalidades que, gracias a su fe y a su patriotismo, culminaban con el avistamiento trascendental del Mar del Sur. En este y en otros relatos, los indígenas sentían cariño y respeto por los conquistadores y ni siquiera sus perros, que descuartizaban a los que se resistían —o a los homosexuales—, eran demasiado crueles. Más aún, decía Altolaguirre, si se les comparaba con los modernos torpedos submarinos. La gesta de Balboa se comparaba con la de Aníbal en los Alpes y su nombre se igualaba al de Cristóbal Colón, los dos grandes descubridores de su época[13].

Entre los parabienes sobresalían los del integrismo católico, que denunciaba el desinterés general por la efeméride y la conectaba con la defensa de la religión y de la monarquía del Antiguo Régimen. Uno de sus periódicos afirmaba que «Vasco Núñez de Balboa es nuestro», pues sus mismos principios «dirigieron sus actos, que revelan la difusión de la civilización cristiana y el bien de su patria». El jefe de la derecha tradicionalista española, el diputado y escritor Juan Vázquez de Mella, abundaba en esa equivalencia al recordar que lo primero que había hecho Balboa al divisar el mar había sido «arrodillarse junto a su capellán y dar gracias a Dios». La evangelización de América se alzaba como la clave de la conquista. En el extremo contrario del arco político, un medio republicano coincidía en lamentar la pobreza del centenario y concluía que «la España pletórica y rebosante de los tiempos de Vasco Núñez es un erial que mueve a pena. Castilla cría a los hombres, los mata y los olvida». Cada cual, naturalmente, utilizaba el mito para apuntalar sus intenciones políticas con relatos que no evitaban el contraste, a

---

[12] ARAM, 2008.

[13] ALTOLAGUIRRE, 1914, cita en p. xciv.

menudo melancólico, entre las glorias históricas y la mediocridad contemporánea del país[14].

El congreso histórico de Sevilla remarcó la importancia del descubrimiento de Balboa, erigido en epítome de una raza, la hispana, cuyas virtudes esenciales eran las hidalgas, es decir, la nobleza y la generosidad. Más allá de su retrato, se trataba de contrarrestar los ataques a la labor colonizadora de España y de sublimarla como una empresa humanitaria, que había tratado bien a la población indígena y que por ello se distanciaba de la barbarie anglosajona. Pese a que algunas ponencias, como la del historiador progresista Rafael Altamira, pidieron una historia más profesional, los objetivos de aquella reunión se resumían en un canto a la hermandad hispanoamericana y en la búsqueda de herramientas en el pasado para revitalizar el patriotismo español. En definitiva, aquello no era sino una pieza más en los afanes regeneracionistas del día[15]. Tanto las semblanzas como las apologías de Balboa moldeaban un mito nacional que no se olvidó en años venideros, sino que siguió presente en las reivindicaciones españolistas. Como en la obra del escritor reaccionario José María Salaverría, quien descartaba cualquier motivo crematístico en sus hazañas y percibía, en el emocionante momento en que avistó el Pacífico, «la idea pura y orgullosa del verdadero descubridor que ve la Tierra ensanchada». O en la Exposición Iberoamericana de 1929, que lo incluyó entre los adalides de la empresa ultramarina. Más allá, en los años cincuenta se inauguró una estatua suya en Madrid[16].

El argumento más socorrido entre 1913 y 1915, ante la culminación del Canal, consistía en señalar los precedentes españoles del proyecto de comunicar ambos océanos. Es decir, no consentir que se le arrebatase a España la honra de haber pensado en esa conexión antes que nadie. Un libro titulado precisamente *Los precursores españoles del canal interoceánico* corroboraba ese mérito, que iba de Balboa a los científicos del siglo XVIII y que pasaba por las exploraciones de Hernán Cortés en la Nueva España. Había que demostrar

---

[14] *El Siglo Futuro*, 25 y 26 de septiembre de 1913. *El Liberal*, 26 de septiembre de 1913.

[15] *Congreso de Historia y Geografía Hispanoamericanas*, Madrid, Jaime Ratés, 1914.

[16] SALAVERRÍA, 1917, cita en p. 125.

que los norteamericanos se limitaban a realizar planes concebidos por españoles. Un amplio plantel de escritores y políticos, desde el catedrático Miguel de Unamuno hasta el presidente conservador Eduardo Dato y de su contraparte liberal el conde de Romanones al *centenariómano* reformista Rafael María de Labra, refrendaban la misma idea, que remachaba el novelista republicano Benito Pérez Galdós, omnipresente en las conmemoraciones patrióticas: «Titanes de la raza, sublimes Caballeros de la Quimera, vislumbraron la comunicación interoceánica, hoy realizada por los Estados Unidos»[17]. Completaba estas preocupaciones otro biógrafo de Balboa, que, desde una perspectiva localista, exhortaba a sus paisanos en el pueblo extremeño de Jerez de los Caballeros a responder al *día de Balboa* de los *yanquis* con una estatua: «que ni un solo jerezano quede sin aportar su óbulo [*sic*] al monumento que se ha de erigir a Vasco Núñez de Balboa»[18]. Ante la avasalladora presencia norteamericana, había que salvar el pasado de España.

California española

Mientras España debatía cómo superar su crisis nacional, en la costa pacífica de Estados Unidos, entre los años noventa del siglo XIX y su entrada en la Gran Guerra, las élites políticas y económicas de California abordaron la construcción de un imaginario colectivo que entroncaba con el pasado colonial español. Se trataba de una identidad compleja, a la vez norteamericana, californiana y específica del sur del estado; local por las peculiaridades de cada ciudad —no era lo mismo San Francisco que San Diego— y regional en un sentido amplio, ya que en ocasiones abarcaba todo el suroeste del país. Es decir, una variante de la filiación nacional estadounidense construida en una coyuntura crucial para el desarrollo de California, de crecimiento acelerado, que culminó con las enormes perspectivas comerciales abiertas por el Canal de Panamá en 1914 y se integró en los planes imperiales de la potencia emergente[19].

---

[17] Pérez y Nougués, 1915, s. p.
[18] Ruiz de Obregón, 1913, p. 185
[19] Schmidt-Nowara, 2008.

Corría entonces por Estados Unidos una fiebre o locura española que, iniciada unos años antes, no se había detenido a causa de la guerra de 1898. Al contrario, bajo el lema *perdonar y olvidar,* y acompañada por el panamericanismo que miraba hacia la América hispanohablante, tomó nuevos bríos a su término y dio crecientes muestras de vitalidad hasta finales de la década de 1920. Afectó a todas las artes —con la arquitectura en un lugar preferente— y cayeron en sus garras diseñadores, académicos, pintores, escritores y coleccionistas millonarios. En esa moda confluían varias imágenes positivas de España, todas ellas contrapuestas, aunque no incompatibles, con las predominantes hasta aquellos momentos, las de una monarquía fanática y cruel en una sociedad pobre e ignorante. Algunas de esas imágenes se centraban en el valioso legado histórico y cultural hispánico, volcado en el imperio americano y responsable de la llegada del cristianismo al Nuevo Mundo; otras, herederas de los viajeros románticos, caían fascinadas ante el exotismo que exhibía aquella pintoresca nación de toreros, bailarinas y gitanos. En todo caso, solía creerse que las cosas de España respiraban dignidad, eran sinceras y honestas, auténticas. Sin distinciones muy sutiles entre lo hispanoamericano o lo mexicano y lo español, estos estereotipos se extendieron por el territorio estadounidense, de Nueva York a Chicago, pero sobre todo prendieron en las zonas que habían sido españolas, como Florida, Nuevo México y California, rehispanizadas ahora a gran velocidad[20].

En California, la búsqueda de raíces propias conllevó la creación de una suerte de pasado fantástico español, ensoñación neorromántica de una edad de oro colonial poblada por caballeros hidalgos, señoritas hermosas, frailes paternales e indios sumisos. Una sociedad armónica y feliz, al son de guitarras y castañuelas, que contrastaba con un presente convulso y en continuo movimiento, inventada por hombres blancos que marginaban no solo a los indígenas sino también a los mestizos hispanos. De hecho, las alusiones a la *Old Spain* podían interpretarse como una manera de difuminar la problemática presencia mexicana, incrementada por una migración continua durante los primeros lustros del siglo XX[21].

---

[20] KAGAN, 2010 y 2019.
[21] KROPP, 1999. BOONE, 2019.

En el centro de ese imaginario se ubicaba la genealogía hispánica, que distinguía a California de los estados hegemónicos en el país, los de su costa oriental, con sus orígenes británicos y protestantes. Porque las tierras californianas habían recibido antes que ninguna otra en Estados Unidos la impronta cristiana, poco importaba que fuera católica, en una trayectoria que arrancaba de los exploradores de la costa en el siglo XVI y que se consolidaba con las misiones franciscanas en el XVIII. En vísperas de la inauguración del Canal, a esa narración se añadió el mito de Vasco Núñez de Balboa, su precursor. Los herederos de Balboa se unían a los de Plymouth Rock y Virginia en una civilización que encabezaría el mundo[22].

Emergió pues una fuerte identidad californiana en la que España —la de la antigua monarquía imperial pero también la contemporánea, depositaria de ese legado civilizador— representaba un papel protagonista. Se aseguraba que California era española, pues allí seguían vivas sus antiguas tradiciones, e incluso que era España, sin más. De ese modo se establecían vínculos entre los conquistadores de anteayer, los misioneros de ayer y los empresarios y profesionales de hoy, aunque estos fueran en su mayoría angloamericanos, en un relato salpicado de héroes y acontecimientos fundacionales. Para ello se emplearon los útiles característicos de las construcciones nacionales en todas partes. La historia hispánica de California se representaba en novelas, ensayos y discursos que reproducía la prensa, sobre todo alrededor de conmemoraciones que daban lugar a exposiciones, edificios de estilo español, monumentos y fiestas con numerosas referencias a España, donde se empleaban arquetipos bien establecidos sobre ella, exóticos y orientalistas. Las celebraciones, muy intensas entre 1909 y 1916, traían consigo constantes llamadas a los gobiernos españoles para que participasen en ellas y las dotaran así de una mayor legitimidad, algo importante a juicio de sus organizadores. Pero la respuesta de Madrid fue irregular y problemática, por la falta de recursos disponibles y por la pugna de alternativas contrarias entre sus dirigentes.

Dentro de las iniciativas pensadas para apuntalar la identidad hispánica californiana, tuvo una especial relevancia la restauración

---

[22] *San Diego Union*, 27 de septiembre de 1913.

de las misiones que, entre San Diego y San Francisco, componían el llamado Camino Real. Un ambicioso proyecto en el que, con objetivos políticos y turísticos, se embarcaron asociaciones progresistas y personajes cruciales en la recuperación de la historia española, como el escritor Charles F. Lummis. Incansable adalid de la conquista, sobre la cual publicó ya en 1893 un libro con el significativo título de *The Spanish Pioneers* (tan pioneros como los británicos, se sobreentendía), Lummis la consideraba mucho mejor que la angloamericana, que no se había preocupado por convertir a los indios, mucho menos por educarlos, sino que los había eliminado sin compasión[23]. Por ello, a la vez que reivindicaba la cultura indígena promovía la reconstrucción de las fundaciones franciscanas[24]. En aquellos años se arreglaron carreteras para abrir paso al automóvil y se señalizó el Camino Real con campanas, símbolo de esa historia idealizada. Al mismo tiempo, se publicitaron las misiones como los monumentos más antiguos de Estados Unidos, testimonio de la llegada de la civilización occidental y comparables a las catedrales europeas. Conforme cundía en la arquitectura californiana el *estilo misión*, de adobe y líneas simples, los turistas se imaginaban a sí mismos como continuadores de aquellos empeños heroicos de la evangelización[25].

La manía misionera expandió el culto a fray Junípero Serra, superior mallorquín de los frailes que habían establecido los primeros centros religiosos. Reivindicado ya en el centenario de algunas de sus fundaciones y de su muerte, a los doscientos años de su nacimiento —en 1913— se le dedicó una fiesta estatal californiana: el 24 de noviembre, *Serra day*[26]. También prosiguió la costumbre, inaugurada en 1891, de levantarle monumentos, como la cruz que colocó en Riverside el empresario Frank Miller, dueño del cercano y extravagante Hotel Mission Inn, santuario del pasado hispánico que yuxtaponía, a modo de pastiche, edificios inspirados en España. El paraíso franciscano presidido por Serra, en el que padres e indios vivían en paz y concordia, daba cuerpo a obras de teatro como la

---

[23] Thompson, 2001.
[24] Starr, 1986.
[25] Kropp, 1999
[26] *Press Democrat*, 9 de octubre de 1913.

muy representada *The Mission Play,* un drama de tres horas del periodista John Steven McGroarty[27]. Con el tiempo se colocó a Serra al mismo nivel que a los *founding fathers* de la nación y se le dedicó una de las dos estatuas que representan a California en el *National Statuary Hall* del Capitolio, en Washington DC.

Junto con este culto, la hispanofilia se dejó notar de otras formas complementarias en San Francisco, que celebró su recuperación tras el devastador terremoto de 1906 con fastos y conmemoraciones que condujeron a la exposición universal de 1915, unida a la apertura del Canal. En octubre de 1909, el protagonista fue el descubridor de aquella bahía ciento cuarenta años antes, el militar catalán Gaspar de Portolá, interpretado por el hijo de un inmigrante español. Algo parecido hacían otras ciudades norteamericanas con sus respectivos héroes hispánicos, como San Agustín en Florida, que escenificaba el desembarco del adelantado Juan Ponce de León desde 1883. Los programas y carteles sanfranciscanos de 1909 se ilustraban con estampas de conquistadores y mujeres hispanas con abanicos y flores: una de ellas bailaba ante la reconocible torre de la estación del ferry, inspirada en la Giralda de Sevilla. El eje de las fiestas consistió en un desfile de escenas que contaban la historia de la ciudad, como las misiones, la fiebre del oro y la llegada del ferrocarril. Aunque los toques españoles no impedían el recuerdo triunfal de 1898. De hecho, en otro de los números del festival, los veteranos de esta guerra exhibieron por las calles de San Francisco la bandera norteamericana más grande que se había visto hasta entonces[28].

Cuatro años después, el segundo *Portola Festival* incluyó el centenario de Balboa y estuvo protagonizado por *Queen Conchita,* Conchita Sepúlveda, descendiente de una notable familia de la época colonial que, entre banderas e himnos españoles, convertía en su consorte al descubridor. Los *californios* de ese origen, distintos de los mexicanos contemporáneos, conservaban un cierto prestigio social. De manera que los medios subrayaron la gracia y la belleza arquetípica de la reina, de piel morena y cabello negro, cuyo nom-

---

[27] STARR, 1986.

[28] KAGAN, 2019, p. 317. BOONE, 2019, pp. 158-159. Gail MACGOWAN, «The 1909 Portolá Festival», en http://www.sfcityguides.org/public_guidelines.html?article=635&submitted=TRUE&srch_text=&submitted2=&topic.

bre evocaba la soleada España. En la inevitable cabalgata histórica, la carroza de la Sociedad Benéfica Española ocupó un lugar preferente[29]. El precursor del Canal se presentaba como el único de los exploradores españoles que había tratado a los indios con justicia y piedad; Balboa encarnaba «el espíritu del descubrimiento», a «un hombre hecho de la pasta de los líderes americanos», todo voluntad. Su importancia para San Francisco resultaba evidente, no solo porque había divisado el Pacífico sino también porque, sin los españoles, California no habría poseído ese «abandono alegre» que la singularizaba y atraía al turismo. Los rasgos del carácter hispánico, se afirmaba, corrían por la sangre californiana[30].

Las marcas de esa identidad en construcción eran aún más visibles en San Diego, una ciudad pequeña y agitada por conflictos laborales y por la vecindad de la revolución mexicana prendida en noviembre de 1910. San Diego también cultivó sus conmemoraciones y planificó una exposición para 1915, en torno a dos ideas fundamentales: por allí había entrado la civilización a suelo norteamericano y los conquistadores españoles tenían sus dignos herederos en los emprendedores que ahora regían la zona. Desde 1892 festejaba al primer europeo que había pisado aquellas tierras en el siglo XVI, Juan Rodríguez Cabrillo[31]. En 1911 se puso la piedra fundacional de la exposición, se recordó la primera misa cantada por Serra y se montaron complicadas representaciones históricas. El rey Cabrillo presidió el festival y se emparejó con la reina Ramona, trasunto de la protagonista de una famosa novela que dos décadas antes había recreado la California mexicana. Esta vez, los *tableaux vivants* mostraban a Balboa (metido hasta las rodillas en el Mar del Sur, el estandarte de Castilla en una mano y la espada en la otra), Cortés, Cabrillo, Serra y sus frailes, y hasta el dios Neptuno oficiando la boda entre ambos océanos. El paso de las misiones recordaba a la prensa la Semana Santa de Sevilla. Según una publicación de la época, así se «revivía el viejo estilo español de la California despreocupada y amante del placer», plena de música, color y alegría[32].

---

[29] AGA, Estado, 54/8122.
[30] *The San Francisco Call,* 21 y 23 de octubre de 1913 (cita el 22).
[31] Bokovoy, 2005.
[32] Black, 1913, s. p.

En 1913, San Diego celebró el Carnaval Cabrillo con tres días de fiesta y abundantes entretenimientos públicos, en los que los colores y los aires musicales españoles impregnaron los espacios urbanos. Se revivió el desembarco de 1542 y se rindieron honores al humanitario Balboa, unido en una trilogía heroica a Cabrillo y Serra. Bien conectadas con el nuevo presidente demócrata Woodrow Wilson, las élites sandieguinas disfrutaron de sus favores. El enviado presidencial alabó la desinteresada colonización española, guiada por el espíritu cristiano, y una orden suya cedió en Point Loma, un saliente sobre el océano, el terreno para construir un colosal monumento a Cabrillo. Era la primera tierra nunca vista por un hombre civilizado en la costa del Pacífico de Estados Unidos, el Plymouth Rock del oeste. Por último, se elevó en Presidio Hill, donde había estado Serra, una sencilla cruz con los ladrillos de la misión inicial. Custodiaron la ceremonia soldados españoles vestidos de rojo y amarillo y, en hábitos frailunos, los *Knights of Columbus,* miembros de una organización nacional católica en auge[33]. Detrás de este programa conmemorativo y monumental estaba la efímera Orden de Panamá, fundada en 1912 para recordar «las hazañas de los españoles» y preservar su patrimonio en «la tierra del amanecer, la tierra de los deseos de corazón». La presidía el magnate inmobiliario David Collier, uno de los reinventores de San Diego y director de la exposición. Sus miembros, unos quinientos, vestían a la española, con cascos y espadas, y, asesorados por Lummis, se organizaron y adoptaron nombres de acuerdo con los del Consejo de Indias en la época de Carlos I. Vasco Núñez de Balboa mereció el título de «first Gallant Admiral of the Order of Panama»[34].

El recorrido conmemorativo desembocó en las dos exposiciones californianas abiertas en 1915 y asociadas al Canal: la *Panama-Pacific Exposition* de San Francisco, gigantesca y respaldada por el gobierno federal; y la más modesta *Panama-California Exposition* en San Diego, con un carácter propio, regional e hispano. La de San Francisco desplegaba los éxitos de la urbe reconstruida y de toda la nación imperial, en medio de cantos a la amistad y la paz

---

[33] AHN, Exteriores, H-1483. *San Diego Union,* 7 y 26 de septiembre de 1913.

[34] Citas en *Official Program Carnaval Cabrillo,* San Diego, Order of Panama, 1913. AHN, Exteriores, H-1483.

que contrastaban con la brutal guerra iniciada en Europa meses antes[35]. En sus pabellones se empleaba el estilo internacional que caracterizaba esta clase de muestras, pero algunas alusiones hispánicas salpicaban los edificios y definían el de California, que evocaba una misión. Tampoco se dejaba de lado el marchamo español del sueño del Canal, pues las figuras de Colón y Balboa decoraban los certificados y premios oficiales[36]. En el recinto se plantaron sendas estatuas de Francisco Pizarro y Hernán Cortés y participaron artistas procedentes de España, algunos de ellos premiados, entre los que predominaban temas como los tipos populares y las gitanas y toreros (como los de José María López Mezquita), vistas de ciudades (las de Sevilla de Gonzalo Bilbao) y paisajes: el gran triunfador español fue Eliseo Meifrén, con varios mallorquines. También presentaron motivos españoles pintores norteamericanos de la talla de John Singer Sargent, uno de los más sobresalientes hispanófilos y gran admirador de Diego Velázquez y del flamenco, con patios y gitanas[37]. A falta de otras capacidades, España aparecía como un referente histórico lejano y como una mediana potencia artística, con una personalidad muy acusada y reconocible bajo la mirada neorromántica.

Frente al cosmopolitismo sanfranciscano, en San Diego se pretendía que la atmósfera fuera por completo española y, en combinación con trazas latinoamericanas e indígenas, sirviese de núcleo para configurar una identidad peculiar en el sur de California y en el conjunto del suroeste. Una prioridad para los promotores de la exposición, hombres de negocios angloamericanos como Collier; G. Aubrey Davidson, del Southern Trust and Commerce Bank; y el magnate John D. Spreckels, dueño del periódico *San Diego Union* y de otras muchas empresas dedicadas a sectores como el azúcar, la construcción y el turismo. Así, y como rezaba un folleto de presentación, en el parque Balboa «vivirían de nuevo» el mismo descubridor y los exploradores de aquella costa[38]. Desechado el

---

[35] *The Panama-Pacific International Exposition celebrating the Opening of the Panama Canal,* San Francisco, s. e., 1912.

[36] Moore, 2013.

[37] *Official Catalogue,* San Francisco, Wahlgreen, 1915.

[38] Kropp, 1999, p. 210.

estilo misión por demasiado sencillo y poco evocador, el encargo para diseñar la muestra recayó en Bertram G. Goodhue, arquitecto experto en estilos historicistas y, en concreto, en el arte colonial de la Nueva España, autor asimismo del Hotel Washington en Colón, la ciudad de Panamá ubicada junto a la entrada atlántica del Canal. Goodhue se inspiró en la arquitectura española, con predominio del barroco churrigueresco y del plateresco y una mezcla de motivos peninsulares y mexicanos a la que sumaba toques moriscos de azulejos, fuentes y vegetación exhuberante. La exposición se articulaba en torno a un eje central que arrancaba del puente Cabrillo, que buscaba el efecto dramático del de Alcántara en Toledo, a lo largo del paseo llamado El Prado y hasta el sitio previsto para la estatua de Balboa, que nunca se hizo. El edificio más llamativo, el de California, tenía forma de catedral barroca y en su fachada reunía a los personajes de la historia que quería narrarse: Serra y otros franciscanos, Cabrillo, Portolá y los reyes de España Carlos I y Felipe III; dentro, un friso retrataba la conquista española y a Balboa tomando posesión del océano[39].

La arquitectura, más o menos lograda, trataba de crear una población ideal y pintoresca, con misterio y encanto, «como un cuento de hadas» donde los *castles in Spain* se hiciesen realidad: la ciudad que habían soñado Cabrillo y los padres franciscanos, «the magic city of Old Spain»[40]. Ese efecto se conseguía no solo con los edificios sino también con el ambiente de los cafés, el Alhambra o el Cristóbal, las recreaciones de la California misional y las calles vigiladas por los guardias de Balboa. Allí deambulaban trovadores con guitarras y bailarinas andaluzas provistas de castañuelas, como salidas de la ópera *Carmen, senoritas* convertidas en iconos sexuales y estrellas de la exposición, de nombre *La Felicia* o *La Belle Sevilla,* «con todo el fuego y la gracia peculiares de España». También actuó el famoso tenor Florencio Constantino, quien entonó canciones vascas que, según decía, habían oído los misioneros del siglo XVIII. La *Spanish troupe,* alma de la exposición, hizo que el belicoso expresidente Theodore Roosevelt, que poco antes había estado en España para asistir al matrimonio de su hijo, disfrutara con sus

---

[39] Bokovoy, 2005.

[40] *American Review of Reviews,* vol. 51/5 (mayo de 1915), pp. 587-590.

canciones. Hubo farsas llamadas *bodas españolas* y un espectáculo titulado *El harén del sultán* se cerró por indecente. Mientras tanto, las exhibiciones complementarias repasaban la cultura de los nativos y reproducían a pequeña escala el Canal[41]. La españolización de la muestra avanzó cuando en 1916, tras el cierre de la de San Francisco, se transformó en internacional: llegaron numerosas piezas y se montó una galería de artistas españoles junto a las de otros países, con cuadros de temática taurina de Francesc Galofre Oller o Meifrén[42]. La *Panama-California Exposition* fue todo un éxito, atrajo entre tres y cuatro millones de visitantes y supuso el arranque de la popularización del estilo colonial español como el característico de California y uno de los estilos arquitectónicos nacionales en Estados Unidos[43].

El interés norteamericano hizo que a las autoridades nacionales de Madrid les llovieran las invitaciones para participar en los diversos eventos californianos relacionados con el Canal de Panamá. Sobre todo, tras la llegada a la presidencia de Wilson, admirador de los descubridores, que quería mejorar los flujos comerciales con América Latina y también con España. Pero esas invitaciones tropezaban con un dilema español acerca de un posible encuentro con Estados Unidos. Por una parte, la desconfianza tras el *desastre* del 98 todavía estaba a flor de piel y los sectores conservadores, celosos de la castiza identidad católica, cultivaban los estereotipos acerca de un pueblo protestante preso de los males modernos, como la obsesión por ganar dinero y el maquinismo[44]. Tampoco ayudaba el movimiento hispanoamericanista, transversal en el panorama político, que solía enfrentar la raza hispánica a la anglosajona. Por otro lado, cundía asimismo una admiración algo ingenua hacia los avances norteamericanos y la voluntad de aprender de ellos[45]. Algunos elementos liberales, monárquicos o republicanos, elogiaban a un país que encarnaba la modernidad,

---

[41] KROPP, 1999, p. 254. *San Diego Union,* 3 de mayo, 1 de junio, 28 de julio, 12 y 25 de agosto y 2 de noviembre de 1915 y 22 de marzo de 1916, cita en *Los Angeles Times,* 6 de junio de 1915.

[42] *San Diego Union,* 16 de abril y 15 de julio de 1916.

[43] BOKOVOY, 2005.

[44] FERNÁNDEZ DE MIGUEL, 2012.

[45] NIÑO, 2005.

querían asociarse a él en bien de la economía española —a través del comercio o del turismo— y, los más informados, aprovechar la moda hispánica para estrechar lazos culturales. En este grupo se encontraban las gentes próximas a la Institución Libre de Enseñanza, el principal núcleo intelectual progresista, unos cuantos políticos y el rey Alfonso XIII, autoproclamado regenerador de España y muy bien visto por los medios de comunicación norteamericanos.

Los diplomáticos españoles asistieron a las celebraciones de California, siempre como representantes del monarca. Así, en 1909 fue a San Francisco, a las fiestas de Portolá, el ministro plenipotenciario en Washington —Rodrigo de Saavedra y Vinent, marqués de Villalobar, un destacado diplomático—, aunque el gobierno español no envió el buque de guerra que se le había solicitado. Su sucesor, Juan Riaño y Gayangos, pertenecía a una familia de la Institución Libre de Enseñanza y comprendía a la perfección la relevancia de estas ocasiones. Fue el invitado de honor en el Carnaval Cabrillo de 1913 en San Diego, donde ocupó un puesto preferente y sus discursos se aplaudieron como «la primera vez, desde hace generaciones, que la voz del rey de los españoles se oyó oficialmente» en suelo californiano[46]. Riaño, que después recorrió el Camino Real, consideró un gran éxito esta visita y anunció que la mejora de los vínculos culturales daría paso a un futuro auge mercantil gracias al Canal. Por otra parte, el conde del Valle de Salazar, cónsul en San Francisco y miembro honorario de la Orden de Panamá, protagonizó el centenario de Balboa, en el que leyó un mensaje de Alfonso XIII muy alabado por la prensa local[47].

Los informes de la diplomacia captaban con claridad la razón de aquellas llamadas: los californianos se atribuían un «origen semi-latino» y se sentían orgullosos de sus raíces hispánicas, que distinguían a su estado de otros de la unión. Como afirmaba Riaño, allí habían concedido a España una posición privilegiada porque simbolizaba «ideas tan sagradas para un pueblo nuevo como las de descendencia y vinculación de origen con los conquistadores y

---

[46] Cita en *San Diego Union*, 26 de septiembre de 1913.

[47] AHN, Exteriores, H-1483. *The San Francisco Call*, 21 y 22 de octubre de 1913.

civilizadores primitivos, única aristocracia que posee el Occidente de este vasto Continente». Así, desde comienzos de 1912 los responsables de la gran exposición de San Francisco reclamaron la participación española, «por razones históricas y de familia». Una comisión norteamericana visitó Madrid, pero de entrada no obtuvo más que una respuesta ambigua[48].

La insistencia hizo no obstante que a finales de ese año el gobierno enviase a Estados Unidos, en misión especial, a Benigno de la Vega-Inclán, marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo, senador liberal y hombre clave en la política cultural de la época, una de cuyas principales metas personales consistía en atraer turistas norteamericanos a suelo peninsular. Muy próximo al rey, servía de puente entre la corte, la Institución Libre de Enseñanza y el mecenas norteamericano Archer M. Huntington, fundador en Nueva York de la Hispanic Society of America y propagandista de la cultura española. Vega-Inclán se trasladó primero a Nueva York, Washington y Chicago, donde visitó a buenos amigos como Huntington y Riaño y comprobó la aceptación que tenían las pinturas españolas. Desde Los Ángeles realizó un viaje de ida y vuelta a San Diego, para entrevistarse con sus fuerzas vivas y ver el parque Balboa, y continuó luego hasta San Francisco, con el encargo de explorar las posibilidades de levantar un pabellón de España en su gran muestra. Contó con la asistencia de los diplomáticos españoles, de Collier —a quien agasajó luego en España— y de la Southern Pacific Railroad, una compañía ligada a la familia Huntington que puso trenes especiales a su servicio[49]. A lo largo de su peregrinación por el Camino Real, el marqués recibió promesas de reconstruir las misiones aún en ruinas y de establecer en ellas centros de cultura española, bibliotecas y escuelas. Presenció funciones de *The Mission Play,* misas y batallas de flores con toreros. Puso asimismo una placa en el monumento a Serra erigido por Miller, cuyo hotel en Riverside le pareció un «baratijo de antigüedades». En su recepción «dieron vivas al king Alfonso y tocaron el Himno de Riego con

---

[48] AHN, Exteriores, H-3222. Citas en Riaño a Vega-Inclán, 25 de enero de 1913; y Riaño a ministro de Estado, 27 de enero de 1912.

[49] AGA, Presidencia, 51/4056. *San Diego Union,* 4 de enero y 29 de septiembre de 1913. Diario de viaje de Vega-Inclán, en AVI, FD1466.

compás de cakewalk y creyendo que era la marcha real», la música oficial española: «reminiscencias de la revolución mejicana», opinó el marqués[50].

A juicio de este enviado, California, sobre todo la meridional, «e(ra) absolutamente España y est(aba) por España». Confirmaba de ese modo sus esperanzas, pues aquellas simpatías permitirían «un dominio espiritual» español y, a partir de ahí, una acción más práctica y remuneradora para los intereses españoles, basada en el turismo y el comercio. Los informes de Vega-Inclán subrayaban la vertiente monárquica de su viaje: en toda la región no solo se conocía ya el nombre de España sino que se tenía «en alto concepto la persona de su Rey»[51]. Una imagen confirmada por la prensa norteamericana, ya que hasta *The New York Times* había hablado a su llegada de aquel «clear headed and progressive king of Spain» que traería a San Francisco una selección nunca vista del arte en tiempos de los Reyes Católicos. Desde luego, la ciudad californiana recibió al marqués como a un jefe de estado, allí conoció a la colonia española y la sede de la exposición y se especuló sobre su pabellón y sobre una semana dedicada a España en la que podrían verse, en vivo, nobles de la vieja Castilla[52]. De aquellas jornadas, Vega-Inclán extrajo ideas para su política turística, como la creación de residencias para visitantes que resultasen, como las californianas que había observado, «de buen tono, amplias, de alimentación sana, saturadas de aire, de vegetación y de flores». Y un tipismo que, aplicado a sus fundaciones de Sevilla y al pabellón estadounidense en la Exposición de 1929, permitiría hablar de un estilo constructivo de ida y vuelta, que había enraizado en California y luego regresado a España[53].

De nuevo en la costa oriental, el delegado oficial visitó al presidente William Taft, quien alabó a los españoles que trabajaban en

---

[50] Citas en AVI, FD1466, 2 de enero de 1913; y AGP, 12367/40 Vega-Inclán al rey, 8 de enero de 1913. El *Himno de Riego* tenía connotaciones progresistas y era utilizado por los republicanos.

[51] Citas en Vega-Inclán al rey, 3 de enero de 1913, AGP, 12367/40; y Vega-Inclán a presidente del Consejo, s. f., AGP, 15592/1.

[52] Cita en *The New York Times*, 29 de diciembre de 1912. *The San Francisco Call*, 7 y 14 de enero de 1913.

[53] Vega-Inclán, 1928, cita en p. 18. Kagan, 2019, pp. 441-453.

Cuba y en el Canal y que le pareció «más Sancho Panza que don Quijote»; y al recién elegido Wilson, «entre diplomático y leguleyesco»: a ambos les confirmó que, pese a las sugerencias norteamericanas, Alfonso XIII no viajaría a Estados Unidos. Y no dejó de dar su opinión experta sobre obras españolas en las colecciones de algunos magnates, ante los cuales se vio exhibido «como una foca» en un «vértigo de festines». En realidad, su viaje valió principalmente para acordar que la legación de España en Washington se transformara en embajada, a cargo del mismo Juan Riaño hasta su jubilación una década más tarde. La única con esa categoría en toda América hasta que en 1917 se elevó también la de Buenos Aires[54]. Sin embargo, el marqués no se comprometió a nada respecto a la *Panama-Pacific Exposition,* por miedo a que un paso adelante sentara mal a otros países por su ligazón con el Canal, y dejó abierta la eventualidad de acudir a San Diego. Terminaron de decidirle en contra de San Francisco las reservas del banquero J. P. Morgan, que le dio buenas palabras pero no quiso pagar el esfuerzo español: a juicio de Vega-Inclán, como al de Huntington, habría supuesto un gasto tan arriesgado como excesivo[55].

No terminó ahí el tira y afloja entre estadounidenses y españoles. El presidente Wilson, lejos de rendirse, mandó en 1913 representantes a Europa para persuadir a los diversos gobiernos, incluido el de Madrid, para que fueran a San Francisco. Se negaron tanto el británico, molesto por las tarifas discriminatorias establecidas para el Canal, como el alemán. En cuanto a España, abogaban por la participación el embajador Riaño y otros asesores del Ministerio de Estado, que veían en la pérdida de las colonias no una desgracia para el país sino «el primer paso para su regeneración económica y para su prosperidad innegable»; algunos comerciantes y las élites locales de ciudades como Sevilla, que aspiraba a promocionar en California su propia exposición, entonces en sus inicios[56]. También intervinieron a favor de la causa el político catalanista Francesc

---

[54] Citas en AVI, FD1466, 24 y 27 de enero de 1913. *The New York Times,* 28 de enero de 1913. *Evening Star,* 28 de junio de 1913.

[55] AGP, 15592/1. AVI, FD1466.

[56] Cita en informe s. f. al ministro de Estado, AHN, Exteriores, H-3219. AGA, Presidencia, 51/03479.

Cambó y la colonia española en la ciudad californiana. Por falta de fondos, el ejecutivo rechazó la invitación; pero el mismo Alfonso XIII revocó la negativa en vísperas del estallido de la Gran Guerra, convencido por los argumentos nacionalistas acerca de los precedentes hispanos del Canal y del estilo renacimiento español que aún se barajaba para la feria. En el verano de 1914 se habló, como cosa hecha, de un futuro pabellón diseñado por el arquitecto regionalista Ricardo Velázquez y con una fuente del célebre escultor Mariano Benlliure. Incluso se aprobó el crédito correspondiente[57]. Pero el agravamiento de la situación en Europa hizo que no se volviese a mencionar el asunto: en definitiva, España no estaría en San Francisco.

Siguió un rumbo distinto, aunque con resultados semejantes, el convite para que la monarquía española se sumara a la inauguración del Canal. Una gran parada naval, con el presidente en vanguardia, debía salir de Virginia y, tras atravesar la gran obra, terminar en San Francisco a tiempo para abrir la exposición. Durante meses el gobierno de Madrid se resistió y pronto asomaron los agravios de 1898, puesto que los organizadores contaban con barcos estadounidenses que habían tomado parte en los combates coloniales. Pero cedió a las presiones, a las que se unió el propio Wilson, y prometió enviar el acorazado *España,* joya de la nueva armada construida tras el *Desastre*[58]. De todos modos, el avance de la guerra europea hizo que los fastos previstos para 1915 nunca se celebraran[59]. Más aún, desde San Diego solicitaron que España figurara de algún modo en la *Pacific-California Exposition,* consagrada, decía el presidente de su comité al embajador, «a celebrar los logros de la civilización española en el hemisferio occidental». El cónsul en el estado asistió a la apertura, pero costó mucho tiempo que el rey enviara, como quería la organización, una bandera española para izarla en un sitio preferente, «como emblema del país cuyos logros a favor de la Cristiandad y civilización la Exposición está dedicada a conmemorar». Tras un año de dejadez, en el que el monarca se

---

[57] AHN, Exteriores, H-3222. *The New York Times,* 7 de agosto de 1914. *La Época,* 15 de julio de 1914.

[58] Montero Jiménez, 2011.

[59] AHN, Exteriores, H-2442.

olvidó de la cuestión, cuando la muestra se reinauguró en marzo de 1916 se colocó finalmente la enseña, con honores militares y mientras sonaba una campana en recuerdo de las misiones[60].

En estas largas negociaciones representaron un papel destacado algunos miembros de la pequeña comunidad española de San Francisco, muy activos, como sus compatriotas en toda América, a la hora de reafirmar su identidad como descendientes de los conquistadores y para defender a España frente a quienes la acusaban de tener una escasa capacidad productiva. Entre ellos sobresalían personajes emparentados con la buena sociedad californiana como los ingenieros Juan C. Cebrián, madrileño, y Eusebi Molera, catalán, incansables en su reivindicación del pasado español, animadores del festival Portolá y promotores de monumentos a Serra y a Cervantes, este último en 1916, en el tercer centenario de su muerte. Cebrián se distinguió también como mecenas del hispanismo, pues donó abundantes fondos españoles a las bibliotecas de las universidades norteamericanas y fue, junto a Archer Huntington, uno de los apoyos económicos fundamentales de la American Association of Teachers of Spanish, subida a la ola que multiplicó el número de estudiantes de lengua castellana en Estados Unidos a partir de la Gran Guerra. Además, acabó por promover la cesión de la casa natal de fray Junípero en Mallorca, para hacer de ella un museo, a la ciudad de San Francisco[61].

Por último, el rescate de la historia colonial hispánica en Estados Unidos sintonizó con las preocupaciones del regeneracionismo español. Una conexión que facilitó, entre otros, el historiador e institucionista Rafael Altamira, delegado de España en el congreso sobre el Pacífico que acogió la exposición de San Francisco. Allí habló de la labor civilizadora de los españoles que, de Balboa en adelante, habían perseguido los mismos propósitos que Colón y realizado notables aportaciones científicas: a España debía reconocérsele al menos la primacía en la concepción de la idea del Canal. Más allá de estas razones ya conocidas, Altamira sostuvo que entre

---

[60] Cita en Davidson a Riaño, 8 de diciembre de 1914, AGA, Estado, 54/8139. AHN, H-3222. *San Diego Evening Tribune,* 18 de marzo de 1916.

[61] VARELA-LAGO, 2008. AHN, Exteriores, H-3222. *Revista de las Españas,* núm. 69-70 (1932), p. 252-264. Para el monumento a Cervantes, véase el capítulo 6.

los españoles de ayer y los norteamericanos de hoy existía una profunda afinidad, pues compartían las mismas cualidades: «la fortaleza en el sufrimiento, la serenidad en el peligro, la energía en la lucha, el empuje en el avance, la valentía y desprecio de las dificultades en todo momento». En cierto modo, las realizaciones contemporáneas de Estados Unidos encontraban su mejor precedente en los «profesores de energía» hispanos, lo cual proporcionaba una buena base para la colaboración futura[62].

Con la vista puesta en la regeneración de España, Altamira escribió un elogioso prólogo a la edición española del libro de Charles F. Lummis, titulada *Los exploradores españoles del siglo* XVI, pagada por Cebrián y traducida por Arturo Cuyás, un periodista catalán que había vivido en Nueva York y creó a su regreso la rama autóctona de los *boy-scouts,* los Exploradores de España. Molera había regalado la obra a Alfonso XIII durante una audiencia en la que le contó las ventajas de participar en la exposición de San Francisco. Para todos ellos, la recuperación del país dependía del cultivo, sobre todo entre los jóvenes, de las antiguas virtudes perdidas y ahora recogidas por los norteamericanos. Coincidían en el mismo planteamiento escritores españolistas como Julián Juderías, fiel alfonsino y autor de un conocidísimo ensayo contra la *leyenda negra* antiespañola, volcado al inglés gracias a Cebrián; y Mariano de Cavia, que se descubría ante Lummis, a quien —junto a otros hispanófilos como el dramaturgo MacGroarty— condecoró el rey. Al viejo paladín de la herencia española en América le gustó lucir hasta el final de sus días, sobre la ropa campera, la insignia de la real orden de Isabel la Católica que don Alfonso le concedió en 1915[63]. Altamira sintetizaba las opiniones de los regeneradores patrios cuando decía que los españoles debían conocer sus glorias e imitar a sus antepasados, para que aquellas brillantes condiciones «reaparezcan si es que se desvanecieron, o se aviven, si es que continúan, pero desmayadamente o con escasas manifestaciones, en el fondo espiritual de nuestra raza»[64]. De esa forma, la búsqueda de una

---

[62] ALTAMIRA, 1915, 2008, pp. 123 y 133.

[63] *La Lectura,* enero de 1916. *El Imparcial,* 29 de mayo de 1916. BOYD, 1997, 2000, p. 164. SCHMIDT-NOWARA, 2008.

[64] LUMMIS, 1916, p. 32.

identidad hispánica por parte de los californianos podía coadyuvar al renacimiento de España.

La república de Balboa

El Canal de Panamá no solo consagró el predominio imperial de Estados Unidos en América, sino que también sacudió la situación geopolítica del istmo donde se excavó: en 1903 surgió allí una nueva República, escindida de Colombia y subordinada de inmediato a la gran potencia del norte, que gobernó directamente la zona del Canal. Este estado recién nacido tuvo que dotarse de una identidad nacional propia sobre la base de las peculiaridades panameñas, decantadas durante el siglo anterior, y recurrió para perfilarla a una matriz hispánica. Con ese fin convirtió a Vasco Núñez de Balboa, supuesto precursor del Canal, en un verdadero héroe nacional, a la vez que buscaba la complicidad de España en sus programas conmemorativos. A diferencia de lo ocurrido con California, en este caso las autoridades españolas, empezando por el rey, acudieron a la cita sin prevenciones y sin que la Gran Guerra cancelara su compromiso.

La construcción nacional que siguió a la independencia en Panamá fue asumida por un puñado de políticos e intelectuales entre los que sobresalía Belisario Porras, presidente de la República de 1912 a 1916 y de 1918 a 1924. Aunque se había opuesto a la escisión bajo el paraguas norteamericano, incluso por las armas, Porras se reconcilió con Estados Unidos y promovió al tiempo un discurso nacionalista que combinaba el énfasis en el progreso material con referencias a los clásicos y al hispanismo. Más afecto a la administración tecnocrática y positivista que a la democracia de masas, su gobierno recordaba al del régimen mexicano de Porfirio Díaz. Con Porras colaboraron convencidos hispanoamericanistas formados en Colombia y deslumbrados por España, donde algunos ocuparon cargos diplomáticos. Como el poeta Ricardo Miró o el historiador Juan B. Sosa, delegado panameño en el congreso académico de Sevilla en 1914 y autor de manuales escolares oficiales. Si por una parte dotaron al nuevo estado de infraestructuras, con una especial atención a las educativas, por otra pusieron en pie el edificio nacional mediante la

invención de tradiciones y la forja nostálgica de relatos míticos sobre el pasado[65].

El nacionalismo panameño necesitaba, para empezar, de algunos símbolos oficiales, como la bandera, inventada entre 1903 y 1904; el himno, compuesto por un español y adoptado en 1906; y la fiesta nacional del 3 de noviembre, día de la independencia. También de instituciones culturales como las academias, el teatro nacional, los archivos o el Instituto nacional, donde estudiaban las élites. Y, claro está, de escuelas donde se celebraban las efemérides cívicas y se rendía homenaje a la enseña bicolor para fomentar el patriotismo[66]. Decididos a refutar las acusaciones de no ser más que títeres de Estados Unidos, los nacionalistas manejaban dos tesis esenciales: la nación se había constituido como una comunidad hanseática, comercial y liberal, enfrentada desde antiguo al conservadurismo proteccionista colombiano y por tanto feliz con la apertura de una vía interoceánica a través de su territorio; y, lejos de carecer de identidad definida, pertenecía a la familia hispanoamericana, a la raza hispánica, cuya lengua defendía con ardor. Así afrontaban la dependencia externa y contenían las convulsiones sociales ocasionadas por el Canal, que atrajo a una población multiétnica difícil de controlar[67]. Su uso del hispanismo se asemejaba al de Puerto Rico o al de Cuba, donde, a partir de 1898, se recurrió también a él como escudo frente a los colonizadores norteamericanos[68].

La reivindicación de la herencia española se reflejó en todas las artes y articuló una coherente política pedagógica, conmemorativa y monumental[69]. Al mismo tiempo, la prensa panameña prestaba una atención constante a España, con noticias sobre las idas y venidas del rey, política o sucesos, la guerra de Marruecos y fundaciones culturales como las de Vega-Inclán, y desde luego las corridas de toros, pues los toreros españoles visitaban con regularidad el país[70]. En ese contexto, la figura de Núñez de Balboa se erigió en emblema indiscutible de Panamá, porque subrayaba su relieve dentro del im-

---

[65] Szok, 2001, pp. 93 y ss.
[66] Méndez Pereira y Martínez, 1916.
[67] Szok, 2001, pp. 117-123.
[68] Schmidt-Nowara, 2008. Sobre Cuba, véase capítulo 6.
[69] Chirú Barrios, 2011.
[70] Véase, por ejemplo, *Diario de Panamá*, 23 de febrero y 4 de marzo de 1916.

perio español, en la ruta hacia el Perú, lo cual reafirmaba asimismo su pertenencia a la comunidad hispánica; y enlazaba esa función con su deriva contemporánea: el istmo que había cruzado el héroe constituía, ante todo, una zona de tránsito, la puerta del comercio mundial. Además, Balboa había sido su primer gobernador. El titán castellano se transformaba pues en el padre fundador de la patria, que bautizaba con su nombre una ciudad, la moneda y hasta la cerveza local. Su efigie aparecía en los sellos y su ejemplo en los textos escolares, que glosaban su gesta. En una biografía de 1934, publicada en Madrid por el educador panameño Octavio Méndez Pereira, el descubridor vislumbraba el Canal y se preguntaba quiénes eran aquellos norteamericanos, «fornidos y rubios, rapados y simples como niños gigantes, que han traído maquinarias y palas monstruosas y compuertas enormes, que se abren y se cierran matemáticamente»[71].

El centenario de Balboa se marcó así en rojo en el calendario con dos proyectos de largo alcance: una exposición nacional y un gran monumento. Según el decreto presidencial que la convocaba, la muestra había de «enaltecer y honrar la memoria del ilustre descubridor del Océano Pacífico» y estrechar los lazos con la *madre patria* y con los hermanos hispanoamericanos. Ese lenguaje grandilocuente exhortaba a «laborar por la hegemonía de la raza» y a que la España moderna emprendiese «una conquista espiritual de sus antiguas dominaciones»[72]. Sus trabajos proporcionaron un ensanche a la capital y aspiraban a mostrar al mundo los avances de la república, estación mercantil junto al Canal. Criticada por quienes acusaban al presidente de derrochar recursos públicos y retrasada varias veces, la feria se inauguró en febrero de 1916. En la ceremonia correspondiente, Porras expresó su «gratitud hacia el valiente Balboa, considerándolo como el primero de los grandes progenitores de este pueblo»[73]. La exposición panameña se nutrió de piezas procedentes de la de San Francisco y a ella solo acudie-

---

[71] MÉNDEZ PEREIRA, 1934, pp. 202-203.

[72] Citas en Decreto de 17 de junio de 1913, y *Boletín Oficial de la Exposición Nacional de Panamá*, núm. 2 (1 de mayo de 1915), p. 57.

[73] AHN, Exteriores, H-3219. *Discurso pronunciado por el Señor Presidente... con motivo de la apertura de la Exposición Nacional de Panamá*, Panamá, Imprenta Nacional, 1916, p. 4.

ron, además de España, Cuba y Estados Unidos, que trompeteó su poderío con armas, modelos de barcos y diques y abundante información sobre la zona canalera[74].

Hubo otras conmemoraciones hispanófilas, como el centenario de Cervantes en 1916 o el de la fundación de Panamá la Vieja en 1919[75]. Pero el fruto más logrado de este programa fue el monumento a Balboa, idea de Porras y Sosa en el municipio de la capital ya en 1909, relanzada por el estado en 1913 y solo culminada once años después, en un acto que sirvió de despedida al presidente. En él, Porras relató con detalle sus peripecias y su ignominiosa ejecución, lo puso como ejemplo para la juventud panameña y lo retrató como un superhombre nietzscheano, trasunto de su propio liderazgo colosal: «un conductor de pueblos que tiene confianza en sí mismo, que domina el ambiente, no por la violencia, sino por el magnetismo de su persona». El decreto que señalaba aquella inauguración como un día de júbilo nacional recordaba, de nuevo, el significado nacionalista del descubrimiento del Pacífico, «pues desde entonces quedaron en evidencia la configuración y situación de nuestro territorio y se puso de manifiesto nuestro destino»[76].

En contraste con las dudas que suscitó en España la adhesión a las exposiciones y fiestas norteamericanas relacionadas con el Canal, la llamada de Panamá fue atendida de un modo casi incondicional y con el beneplácito del grueso de quienes trataron el asunto. Había que dar la bienvenida a un nuevo componente de la prole hispánica, que además otorgaba a la vieja metrópoli un papel protagonista a través del cual se hacía presente, aunque fuese solo de forma simbólica, en la gran vía interoceánica. Sin excluir, de entrada, las oportunidades de negocio y con la vista puesta en la regeneración nacional. En palabras del padre Ángel Monjas, España debía asociarse a manifestaciones de gratitud como la panameña, pues se trataba de enaltecer a uno de sus hijos, y con

---

[74] *Diario de Panamá,* 19 de enero de 1916 y 12 de febrero y 11 de marzo de 1916.

[75] Cfr. Barrios, 2011. Véase también el capítulo 6.

[76] *Diario de Panamá,* 15 de abril de 1916 y 20 de septiembre de 1913. Citas en *Inauguración del monumento erigido en la ciudad de Panamá al Adelantado Vasco Núñez de Balboa,* Panamá, Imprenta Nacional, 1924, p. 19; y Decreto de 19 de septiembre de 1924.

ese gesto ayudaba a «reanimar la fibra patriótica honrando a los conquistadores de antaño que todo lo pudieron y sufrieron con tal de acrecentar el poderío y el honor de la nación hispana»[77]. A todo ello contribuyeron también con entusiasmo los españoles residentes en la república, encuadrados en asociaciones como el Centro Español y la Sociedad Española de Beneficencia que presidía su principal dirigente, Gervasio García, músico, editor y empresario dedicado a la hostelería y a la fabricación de chocolates. En la colonia había grandes desigualdades y discrepancias acerca del estado, decadente o en proceso de regeneración, de su patria; debates en los que apenas participaban los numerosos trabajadores españoles, unos ocho mil, llegados para trabajar en la construcción del Canal[78]. Pero en su seno marcaban el paso las élites comprometidas con los afanes nacionalistas, que promovieron, en sintonía con el gobierno panameño, el monumento a Cervantes, la fiesta de la raza cada 12 de octubre y, por supuesto, el culto a Balboa. En una carta a Alfonso XIII le aseguraban que «estas hermosas páginas de nuestra Historia Patria son para nosotros el máximo estímulo para trabajar con fe dentro de nuestra modesta esfera, cooperando de este modo en hacer grande a nuestra España»[79].

Los responsables de la exposición nacional hicieron todo lo posible por homenajear a la *madre patria*. La bandera del evento reproducía la mitad superior de la panameña y la inferior de la española. Único país europeo invitado, España aceptó ese papel desde el comienzo. Cuando el estallido de la guerra europea puso en peligro la participación en este tipo de celebraciones, los diplomáticos panameños en Madrid se movilizaron, con la ayuda de políticos conservadores y del catalanista Frederic Rahola, presidente de la Casa de América de Barcelona, para evitar la deserción. Mientras renunciaban a ir a San Francisco, las autoridades españolas reafirmaban su decisión de no faltar a la cita de Panamá, más barata y menos problemática, por el protagonismo que concedía a la

---

[77] Ángel MONJAS, «El IV Centenario del descubrimiento del Pacífico», *España y América*, julio/septiembre de 1913, cita en p. 482.

[78] *Diario de Panamá*, 15 y 19 de septiembre de 1913.

[79] Cita en los españoles de Panamá al rey, 12 de octubre de 1913, AHN, Exteriores, H-3219.

España neutral[80]. De manera que, con un presupuesto de 500.000 pesetas, se procedió a construir un pabellón permanente, pensado como futura sede de un museo mercantil. Según el comisario regio nombrado para la ocasión, el diplomático Emilio de Motta, con eso «podría triplicarse en poco tiempo la importación allí de productos españoles y conquistar PARA SIEMPRE nuestra supremacía comercial que otras naciones europeas acabarían por obtener a costa de nuestro descuido». La presencia española era tan relevante que, para facilitarla, la apertura de la feria se retrasó varias veces, aun a costa de no coincidir con la oficial del Canal. El delegado gubernamental eligió el proyecto del edificio de acuerdo con las sociedades de emigrantes, no sin una agria polémica desatada por los perdedores del concurso, que le acusaron de «prevaricador, dilapidador del capital español» y «mal caballero cobarde». El pabellón, de estilo renacentista y decorado con los escudos de las provincias españolas, las efigies de Colón y Balboa y las carabelas, se dio por acabado en la primavera de 1916, poco después de la inauguración del conjunto[81].

No obstante, los productores españoles casi brillaron por su ausencia, pues apenas enviaron unas pequeñas muestras de alimentos, barnices, guitarras y libros. Su falta de compromiso podía achacarse a las complicadas condiciones creadas por la contienda mundial, pero estas no impidieron que tomasen el relevo los artistas de la Asociación de Pintores y Escultores, quienes lograron llevar a Panamá unas ciento ochenta obras, entre óleos, acuarelas, aguafuertes, esculturas y maquetas arquitectónicas. Con nuevos retrasos, discusiones y dificultades, que se resolvieron gracias a la intercesión del rey, llegaron a tiempo de recibir a miles de turistas norteamericanos que visitaban el Canal. Entre las piezas premiadas figuraban una *bailadora* flamenca de Mariano Benlliure, pinturas de tema castellano —como *El jorobado de Burgohondo,* de Eduardo Chicharro— y un retrato de la infanta Isabel y de su inseparable

---

[80] AHN, Exteriores, H-3219, Informe, 8 de marzo de 1916. ABP, Relaciones Exteriores, Cartas, T. VI.

[81] Cita en informe de Motta, s. f., AGA, Estado, 54/17184. También 54/17248. Cita en Motta a ministro de Relaciones Exteriores, 17 de julio de 1915, ABP, Relaciones Exteriores, Cartas, T. IV.

amiga la marquesa de Nájera saliendo de los toros, de López Mezquita. Una visión panorámica de España, de sus paisajes y tipos, lo más característico y peculiar del país. En resumen, a la hora de representar a España, y como había ocurrido ya en California, lo cultural se impuso a lo económico[82].

En cuanto al monumento a Balboa, los planes panameños confluyeron con los españoles, pues la Casa de América catalana había propuesto algo parecido[83]. El proyecto se encauzó en 1913, cuando Belisario Porras escribió a Alfonso XIII para pedirle su ayuda en el alzamiento de una estatua inmensa, como la de la Libertad en Nueva York, plantada en la entrada del Canal para que fuera «saludada eternamente por las banderas de todas las naciones» como «un símbolo de la solidaridad de la raza». El rey quiso encabezar, junto al presidente, una suscripción pública que movilizó a diversas instituciones dentro y fuera de España: puso para ello 50.000 pesetas, la misma cantidad que el gobierno de Panamá. El Centro de Cultura Hispanoamericana, de raigambre liberal, recogió fondos de ayuntamientos españoles, mientras los cónsules panameños hacían otro tanto en varias ciudades. Pero quienes llevaron la voz cantante fueron el Ministerio de Estado y la Unión Ibero-Americana, organismo semioficial y portavoz de los hispanoamericanistas. Si la Unión puso a trabajar a sus delegaciones, la diplomacia española trató de implicar a los gobiernos latinoamericanos: encontró obstáculos insalvables en los que recelaban del Canal, con el de Colombia a la cabeza, y al final solo se adhirieron los de Argentina, México y Guatemala. La lista de suscriptores, en la que aparecían más españoles que panameños, revelaba la fuerza que había alcanzado en España la vertiente americana del españolismo regeneracionista[84].

La escultura monumental se encargó a dos artistas españoles de prestigio en América, probado ya en los centenarios de las primeras independencias: Benlliure, estrella del academicismo y autor de

---

[82] AGA, Estado, 54/17184 (memoria de Motta, 7 de febrero de 1917); y 54/17248 (listado de obras). AGP, 16230/47. *Diario de Panamá*, 1 de septiembre de 1916.

[83] Marcilhacy, 2006, pp. 605-606.

[84] Chirú Barrios, 2011, pp. 210-211. Cita en Porras al rey, despacho 17 de febrero de 1913, AGA, Estado, 54/17248. AHN, Exteriores, H-2574. AGP, 15785/6.

otras obras parecidas, como la ofrecida a Bolívar en suelo panameño; y Miquel Blay, presidente de la junta de relaciones artísticas con aquel continente[85]. Su tamaño final nada tenía que ver con las fantasías iniciales, y tampoco se colocó en la puerta del Canal sino en el barrio de la exposición de la capital, como parte del plan nacionalizador que integraba también el monumento a Cervantes. Pero su valor quedaba bien claro: allí se retrataba al hidalgo español por excelencia, epítome de las cualidades hispánicas, en una versión conservadora que, frente a lo que habían previsto los planes iniciales, olvidaba su caída en desgracia y su condena por parte de *Pedrarias*. Al revés: en pleno triunfo, un arrogante Balboa portaba el pendón de Castilla en una mano y la espada en la otra, invertida para que se viera bien la cruz. A sus pies, en torno a un globo terráqueo se enlazaban las razas del mundo; mientras en el pedestal se tallaban los escudos de los países comprometidos y placas con las cartas cruzadas entre Belisario Porras y Alfonso XIII[86]. Su desvelamiento en 1924 no consiguió, contra los deseos panameños, que el rey emprendiera su prometido y nunca realizado viaje a América. Pero el enviado español dejó un inequívoco mensaje nacionalista: «la magna Hispania se levanta vigorosa, y pide el puesto que le corresponde en el banquete de la civilización»[87].

* * *

En torno a la culminación del Canal de Panamá, entre 1909 y 1916, diversas conmemoraciones y exposiciones trataron de dar sentido histórico a un acontecimiento que ratificaba la hegemonía de Estados Unidos en América y abría infinitas posibilidades a las poblaciones costeras del Océano Pacífico. El centenario de su descubrimiento en 1513 decantó un mito versátil, el del explorador Vasco Núñez de Balboa, empleado por varios países como

[85] VILALLONGA, 2008.

[86] MARCILHACY, 2006, pp. 609-614.

[87] AHN, Exteriores, H-1674. Cita en *Inauguración del monumento erigido en la ciudad de Panamá al Adelantado Vasco Núñez de Balboa,* Panamá, Imprenta Nacional, 1924, p. 33.

una herramienta útil en sus respectivas construcciones nacionales. Héroe humanitario y trágico, representaba sobre todo la hidalguía, compendio de coraje, generosidad y nobleza, que se atribuía a la antigua monarquía hispánica. Considerado de manera unánime el gran precursor del Canal, se consagró como un modelo para las gentes de comienzos del siglo XX, desde los hombres de negocios californianos que decían compartir sus virtudes hasta el estado panameño, que lo convirtió en padre fundador de la patria, pasando por sus admiradores españoles, empeñados en la regeneración nacional después del *Desastre* de 1898. Los herederos de Balboa eran legión.

En California, el centenario de Balboa se integró en un amplio ciclo conmemorativo que reivindicaba el pasado colonial del estado, sello aristocrático de distinción frente a la costa oriental del país y seña peculiar dentro de la nación estadounidense. Descubridores, conquistadores y frailes franciscanos habían traído la civilización occidental —con su marca indeleble, el cristianismo— a tierras norteamericanas y componían un paraíso perdido y armónico que había que evocar. Así lo hicieron quienes se tenían por sus legítimas continuadoras, las élites políticas y empresariales de San Francisco o San Diego, en festivales y grandes ferias. En Panamá, el mito sirvió a la urgente necesidad de edificar una identidad nacional autóctona, que diese cohesión a la nueva república y refutara las acusaciones acerca de su excesiva dependencia respecto a Estados Unidos. Balboa simbolizaba el destino geográfico del país y su alineación con la familia hispanoamericana, como también se encargaron de resaltar, a un nivel mucho más modesto, muestras y monumentos patrióticos. Si en un caso actuaron sobre todo asociaciones y poderes locales, en el otro se impuso la labor del estado, con la ayuda de la colectividad de emigrantes españoles.

Pero, por diferentes que fueran, ambos territorios compartían no solo el gusto por la *centenariomanía* y las exhibiciones, sino también algo más, revelado a través del culto a Balboa y a otros personajes de la conquista: la apelación a España, al prestigio que proporcionaba aquella historia idealizada y a un conjunto de rasgos culturales estereotipados y juzgados positivos en términos neorrománticos, de la austera dignidad a la alegría de vivir, de la autenticidad incontaminada al exotismo evocador. Esa amalgama, mezcla de prosapia nobiliaria castellana y tipos andaluces, daba

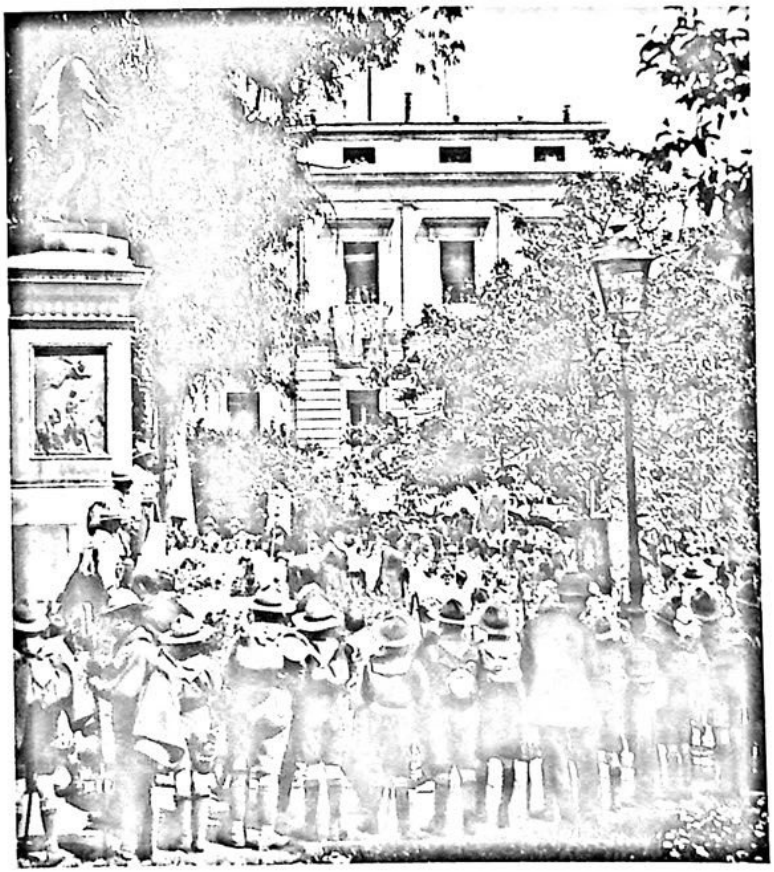
substancia a las identidades americanas contemporáneas y exigía la presencia de España en las celebraciones ultramarinas, como la *Old Spain* o la *madre patria* que, desprovista de todas sus colonias en la guerra hispano-norteamericana de 1898, resultaba tan atrayente como inofensiva. Además, trazaba una genealogía blanca en medio de sociedades multiétnicas y mestizas, agitadas por conflictos crecientes. Todo ello ponía de relieve la cualidad transnacional de las construcciones identitarias, nacionales o territoriales. En ellas se utilizaban los mismos instrumentos, festivos o pedagógicos, oficiales y de la sociedad civil, monumentales e impresos, elitistas o abiertos a la participación de la ciudadanía. Pero, más allá de este fenómeno universal, esa cualidad se volcaba en múltiples contactos y transferencias entre países, personalizadas por actores diversos. Emigrados, comerciantes, historiadores, artistas y diplomáticos de unos estados colaboraban en la nacionalización de otros, y no era solo una cuestión de relaciones culturales. Se trataba de proporcionar reconocimiento, verosimilitud y legitimidad a esos procesos nacionalizadores. Que los delegados españoles sobresalieran en las cabalgatas californianas o que el rey y las sociedades hispanoamericanistas de España encabezaran la suscripción pública para erigir una estatua al héroe nacional panameño, no son sino ejemplos de una dinámica mucho más amplia.

La respuesta de España ante tanto requerimiento externo fue oscilante y dubitativa. Los sectores liberales de la intelectualidad y de los cuadros políticos y funcionariales aspiraban a impulsar la modernización del país mediante una estrategia que combinara el fomento del orgullo patrio, la apertura internacional y la prosperidad económica. Con ese fin, la vertiente hispanoamericana de la identidad española, en auge al iniciarse el siglo, no les parecía incompatible con la aproximación a Estados Unidos, aun a costa de olvidar con rapidez la humillación del 98. Para el ala más conservadora de la sociedad española, en cambio, la derrota había apuntalado un antiamericanismo que no permitía tales expansiones. Así pues, no fue casual que los principales personajes implicados en el aprovechamiento de la moda española en California —Riaño, Vega-Inclán, Altamira— se hallaran próximos a la Institución Libre de Enseñanza. El caso de Panamá no ofrecía tantos problemas, por sus dimensiones más reducidas y por el consenso hispanoamericanista, que, como habían demostrado los centenarios de las independen-

cias hispanoamericanas y reiteraban los cervantinos, admitía casi todos los colores políticos posibles.

Destacaba, en aquel entorno, el papel representado por Alfonso XIII, tanto en Estados Unidos como en Panamá. Con una imagen favorable en la prensa americana, el rey sintonizaba con los círculos proestadounidenses y se veía a sí mismo como cabeza de la comunidad hispanoamericana. En consecuencia, alentaba las colaboraciones, tomaba iniciativas y desbloqueaba asuntos atascados en los engranajes administrativos y políticos, como la presencia española en la exposición internacional de San Francisco— arruinada al final con el pretexto de la guerra europea— y en la nacional de Panamá, esta sí lograda pese a los obstáculos burocráticos que se le oponían. Solo él, al frente de los asuntos exteriores, podía responder a las apelaciones de los presidentes Belisario Porras y Woodrow Wilson, ambos muy interesados en captar la benevolencia española. Por último, las especulaciones desatadas con motivo del centenario de Balboa, acerca de los enormes beneficios que traerían para España el Canal y sus eventos anexos, quedaron en pura retórica. Los implicados soñaban con que los lazos culturales inflaran los flujos comerciales, pero, a la hora de la verdad, los españoles no fueron capaces de proyectar una mínima solvencia económica, sino que hubieron de conformarse con los papeles que les tenían reservados en América: el de un prestigioso referente histórico y el de un adorno más bien exótico, vinculado a las artes y al folclore. Una nación identificada no con el progreso en un mundo cada vez mejor comunicado, sino con la herencia de los conquistadores y el sonido de las castañuelas.

Capítulo 6
LA LENGUA DE CERVANTES



Niños de las escuelas y Exploradores de España, ante la estatua de Cervantes, en Madrid, 1916.
Foto: Archivo ABC.

«Gloria al genio de sangre latina,
que con pluma divina escribió,
el simbólico poema profundo,
alta cumbre del verbo español»[1].

Recién llegada a Madrid tras un largo veraneo en el norte del país, la familia real española acudió, el 5 de octubre de 1915, a los palacios de exposiciones ubicados en el parque del Retiro. Los reyes y la infanta Isabel contemplaron allí los anteproyectos del monumento que debía levantarse en la ciudad a Miguel de Cervantes, fruto del concurso abierto por la junta oficial que preparaba el tercer centenario de su muerte en 1916. Acompañados por el presidente del Consejo de Ministros —Eduardo Dato— y el comité directivo de la junta, durante hora y media inspeccionaron las cincuenta y tres maquetas presentadas y recibieron las pertinentes explicaciones de sus autores. Alfonso XIII, quien al parecer se había empeñado en inaugurar personalmente la muestra, se declaró «asombrado y maravillado» por los bocetos y quiso que se conservaran. Cuando uno de los escultores implicados, el duque de Tovar, le pidió su intercesión para que los artistas recibieran alguna recompensa, el monarca no pudo evitar uno de sus característicos rasgos de humor: le soltó que, si por él fuera, las obras se llevarían al Museo de Arte Moderno, pero que la decisión correspondía a su gobierno responsable y tal vez a las Cortes. La ironía sobre los límites constitucionales

---

[1] «Himno a Cervantes», en *En honor de Cervantes,* Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1905, p. 107.

al poder de la corona hizo que Dato se comprometiera a cumplir los deseos regios[2].

La prensa madrileña de aquellos días encontró hueco, entre páginas enteras dedicadas a seguir las campañas de la guerra europea, para elogiar sin tasa los proyectos exhibidos en el Retiro. Si el diario republicano *El Liberal* afirmaba que «jamás se han visto reunidas tan brillantes manifestaciones de nuestros artistas», amantes de las glorias nacionales; el conservador *La Época* creía que aquel conjunto certificaba «un nuevo renacimiento del Arte español». Gracias a este ejercicio se cumplirían los varios decretos que desde 1905 —el año del centenario del *Quijote*— habían ordenado la erección de un gran monumento a Cervantes en la capital de España, digno homenaje al más grande español que habían visto los siglos. Una vez más, Mariano de Cavia, que desde sus columnas en *El Imparcial* había exhortado en su día a conmemorar el *Quijote,* la Guerra de la Independencia o el descubrimiento del Pacífico, resumió el significado del acontecimiento. A su juicio, aquellos escultores y arquitectos daban una verdadera lección de «confianza en la raza», justo cuando en Europa se hacía tabla rasa de la civilización. Puesto que sus creaciones honraban a España, a través del genio tutelar de un habla compartida por veinte naciones, la visita a la exposición reforzaba las esperanzas en el porvenir patrio. El interés del público no ofrecía dudas: durante once jornadas pasaron por ella unos veinte mil curiosos, trece mil de ellos previo pago de una entrada de 50 céntimos por cabeza para financiar el monumento. Algún periódico auguraba que los representantes de las repúblicas americanas, a la hora de elevar sus propias estatuas a Cervantes, buscarían inspiración en esos modelos[3].

Aquel despliegue patriótico en torno a un monumento no constituía un hecho aislado. Porque, al iniciarse el siglo XX, en plena expansión global de los nacionalismos culturales, Miguel de Cervantes (1547-1616) y su principal obra, *El ingenioso hidalgo*

---

[2] Cita en *La Época,* 5 de octubre de 1915. La anécdota, en *La Correspondencia Militar,* 5 de octubre de 1915.

[3] Citas en *El Liberal,* 4 de octubre de 1915; y *La Época,* 5 de octubre de 1915. Mariano de CAVIA, «La lección de los artistas», *El Imparcial,* 7 de octubre de 1915. Cifras, en *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes,* cuaderno II (noviembre de 1915). *La Correspondencia de España,* 6 de octubre de 1915.

Don Quijote de la Mancha (1605, 1615), se convirtieron en uno de los símbolos más poderosos de las identidades nacionales y transnacionales hispánicas. Sobre todo de la nación española, pero también de las naciones hispanoamericanas y de la comunidad internacional denominada *la raza* —y apellidada con frecuencia *hispana* o *latina*— que abarcaba a todas ellas. Un proceso paralelo a los esfuerzos que hicieron de otros escritores iconos nacionalistas, en una amplia oleada de centenarios que ocupó el largo siglo XIX, entre la década de 1760 y los años de la Primera Guerra Mundial, y que desde Europa se extendió a América. Algunos de ellos, como los de William Shakespeare en el mundo anglófono o Luis de Camoens en el lusófono, tuvieron, al igual que los de Cervantes, un alcance transatlántico[4].

La exaltación del escritor castellano como emblema colectivo poseía ya una prolongada historia, pero al final de aquel periodo se consagró de manera definitiva en torno a dos acontecimientos: el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* y el del fallecimiento de Cervantes. Fueron, en la práctica, las primeras fiestas conmemorativas cervantinas, pues ni en 1705-1716 ni en 1805-1816 se había organizado nada similar: es decir, solo el ambiente nacionalista de entresiglos les dio sentido. Dentro de un tiempo marcado por la *centenariomanía,* tales celebraciones constituían momentos clave en las empresas nacionalizadoras y en la disputa entre diferentes versiones de los nacionalismos y de las identidades supranacionales a ellos asociadas. En estas ocasiones se emplearon diversas fórmulas y participaron múltiples actores, desde intelectuales y políticos hasta asociaciones de gente corriente. La de 1905 fijó el tándem Cervantes-*Quijote* como símbolo de España, mientras que la de 1916 maduró las ideas anteriores y acentuó su carácter hispanoamericano. Entre ambas hubo conmemoraciones que facilitaron ese tránsito, como los centenarios en América de algunas independencias y el de las Cortes de Cádiz, cuando las delegaciones internacionales atravesaron el océano en uno y otro sentido[5].

Los centenarios cervantinos de 1905 y 1916 reunieron varios rasgos transnacionales. Por un lado, ensalzaban elementos básicos

---

[4] Véase el capítulo 1. QUINAULT, 1998. LEERSSEN y RIGNEY, 2014.
[5] Véanse los capítulos 3 y 4.

para la construcción nacional tanto en España como en diversos países de América Latina, donde Cervantes y su criatura se tenían por baluartes de sus respectivas identidades culturales, ancladas en la lengua castellana. En todos ellos se emplearon fórmulas parecidas: nuevas ediciones de los clásicos, bautizos de calles y plazas, veladas literarias, juegos florales, cabalgatas, procesiones cívicas y, por supuesto, monumentos como el que se preveía para Madrid. Las habituales, en cualquier caso, dentro de las conmemoraciones decimonónicas. Por otro, en ellos tomaron parte fuerzas que atravesaban las fronteras estatales, instituciones como la Hispanic Society of America de Nueva York, los escritores que iban y venían y dialogaban entre sí y, de forma destacada, los emigrantes españoles en América, desde Argentina hasta Estados Unidos. Ansiosos por hacer notar su relevancia y su alto nivel cultural en las sociedades de acogida, como mostraron asimismo en otras ocasiones conmemorativas, promovían la noción de *madre patria* —origen común y referencia constante para sus *hijas* americanas— y subrayaban el peso decisivo del idioma en la identidad común.

En unas latitudes u otras, el nacionalismo se reforzaba con las alusiones a una entidad supranacional, la *raza,* uno de cuyos ingredientes esenciales residía en la que casi todos denominaban *lengua de Cervantes.* De ahí el empeño generalizado por preservar su pureza frente a influencias foráneas[6]. El contexto exterior invitaba a ello en la América hispana, tanto por la emergencia de Estados Unidos como poder hegemónico en la región tras la guerra de 1898, que redujo a la España derrotada a la categoría de potencia inofensiva con la cual era posible la concordia; como, más adelante, por las condiciones añadidas durante la Gran Guerra, cuando la neutralidad española pareció a muchos una ventaja. En la orilla contraria, los centenarios pusieron de manifiesto la imbricación creciente entre españolismo e hispanoamericanismo, hasta el punto de que el primero se hizo dependiente del segundo. Lo cual conllevaba una cierta fortaleza retórica pero también una notable debilidad práctica. Las iniciativas cervantinas, por su ambición global, terminaron por quedar sujetas a las respuestas transatlánticas, tan irregulares como inciertas.

---

[6] Sepúlveda, 2005, pp. 212 y ss.

Las caras de un símbolo

Miguel de Cervantes y el *Quijote,* fundidos con frecuencia en una sola figura, eran emblemas consensuales y proteicos, que gentes muy diversas se apropiaban para defender sus propios intereses y posiciones políticas[7]. De forma casi unánime se consideraba a Cervantes como uno de los grandes escritores de la historia, un héroe que había dado las mayores glorias a España y a su lengua, lo cual lo transformaba en objeto obligado de culto para el nacionalismo español y el hispanoamericanismo. Según un entusiasta de la causa, «si se reúnen todos los pueblos de la tierra para que presenten los genios maravillosos de la imaginación que sinteticen su gloria a la vez nacional y universal, Grecia presentará a Homero, Italia al Dante, Inglaterra a Shakespeare y España a Cervantes»[8]. Se trataba de defender la permanencia del ilustre compatriota, principal aportación española —o en español— a la cultura humana, en el canon literario universal.

Este enorme prestigio servía a las intenciones de los sectores más conservadores, que veían encarnados en Cervantes y en su libro los valores de la edad dorada del imperio hispánico: los de la nobleza y la tradición, la bandera de la fe católica enarbolada frente al peligro musulmán en la batalla de Lepanto, donde había peleado el héroe y le habían herido de gravedad. A juicio del arzobispo de Tarragona, que ofició las solemnes honras fúnebres ofrecidas por la Real Academia Española en el centenario de 1916, Cervantes había sido el soldado cristiano que nunca había renunciado a su religión[9]. Pero el mito también complacía a los liberales, que idealizaban al escritor y a su famoso personaje como adalides de la justicia y el progreso, y que tendían a reunirse alrededor de la lengua castellana como nexo permanente de la comunidad hispánica. A comienzos del siglo XX, la lengua de Cervantes ya se señalaba en España, frente a las creencias religiosas, como el ingrediente nuclear de la

---

[7] MARCILHACY, 2006, p. 735.

[8] Francisco COBOS, «Cervantes, símbolo de unión», *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes,* II (mayo-octubre de 1915), p. 59.

[9] LÓPEZ PELÁEZ, 1916.

nación, al mismo tiempo que esta tendía a confundirse con una de sus regiones, Castilla. Un factor que parecía cada vez más necesario ante al surgimiento de nacionalismos subestatales, alternativos al español, en Cataluña y el País Vasco, con idiomas autóctonos: la dimensión internacional del castellano se alegaba para mostrar su superioridad sobre ellos[10]. En este contexto, el *Quijote* equivalía a una Biblia nacional y, de acuerdo con su interpretación mítica o romántica, se nacionalizaba como expresión máxima del *Volksgeist* español, que se creía formado a comienzos del siglo XVII y con escasos cambios desde entonces[11]. Tales supuestos se trasladaban con facilidad al ámbito hispanoamericano para coronar a Cervantes como *genio de la raza*.

Muchos de los intelectuales españoles de la época, y algunos de los latinoamericanos, se midieron con el mito y publicaron textos cervantinos o quijotescos, en críticas exógenas —es decir, más ideológicas que científicas— y obsesionadas con la identidad, fuera esta nacional o supranacional. Durante la crisis nacionalista que siguió en España al *Desastre* de 1898, sentido como una humillante catástrofe, los grandes escritores y personajes públicos reafirmaron con fuerza la equivalencia romántica del libro cervantino. Entre los que tuvieron más eco, en un extremo se encontraba Miguel de Unamuno (*Vida de don Quijote y Sancho,* 1905), que prescindía por completo de Cervantes para encontrar en su personaje la substancia histórica del pueblo —su intrahistoria— y ungir al caballero manchego con el aura sagrada de inspirador de la regeneración nacional. Don Quijote, héroe nacional, aspiraba a la inmortalidad y se oponía al miserable sentido común que reinaba en la España contemporánea, obligada para revivir a rescatar sus verdades esenciales. En la otra esquina se situaba José Ortega y Gasset (*Meditaciones del Quijote,* 1914), muy crítico con Unamuno, que recuperaba al escritor con el fin de estudiar su perspectiva, sin abandonar la idea de que el alma colectiva se sintetizaba en el arte y la literatura, como la psicología o el estilo de vida español —y latino— en la obra maestra del siglo XVII. Poco importaba en este marco el estudio filológico o histórico de

[10] Núñez Seixas, 2013.
[11] Close, 1998.

Cervantes y de su trabajo, lo relevante era el significado simbólico que se les atribuía[12].

Tanto Unamuno como Ortega lograron, de distintas maneras, una gran influencia en América Latina, donde se les escuchaba. De hecho, se consideraba a Miguel de Unamuno, firma habitual en la prensa argentina y corresponsal de varios escritores americanos, una autoridad en estas lides identitarias. No en vano, sus ensayos se preocupaban desde la década de 1890 por desvelar los rasgos constitutivos de los españoles y por dibujar aquella comunidad internacional que definía el uso del castellano. A su juicio, el idioma cervantino debía imponerse como sello de cultura en todas las regiones de España, incluida su tierra natal vasca, y de la América española. Un famoso soneto suyo, de 1910, calificaba de «sangre de mi espíritu» y «arca de cien pueblos» aquella «lengua en que a Cervantes / Dios le dió el Evangelio del Quijote»[13]. Ortega llevó a cabo un viaje memorable por Argentina en el centenario de 1916 y ayudó a transformar su panorama cultural y universitario. En esa gira anunció dos conferencias bajo el título «Cómo Miguel de Cervantes solía ver el mundo» y, aunque no es seguro que las pronunciara, sí hizo en otros discursos alusiones al mito nacional quijotesco para hablar de ideales pasados y presentes. Las visiones unamunianas y orteguianas eran moneda común para los ensayos cervantistas en América[14].

En aquellos años se editaron obras cervantinas de otros escritores españoles de primera fila. Por ejemplo, José Martínez Ruiz *(Azorín)* (*La ruta de don Quijote,* 1905), que recorrió por encargo de *El Imparcial* los escenarios de la novela para concluir que poco había cambiado en la España rural desde los tiempos de Cervantes, como podía comprobarse en pueblos manchegos cuya miseria y dejadez movían a la melancolía, aunque también a los sueños quijotescos. Allí se respiraba el alma eterna de España. O Francisco Navarro Ledesma, biógrafo del escritor (*El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra,* 1905), que reivindicaba en tono vitalista el

---

[12] Gutiérrez, 1999. Close, 1998 y 2005. Álvarez Junco, 2016.

[13] Baker, 2013, p. 617. Rabaté y Rabaté, 2009, p. 245. «La sangre del espíritu» (1910), en Unamuno, 1911, pp. 144-145.

[14] Campomar, 2009, p. 329. Un ejemplo, del costarricense Joaquín García Monge, en Viña, 1988, p. 92.

heroísmo de un temperamento antiburgués que aún se conservaba entre los campesinos y que salvaría a la nación. De la necesidad de rendir culto a Cervantes y a su criatura discrepaban tan solo voces aisladas, como la de Ramiro de Maeztu, que consideraba el *Quijote* un libro uncido a la decadencia española: en contraste con el pujante imperio británico, que encontraba un acicate en el drama de *Hamlet*, España había perdido sus colonias tras haber moldeado su alma con una novela que denotaba cansancio. Lo que no cambiaba era la equivalencia entre el *Volksgeist* hispánico y el quijotismo[15].

Entre los escritores latinoamericanos, el universo cervantino mereció asimismo una enorme atención en la época de sus centenarios, en términos muy positivos que contrastaban con las interpretaciones habituales durante la mayor parte del siglo XIX. El poeta nicaragüense Rubén Darío, pionero en los acercamientos hispanistas, ya había visto la derrota española del 98 como el fin de un empeño quijotesco, a través del abanderado que en un relato suyo respondía a las iniciales D. Q. De estancia en Madrid, preparó para los fastos de 1905 sus «Letanías de Nuestro Señor Don Quijote», un canto cuasi-religioso al «Rey de los hidalgos, Señor de los tristes», que despreciaba coronas, parabienes, academias y elegías nietzscheanas para ir a lo fundamental. Algo no muy lejano al espíritu de la plegaria unamuniana que, al rogar al personaje que le contagiara su locura, prolongaba esa visión sacralizada. Y otros intelectuales del continente redundaron en el asunto con cantos a España y al *Quijote,* desde el peruano Ricardo Palma, quien en 1905 dedicaba un texto a Unamuno para trazar el recorrido americano de la novela; hasta el colombiano José María Vargas Vila, que en 1916 consideraba a los pueblos americanos «de idealidad y quijotismo agudos, donde vivimos en eterna vela de nuestras armas y en culto perpetuo a la guerra». Si el panameño Octavio Méndez Pereira veía en don Quijote al caballero sin tacha, el mexicano Luis G. Urbina calificaba a Cervantes de «anillo construido por la raza con todos los metales y las gemas de los ingenios anteriores», capaz de comprender el alma de su pueblo y toda el alma humana[16].

---

[15] CLOSE, 2005, p. 199. STORM, 1998. GONZÁLEZ CUEVAS, 2003, pp. 98-99.

[16] VALERO, 2004. Ricardo PALMA, «Sobre el *Quijote* en América»; José María VARGAS VILA, «Palabras sobre Don Quijote»; y Luis G. URBINA, «Cervantes», en GAR-

Los hombres de letras de uno y otro lado dialogaban y mantenían correspondencia, mientras sus ideas se conocían en ambos. Hubo incluso empresas comunes, como la revista literaria modernista *Cervantes,* publicada en Madrid a partir de 1916 y dirigida por Urbina, el español Francisco Villaespesa y el argentino José Ingenieros: el genio constituía un indiscutible vínculo de unión. No obstante, y pese a su participación en los debates que provocaron las efemérides y en algunos de sus fastos, la mayoría de los intelectuales contemporáneos —en especial de los españoles— renegaba de las conmemoraciones oficiales, que despreciaba por artificiosas y vacuas. A ellas oponía nuevas formas de alimentar los mitos cervantinos, más profundas y reñidas con el patrioterismo grandilocuente. Unamuno, por ejemplo, decía que su quijotesco libro nada tenía que ver con el centenario. Rafael Altamira, promotor del hispanoamericanismo liberal, publicó varios artículos sobre el *Quijote* en 1905, pero en un texto de 1915 se burlaba de aquellas procesiones cívicas: «Toda esta hilera de caballeros enchisterados y enlevitados, fluye como pausado río entre pobladas filas de curiosos, colocados a entrambos lados de las calles; y no es para recordar —por la majestad del acto— las cuchufletas, bromas, donaires y descaros que a estos les inspiran los grandes varones que marchan por el arroyo»[17].

En general, tanto don Quijote como su creador, encarnaciones de lo español y lo hispánico, conformaban un ente al que se atribuían ciertos rasgos no solo culturales sino también psicológicos y raciales, una visión del mundo propia y teñida de idealismo que sintetizaba un término recurrente: hidalguía. Los españoles, y para algunos opinantes lo eran también quienes hubieran nacido en la América española, se retrataban como hidalgos de cuerpo entero, mezcla de nobleza y generosidad, de heroísmo y piedad, sujetos que siempre preferían el honor a la conveniencia. El quijotismo acentuaba ese amor por el ideal en una forma de espiritualidad hidalga, española y, por extensión, hispánica. Todavía más, el recurso a lo

---

CÍA SÁNCHEZ, 2005, pp. 28-35; 37-41 (cita en p. 39) y 55-65 (cita en p. 61). MÉNDEZ PEREIRA, 1914.

[17] Rafael ALTAMIRA, «El centenario de la muerte de Cervantes», *Hispania* (Buenos Aires), 1 de junio de 1915, recogido en ALTAMIRA, 1948 (cita en p. 115).

quijotesco parecía crucial en la regeneración de las gentes que compartían la lengua de Cervantes[18]. Hasta se comparaba a don Miguel con un santo que realizaba el milagro de resucitar a la raza[19]. Quien mejor perfiló esta cuestión racial y caracteriológica fue el ensayista uruguayo José Enrique Rodó, cuya huella se dejó notar en toda Latinoamérica. En sus escritos se confrontaba la hidalguía hispana con la ramplonería y el materialismo anglosajones —representados por Estados Unidos— y Cervantes aparecía como el vínculo axial entre España y América. Con motivo del centenario de su muerte, Rodó afirmaba que ninguna otra figura —ni un rey, ni un conquistador, ni un fraile— podía simbolizar como él «el sentimiento del pasado original, el sentimiento de la raza y de la filiación histórica» de «la América de habla castellana»[20]. Dentro de la misma línea psicologicista, el escritor argentino Alberto Gerchunoff, en una conferencia editada en Costa Rica y titulada *Nuestro Señor Don Quijote,* de 1916, sostenía que Cervantes «representa(ba) en sus fases múltiples las modalidades específicas de la raza española», entre las cuales sobresalía el individualismo a ultranza, la categórica independencia personal de don Quijote[21]. El símbolo se amalgamaba con lo simbolizado: Cervantes/Quijote era España y, más allá, la entera raza hispana, con sus virtudes y sus defectos[22].

Centenarios transnacionales

Las conmemoraciones cervantinas adquirieron dimensiones continentales, transatlánticas y globales. Según la *Enciclopedia Espasa,* en 1905 se orquestaron en 115 ciudades españolas, 212 hispanoamericanas y 31 extranjeras. Ese año hubo veladas literarias, concursos y espectáculos en lugares como París, Londres, Colonia, Lisboa o Manila, aunque el grueso de las fiestas se dio en el mun-

---

[18] Álvarez Barrientos, 2007. Valero, 2004.

[19] Antonio López Muñoz, en *Conmemoración cervantina,* El Paso, Texas, s. e., 1916, p. 6.

[20] Rodó, 1900 y 1915, 1967 (cita en p. 1210).

[21] Gerchunoff, 1916, p. 48.

[22] Esta confusión, frecuente en los símbolos políticos, fue analizada por García-Pelayo, 1964, p. 1006.

do hispanohablante[23]. Por ejemplo, las funciones monográficas del Teatro Nacional en San José de Costa Rica y del Teatro Colón en Bogotá, ceremonias que rendían honores a Cervantes —se coronaba su busto— y aludían de manera repetida a España, despojada ya de sus colonias pero provista aún del *Quijote,* «la más alta manifestación de toda una raza, la raza latina». El ardor conmemorativo llegó a lugares como Mérida de Yucatán o San Salvador[24]. Tegucigalpa, la capital de Honduras, vivió una verdadera fiesta nacional de varios días que, bajo la presidencia del conservador Manuel Bonilla, nada tuvo que envidiar al centenario español, con repique de campanas, salvas de artillería, música en las calles e izado de la bandera nacional, especiales de los periódicos, concentraciones escolares, representaciones de escenas quijotescas, las inevitables veladas y desfiles con carrozas alegóricas. En una de ellas, dos señoritas vestidas con los colores nacionales que encarnaban a España y Honduras, que ofrecía laureles a Cervantes y abrazaba a su *madre patria.* Se bautizó una avenida con el nombre de genio español y se puso la primera piedra del Teatro Nacional, llamado también Cervantes. Según un folleto hondureño, perdido el imperio a España le quedaba el *Quijote,* «y el sol de esa gloria no se ha puesto ni se pondrá jamás en sus dominios intelectuales»[25].

El centenario de 1916 lo festejaron, entre otras instituciones, la Asociación Nacional del Profesorado, en la Universidad de Buenos Aires; y en Santiago de Chile la Academia Nacional, correspondiente de la Española[26]. La chilena organizó, además de ceremonias religiosas, una sesión pública dedicada a varios aspectos de la obra de Cervantes y sus conexiones con América, entre ellas los giros del castellano cervantino que aún se empleaban en Chile. Un hito perdurable en el cervantismo de este país[27]. Corrió la comparación del genio hispano con Shakespeare, muerto en las mismas fechas, con el

---

[23] *Enciclopedia universal ilustrada europea-americana,* vol. 11, Barcelona, Espasa, 1911, p. 1379. SAWA y BECERRA, 1905, pp. 552-556.

[24] AGA, Asuntos Exteriores, L54/1287. Cita en *Celebración del tercer centenario de la publicación del* Quijote *en Bogotá,* Bogotá, Imprenta Nacional, 1905, p. 21.

[25] *El Liberal,* 9 de mayo de 1905. Tegucigalpa, en *En honor de Cervantes.* Cita en *Fiestas cervantinas en Tegucigalpa. Creación del Teatro Nacional. Exposición y acuerdo,* Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1905, p. 4, en AGA, Asuntos Exteriores, L54/1287.

[26] AGA, Presidencia, L54/9137.

[27] ARM, BII 20/1. *Academia Chilena. Homenaje a Cervantes,* Santiago, Imp. Universitaria, 1916.

propósito de ponerlo al mismo nivel. La guerra mundial iluminó además la ocasión como una fiesta de la paz, pues España —y también, aunque por poco tiempo, el grueso de los estados hispanoamericanos— se mantenía neutral. Según algunos intérpretes, como el escritor y político colombiano Alfonso Robledo, conservador y católico, la neutralidad proporcionaría a la *madre patria* un puesto de honor en el mundo de postguerra, pues en él se impondrían sus principios cristianos. Frente al escepticismo que achacaba a los intelectuales y políticos de España, Robledo ofrecía el entusiasmo de quienes, como él, se sentían españoles en América. El centenario era a su juicio, ante todo, una ocasión para fomentar el amor a España y preparar el advenimiento de «la inmensa Hispania», una expresión ya empleada por el poeta modernista español Salvador Rueda, seguidor de Darío[28].

Ambas oportunidades probaron los mismos patrones conmemorativos: carrozas y bailes, publicaciones, conferencias, concursos literarios y juegos florales de raigambre ochocentista, lecturas escolares y cuadros vivos con imágenes del *Quijote,* a cargo de asociaciones culturales e instancias oficiales. Las colonias españolas en América representaron casi siempre un papel protagonista, empeñadas en demostrar no solo la calidad de su estirpe sino también sus propias capacidades y virtudes cívicas. Los españoles de la diáspora hacían explícito un cierto deber de memoria, el de honrar al genio nacional que por entonces ensalzaban en todo el planeta. Los responsables de su tejido asociativo estaban tan convencidos como los intelectuales —y así lo decían por ejemplo los de Cienfuegos (Cuba) en 1905— de que «el espíritu español y el lenguaje que los españoles hablan y las tradiciones que aprendieron de sus padres para transmitirlas a sus hijos, están encarnados en el libro inmortal de Cervantes». La misma celebración nació en la ciudad mexicana de Mérida del entendimiento entre el Centro Español y La Arcadia, un instituto cultural autóctono. Podía constatarse la comunicación existente entre las diferentes colonias, cuyos textos y noticias circulaban de unas a otras: en todas partes, los emigrantes competían entre sí para presentar los actos con mayores repercusiones[29].

---

[28] Robledo, 1916.

[29] *Casino Español de Cienfuegos. Velada literario-musical,* La Habana, P. Fernández, 1905, p. 3. Las celebraciones de otros países, en las fuentes ya citadas.

La gigantesca colectividad española de Argentina multiplicó los gestos conmemorativos en colaboración con las autoridades locales: sellos, funciones públicas, ediciones baratas del *Quijote,* retratos de Cervantes y un número ilustrado de *El Diario Español,* portavoz de las élites migratorias, con ensayos e himnos. La Institución Cultural Española, bien conectada con los intelectuales peninsulares a través de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, participó en los eventos universitarios con varias conferencias. En Buenos Aires había incluso un círculo recreativo llamado «Don Quijote de la Mancha», que en 1916 montó un baile de gala. En una velada del Centro Asturiano de la misma ciudad, el programa revelaba la penetración del mito y su conversión en un lugar común: actuó el orfeón social; un profesor de escultura modeló un busto de tamaño natural de Cervantes, coronado por su presidente; se ponderaron el genio y las heroínas del *Quijote,* se leyó un capítulo del mismo y un médico disertó sobre el «Idioma y la raza». Para terminar, una niña recitó poesías alusivas a Cervantes[30].

Sobresalieron por su intensa actividad los españoles de Chile, en especial los de Valparaíso, localidad que a su parecer conservaba intacto «el hidalgo carácter que le dio tan gloriosamente nuestra nobilísima Patria». Una comunidad bien articulada en diversas sociedades —de socorros mutuos y beneficencia, de recreo— que formaron un comité para el centenario de 1916 y se embarcaron en la creación de una escuela de primera enseñanza, con el nombre de Cervantes, donde sus hijos se educaran en el amor a España y a su ambiente castizo. Pidieron asimismo que la conmemoración conllevara el indulto de los prófugos y desertores huidos a América, una reivindicación recurrente entre los transterrados. Algunos recordaban la libertad que había dado don Quijote a los condenados a galeras. Sus fiestas incluyeron un «corso de flores» con carros alegóricos, como los de Tegucigalpa o Madrid en 1905, una gala infantil para la que encargaron cuatro mil ejemplares impresos del *Quijote,* estudiantina musical y los consabidos juegos florales con reina y corte de honor, que premiaron composiciones en las

---

[30] *El Diario Español* (Buenos Aires), 4 de enero, 11 de febrero, 5 y 22 de marzo y 23 de abril de 1916 (Centro Asturiano, el 23 de abril). *Anales. Institución Cultural Española, I, 1912-1920,* Buenos Aires, s. e., 1947, pp. 107-147.

que se lanzaban ditirambos al amor, la hidalguía, la patria, la raza heroica y la lengua noble, siempre en torno a motivos cervantinos e hispanos. Entre ellos don Quijote se erigía en emblema de los emigrantes, pues, como recordaba un poeta de ocasión, «Que como buen español / soy loco y aventurero... / Como andante caballero / en una aurora de sol, / sin lanza y sin escudero, / salí a buscar aventuras...»[31].

Por último, la fiebre cervantina alcanzó a los españoles desplazados a Estados Unidos, que ya contaban con antecedentes en estas tareas. El más visible corría a cargo de la colonia en Nueva York, entregada durante años a recordar cada abril la muerte de Miguel de Cervantes y a tratar —sin éxito— de erigirle una estatua en Central Park, donde William Shakespeare tenía la suya desde 1872. El escritor y patriota Arturo Cuyás, luego fundador de los Exploradores de España, había sido el alma de ese empeño hasta la guerra de Cuba, que le obligó a regresar a su país. En 1916 exhibieron un notable entusiasmo los instalados en El Paso (Texas), que organizaron una velada conmemorativa y elaboraron un gran álbum con textos de políticos y escritores americanos y españoles, a mayor gloria de la raza y de la lengua castellana. Los ingenieros y filántropos Juan C. Cebrián y Eusebio Molera lograron en esas fechas levantar un monumento al genio nacional en el parque Golden Gate de San Francisco, lo mismo que por entonces se buscaba en otras partes del continente, con una obra del escultor Jo Mora en la que don Quijote y Sancho se arrodillaban ante su creador[32]. Sus homenajes a Cervantes eran al mismo tiempo, como todos los que se extendieron entonces, tributos a España, origen de los emigrados y también la *madre patria* que había legado a América su patrimonio cultural más importante: la lengua, base de la comunidad hispánica. Nociones que convencían a gentes de los rincones más apartados. Según el principal organizador de la conmemoración yucateca de 1905, «son tan estrechos los vínculos que

---

[31] Cita en Centro Español de Valparaíso a Antonio Maura, 3 de septiembre de 1915, AM, L181/21. *España en Chile. Revista quincenal fundada por el Comité pro-Tercer Centenario Cervantes* (Valparaíso), núm. 14 (23 de mayo de 1916), cita en p. 47. Para los galeotes, A. S. Yahuda a Rodríguez Marín, 15 de diciembre de 1915, ARM, BII 20.

[32] Cuyás a Rodríguez Marín, 11 de diciembre de 1915, ARM, BII 20. VARELA-LAGO, 2008, p. 104. Hubo también un proyecto en Buenos Aires, GUTIÉRREZ VIÑUALES, 2004, p. 197.

establece la posesión de una misma lengua materna, que los millones de personas que la hablan forman una gran familia y sienten como propias las emociones que transmiten los autores»[33].

Cervantes cubano

Este afán por acercar la América hispanohablante a España, conocido como hispanismo, se alimentó de una particular energía en aquellos países o territorios sometidos por el nuevo poder norteamericano en el hemisferio occidental. Como Puerto Rico, colonia de Estados Unidos a partir de 1898; o Panamá, desgajado en 1903 de Colombia y atravesado por el canal interoceánico estadounidense. En ellos, el cultivo de la herencia que encarnaba Cervantes equivalía a reivindicar una identidad nacional propia, tan civilizada como la anglosajona, frente a la hegemonía del vecino del norte y al desprecio de muchos de sus dirigentes por los pueblos que creían inferiores. Así, el Ateneo Puertorriqueño, baluarte del idioma castellano frente a la amenaza del inglés, preparó la conmemoración del *Quijote* en 1905 junto al Casino Español de San Juan[34]. En el istmo panameño, el culto cervantino formaba parte de la apresurada construcción nacional emprendida tras la independencia y solo tenía parangón con el que se rendía a Núñez de Balboa. El centenario de 1916 se festejó allí con juegos florales que remarcaban la importancia de conservar la lengua y con planes para erigir una estatua al escritor que se encargó al español Julio González Pola, uno de los numerosos especialistas en monumentos conmemorativos y autor de la figura central del consagrado en Madrid a los caídos en las guerras coloniales. Develada en 1924, a la de Cervantes en Panamá se allegaron romerías para celebrar cada 12 de octubre, día de la Raza[35].

En una situación no demasiado distinta, Cuba acumulaba sus propias peculiaridades y contradicciones. Su independencia solo

---

[33] *Tercer centenario de «El Quijote»*, Mérida de Yucatán, Gamboa Guzmán, 1905, p. 14.

[34] El caso del hispanismo en Puerto Rico, en Schmidt-Nowara, 2008. Naranjo, Luque y Puig-Samper, 2002, p. 73 y 76.

[35] Véase el capítulo 5. Chirú Barrios, 2011.

se había declarado en 1902, tras la penosa guerra contra España de 1895-1898 y la consiguiente ocupación militar norteamericana, por lo que, de un lado, la cubanidad estaba unida al antiespañolismo; y, de otro, sus defensores se veían impelidos a esgrimir el acervo hispánico como un escudo frente a Estados Unidos. Al mismo tiempo, la colectividad española estaba bien nutrida y organizada, e iba en aumento con nuevos aportes de inmigrantes. En ese cruce identitario surgieron fuertes críticas patrióticas al hispanoamericanismo español, que expresó de manera magistral el escritor y antropólogo Fernando Ortiz, quien había estudiado en la antigua metrópoli y se trataba de tú a tú con Unamuno o Altamira. Sin renunciar a don Quijote como figura regeneradora cuya invocación, a la manera unamuniana, sacudiese de una vez la modorra tropical en la isla, Ortiz rechazaba, por racista e injustificable —dado el atraso peninsular—, esa nueva vocación imperial que llamaba panhispanismo y equiparaba al pangermanismo o al paneslavismo de aquellos años: «¿Por qué España, en vez de pretender traernos cultura a nosotros, que no se la pedimos, porque la tomamos mejor de otros países, no gasta las energías de sus hijos buenos en elevar la cultura de su propio pueblo, que clama por la enseñanza?». A su parecer, la utilidad de los valores universales quijotescos no justificaba la tutela implícita en esa pretendida reconquista espiritual de América, una actitud que calificaría de neocolonial[36].

Los juicios sobre Cervantes se enmarcaron pues en discusiones más amplias sobre la identidad cubana y la conveniencia de vincularla al hispanismo o al panamericanismo filoestadounidense. De modo que, al llegar el centenario de 1905, junto a las tesis eruditas de los cervantistas locales, se confrontaron en él dos visiones de las relaciones hispanocubanas. Entre los favorables al acercamiento brillaban los grandes círculos españoles de La Habana —el Casino Español, el Centro Gallego y el Asturiano—, acompañados por sus congéneres en el resto del país y por un sector de las élites isleñas. Los animaba el influyente *Diario de la Marina,* defensor de los intereses peninsulares, que patrocinó la primera edición en Cuba del *Quijote,* por entregas, y un concurso que refrendó el presidente

---

[36] Serrano, 1999, pp. 323-324. González Aróstegui, 2003. Valero, 2004. Ortiz, 1911, cita en p. 217.

de la república y ganó el periodista y estudioso de Cervantes José de Armas, *Justo de Lara,* devoto del historiador católico español Marcelino Menéndez Pelayo y del hispanismo. Desde estos medios se interpretaba la efeméride como un momento adecuado para la reconciliación entre madre e hija, con el fin de progresar juntas, y la obra de Cervantes como el puente que las conectaba. Una actitud compartida por algunas personalidades que habían luchado en favor de la independencia, como el mismo *De Lara* y el poeta Esteban Borrero Echeverría, quien resaltaba la penetración moral y la representatividad hispánica del *Quijote* para justificar su valor, más perdurable que el caduco despotismo español[37].

Fruto de este ímpetu hispanófilo fue la construcción, en una plaza de La Habana Vieja, del primer monumento ofrecido a Cervantes en América. Tomó la iniciativa el consejo provincial de la capital, con el apoyo del *Diario de la Marina* y de la Lonja de Víveres, presidida por el empresario catalán Eudaldo Romagosa y cuyos comerciantes participaron en la correspondiente suscripción pública, también alimentada por funciones teatrales. A ellos se sumaron los diversos centros regionales españoles y algunas asociaciones profesionales y culturales. La inauguración de la estatua en 1908, en un país vuelto a ocupar por el ejército de Estados Unidos dos años antes, se vio como una prueba de la cordialidad cubana con España, de la veneración compartida por Cervantes como monarca indiscutido de la familia hispana y del compromiso de Cuba con la pureza de su lengua, uno de los fines reiterados en todas partes por los promotores de la identidad hispánica. Con ello los cubanos afirmaban «su decisión inquebrantable de mantener su personalidad étnica, como atributo sustancial de su independencia política» frente a intrigas exteriores. A aquel acto asistieron las principales autoridades políticas y religiosas, incluido el gobernador provisional norteamericano[38].

Hubo asimismo opiniones reacias al entendimiento con España, un país decadente del que poco podía obtenerse, y que preferían

---

[37] Castells, 2017. Armas, 1905. Borrero, 1905. *La Discusión,* 24 de noviembre de 1905.

[38] *Diario de la Marina* (La Habana), 1-2 de noviembre de 1908 (cita en «Ante la estatua», p. 4 de la edición del día 1).

mirar hacia el norte en busca de modelos modernizadores. En 1905 las expuso con rotundidad el profesor y literato Ramón Meza en la Universidad de La Habana, dentro de un notable evento cervantista: a don Quijote, heredero del Cid y pariente de los conquistadores, a su espíritu levantisco y poco sentido práctico, había que oponerle otro personaje arquetípico, Robinson Crusoe, un héroe que sobrevivía gracias a su laboriosidad, a la construcción y la industria. En el choque contemporáneo entre las dos civilizaciones encarnadas por ambos ídolos literarios, la robinsoniana de Estados Unidos era mejor y se imponía a la quijotesca hispánica. En medio navegaban quienes, sin abogar por el reencuentro con la madre patria, reconocían la grandeza de la novela cervantina y su peso en la cultura cubana. Pero nadie descartaba la identificación entre las creaciones de Cervantes y las esencias españolas[39].

En 1916 se prolongaron y completaron estos mismos argumentos. Dentro del hispanismo, el profesor y periodista José Antonio Rodríguez García, por ejemplo, multiplicó sus *artículos cervánticos* para comentar las novedades editoriales en España e importar las ideas de Rodó sobre la necesidad de glorificar al escritor que representaba la raza. A efectos de la literatura cervantina, el ámbito hispánico funcionaba como una sola esfera pública de debate[40]. Se montaron entonces unas cuantas celebraciones, en un tono menor que las de 1905, como un ciclo de conferencias en el Ateneo de La Habana por el que desfilaron cervantistas expertos y aficionados y que servía al *Diario de la Marina* para exaltar, frente a quienes renegaban de ella, la heredad española: «el alma de esas veinte naciones comulgando en el altar del Quijote»[41]. En realidad, Cervantes y el quijotismo fueron nacionalizados, como emblemas de Cuba, por generaciones de investigadores y panegiristas, en un continuo proceso de apropiación que traspasó el cuarto centenario del nacimiento del escritor en 1947 para, tras la revolución de 1959, dar cuerpo a continuas manifestaciones culturales. No por casualidad, el primer título de la colección Biblioteca del Pueblo, publicada por el gobierno revolucionario al llegar al poder,

---

[39] Meza, 1905. Castells, 2017.
[40] Rodríguez García, 1917.
[41] Cita en *Diario de la Marina*, 30 de noviembre de 1916.

fue el *Quijote,* con una introducción del escritor Alejo Carpentier que hablaba del ideal quijotesco de justicia y verdad enarbolado por el nuevo régimen: «Nuestro pueblo hace revivir hoy el mito entrañable del caballero de la Mancha con bríos de realidades y de esperanzas victoriosas para los sueños de los pueblos hermanos de la América Latina»[42].

España cervantina

Celebrar el *Quijote* en la España de 1905 significaba apostar por una herramienta que se creía apta para fortalecer la identidad nacional de los ciudadanos, algo urgente tras el *Desastre* del 98, y abordar de una vez la regeneración patria. Eso hizo que proliferaran los planes conmemorativos, animados en primera instancia por los círculos españolistas que orbitaban en torno al diario *El Imparcial,* pilar del regeneracionismo liberal cuyo propietario, Rafael Gasset, recaló un tiempo en el ala centrista del partido conservador para ir a parar luego, coincidiendo con el centenario, al liberalismo de izquierdas encabezado por Segismundo Moret. En ellos sobresalían personalidades como Mariano de Cavia, que lanzó el llamamiento inicial a convertir el festejo quijotil en «un gran acto del resurgimiento español»; José Ortega y Munilla, director del periódico y diputado monárquico, muy consciente como su compañero de la utilidad de las conmemoraciones a la hora de insuflar al país energías patrióticas; y el también periodista y parlamentario, pero republicano, Jacinto Octavio Picón, bien integrado en el mundo cultural de la Restauración. Para estos medios, la obra de Cervantes debía galvanizar el orgullo de los españoles, al hacerles conscientes de su valía y, con la ayuda de sus hermanos hispanohablantes, proyectarlo hacia el futuro. El ejemplo de don Quijote se cifraba ante todo en un patriotismo que luchaba por el progreso y la justicia, en contra del atraso y la pereza que lastraban el país[43].

---

[42] BAUJÍN, 2015, 1, pp. 19-39; el texto atribuido a Carpentier, en pp. 43-46 (cita en p. 46).

[43] Mariano de CAVIA, «La celebración del tercer centenario del *Don Quijote*», *El Imparcial,* 2 de diciembre de 1903. STORM, 1998.

La iniciativa, aunque novedosa, no despertaba apenas recelos y fue recogida por los gobiernos conservadores que se sucedieron entre 1903 y 1905. El decreto que nombraba la junta oficial del centenario, firmado por el presidente Antonio Maura, tomaba nota de los esfuerzos patrióticos que brotaban de manera espontánea y anunciaba por tanto que se limitaría a coordinarlos, pues no hacían falta estímulos específicos[44]. Así, en Madrid se sucedieron sesiones académicas, desfiles históricos y retretas militares. Hubo fiestas aristocráticas y exposiciones de libros y tapices. En la plaza de toros, un festival gratuito de coros y orfeones; y, en el Teatro Real, una función de gala con episodios del *Quijote* y una apoteosis de su autor, enmarcado por sus personajes y compañeros de parnaso, en la cual encarnó a España la gran actriz María Guerrero. Los poderes públicos —con el rey al frente— coronaron la estatua de Cervantes en la plaza de las Cortes y los estudiantes convocaron veladas, mientras las salas teatrales y cinematógrafos presentaban piezas alusivas. Números que sabían a poco a quienes esperaban un gran despertar nacionalista, sobre todo si se oponían al conservadurismo gubernamental, pero que atrajeron la atención del público. La cabalgata madrileña, compuesta por carrozas con alegorías cervantinas y gentes en traje de época, fue inmortalizada en una película que revelaba tanto lo rudimentario de los recursos empleados como el entusiasmo del joven Alfonso XIII, que lanzaba sin cesar flores a los participantes[45].

Como preveía Maura, la efeméride desató una miríada de actividades a cargo de particulares, asociaciones e instituciones locales. La junta del centenario recibió adhesiones de las más variadas procedencias, desde el Ateneo de Zaragoza hasta el Centro Gallego de Madrid, pasando por los Amigos de la Universidad de Granada o los Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza. En la cúspide de la pirámide social el duque de Alba, heredero del conde de Lemos que había protegido a Cervantes, quien instituyó un premio. En la base la Asociación General del Arte de Imprimir, cuyo jefe y destacado

---

[44] RD de 1 de enero de 1904.

[45] *Programa de los festejos, centenario del Quijote y homenaje a Cervantes* (1905). La batalla de flores, en https://www.youtube.com/watch?v=Ww-zAOgIpek. Sawa y Becerra, 1905, pp. 105 y ss. Valverde Contreras, 2015, pp. 310-328.

socialista, Antonio García Quejido, afirmaba que «los obreros de la Imprenta no pueden ni deben olvidar que sus predecesores en el cultivo de tan noble arte colaboraron en la confección material de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*»[46]. Las diversas publicaciones y conferencias que se divulgaron por entonces, como las que organizó el Ateneo de Madrid —presidido por Moret y bajo la batuta de Navarro Ledesma—, destilaban múltiples lecturas del clásico, en las que cada cual apuntalaba sus propias posiciones dentro del terreno común. Desde las marxistas, para las que el malhadado caballero había sido ante todo un rebelde, hasta las reaccionarias que desaconsejaban las aventuras progresivas. Si los católicos rememoraban su honda fe, los anticlericales veían en la novela una denuncia de la Iglesia. Según José Canalejas, político liberal por entonces en auge, España debía recuperar la cordura para volver a ser grande, como hacía el buen Alonso Quijano al final de sus días. Emergieron tesis innovadoras y nietzscheanas, al tiempo que se buscaban en el libro las claves de cualquier disciplina, fuera el derecho, la economía o el folclore[47].

Las celebraciones que salpicaron todo el territorio español certificaban la penetración del mito patriótico y regenerador cervantino y la relativa nacionalización de los españoles, al menos de las élites locales, pero también de gentes anónimas. «Si el *Quijote* es la representación del espíritu nacional, y si este informa todas y cada una de las partes del cuerpo de la nación —sentenciaba un profesor de San Sebastián—, nada más natural, nada más justo, que todos y cada uno de los organismos de nuestro cuerpo social, tomen parte en el homenaje al Genio». Durante unos días se prodigaron las procesiones cívicas, los develamientos de lápidas conmemorativas, las nominaciones de calles y las funciones literarias, los juegos florales y otros certámenes, las misas y las iluminaciones, como en el pueblo segoviano de Madrona. La gente gritaba «¡Viva Cervantes!» y «¡Viva España!» En los desfiles ciudadanos salía a la arena pública, bajo la presidencia de sus autoridades, la comunidad entera consagrada al símbolo nacional por excelencia,

---

[46] AGA, Presidencia, L51/3595, cita en carta de Antonio García Quejido al presidente de la junta del centenario, 1 de marzo de 1905.

[47] Storm, 1998. Martínez de Castilla Muñoz, 2008.

a menudo presente en efigie. El principal de Madrid, encabezado por los niños de los asilos benéficos, abarcó grupos y gremios de todo tipo; el de Alcalá de Henares incluía la tuna «Lira Cervantina» y los círculos recreativos y obreros con sus estandartes: era la sociedad toda, que se presentaba organizada y unánime. Un protagonismo especial correspondió a las instituciones educativas y, allí donde las había, a las guarniciones militares. Las fiestas estuvieron además cruzadas por el localismo, es decir, por la sublimación de la identidad autóctona, pues cada provincia o ciudad señalaba su presencia en el itinerante *Quijote,* en una especie de competición por ver cuál era más cervantina. Algo similar a lo que ocurriría poco después con el centenario de la Guerra de la Independencia. De la misma manera se hicieron visibles agrias disputas acerca de dónde había nacido Cervantes, si en Alcalá o en algún pueblo manchego que reclamaba justicia por semejante usurpación, como Alcázar de San Juan[48].

Por entonces, las imágenes sacadas del *Quijote* formaban parte de la cultura popular española. Se reproducían en la prensa y en cromos, barajas de naipes, postales, cajas de cerillas, vitolas de puros, envoltorios de caramelos, anuncios de publicidad, estampas, abanicos y un sinfín de objetos cotidianos. Además de novelas, pinturas y composiciones musicales. En muchos lugares, durante el centenario se cantaron himnos a Cervantes. Aquellos años comenzaron también a aparecer las adaptaciones cinematográficas de la obra, como *El ingenioso hidalgo Don Quijote* (1908-1910) de Narciso Cuyás[49]. Además de Madrid, otras ciudades habían dedicado ya estatuas al novelista, como Valladolid y Alcalá, que en 1905 abrió un pequeño museo-biblioteca cervantino. Ese mismo año, Alcoy inauguró la suya. Por su parte, Valencia acordó la construcción de unas escuelas graduadas que llevarían el nombre de Cervantes y, tras una solemne procesión secular que presidió la *senyera* histórica, colocó la primera piedra de un monumento —obra del valenciano Mariano Benlliure— en

---

[48] Sawa y Becerra, 1905, cita en un discurso de José María Vicente y López, p. 440; y de gritos en Orense, p. 489. *El Imparcial,* 8 de mayo de 1905. AGA, Presidencia, L51/3595.

[49] Riera, 2005, p. 59. Álvarez Barrientos, 2007. Herranz, 2005, pp. 49-51.

el que don Quijote sostenía un busto de su creador. Las verbenas populares animaron el evento[50].

En Cataluña, donde asomaba un movimiento nacionalista autóctono, la conmemoración dio pábulo a un conflicto en el que los elementos más radicales la rechazaban de plano, porque la asociaban con Castilla y con el españolismo castellanista. Don Quijote encarnaba a su juicio los tópicos acerca del carácter castellano, como el rechazo del trabajo frente a la laboriosidad catalana. Sufrieron asimismo críticas las celebraciones oficiales que se dirigían desde Madrid, que, en la línea esgrimida por algunos intelectuales, resultaban aparatosas y rutinarias. La mayoría opinaba, no obstante, que los catalanes tenían que homenajear a Miguel de Cervantes, no como estandarte de Castilla sino como un genio universal que, además, estaba muy ligado a Cataluña y a su capital, Barcelona, elogiadas en su obra. Entre las entidades más entregadas a la causa figuraron la Asociación Euterpense de los Coros de Clavé, «impulsada por su más vivo sentimiento de españolismo», la de Ateneos Obreros y la de Maestros Públicos de la Provincia de Barcelona[51]. En todo caso, desde el comienzo se dejó sentir en toda España la dimensión hispanoamericana de los fastos. Ya figuraba en la convocatoria realizada por Mariano de Cavia, de la cual se hicieron eco en América muchas instituciones culturales y los emigrantes españoles. Participaron asimismo los diplomáticos ultramarinos y la Unión Ibero-Americana, sociedad semiestatal encargada de anudar lazos con las antiguas colonias; y no faltaron poetas que cantaran el genio de la raza ni oradores para ponderar, como decía un profesor en Vitoria, al «Cervantes americanista» y a la «América cervantista»[52].

En 1916 se proyectó una repetición, a mayor escala, de los mismos moldes conmemorativos, pues muchos juzgaban insuficiente lo ocurrido en 1905 y aspiraban a obtener esta vez una resonancia mundial, o al menos hispanoamericana. El programa dependió del

---

[50] Heras Esteban, 2005-2006. Sawa y Becerra, 1905, pp. 525-526.

[51] Riera, 2005. Cita en carta de José Vidal al presidente de la junta del centenario, 1 de marzo de 1905, AGA, Presidencia, L51/3595.

[52] Mariano de Cavia, «La celebración del tercer centenario del *Don Quijote*». Sawa y Becerra, 1905, pp. 313-317. AGA, Asuntos Exteriores, L54/1287.

reconocido especialista Francisco Rodríguez Marín, director de la Biblioteca Nacional y erudito prendado de todo lo pintoresco, folclórico y castizo que pudiera encontrarse en la obra de Cervantes. Católico reaccionario, lo protegían Menéndez Pelayo y Maura, jefe en esos momentos de la facción conservadora más radical, y se tenía por enemigo de los intelectuales progresistas de la Institución Libre de Enseñanza, a los que acusaba de descatolizar España[53]. Bajo su guía se formaron juntas provinciales y locales —con notables de cada lugar— y se previeron ediciones escolares, críticas y populares del *Quijote,* cabalgatas, exposiciones, himnos, concursos y solemnidades religiosas. El ayuntamiento de Madrid, por su parte, planeaba representaciones cervantinas, una *fiesta de la lengua española* donde se repasara la historia del país a través de su literatura y una película que pusiera las aventuras de don Quijote al alcance del público analfabeto e ignorante[54]. Sin embargo, tres meses antes del centenario de abril, el nuevo gobierno liberal del conde de Romanones deshizo lo que había hecho el conservador de Eduardo Dato que lo había precedido y decidió suspender los actos. Alegó como pretexto la guerra europea en curso: el presidente del Consejo de Ministros afirmaba que sería un puro sarcasmo orquestar un grandioso homenaje a Cervantes en medio de las matanzas, y que por lo tanto había que posponerlo hasta que reinara la paz. La contienda impediría llegar a las delegaciones internacionales y condenaría la fiesta hispánica al aldeanismo: «Mudar a Cervantes de gloria humana en orgullo local es proclamar la incapacidad de merecerlo y la injusticia de heredarlo». Más adelante, la explosiva situación política española borró aquella promesa[55].

La suspensión despertó pocas protestas: fuera por el panorama bélico, o por miedo al ridículo derivado de la improvisación, a muchos pareció razonable, incluso acorde a la proverbial mala suerte cervantina[56]. Pero no gustó nada en los círculos que, sobre el tablero partido en dos de la neutralidad, se decantaban de manera

---

[53] AM, L90/36.

[54] Marcilhacy, 2006, pp. 753-754.

[55] RD de 30 de enero de 1916. *La Correspondencia de España,* 27 de enero de 1916.

[56] Véase, como muestra, Mariano de Cavia, «El centenario del silencio», *El Imparcial,* 28 de enero de 1916.

incondicional por el bando aliado. Uno de sus principales vehículos impresos, *España,* había reproducido el elogio de Rodó a Cervantes y difundió aquel año continuas reflexiones sobre el escritor, «plenitud española» —decía Ortega y Gasset— o «símbolo de unión y paz de todos los pueblos de lengua española», en palabras del socialista Luis Araquistain. Por eso comparaba esa reticente actitud con la del Reino Unido, que, pese a su beligerancia, celebró por todo lo alto el centenario de Shakespeare, como fórmula de cohesión a lo ancho de todo su imperio. Aparte de alumbrar numerosas publicaciones y congresos, en 1916 la *bardolatría* vinculaba al dramaturgo con la expansión ultramarina inglesa en una muestra que reconstruyó en Londres una aldea del siglo XVI y el teatro *The Globe,* donde se habían producido los éxitos shakespearianos. Y, más allá, servía para infundir energías nacionalistas a los británicos de todo el mundo; para estrechar sus lazos con Estados Unidos, inminente aliado en la guerra, y despreciar a los enemigos alemanes que habían corrompido su herencia cultural. Nada que ver con el panorama de la acomplejada España. En un dibujo del republicano *El Liberal,* Sancho Panza recomendaba a don Quijote partir a América, donde les tratarían mejor que en su país[57]. También atacaron la medida desde las trincheras germanófilas y nacionalistas. Así, José María Salaverría pensaba que la deserción impedía exhibir el quijotismo como un invento español en mitad de una contienda quijotesca, en la cual correspondían a los alemanes los más altos niveles de caballerosidad[58].

La pasividad estatal se compensó, en parte, a través de funciones montadas por organismos como la Real Academia Española, el Ateneo de Sevilla o la Casa del Pueblo de Madrid, y en localidades que no dejaron de ensalzar su propia relevancia. Así, Alcalá reivindicó «su supremacía sobre todos los pueblos hispanos para ser la Ciudad de Cervantes». Los periódicos y teatros no faltaron tampoco a sus obligaciones con el genio. Aunque la única ceremonia

---

[57] «Cervantes y Shakespeare: dos conmemoraciones», *España,* núm. 55 (1916), p. 13. Rodó, en *España,* núm. 38 (1915), p. 9. Ortega, en *España,* núm. 67 (1916), pp. 10-11. Araquistain, en *España,* núm. 82 (1916), p. 8. RIGNEY y LEERSEN, 2014, pp. 1-2. HENDLEY, 2012. *El Liberal,* 14 de febrero de 1916.

[58] José María SALAVERRÍA, «Aspectos españoles. Quijotismo», *La Gaceta de España* (Buenos Aires), 22 de abril de 1916.

pública que no se cayó del calendario oficial en la capital fue un acto en el que cientos de escolares, encabezados por los Exploradores de España, pusieron flores a los pies de la estatua cervantina frente al Congreso. Porque las fuerzas conmemorativas atribuían un protagonismo singular a los niños, futuro de España, cuya lealtad patriótica se quería estimular por medio de la lectura de la Biblia nacional en las aulas. De ahí la insistencia en editar, con motivo de los centenarios, versiones infantiles del *Quijote*. La fe en su eficacia pedagógica no cedió ante las advertencias de muchos opinantes, entre ellos Ortega, acerca de lo absurdo y contraproducente de tal práctica. Un sinfín de normas consiguió que varias generaciones de españoles tuviesen que utilizar fragmentos del libro para realizar el examen de ingreso en la segunda enseñanza, o que comenzaran su jornada escolar con el repaso de sus páginas, en busca de lecciones útiles para la vida. Nadie podía ser enteramente español si no conocía ese tesoro identitario[59].

Las alusiones a la «consanguinidad étnica» entre hispanos resultaban ubicuas a la altura de 1916. Numerosas propuestas, más o menos creativas, reclamaban la colaboración en las fiestas de las repúblicas americanas, de Filipinas y de los españoles en México, pues de su gobierno revolucionario nada cabía esperar. Se trataba casi siempre de solicitar su apoyo económico para fundir placas doradas, levantar estatuas o fomentar los intercambios militares. La implicación castrense podía sonar extemporánea, pero Cervantes había sido nombrado en España coronel del Cuerpo de Inválidos[60]. Aportó una novedad la fundación del Instituto Cervantes, refugio para escritores y artistas españoles e hispanoamericanos pobres, que se presentaba como otro nexo entre España y su antiguo imperio. Lo mejor del centenario, según el escritor mexicano e inagotable hispanista Amado Nervo[61]. El himno oficial del mismo, *Al inmortal Cervantes,* proclamaba: «Unidas las banderas, el pueblo americano / pregona con España tu hermosa

---

[59] *Álbum Cervantino 1916. Homenaje del Ateneo de Sevilla a Miguel de Cervantes,* Sevilla, J. Pérez Gironés, 1917. Cita en *Cervantes y Alcalá,* Madrid, Imprenta Española, 1916, s. p. *Abc,* 24 de abril de 1916. GUEREÑA, 2008.

[60] *El País,* 27 de marzo de 1915. AGA, Presidencia, L51/3595. ARM, BII 20.

[61] CALVO, 2014, p. 277. NERVO, 1922.

creación / al ver con alegría que se habla en castellano / por todo el Nuevo Mundo que descubrió Colón»[62].

Una institución ejemplarísima

Las principales iniciativas que cuajaron en España durante el centenario de la muerte del genio, seguidas con gran atención por los medios españoles a ambos lados del Océano, mostraron la importancia de los símbolos cervantinos y de los vínculos transatlánticos en la definición de la identidad nacional. En primer lugar, la Casa de Cervantes en Valladolid, que pretendía reproducir la atmósfera en la que había vivido el escritor y conformar al mismo tiempo un potente foco para difundir su legado. Décadas atrás, las fuerzas vivas de la ciudad habían localizado el edificio donde al parecer se había concebido una porción del *Quijote* y habían alentado en él algunas actividades conmemorativas. Pero sus intentos por lograr que el gobierno las ayudase a reconstruirlo y conservarlo se toparon una y otra vez con las dudas sobre la autenticidad del lugar, que sirvieron de excusa a las negativas ministeriales incluso en el año quijotil de 1905[63]. Solo la influencia del vallisoletanc marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo, consiguió instalar allí un proyecto cultural de cierto alcance, cuyo relieve quedó de manifiesto cuando se implicaron en él Alfonso XIII, que confiaba en el criterio del marqués y le encargaba misiones como la que lo condujo a California; y Archer M. Huntington, el dueño de la Hispanic Society of America. En sus empresas, Vega-Inclán prefería las conexiones con Estados Unidos, donde la moda hispánica le permitía obtener financiación con bastante facilidad, a las hispanoamericanas[64].

Benigno de la Vega-Inclán no distinguía entre sus intereses personales y las políticas que promovía, que desde 1911 encauzó a

---

[62] RD de 27 de julio de 1915. *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes*, I, p. 46.

[63] Diversa documentación, que arranca de 1887 e incluye los dictámenes negativos de las Reales Academias en 1905, en AGA, Ministerio de Educación Nacional, L66/21198.

[64] Véase el capítulo 5.

través de la Comisaría Regia de Turismo y Cultura Artística, hechura suya. Con el patronazgo del rey e inmejorables relaciones en los círculos del liberalismo político e intelectual, dedicaba sus afanes patrióticos a atraer viajeros a España y a concebir espacios museísticos ligados a mitos nacionales o a momentos históricos singulares. Todo sin apenas recursos públicos, aunque el estado acabara por hacerse cargo de sus fundaciones. En sus comienzos, estos planes defendían un canon de lo español centrado en el Siglo de Oro y las viejas urbes castellanas y andaluzas. Más aún, aspiraban a poner en práctica las recomendaciones de la Institución Libre de Enseñanza sobre los museos como centros pedagógicos, que proporcionaran experiencias educativas y se alejasen de la mera acumulación de obras que practicaba el grueso de las galerías españolas. Quienes recorriesen sus exposiciones habían de imbuirse del ambiente recreado al entrar en contacto con piezas originales y recibir lecciones sobre ellas: de esa forma, que se quería inteligente y refinada, amena y vívida, se empaparían del *Volksgeist* nacional. Lo más significativo no era por tanto el valor estético o patrimonial del monumento, sino su poder evocador del tiempo y las figuras que exaltaba. A ese ideal había respondido la Casa y Museo del Greco de Toledo, abiertos en 1910, y respondía ahora la Casa de Cervantes[65].

Gracias a Vega-Inclán, Alfonso XIII tuvo algún protagonismo en la conmemoración, pues en 1912 compró la casa «de su peculio particular» y en 1915 la cedió al Estado para que sirviera «de institución ejemplarísima siempre y ahora especialmente en vísperas de conmemorarse el tercer centenario de Cervantes». Lo mismo hizo Huntington, que con razones parecidas adquirió los inmuebles contiguos y los donó en 1918[66]. Esos gestos, apoyados en la red de contactos que había tejido el rico hispanófilo, ampliaban las inversiones en el país de la Hispanic Society, establecida en 1904 con el propósito de «condensar el alma de España» en una colección enciclopédica e imponente. Allí se reunieron pinturas y esculturas de maestros antiguos

---

[65] MENÉNDEZ ROBLES, 2006, pp. 237 y ss. Una visión mucho más crítica de Vega-Inclán, en VILLAVERDE, 2018.

[66] AGP, 15630/5, cita del telegrama de Vega-Inclán al rey, 24 de octubre de 1912. Escritura de donación del rey, 31 de diciembre de 1915, en AGA, Ministerio de Educación Nacional, L66/21198 (cita); y la de Huntington, 21 de mayo de 1918, en AHS, Correspondencia con Alfonso XIII.

y modernos, pero también libros, manuscritos, fotografías, cerámicas y tejidos, un conjunto que ponía en valor la cultura española —sin olvidar sus versiones hispanoamericanas— y quedaba a disposición de los investigadores. Dentro de sus preocupaciones identitarias, lo cervantino ocupaba, no podía ser de otro modo, un puesto destacado: la Hispanic poseía un espléndido repertorio de *Quijotes,* había realizado ediciones facsímiles de la obra en 1905 y, para 1916-1917, montó una exposición bibliográfica y otra en varias poblaciones estadounidenses con tapices de tema quijotesco procedentes del Real Patrimonio. El mecenas quiso asimismo erigir un monumento cervantino en Nueva York, un arco triunfal que diera acceso a su museo. Sin embargo, la antigua aspiración de los españoles residentes en la ciudad no se materializó hasta que su esposa, la escultora Anna Hyatt Huntington, talló años más tarde un bajorrelieve de don Quijote en la explanada de la Hispanic Society: a juicio de un admirador, aquella era «la España eterna, quijotesca, visionaria y aventurera que dio a la literatura universal la mejor novela»[67].

La Casa de Cervantes se reinventó con decoración de la época y algunos emblemas escogidos con cuidado, como las fechas del cautiverio en Argel, unos jirones de la bandera de Lepanto o un sencillo ejemplar del *Quijote.* Para decidirse, el marqués se dejó asesorar por amigos como Joaquín Sorolla y el institucionista Manuel Bartolomé Cossío, inspirador asimismo de su pasión por El Greco, ese extraño artista que, como Cervantes, había captado las esencias españolas en su periodo clave. Valoró por ejemplo la posibilidad de colocar en la alcoba una *dolorosa* del pintor hispano-griego que, de cronología y espíritu afines, se vincularía con sutileza a los sufrimientos que en el mismo sitio había padecido el escritor[68]. Una gran contención y austeridad, de una pobreza acorde con la vida de Cervantes, pero dotada de «refinamientos y delicadezas», componía unas estancias destinadas a transmitir «la más dramática de las emociones» a quien supiera apreciarlas. Junto a ellas, una biblioteca popular cervantina —a la que se llevaron libros repetidos

---

[67] Moreno Luzón, 2014. Fernández Lorenzo, 2018. AHS, Vega-Inclán a Huntington, 29 de abril y 28 de mayo de 1916. *La Ilustración Artística,* 12 de junio de 1916. Cita en García-Mazas, 1962, p. 471.

[68] Menéndez Robles, 2006, pp. 253 y 552-553. Moreno Luzón, 2016.

de la Biblioteca Nacional—, una imprenta y quizá una escuela. Se trataba en definitiva de honrar al «habla castellana, que a través de los mares y en remotos continentes, a pesar de las vicisitudes y los siglos, enaltece y glorifica el nombre de España». El triunfo de la lengua enorgullecía a la patria. En el jardín, muy español, se colocó una «fuente simbólica en donde el agua brote y caiga y vuelva a brotar de inagotable manantial, como inagotables y eternas son las puras y vivificadoras corrientes que el habla Castellana lleva a todas las regiones que deben su cultura a España». Una metáfora, la hidráulica, recurrente en las representaciones del lenguaje que había cruzado el Atlántico para quedarse en América[69].

En la imaginación de su promotor, aquella institución cervantina había de desarrollar una ingente labor al margen de los «festejos y bervenas [*sic*]» que solían proliferar en las fiestas conmemorativas. Recibiría a muchedumbres prestas a rendir culto al genio, divulgaría sus trabajos y emprendería campañas para mantener y depurar el idioma, «corrigiendo la algarabía y los dialectos emancipadores del sagrado vínculo con que están unidos a la Madre Patria». La lengua de Cervantes debía no solo desprenderse de contaminaciones sino también preservar su unidad. Los resultados no estuvieron a la altura de estas aspiraciones nacionalistas y, aparte de unas cuantas publicaciones, la Casa se limitó a sostener el pequeño museo y su biblioteca, con una sección especializada y otra popular. Esta abrió sus puertas el 23 de abril de 1916, fecha del centenario, y disfrutó desde entonces de cientos de lectores al día, con frecuencia obreros, estudiantes y soldados y alumnos de los colegios militares de Valladolid. Nada se supo acerca de los efectos nacionalizadores del organismo[70].

Monumento al alma de la raza

El segundo gran proyecto del centenario de 1916 que sobrevivió a su suspensión fue el monumento a Miguel de Cervantes de Ma-

---

[69] AHS, Vega-Inclán a Huntington, 20 de junio de 1913 (cita), 27 de octubre de 1915 y 29 de enero de 1916. VEGA-INCLÁN, 1916, citas en pp. 2, 4 y 6.

[70] Cita en VEGA-INCLÁN, 1916, p. 5. AHS, Vega-Inclán a Huntington, 7 de febrero (cita) y 29 de abril de 1916.

drid, pendiente desde 1905 y ubicado en un lugar clave de su tejido urbano, no por azar llamado Plaza de España. Uno de los mayores espacios abiertos de la capital, despertó en el municipio el anhelo de contar con algo parecido a las plazas de la Concordia en París o de Trafalgar en Londres, comparable al menos a la de Cataluña en el centro de Barcelona. Señalaba además la entrada a la ciudad para los viajeros que desembarcaban en la Estación del Norte y, no lejos del palacio real, había de servir de colofón a la mayor reforma urbanística en marcha, la Gran Vía, aún en sus comienzos. Dentro de aquel ambiente nacionalista, parecía lógico adornarla con asuntos patrios y, por extensión, hispanoamericanos. Se propuso colocar en ella, por ejemplo, el monumento *América* que —bajo el lema *A la gloriosa España, sus hijos*— ofrecían los emigrantes de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires, centrado en la epopeya hispánica y en el que la *madre patria* recibía las ofrendas de las veinte jóvenes repúblicas de Ultramar[71]. Pero Cervantes ganó la partida. Tras algunas discrepancias entre el ayuntamiento y el Ministerio de la Guerra, propietario del solar, que aconsejaban el traslado de la estatua a otro punto de la geografía madrileña, en 1914 las protestas por el cambio —de periodistas como Cavia y el republicano Roberto Castrovido— forzaron la decisión sobre su emplazamiento definitivo. *El País* pedía asimismo que la nueva plaza se denominara de España e Indias[72].

Lo cierto era que Madrid disponía ya de dos efigies monumentales del autor del *Quijote:* una frente al palacio de las Cortes, donde la obra del escultor catalán Antonio Solá, de 1835, se había convertido en una de las primeras consagradas a un héroe civil —no a una figura mitológica o religiosa, o a un monarca— en sus calles; y otra en la fachada de la Biblioteca Nacional, donde la estatua cervantina, del también catalán Juan Vancell, convivía desde 1895 con las de otros padres de las letras españolas como Antonio de Nebrija, Luis Vives y Félix Lope de Vega[73]. Sin embargo, la primera

---

[71] *El Imparcial,* 17 de abril de 1910. *El Liberal,* 17 de julio de 1910. V. Castro Les, «El monumento "América"», *El arte y la ciencia,* núm. 12 (junio de 1911), pp. 313-318. Gutiérrez Viñuales, 2004, pp. 202-203.

[72] *El Imparcial,* 18 de octubre de 1914. *El País,* 30 de octubre de 1914.

[73] Reyero, 2016.

se despreciaba, por pequeña y ridícula (el omnipresente Mariano de Cavia la calificó de «menguado *sujetapapeles*»); y la segunda ni se mencionaba. Porque la opinión regeneracionista prefería un homenaje de más fuste, que abarcara no solo al creador y a sus criaturas sino también las glorias históricas de España y la dimensión transatlántica —*interibérica,* decía Cavia— de la *lengua de Cervantes*[74]. Las sucesivas normas ministeriales que regularon el futuro monumento aludieron a esas metas nacionalistas. El decreto inicial, de 1905, lamentaba la pérdida de las colonias y reivindicaba el idioma que al extenderse había creado «un imperio espiritual y civilizador, que el sol iluminará siempre». La siguiente orden se promulgó el 12 de octubre de 1912, aniversario del descubrimiento. Y, tres años después, el comité ejecutivo del centenario reiteró las menciones anteriores a la contribución hispanoamericana con una llamada específica para que aquel «alto emblema de la mentalidad del espíritu y de la lengua de la estirpe» se levantara por suscripción de los países de habla española, «por grandes y pequeños donativos que signifiquen la voluntad del mayor número de los que hablamos y escribimos en castellano»[75].

Desde luego, aquel no podía ser un monumento cualquiera. La convocatoria del concurso de anteproyectos entre artistas españoles subrayó esa excepcionalidad, pues lo dedicaba no tanto a un individuo, ni siquiera a uno de la indiscutible categoría de Cervantes, sino a «algo que, con ser tan grande el escritor, está por cima de él, el alma de la raza»[76]. Ni más ni menos. Pero, ¿en qué consistía semejante *Volksgeist*? y ¿cómo monumentalizarlo? A ello se aplicaron los más de cien artistas que enseñaron sus bocetos en la exposición del Retiro y los acompañaron de memorias que explicaban su filosofía y el significado de los componentes escogidos, a menudo alegorías difíciles de interpretar a primera vista. La mayoría ilustraba ese espíritu con elementos arquitectónicos de los

---

[74] Mariano de Cavia, «La celebración del tercer centenario del *Don Quijote*», *El Imparcial,* 2 de diciembre de 1903; y «Los monumentos que hablan», *El Imparcial,* 31 de marzo de 1915.

[75] Cita en RD de 8 de mayo de 1905. RO de 12 de octubre de 1912. Cita en «El comité ejecutivo del tercer centenario de la muerte de Cervantes, a las Repúblicas Hispano-Americanas y a los españoles residentes en Méjico», *El País,* 27 de marzo de 1915.

[76] Cita en RD de 29 de marzo de 1915.

dos estilos que se disputaban por entonces el título de nacional: el mudéjar, que podía moldear un castillo —emblema de la región, Castilla, que para muchos se hallaba en el núcleo de la nacionalidad— o una alta torre pensada para identificar a Madrid, como la Giralda hacía con Sevilla; y sobre todo el plateresco del siglo XVI —a veces calificado de renacentista— que remedaba la portada de la Universidad de Alcalá, patria chica de Cervantes, «por ser el más genuinamente español»[77].

El centro de los aparatosos conjuntos monumentales solía corresponder a España, en el papel de matrona protectora, o al propio Miguel de Cervantes, en ocasiones a don Quijote, dentro de composiciones dominadas por sus estatuas gigantescas. Alrededor de ellas se acumulaban las pruebas de respeto y admiración, con alusiones a las virtudes de la raza —la hidalguía o nobleza, la fe, el carácter soñador— o muestrarios de personajes heroicos —El Cid, Isabel la Católica, Cristóbal Colón— y recintos donde colocar santuarios para rendir culto a Cervantes o bibliotecas que dieran a conocer sus escritos. No faltaban referencias al tópico quijotesco de las armas y las letras, y siempre se reservaba un lugar a las naciones hispanoamericanas, subordinadas a la *madre patria* y a su genio arquetípico. Por último, proporcionaban cierta unidad y vida a las construcciones las metáforas sobre la lengua, simbolizada por la luz o por el agua que —como había pedido Cavia— se derramaba en surtidores, albercas y cascadas[78]. Abundaban los excesos grandilocuentes, que los contemporáneos no dejaron de señalar. Así, el novelista conservador Wenceslao Fernández Flórez tiraba de sarcasmo al ponderar la propuesta del duque de Tovar, senador y hermano del jefe del partido liberal, conde de Romanones. Su idea de honrar a Cervantes con una réplica del castillo de Coca había dejado sin palabras al jurado, aseguraba, «pero el mundo reconoció que el chorrito de agua que corría por los minúsculos fosos de la maqueta era no solo refrescante, sino de un ingenioso efecto artís-

---

[77] Ejemplos, en LAREDO y SENTENACH, 1915; y CARRASCO Y ENCINA y CUARTERO Y HUERTA, 1915, cita en p. 27.

[78] Buena parte de los anteproyectos puede verse en *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes*, III (noviembre de 1915); *La Ilustración Española y Americana*, 15 de octubre de 1915; y ARM, 21/7 y 54. MONSONÍS MONFORT, 2010.

tico», lo cual anunciaba «una nueva escuela: la de la arquitectura hidráulica, cuyas bases no están claramente definidas». A falta de dinero y espacios, nada quedó de la promesa que hizo el gobierno de conservar aquellos moldes en el Museo de Arte Moderno[79].

El magno concurso se vio atravesado por un intenso debate que dividía a la comunidad artística, acerca de cómo concebir un monumento conmemorativo. Muchos de los concursantes y dos de los tres finalistas profesaban una creencia militante en las representaciones simbólicas, de conceptos universales y perdurables; y un desprecio equivalente por las escenas realistas, anecdóticas o triviales, episodios cuya relevancia caducaba enseguida. El idealismo moderno frente a la tradición[80]. Tal era el sentido del proyecto favorito de los críticos de arte más escuchados, el que firmaban el arquitecto Teodoro Anasagasti y el escultor Mateo Inurria, que se definían como «aventureros del ideal» y diseñaron un voluminoso pedestal sobre el cual Cervantes era coronado por la patria y por la historia. Con líneas sencillas y poca decoración, transmitía severidad y calma en torno a un solo motivo: el «habla riquísima de veinte naciones, simbolizada por la voz polirrítmica y el canto incesante de las fuentes monumentales». El agua (la lengua), encauzada por un guerrero (la fuerza) y una mujer (la belleza), llenaba un estanque (el océano) rodeado por los escudos hispanoamericanos. Ahí residía el alma de la raza[81].

Sin embargo, el elegido por el jurado no fue este ambicioso programa sino su rival más enconado, el del escultor Lorenzo Coullaut Valera y el arquitecto Rafael Martínez y Zapatero, que esgrimían tesis contrarias: las tradicionalistas o castizas, que, frente al modernismo a la moda, primaban lo figurativo sobre lo simbólico y abominaban de cualquier modelo extranjero. Ambos encabezaban su informe, un verdadero manifiesto, con unas palabras de Menén-

---

[79] Fernández Flórez, 1964, cita en p. 115. Rodríguez Marín a Enrique Cuartero, 4 de diciembre de 1915, ARM, BII 20.

[80] Delgado Brackenbury y Traver Tomás, 1915. Anteproyecto de Baltasar Hernández Briz y Ángel Ferrant, *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes,* III (noviembre de 1915), p. 98. Monsonís Monfort, 2010.

[81] Citas en el anteproyecto de Teodoro Anasagasti y Mateo Inurria, *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes,* III (noviembre de 1915), p. 104; y Anasagasti e Inurria (1916), p. 5.

dez Pelayo que aludían a la grandeza de Miguel de Cervantes como novelista y rechazaban, por inútil, cualquier alegoría sobre ella. A continuación, y sin miedo a contravenir la letra de la convocatoria, decían que se trataba de un monumento dedicado no «a la Raza, al Genio, al Idioma ni a ningún otro concepto abstracto ni entidad metafísica sin representación material propia y concreta», sino tan solo al Cervantes escritor. En él hablaría el *Quijote,* no el murmullo de las aguas, que era «como oír llover en España, en América o en la China, porque ese rumor no es solo español, es cosmopolita y políglota». Don Miguel aparecía como un perfecto hidalgo al estilo de El Greco, según un retrato descubierto poco antes y dado por bueno, enmarcado por un neoplateresco inconfundible y escenas sacadas de sus libros, con las figuras de don Quijote y Sancho en primer plano. Lo curioso es que las connotaciones ultramarinas, situadas en la parte trasera, se valían del mismo recurso que reprochaban a sus adversarios, pues se concentraban en la fuente del castellano, coronada por una dama que encarnaba la literatura y flanqueaban el valor militar y el misticismo, bajo la cual el agua, al cubrir los escudos americanos, simulaba «la invasión del Nuevo Mundo por nuestro idioma»[82].

El triunfo del planteamiento más conservador mereció duras críticas de quienes lo juzgaban no solo trasnochado sino también mediocre, apenas un belén costumbrista, lleno de personajes tan vulgares como perros y gitanillas, sin la altura que exigía una empresa nacional como aquella. Tras la pugna estilística se adivinaba el choque entre los expertos de la Real Academia de Bellas Artes, partidarios de Anagasasti e Inurria; y los más poderosos de la Real Academia Española, que presidía Antonio Maura y apoyó los deseos de su amigo Rodríguez Marín, quien seguramente forzó un fallo a favor de un paisano suyo, el sevillano Coullaut Valera. Las protestas reunieron decenas de firmas cualificadas, con el pintor José María López Mezquita y el dramaturgo Ramón María del Valle-Inclán a la cabeza, y las de los estudiantes de arquitectura de Madrid, que denunciaron la falta de unidad y oficio que padecía el plan premiado, pero no consiguieron revertir la decisión. No obstante, sus obje-

---

[82] Martínez y Zapatero y Coullaut Valera, 1916, citas en pp. 1-2, 3 y 10.

ciones se vieron en cierto modo confirmadas cuando los ganadores perfilaron sus planes. Para enmendar sus fallos técnicos tuvieron que recurrir a otro joven arquitecto, Pedro Muguruza, y desecharon el estilo plateresco, propio de la primera mitad del siglo XVI, para abrazar el herreriano inspirado en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, tenido por sobrio y viril, de la época de Cervantes. De modo que el monumento final pudo interpretarse, más que como un canto a la lengua española, como una exaltación de Felipe II, el monarca contrarreformista que inventó El Escorial y estableció en Madrid la capital de la monarquía imperial. El nacionalismo reaccionario se hacía aún más explícito[83].

El esfuerzo nacionalista que precedió al centenario no tuvo continuidad, por lo que la erección del monumento a Cervantes se estancó durante años. La dejadez gubernamental conspiró junto a las escasas aportaciones de la suscripción pública, un sistema que deseaba implicar a toda la sociedad: las juntas provinciales recogieron cantidades ridículas y las de los estudiantes —atesoradas con especial ahínco por los directores de los institutos de segunda enseñanza— tuvieron tan solo un valor testimonial. De poco sirvieron las quejas de los artistas y los llamamientos que acudieron una y otra vez a la solidaridad hispanoamericana. Al principio, este propósito obtuvo ciertos resultados, pues realizaron donaciones algunas colonias españolas, desde La Habana hasta Manzanillo, en México; o la Universidad colombiana de Cauca; pero menudearon las adhesiones retóricas sin dinero alguno[84]. Ante una recaudación decepcionante, en 1920 el comité animado por Rodríguez Marín apeló, a la desesperada, a los sentimientos patrióticos de emigrantes e instituciones a ambos lados del Atlántico. Este segundo reclamo, al que respondieron por ejemplo Huntington, el gobierno de Costa Rica y la colectividad española en Pinar del Río (Cuba), tampoco fue suficiente, pese a los aportes añadidos de aristócratas y compañías extranjeras. Al final, la dictadura del general Primo

---

[83] Críticas, en *La Construcción Moderna*, 15 de mayo de 1916, pp. 130-133. BAZÁN DE HUERTA, 2015. Correcciones, en *Monumento a Miguel de Cervantes en Madrid* (1920), en ARM, 21/7; y Rodríguez Marín al presidente del Directorio Militar, 2 de abril de 1924, AGA, Presidencia, L51/3620, exp. 24. TORMO, 1977.

[84] AM, L269/1. *Boletín del tercer centenario de la muerte de Cervantes*, III (noviembre de 1915).

de Rivera resolvió el problema a la manera autoritaria, obligando a los empleados públicos a ceder el 1 por 100 de su salario en enero de 1928 para terminar las obras: «el pueblo español» —rezaba la real orden— no podía «ceder a nadie el cumplimiento «de aquel «honroso deber»[85].

* * *

La fusión entre Miguel de Cervantes y *Don Quijote de la Mancha* se impuso, en los centenarios de comienzos del siglo XX, como un emblema casi indiscutido no solo de España sino también de la raza hispánica, una comunidad internacional enraizada en el uso de la lengua castellana, núcleo de lo español, y en los rasgos culturales y psicológicos que se le adjudicaban y que esencializaba el concepto de hidalguía. Las conmemoraciones vinieron a consolidar estos emblemas como instrumentos para reafirmar identidades nacionales y supranacionales, en un contexto caracterizado por la amenaza norteamericana y el afianzamiento de los lazos entre las repúblicas hispanohablantes y su antigua metrópoli. Un proceso en el cual intervinieron, de manera sobresaliente, algunas fuerzas transnacionales, como las convocatorias y costumbres conmemorativas recurrentes, los intelectuales —en permanente diálogo a través de una esfera transatlántica de debate— y los emigrantes españoles en América, *quijotes* deseosos de realzar su propia importancia ante sus anfitriones, además de instituciones y asociaciones que se movían entre ambas orillas del Océano.

Las numerosas celebraciones orquestadas entonces daban cuenta de la penetración de los mitos cervantinos en buena parte de la población española y entre las élites políticas y culturales, en sentido amplio, de lugares muy apartados a lo largo y ancho del continente americano, desde Texas y Yucatán hasta Valparaíso y Buenos Aires. Algunas, como las de Tegucigalpa, adquirieron dimensiones de auténtica fiesta nacional. En especial, Cuba destacó por la intensidad de sus actividades conmemorativas, donde el culto

---

[85] RO de 12 de enero de 1920. ARM, 21/9 (carta modelo) y 21/10.1 (estado de cuentas en 1927). Cita de RO de 28 de diciembre de 1927.

a Cervantes servía de excusa y arena a la pugna entre actitudes enfrentadas sobre la pertinencia de los acercamientos hispanófilos y la reafirmación de la misma nacionalidad cubana frente a Estados Unidos, lo cual desembocó en la cubanización de los símbolos cervantinos. Todo ello indica la enorme relevancia de las fuerzas transnacionales sobre los procesos de construcción nacional, sobre todo en regiones con un pasado imperial como las hispánicas.

El nacionalismo español, espoleado por la complicada coyuntura abierta en 1898 y ansioso por alcanzar un mayor reconocimiento en el mundo, no podía prescindir de esta vertiente americana, imperio espiritual al que se remitían muchas de sus manifestaciones en el primer tercio del Novecientos. Podría afirmarse incluso que se había vuelto dependiente de esa proyección ultramarina, la más consensual entre discursos y posiciones tan divididos en tendencias conservadoras y liberales, y en conflicto a su vez con los catalanistas o vasquistas. Algo que mostraron los centenarios cervantinos, donde se hizo patente la necesidad de enraizar la identidad nacional en un rasgo cultural que era al mismo tiempo globalizado y excluyente, la lengua castellana, cuya pureza se erigió en una de las banderas favoritas de los parroquianos de la iglesia quijotesca de Cervantes. Ni la escasa relación con América del escritor, ni el carácter cómico de su personaje, frenaron estos solemnes afanes proselitistas.

Sin embargo, las respuestas americanas a los requerimientos españoles resultaron desiguales y no estuvieron exentas de polémica, pues a la ola hispanista se opusieron voces que, sin renunciar al valor del idioma, no comulgaban con el nuevo imperialismo cultural que procedía de España. En cualquier caso, las élites hispanófilas de América querían aprovechar los potentes mitos cervantinos en su propio beneficio, pero se resistían a financiar las iniciativas de la vieja metrópoli, sobre todo si estas se desarrollaban en territorio peninsular y no tenían contrapartidas visibles. El rico tejido de los emigrantes españoles prefería asimismo desplegar sus ímpetus conmemorativos en sus lugares de residencia. De manera que, como probó la frustrante historia del monumento a Cervantes en Madrid, los españoles, sobrados de retórica y escasos de presupuesto, hubieron de conformarse con sus modestas fuerzas a la hora de coronar a quien se proclamaba, de manera cuasi unánime, genio de la raza.

Capítulo 7
GLORIAS PATRIAS

Moneda española de 2 euros, acuñada con motivo del IV centenario de la publicación del *Quijote*, 2005.

«¡Eternicen su imagen el bronce y la piedra;
pero queme, a su gloria, nuestra sangre en la entraña!
¡de pie, por el que lleva la bandera de España,
Don Miguel de Cervantes Saavedra!»

Eduardo MARQUINA[1].

A lo largo del año 2008, la agenda de Juan Carlos I estuvo llena de actos protocolarios y discursos públicos, muchos de ellos dedicados a definir y exaltar las distintas facetas de la identidad nacional española, dentro y fuera del país. Nada extraño había en ello, puesto que la Constitución de 1978, al establecer la monarquía parlamentaria como forma política, convertía al rey en «símbolo de la unidad y permanencia» del estado y en su «más alta representación» dentro de las relaciones internacionales, «especialmente con las naciones de su comunidad histórica»[2]. Algunas de esas intervenciones se centraron en el pasado y el recuerdo de los emblemas seculares de España. El 23 de abril, aniversario de la muerte de Miguel de Cervantes, el monarca entregó en Alcalá de Henares el premio que lleva el nombre del escritor —considerado el *Nobel* de las letras españolas— al poeta argentino Juan Gelman, ante el cual valoró el tesoro de «este hermoso, rico, sonoro y claro idioma de cultura, de creación y de creciente peso internacional». Unos días más tarde, el 2 de mayo, viajó a Móstoles, también en las cercanías de Madrid, para conmemorar la llamada de su alcalde en 1808 a luchar contra la invasión francesa, lo mismo que había hecho su abuelo Alfonso XIII cien años antes. Allí

---

[1] Eduardo MARQUINA, «Don Miguel de Cervantes» (1936), en GARCÍA MONTERO, 2005, pp. 93-96 (cita en p. 96).

[2] Citas en artículo 56 de la Constitución española de 1978.

interpretó aquel levantamiento como una afirmación de la soberanía nacional, comienzo de un ciclo al que pertenecían la Constitución de 1812 y las independencias americanas, enraizadas en los mismos valores liberales. A finales de ese mismo mes habló en Zaragoza del bicentenario de los Sitios y en junio, cuando inauguró la exposición internacional zaragozana dedicada al agua, elogió el impulso de la Hispano-Francesa de 1908[3].

Si la primavera regia estuvo marcada por estas conmemoraciones, el otoño no se quedó atrás. Entre el 9 y el 13 de octubre, el rey presidió el patronato del Instituto Cervantes, encargado de difundir la lengua y la cultura españolas por el mundo; la fiesta nacional del 12, conocida como día de la Hispanidad y compuesta por un desfile militar y una recepción, ese año acompañada en Madrid por un multitudinario festival de los inmigrantes latinoamericanos, menos encorsetado que los eventos oficiales; y la entrega del premio internacional Don Quijote de la Mancha, creado por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha y la Fundación Santillana. El galardón correspondió al presidente de Brasil, *Lula* da Silva, a quien se reconocía el mérito de extender la enseñanza de la lengua española; y al escritor mexicano Carlos Fuentes, que entonó un canto a Cervantes como el autor que había dado a los hispanohablantes «la voz que nos une» y, más allá, una gran imaginación a los lectores de todos los países. Del 20 al 29, una serie de encuentros diplomáticos culminó en la XVIII Cumbre Iberoamericana, celebrada en El Salvador, donde Juan Carlos I animó a festejar los bicentenarios de las independencias y el de la Constitución de Cádiz, el primer texto constitucional, dijo, «en el que aparece el concepto de Comunidad Iberoamericana». De una manera o de otra, la conmemoración de las convulsiones políticas de inicios del siglo XIX se vinculaba con la vertiente transatlántica de la identidad nacional, anclada en los efectos del descubrimiento de 1492 y consubstancial a la vez con las grandezas del idioma encarnado por la obra de Cervantes[4].

---

[3] Discursos de 23 de abril (cita), 2 y 31 de mayo y 13 de junio, en «Discursos de S.M. el Rey Don Juan Carlos», https://www.casareal.es/ES/FamiliaReal/rey/Paginas/rey_discursos.aspx.

[4] Discursos de 9, 13 y 29 (cita) de octubre de 2008, https://www.casareal.es/ES/FamiliaReal/rey/Paginas/rey_discursos.aspx. *El País*, 13 y 14 (cita de Carlos Fuentes) de octubre de 2008.

Estas confluencias no representaban una mera casualidad. Los mitos y símbolos nacionalistas consolidados en las conmemoraciones de comienzos del siglo XX, durante el periodo de *centenariomanía* que siguió al *Desastre,* conformaron una suerte de núcleo central del imaginario español, que disfrutó de buena salud y logró sobrevivir —con altibajos— más de cien años. A golpe de aniversarios y centenarios, o al margen de ellos, estos elementos fundamentales superaron los numerosos vaivenes políticos y las consiguientes pugnas por imponer diversos relatos colectivos acerca del pasado. Cada opción dispuso de sus propios hitos e incluso estableció su calendario y su propia fiesta nacional: como ya se ha dicho, la Segunda República recordaba su advenimiento festivo, en 1931, al llegar el 14 de abril; y la dictadura franquista prefería el 18 de julio, fecha del alzamiento militar que dio inicio a la Guerra Civil en 1936. Pero nadie pudo prescindir de los grandes emblemas y mitos patrióticos, que aparecieron en los soportes más variopintos, desde la literatura hasta la pintura, en el cine y en la televisión, de la publicidad al dinero y los sellos de correos, hasta destilar verdaderos iconos. La fuerza y la popularidad de que disfrutaron les permitieron resistir posturas encontradas y mantener una sorprendente vigencia. Para perdurar, estos componentes identitarios tuvieron que reunir varios rasgos imprescindibles. En primer lugar, la verosimilitud, es decir, que su relieve no pareciera forzado o producto de tergiversaciones interesadas, sino que resultase aceptable para una buena porción del público. En segundo término, la polivalencia, es decir, la capacidad de avenirse a interpretaciones diversas —incluso contrarias— en pro de intereses políticos muy alejados. Múltiples actores relevantes admitieron su importancia e hicieron todo lo posible por apropiárselos, por utilizarlos para legitimar sus posiciones de poder y sus objetivos. Y, en tercer lugar, y como resultado de los dos anteriores, su presencia en coyunturas muy distintas, abandonando algunos de sus significados y adquiriendo otros, aunque sin perder su lugar privilegiado en la identidad española.

No hubo muchos personajes o historias que puedan clasificarse entre los ganadores en esta carrera identitaria. Pensemos en algunos que tuvieron una gran notoriedad, como el Cid Campeador, campeón de la Reconquista cristiana contra el dominio musulmán; o los Reyes Católicos, autores de la unidad de España. Hace tiempo que dejaron atrás su atractivo, quizá por los abusos a que los so-

metió el franquismo o por sus connotaciones islamófobas, aunque el reciente repunte españolista haya atraído cierta nostalgia hacia ellos. Entre los más duraderos destacaron tres, precisamente los que, cultivados en mayor o menor medida durante el siglo XIX, protagonizaron las celebraciones regeneracionistas entre 1905 y 1918: la Guerra de la Independencia contra Napoleón, epopeya española por antonomasia; el descubrimiento de América, inspiración para una fiesta nacional que sobrevivió hasta ocupar el primer puesto en la agenda patriótica; y la pareja Miguel de Cervantes-*Don Quijote de la Mancha,* sin duda el símbolo de la españolidad más aceptado y compartido por el grueso de los opinantes. Todos ellos fueron sometidos a versiones en conflicto durante el primer tercio del XX y asimilados luego por el longevo dominio de Francisco Franco. Semiolvidados o readaptados en la posterior transición a la democracia, han resurgido, ya sin complejos, con motivo del renacimiento que ha experimentado el nacionalismo español desde la última década del siglo hasta la actualidad.

La epopeya nacional

Cuando pasó el furor de su primer centenario, el repertorio mítico de la Guerra de la Independencia siguió disponible para fomentar nuevas actitudes patrióticas, fuera en su versión liberal, adaptada por las fuerzas izquierdistas, o en la católica y conservadora. Las batallas contra Napoleón llenaron durante décadas los libros de texto que se leían en las escuelas, donde su importancia era comparable a la de la Reconquista y tan solo se veía superada por la de América[5]. Pero su gran momento llegó con la Guerra Civil, cuando ambos bandos actualizaron las interpretaciones ya probadas de la contienda. Los dos veían la de 1936 como una repetición de la sempiterna lucha española contra los invasores: para unos, ahora la amenaza provenía de fascistas italianos y nazis alemanes, apoyados como en 1808 por las corruptas oligarquías autóctonas; para otros, eran los soviéticos y sus secuaces de la revolución mundial, atea y masónica lo mismo que la precedente

[5] Campos, 2010.

francesa. En consecuencia, el pueblo hispano, auténtico depósito de las esencias patrias, se veía obligado a salir de nuevo en defensa de la independencia nacional. Lo llamativo era que a ese discurso recurrieran fuerzas en principio ajenas a los sofocos nacionalistas, como las izquierdas que identificaban a los milicianos republicanos con los chisperos y las manolas del 2 de mayo madrileño, redivivo en la resistencia del Madrid antifascista contra el avance de las tropas sublevadas; o con los guerrilleros de la mitología romántica. Eran dignos sucesores de personajes como el guerrillero Juan Martín, *El Empecinado,* o las heroínas Manuela Malasaña y *Agustina de Aragón,* que salieron a pasear en carteles, canciones, artículos y arengas socialistas, comunistas e incluso anarquistas. La dirigente del PCE Dolores Ibárruri, por ejemplo, advertía en agosto de 1937 que «ya España tuvo una guerra de independencia, y que nuestro pueblo escribió en ella páginas heroicas y gloriosas de Gerona, de Zaragoza, de Bailén y de Madrid». Las fuerzas republicanas, con especial ardor el Partido Comunista, reformulaban la lectura liberal-popular de la *francesada.* A falta de datos contundentes para los tiempos de paz, su omnipresencia en la propaganda de guerra probaba la penetración de los mitos nacionalistas en las mentalidades populares, que para ser movilizadas precisaban de estos reclamos. O al menos así lo creían los responsables del esfuerzo bélico[6].

En el lado franquista también supieron aprovechar el capital movilizador de estas conmemoraciones. Su alzamiento militar se presentaba como un nuevo 2 de mayo y, de hecho, esa fue la primera fiesta nacional establecida por los rebeldes. Aunque solo rigiese de manera efímera, sustituida luego por el 18 de julio y relegada a un lugar secundario. En un discurso radiado en 1937, el escritor nacional-católico José María Pemán decía que España se había levantado otra vez «en su papel de guardiana de las esencias del espíritu y la civilización cristiana» y, por supuesto, debía celebrar un «Dos de Mayo sin Cortes de Cádiz». Como demostraba la milagrosa salvación del santuario del Pilar en los bombardeos, la virgen volvía a estar al lado de los verdaderos españoles, los que

---

[6] Núñez Seixas, 2006 (cita en p. 79).

luchaban por ella: la cruzada de hoy se entendía como continuación de la de ayer. Pero, más que al tradicionalista de otras fechas, el Dos de Mayo se prestaba a un nacionalismo telúrico o racial. Por eso, el homenaje a los héroes o caídos de la independencia, entre los cuales se mezclaban los de 1808 y los recientes, se encauzó durante unos años a través de ceremonias ordenadas por la Delegación Nacional del Frente de Juventudes y adquirió un inconfundible aire falangista, con guardias juveniles ante los obeliscos erigidos por doquier. Hasta que la relativa desfasticización de la dictadura acarreó la decadencia de la efeméride[7]. Mientras tanto, la memoria de la guerra antinapoleónica se mantuvo viva en las escuelas y en las ciudades que conmemoraron, por separado y sin un calendario nacional, su 150 aniversario a partir de 1958. Zaragoza, embarcada en un remedo de 1908, recordó aquel momento de esplendor urbano con un programa académico, religioso, militar y zarzuelero, que hasta incluía una exposición histórica hispano-francesa[8]. Como medio siglo atrás, lo local se impuso.

La persistencia de los relatos heroicos en la cultura popular podía comprobarse a través de medios diversos, del teatro a los cromos, pero el cine tuvo entre ellos, desde los años veinte, un papel protagonista. En la época de Primo de Rivera se hicieron películas patrióticas como *El Dos de Mayo* (de José Buchs, 1927) y *Agustina de Aragón* (de Florián Rey, 1928), aunque su apogeo llegaría bajo el franquismo, cuando se produjo una avalancha de estrenos. Hubo en ellos una evolución de lo solemne a lo banal. Durante los años de la postguerra, el cine histórico y nacionalista, acartonado y declamante, de producciones como las de la compañía CIFESA, se fijó en la Guerra de la Independencia y en otros hitos del glorioso pasado español como el descubrimiento de América. Por ejemplo, con una nueva versión de *Agustina de Aragón* (de Juan de Orduña, 1950), una perfecta alegoría de la España eterna. A partir de los cincuenta, y tras el éxito de *Lola la Piconera* (de Luis Lucia, 1951) —la heroína de Pemán engañada por los liberales en el Cádiz de las Cortes—, ese molde fue sustituido por el de películas musicales pensadas para el lucimiento de estrellas de la llamada *canción española,* como Ma-

[7] García, 2008. Hernández Burgos, 2011, cita de Pemán en p. 148.
[8] Peiró, 2008.

nolo Escobar, cuya música destilaba un patriotismo de fácil consumo en títulos como *Los guerrilleros* (1963). Ya en plena transición a la democracia, la televisión estatal buscó argumentos para sus series en la misma guerra. Una de ellas, *Curro Jiménez* (1976-1978), la de más audiencia hasta entonces, combinaba el nacionalismo popular antifrancés con un marcado énfasis en la justicia social. Tras ella llegaron otras como *Los desastres de la guerra* (1983), que adoptaba la perspectiva de Francisco de Goya, adaptada a la visión dolorida de la historia de España que, tras las fanfarrias franquistas, cundía en aquellos primeros años de régimen constitucional[9].

En el terreno de las conmemoraciones oficiales, el Dos de Mayo inició una nueva andadura como fiesta de la comunidad autónoma de Madrid en la década de 1980. No era el único caso —también lo hizo Castilla y León con los Comuneros— en que los poderes regionales recién establecidos recurrían al viejo imaginario nacional para sus celebraciones. Según justificaba la ley que la instituyó en 1984, aprobada por una mayoría socialista, porque «ese día el pueblo de Madrid cobró un protagonismo decisivo en la historia, en la defensa de la Nación española»[10]. En realidad, la vigencia pública de la *francesada* decayó de manera notable durante la segunda mitad de los años ochenta y los noventa. Pero la proximidad del bicentenario que empezó en 2008 resucitó los veteranos mitos. En novelas históricas y revistas de divulgación y en un alud de exposiciones, artículos de prensa, libros de historia y hasta recreaciones de batallas a cargo de asociaciones especializadas. Una vez más, cada ciudad y cada pueblo redescubrieron los trances adecuados para reforzar sus propias identidades. En Zaragoza, un lugar donde la conmemoración alcanzaba siempre gran intensidad, el recuerdo de los Sitios convivió con una apuesta por la modernidad que diluyó su vertiente historicista: la exposición dedicada al agua y al desarrollo sostenible. Desde el mirador del nacionalismo español, lo más visible fue sin duda el programa conmemorativo que puso en marcha el gobierno de la Comunidad de Madrid, del Partido Popular y presidido por Esperanza Aguirre, que, trascendiendo lo local, mostró las inten-

---

[9] Maroto de las Heras, 2007. Alonso López, 2008.

[10] Ley 8/1984, de 25 de abril, declarando fiesta de la Comunidad de Madrid la jornada del 2 de mayo.

ciones nacionalizadoras más explícitas del periodo democrático. El contexto animaba a ello, no solo por el auge de la política españolista abrazada por los populares desde mediados de los noventa, sino también para dar la réplica a la ola descentralizadora que agudizó el conflicto identitario español a raíz de la reforma del estatuto de autonomía de Cataluña entre 2003 y 2006.

La derecha madrileña, pese a sus vínculos con la Iglesia, no recuperó el discurso nacionalista católico que había aparecido en el centenario de 1908-1914 y durante la Guerra Civil y que podía darse por extinguido. Todo lo contrario: reflotó el antiguo relato liberal, que asimilaba la nación española al pueblo y se miraba en los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós. Una visión actualizada y difundida por el famoso novelista Arturo Pérez Reverte, ideólogo del bicentenario y comisario de una gran exposición que reconstruía la jornada heroica y donde los visitantes acababan siendo tiroteados, de manera figurada, en un escenario que reproducía *Los fusilamientos del 3 de mayo* de Goya. Según el escritor, se trataba de recobrar «la narración objetiva, el pulso de la epopeya de un pueblo indefenso que creyó su deber y su dignidad alzarse en armas, y que a partir del día siguiente fue secundado por una nación entera»[11]. La Comunidad de Madrid, entregada a estas labores de reafirmación patriótica, puso a su servicio abundantes recursos económicos y dio a sus actividades —a través de la Fundación 2 de Mayo, Nación y Libertad— un carácter didáctico. Con un afán nacionalizador de regusto decimonónico, repartió entre los estudiantes 250.000 ejemplares de un volumen con tres narraciones de aquel día inolvidable: el *Episodio* correspondiente de Galdós, una carta del periodista liberal José María Blanco White y *El siglo de las luces* del premio Cervantes cubano Alejo Carpentier, una novela sobre el impacto de la Revolución Francesa que terminaba en el turbulento Madrid de 1808[12]. La administración madrileña financió asimismo obras de teatro, series de televisión y la película *Sangre de Mayo* (de José Luis Garci, 2008), basada en los textos galdosianos y tan cara como poco afortunada en la taquilla.

---

[11] Arturo Pérez Reverte, «La paradoja del 2 de Mayo», *XL Semanal*, núm. 1070 (27 de abril al 3 de mayo de 2008). Duarte, 2012.

[12] Carpentier, Pérez Galdós y Blanco White, 2008.

El mensaje que transmitían estas iniciativas autonómicas era claro: lo ocurrido en Madrid, como la guerra entera, demostraba que la nación española estaba ya formada en 1808. La capital se adelantó y representó a toda España, en una insurrección protagonizada por un pueblo que sentía su nacionalidad en lo más hondo. Lo cual enlazaba en este relato, de forma un tanto deslavazada, con la revolución antiabsolutista que culminó en Cádiz. Pues, en expresión de Aguirre, «Los españoles del Dos de Mayo afirmaron entonces nuestra ambición de ser una patria común de ciudadanos libres e iguales y de construir la Nación de derechos, libertades y responsabilidades en la que vivimos». El mismo argumento que esgrimió el rey Juan Carlos en Móstoles y que dejaba atrás los recelos reaccionarios a la herencia del doceañismo. Es decir, el lenguaje de la izquierda liberal en 1908 se había transformado en el de la derecha liberal-conservadora cien años más tarde, mientras los socialistas, encabezados desde el gobierno de España por José Luis Rodríguez Zapatero, jugaban con la idea de un estado plurinacional, abominaban de la clásica parafernalia españolista y preferían una celebración de perfil bajo, con enfoques más académicos o neutros. Algunos sectores del PSOE no renunciaban a la inspiración de 1812, pero el discurso de sus élites acerca de la España plural desentonaba con el modelo unitario gaditano. Hubo que esperar a la irrupción de un nuevo izquierdismo radical, el de Podemos, para ver recuperado el lenguaje populista republicano sobre la francesada, con un deje antioligárquico: en la Puerta del Sol de Madrid, su jefe Pablo Iglesias Turrión reivindicó en 2015 el ejemplo de 1808, cuando se habían alzado contra los invasores «los de siempre, los de abajo, los humildes», «frente a unos gobernantes que solo defendían sus privilegios», para enlazar luego ese movimiento con la proclamación de la Segunda República y con la protesta de los jóvenes del 15-M en 2011, tres sucesos acaecidos en el mismo espacio emblemático de la capital[13].

El centenario de Cádiz se presentó, pues, cargado de contenido político. Ya en 2010, todavía bajo mandato socialista, los presidentes del Congreso y del Senado se trasladaron a San Fernando para

---

[13] Cita en *Fundación 2 de Mayo, Nación y Libertad, Memoria 2009*, p. 1. DUARTE, 2012. *eldiario.es*, 31 de enero de 2015.

honrar a los diputados doceañistas, con un ritual cívico-militar y religioso parecido al de 1910. Y 2012 coincidió con un gobierno del Partido Popular, que había enarbolado la intangible unidad constitucional de la nación como un baluarte frente a las demandas soberanistas, cada vez más audaces, del catalanismo. No en vano, en 2006 los conservadores habían arrancado su campaña por un referéndum de rango estatal sobre el nuevo *estatut* de Cataluña en Cádiz, donde su jefe Mariano Rajoy había reivindicado el legado liberal: «es la ciudad símbolo del moderno constitucionalismo español, donde se firmó Constitución de 1812 y donde se dijo que todos teníamos los mismos derechos y todos los ciudadanos representábamos la soberanía nacional»[14]. El ejemplo de aquel texto se reflejaba en el de 1978. Sin embargo, la conmemoración, como cien años atrás, dejó un sabor agridulce. No faltaron autoridades de varios colores partidistas ni esta vez tampoco el rey, en ceremonias que fueron del oratorio de San Felipe Neri al monumento a las Cortes, pero se dejó notar el clima lastrado por la aguda crisis económica iniciada en 2008 y los eventos adquirieron un marcado carácter localista, sin réplicas en otros territorios. La ciudad andaluza, que no llegó a tiempo de inaugurar las infraestructuras planeadas, vivió jornadas festivas al grito de *¡Viva la Pepa!* No obstante, también destacó su dimensión transnacional, pues diversos medios situaron las reivindicaciones gaditanas de libertad frente a la tiranía en la misma onda histórica que había detonado los intentos independentistas en Ultramar, una tesis que subrayó la cumbre de los jefes de estado y de gobierno iberoamericanos reunidos en Cádiz ese mismo año. Si en 1912 aquella vertiente tenía algo de promesa, en 2012 se trataba más bien de contener el declive de la influencia española en América Latina. Nadie propuso que el 19 de marzo se declarara fiesta nacional[15].

---

[14] *Andaluciainformacion.es,* 24 de septiembre de 2010. Cita de Rajoy en *El País,* 31 de enero de 2006.

[15] Manuel MONTOBBIO, «La "Pepa" y los bicentenarios de la independencia», *El País,* 19 de marzo de 2012. Enric JULIANA, «España se agarra a la efeméride de 1812 para estrechar lazos con América», *La Vanguardia,* 19 de marzo de 2012. http://cadiz2012.lavozdigital.es/noticias/cadiz-ya-esta-en-el-imaginario-de-europa-e-iberoamerica-20121121.html.

Por qué España es grande

La conmemoración del descubrimiento y la conquista de América se expandió a lo largo del siglo XX hasta alumbrar una fiesta nacional —el 12 de octubre— que, pese a controversias ocasionales, se erigió en el mínimo común denominador de los esfuerzos españolistas. Lo cual indicaba el enorme peso adquirido por el hispanoamericanismo en el imaginario patriótico. Porque la gesta americana remitía a la grandeza de un imperio en la que los habitantes de la disminuida España contemporánea podían encontrar un reconfortante consuelo. Más aún, porque sus referencias al año 1492, inicio de la epopeya ultramarina, pero cierre asimismo de la Reconquista —la toma de Granada por los Reyes Católicos—, aludían a la unidad nacional. Y también, y sobre todo, porque su legado en la América hispana permitía a España presentarse como cabeza de una amplia comunidad internacional cimentada por la historia y la cultura, de una civilización que se llamó, de manera sucesiva, la *raza,* la Hispanidad e Iberoamérica. Una especie de súper-España que, a falta de verdaderas capacidades para influir en el mundo, hizo soñar a las élites políticas e intelectuales españolas con un papel de primera fila en la arena global, o al menos en la europea, y orientó buena parte de su política exterior. Como la Guerra de la Independencia, el 12 de octubre se sometió a diferentes interpretaciones y vio enfrentarse al menos a dos idearios nacionalistas: uno, conservador y confesional, empeñado en reivindicar la obra evangelizadora de la monarquía española y en exaltar la memoria de descubridores y conquistadores; otro, más secularizado y prospectivo, el de muchos liberales y demócratas que, orgullosos de una lengua hablada en un territorio inmenso, veían al otro lado del Atlántico oportunidades para modernizar el país. Pero, hablaran de la *madre patria* y sus hijas o de sus hermanas, unos y otros compartían lo fundamental: España solo volvería a ser grande si aprovechaba lo más grande que en el pasado había hecho y, de la mano de las repúblicas hispanoamericanas, emprendía un nuevo camino de engrandecimiento nacional.

Esta fiesta tuvo la particularidad de instituirse de abajo arriba, empujada por un variopinto movimiento americanista que desde finales del XIX animó su consagración. El cuarto centenario del des-

cubrimiento, en 1892, cuando el 12 de octubre vivió una efímera notoriedad oficial, anunció lo que podía lograrse. Pero el estallido del hispanoamericanismo, ya se ha visto, no se produjo hasta después de la derrota de 1898, que alejó a España de su imagen colonial en América e hizo girar a varios gobiernos latinoamericanos, recelosos ante la potencia emergente de Estados Unidos, hacia el entendimiento con la vieja metrópoli. La *raza,* concebida en sentido primordialmente cultural, podía reemplazar, al menos en términos retóricos, al imperio perdido, ahora bajo la protección simbólica del rey *regenerador,* Alfonso XIII. Se multiplicaron tanto los gestos diplomáticos como las asociaciones americanistas, que confluyeron con los emigrantes españoles en América y los intelectuales de ambas orillas en torno al primer centenario de las independencias, al de la Constitución de Cádiz y, sin solución de continuidad, a los del descubrimiento del Océano Pacífico y la muerte de Cervantes. Todos ellos pavimentaron el camino para que el 12 de octubre se erigiera en fiesta nacional española[16]. La oficialización del Día de la Raza en la Argentina de 1917, un eslabón más en la cadena que había iniciado la República Dominicana cinco años antes, dio el impulso definitivo a la efeméride oficial. Que no solo se implantó de abajo arriba, a través de las conmemoraciones del asociacionismo hispanoamericanista y de ayuntamientos como el de Madrid, sino también —y hasta cierto punto— de fuera adentro, por influjo americano. En 1918, bajo un gobierno de concentración pluripartidista —el llamado *gobierno nacional* que presidía el conservador Antonio Maura—, se aprobó la ley que instituía el 12 de octubre como Fiesta de la Raza. «No puede faltar nuestra bandera entre las que son izadas en la anual conmemoración», rezaba el decreto que la presentó en las Cortes[17].

Desde aquel momento, las instancias estatales y locales promovieron el nuevo feriado con eventos de todo tipo. Su nombre no escapó a la polémica, pues había quien deseaba sustituirlo por el de Fiesta de la Lengua, una clara mención al nexo cultural común que evitaba las ambigüedades retóricas acerca de la raza. Tal era la opinión de Miguel de Unamuno, cuya autoridad intelectual no

---

[16] Véanse los capítulos 3-6.

[17] Cita en RD de 8 de mayo de 1918. Ley 15 junio de 1918.

logró cambiarlo. Con objetivos confluyentes, algunos propusieron celebrar también el 9 de octubre, fecha del bautizo de Cervantes[18]. En fin, la fiesta nacional se consolidó en años sucesivos con el patrocinio de la dictadura españolista del general Primo de Rivera, que veía en la política hispanoamericana una palanca para renacionalizar el país y desplegar una diplomacia digna de tal nombre. La impronta progresista del cambio de siglo se tornó reaccionaria. En numerosas ciudades se articularon ceremoniales con una fuerte carga religiosa y militar, un tanto fríos y con mayor arraigo allí donde se asociaban con festividades religiosas como la del Pilar, aragonesa y también española e hispánica. Los niños protagonizaban uno de sus números principales, las ofrendas a Cristóbal Colón, lo cual contribuía a extender el culto a los héroes de la epopeya, con el descubridor e Isabel la Católica al frente. Se utilizaron asimismo medios como la radio y el cine, y el vuelo transatlántico de un aeroplano llamado *Plus Ultra* en 1926 se presentó como una reedición de las hazañas pasadas[19].

El régimen dictatorial hizo realidad en 1929 la Exposición Iberoamericana de Sevilla, un proyecto con casi dos décadas de recorrido que aspiraba a escenificar esa comunidad presidida por España, ampliada gracias a la asistencia de Portugal, Brasil y hasta de Estados Unidos, que edificó un pabellón en el *Spanish style* californiano. El director de la muestra afirmó en la inauguración que «desde la fecha del 12 de octubre de 1492 no hubo un solo hecho en la historia de América, de mayor transcendencia y de más alta significación española». En sus edificios de estilos historicistas —del neoplateresco al neomudéjar pasando por el regionalista sevillano— se acumularon las piezas que ilustraban los vínculos transatlánticos, mientras las repúblicas latinoamericanas desplegaban alusiones prehispánicas o neocoloniales[20]. Cervantes merecía una plaza y en otra se reunían las estatuas de exploradores y conquistadores en torno a la de España, con los rasgos de una dama ibérica. El 12 de octubre, el dictador recibió el collar de la orden de Isabel la Católica en la catedral, donde yacían los restos de Colón, e inauguró el servicio

---

[18] Serrano, 1999, pp. 318-329. Rabaté y Rabaté, 2018, p. 129.
[19] Pozo Andrés, 2000, pp. 262-266. Marcilhacy, 2010.
[20] Cita de José Cruz-Conde, en Braojos Garrido, 1992, p. 107. Storm 2010, 2019.

telefónico con Argentina y Uruguay. Pocos días más tarde, una impresionante cabalgata recorría el recinto para contar en detalle la historia de *la raza hispana,* que arrancaba de los celtíberos y culminaba con el ideal del descubrimiento, la *pacificación* subsiguiente y los logros civilizadores en América. Una alegoría de *la Madre,* rodeada de veinte niñas en el papel de sus hijas ultramarinas, daba fin al relato con una alusión inequívoca. Como decía el folleto explicativo que se repartió al público que presenciaba el espectáculo, España llamaba «al mundo para que olvide prejuicios injustos que concibió algún día contra ella, y admirado, contemple en la Exposición Ibero Americana la epopeya sublime de su Raza». Es decir, los organizadores concebían aquella carnavalada, y el conjunto de la muestra sevillana, como una rotunda refutación de la persistente *leyenda negra* que obsesionaba a los círculos conservadores[21].

Pese a los vaivenes políticos, el 12 de octubre se ha mantenido hasta la actualidad como una jornada feriada, bajo diferentes advocaciones. El día de la Raza siguió celebrándose con la Segunda República, que dio continuidad a los homenajes hispanoamericanos ante la estatua de Colón en Madrid, y tampoco se olvidó en ambas zonas durante la Guerra Civil. La dictadura de Franco apostó por el concepto nacionalista católico de Hispanidad, promovido ya antes de la contienda por intelectuales como Ramiro de Maeztu, con un contenido confesional que sublimaba la labor evangelizadora llevada a cabo por los españoles, como una misión universal que marcaba el destino de España. Las veleidades imperialistas de la Falange, más afecta a las interpretaciones raciales y a los proyectos de un espacio vital hispánico, duraron lo que los avances fascistas en la Segunda Guerra Mundial. Así que la virgen del Pilar compartió con la de Guadalupe los honores de su reinado ultramarino y desde 1958 la fiesta se denominó Día de la Hispanidad. Para las élites franquistas, la política iberoamericana, volcada en los intercambios promovidos por el Instituto de Cultura Hispánica, servía también para salir del aislamiento internacional y legitimar su pervivencia. La fiesta se potenció, desde el punto de vista oficial, con su itinerancia por diversas

---

[21] *Abc,* 13 de octubre de 1929. Cita en *Cabalgata histórica de la Raza Hispano-Americana organizada por el Comité de la Exposición,* Sevilla, Imprenta de la EIA, 1929, p. 24. Boyd, 1997, 2000, p. 168.

ciudades a lo largo de los años cincuenta, sesenta y setenta, sin despreciar las connotaciones locales y como reclamo turístico, aunque la acogida popular oscilara y la espontaneidad quedase atrincherada en los festivales religiosos y en los de los hispanoamericanos residentes en España. La de 1960, por ejemplo, se dedicó en Mallorca a la figura de fray Junípero Serra, que se usaba como paradigma de la evangelización española y también como vínculo con Estados Unidos, protector del franquismo durante la Guerra Fría[22].

Una vez desaparecido Franco, el 12 de octubre adquirió poco a poco la categoría de primera fiesta nacional en sustitución del 18 de julio. Siguió peregrinando de ciudad en ciudad —por ejemplo, en 1982 se ligó en Cádiz al recuerdo de la Constitución de 1812— y su carácter solemne contó con el refuerzo de la monarquía. Pues Juan Carlos I, desde el comienzo de su reinado en 1975, quiso dotarse de funciones simbólicas iberoamericanas, para lo cual la corona aglutinó las inercias paternalistas con la recuperación del relat liberal-democrático, que incluía la asociación entre modernidad igualdad de trato y el énfasis en el nexo lingüístico. Según su discu. so de 1980, «americanos y españoles compartimos la convicción de que nuestro común destino histórico está fundado sobre la lengua y sobre el descubrimiento». Era obligado que los símbolos nacionales se desprendieran de sus connotaciones franquistas: así se hizo con la bandera rojigualda, de la que se cayó el escudo imperial en 1981, y lo mismo debía pasar con la fiesta nacional. Y había una alternativa clara: otorgar esa categoría al Día de la Constitución, el 6 de diciembre, fecha del referéndum constitucional de 1978. Una opción que implicaba poner el patriotismo cívico —con la transición a la democracia como mito fundador de una España reconciliada— por delante del nacionalismo etnocultural que, anclado en la historia y en la lengua, había predominado hasta entonces[23].

Pero el consenso se hizo esperar: mientras el Partido Socialista, el principal de la oposición, defendía el 6 de diciembre, el gobierno

---

[22] Box, 2010, pp. 242-257. García Sebastiani y Marcilhacy, 2013. García Sebastiani, 2016.

[23] Cita en «Palabras de S. M. el Rey a la comunidad iberoamericana el Día de la Hispanidad», Valladolid, 12 de octubre de 1980, https://www.casareal.es/ES/FamiliaReal/rey/Paginas/rey_discursos.aspx. Moreno Luzón y Nuñez Seixas, 2017, pp. 339-357.

de Unión de Centro Democrático prefería el 12 de octubre, cuyo contenido implicaba reconocer que la nación española no había surgido en 1978 sino que tenía una larga y gloriosa historia. La fiesta fue certificada por un decreto de 1981. Con los socialistas ya en el poder, nuevos debates parlamentarios desembocaron en un acuerdo por el cual la mayoría de las opciones políticas aceptaba los argumentos historicistas. Así pues, una ley aprobada en 1987 explicaba que «la fecha elegida, el 12 de octubre, simboliza la efemérides histórica en la que España, a punto de concluir un proceso de construcción del estado a partir de nuestra pluralidad cultural y política, y la integración de los reinos de España en una misma monarquía, inicia un periodo de proyección lingüística y cultural más allá de los límites europeos». Con un lenguaje algo retorcido y eufemístico, se subrayaban no obstante los hitos tradicionales: la unidad estatal y la expansión ultramarina. Lo más grande que España había hecho, lo que merecía la pena conmemorar[24].

El triunfo del 12 de octubre se explicaba asimismo porque todas las élites democráticas apostaron por Iberoamérica —un término sin las resonancias nacional-católicas de la Hispanidad, que no desapareció por completo— como una línea esencial en sus estrategias internacionales, compatible con la necesaria integración española en las instituciones europeas. La nueva España debía ocupar un lugar destacado en la escena mundial como puente entre Europa y América. En este contexto, la proximidad del quinto centenario del descubrimiento alimentó planes iniciados por la UCD y asumidos con energía por los socialistas de Felipe González, que gobernaron entre 1982 y 1996 e hicieron de la modernización del país el eje de su discurso. Su patriotismo enlazaba con el liberal-regeneracionista y ponía el foco en el progreso, la solidaridad entre comunidades autónomas y una activa política exterior. Las inevitables referencias históricas tiraban de personajes como Bartolomé de las Casas, adalid de los indígenas, o el libertador Simón Bolívar, y reivindicaban una identidad múltiple que no olvidaba la expulsión de los judíos en 1492. El proyecto estelar del centenario, la Exposición Universal de Sevilla en 1992, se dedicó a la era de los descubrimientos y

---

[24] VERNET I LLOBET, 2003. HUMLEBAEK, 2004. Cita en Ley 18/1987, de 7 de octubre, que establece el día de la Fiesta Nacional de España en el 12 de octubre.

articuló una estrategia política y cultural de largo alcance: frente a la nostalgia imperial de 1929, España se presentaba como un país puntero en la era de la globalización, que disponía de un dorado precedente gracias a la gesta colombina. Dotada de presupuestos estatales inéditos hasta entonces en estas tareas, la conmemoración interpretó lo acaecido cinco siglos atrás como el *encuentro entre dos mundos,* lo cual intentaba obviar las sombras de la conquista que en aquella coyuntura ponían sobre el tablero mundial los grupos indigenistas y quienes trataban de corregir el relato triunfal del evento. Se fomentaron los estudios americanistas, se imprimieron billetes de banco con temas alusivos y se patrocinaron grandes producciones cinematográficas de alcance mundial, como *1492: Conquest of Paradise* (de Ridley Scott, 1992). Un relativo éxito en términos de imagen[25].

El quinto centenario se dejó sentir, más allá de la Expo'92, en la proyección transatlántica de la política española. A partir de 1991, las cumbres iberoamericanas, que reunían cada año —en fechas cercanas al 12 de octubre— a los jefes de estado y de gobierno de unos veinte países de América, junto a los de España y Portugal, se convirtieron en una de las herramientas preferidas de la acción exterior diseñada por Madrid. Su razón de ser se hallaba en la denominada Comunidad Iberoamericana de Naciones, espacio cimentado en lazos históricos y valores culturales cuyo entendimiento debía promover la visibilidad de España. Una España rica y con intereses empresariales crecientes en sus antiguas colonias, que ahora prescindía de la antigua retórica materno-filial para no herir sensibilidades. Su posición sobresaliente se enfatizaba por otros medios, como la continua presencia del rey Juan Carlos, que, más allá del empeño compartido desde la transición a la democracia por identificar patria y monarquía parlamentaria, se había transformado en una especie de patriarca supranacional, el único protagonista de las conferencias que no cambiaba año tras año. Más activo en estas lides que Alfonso XIII, ese papel simbólico se realzó además con viajes constantes. En 2013, su mala salud le impidió por vez primera acudir a una cumbre, la celebrada en Panamá para coincidir con

[25] Trouillot, 1995, pp. 136-140. Maddox, 2004. Quaggio, 2016.

el quinto centenario del avistamiento del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa, objeto de eventos académicos y expositivos que remarcaban el papel de España en el Pacífico[26].

Sin embargo, la ola contestataria que promovieron desde el cambio de siglo los políticos de la izquierda *bolivariana,* acaudillados por el presidente venezolano Hugo Chávez, descafeinó los logros anteriores. Arreciaron las denuncias del genocidio desatado en 1492 contra las poblaciones originarias y de la prepotencia de los *nuevos conquistadores* empresariales. Venezuela declaró el 12 de octubre en 2002 Día de la Resistencia Indígena y marcó el camino a otros países como Nicaragua (que lo dedicó también a la resistencia), Bolivia (a la descolonización), Argentina (al respeto a la diversidad cultural) o Ecuador (a la interculturalidad). Más que desaparecer, la conmemoración mutó de contenido, al tiempo que comenzaron a desmontarse las estatuas de Colón y de otros personajes asociados a la colonia, en una tendencia que también golpeó a Estados Unidos y a su *Columbus Day.* Un célebre rifirrafe entre el rey y Chávez, en 2007, hizo patentes las fricciones entre los españoles y algunos de sus socios en las cumbres iberoamericanas. Desde 2014, año de la abdicación de don Juan Carlos, su deterioro —con múltiples ausencias y escasos resultados— obligó a hacerlas bianuales. En esa atmósfera, la participación de España en los bicentenarios de las independencias americanas resultaba incómoda, de manera que su diplomacia se volvió más que prudente: no podía permitirse, como recomendaba un analista, «hablar más alto que los países latinoamericanos» en semejante oportunidad, aunque intentó no pasar desapercibida. El gobierno español creó una comisión para el acontecimiento y nombró embajador extraordinario al expresidente Felipe González, con abundantes contactos americanos. Pero el papel de España, secundario o inexistente, contrastó de forma drástica con su protagonismo de 1910-1911. Así ocurrió en Argentina, donde la presidenta peronista —Cristina Fernández— quiso marcar distancias con el centenario de un siglo atrás, apoteosis de una oligarquía antidemócrata que había «traído como protagonista central de los festejos a un miembro de la Casa Real de España». La colectividad española se limitó a figurar, sin distingos, junto a las

---

[26] ARENAL, 2005. Sobre el papel de la monarquía, MORENO LUZÓN, 2013. *El País,* 14 de octubre de 2013.

demás comunidades de inmigrantes. México, dirigido por el conservador Partido Acción Nacional, se mostró más hispanófilo e invitó a militares y deportistas, mientras ambos gobiernos intercambiaban banderas históricas. De todos modos, un tono muy por debajo de las ambiciones hispánicas de otros tiempos[27].

Entre tanto, la fiesta nacional española perdió de forma gradual su naturaleza iberoamericanista. A partir de 1996, la llegada del Partido Popular al poder trajo consigo un intento consciente de renacionalización de España, que a juicio de los conservadores se veía en peligro por el avance de los nacionalismos subestatales, ante todo el catalán y el vasco, que había amparado el estado autonómico. La ministra de Educación Esperanza Aguirre propugnó, sin muchos resultados, el refuerzo de la historia de España en los programas escolares, al tiempo que se desplegaba una nueva *centenariomanía* que afectaba por ejemplo a Antonio Cánovas del Castillo, el arquitecto de la Restauración asesinado en 1897 y referente del conservadurismo español; a los monarcas del siglo XVI, alabados por sus sentimientos renacentistas; y al hito insoslayable de 1898, releído en clave normalizadora. La bulimia conmemorativa alcanzó de lleno a España y dio pábulo a la creación de múltiples comisiones y sociedades estatales[28]. Dentro de ese marco, el gobierno de José María Aznar dio mayor envergadura a las ceremonias del 12 de octubre en 1997, trasladando el desfile de las fuerzas armadas a ese día y el acto de recuerdo a los caídos por España —que hasta entonces se desarrollaba ante el monumento a los héroes del Dos de Mayo, del siglo XIX— a la plaza de Colón. Un espacio enorme, rodeado de referencias al descubrimiento y adecuado para homenajear a la bandera nacional. El 12 de octubre de 2001 se instaló en esa plaza —síntesis emblemática del renacido españolismo— una enseña gigantesca que los nacionalistas periféricos consideraron una afrenta y que se izó desde entonces en fechas señaladas, como la de la fiesta nacional[29].

---

[27] MALAMUD, 2008, cita en p. 3. http://www.bicentenarios.gob.es/. *El País*, 24 de mayo de 2010. Cita de Cristina Fernández, en su discurso presidencial del bicentenario, 25 de mayo de 2010, en PEROCHENA, 2013, p. 15.

[28] Antonio ELORZA, «De Mao al Escorial», *El País*, 16 de junio de 1998. NORA, 1992, 1997.

[29] *Abc*, 13 de octubre de 1997. *El País*, 3 de octubre de 2002. MORENO LUZÓN y NÚÑEZ SEIXAS, 2017, pp. 386-393.

El 12 de octubre acentuó de ese modo su carácter casi exclusivamente militar, con la gran parada como número central retransmitido por televisión, aunque hubiera una recepción en palacio y otros actos. No se libró de conflictos, como el levantado —ya bajo mandato social-demócrata— por el papel protagonista otorgado a un veterano de la División Azul falangista en 2004 o por los repetidos abucheos al presidente Rodríguez Zapatero a cargo de derechistas airados, síntoma de partidismo que se reavivó contra Pedro Sánchez a partir de 2018. La que había comenzado como una conmemoración promovida por la sociedad civil era ya una festividad oficial desprovista de un eco popular que superara el de los espectadores que contemplaban el desfile o el de la masiva ofrenda de flores zaragozana a la virgen del Pilar. Tan solo el festival *Viva América,* un evento cultural que terminaba con una marcha folclórica de los inmigrantes latinoamericanos por el centro de Madrid, recordó entre 2007 y 2011 el origen hispánico de la celebración[30].

No obstante, el agudizamiento de los contenciosos nacionalistas revitalizó la fiesta durante la década pasada. En un complejo proceso que arrancó con claridad en 2012, los pujos soberanos del nacionalismo catalán dieron paso a una abierta búsqueda de la independencia respecto al estado español. Ante las manifestaciones secesionistas, que cada 11 de septiembre —la *Diada* catalana— sacaban a la calle a cientos de miles de personas, los partidarios de mantener a Cataluña dentro de España otorgaron al 12 de octubre un nuevo significado, de defensa del *statu quo* político y más extendido a ras de suelo. En Barcelona se concentraban, convocadas por la emergente sociedad civil constitucionalista, gentes de diversas organizaciones provistas de banderas españolas y catalanas, contrapuestas a las *estelades* del independentismo. Aparecieron también pequeños grupos ultraderechistas y se sumó Vox, el partido recién nacido que, con su españolismo xenófobo, más se beneficiaba del clima de tensión en curso. A su vez, los gobernantes nacionalistas catalanes boicoteaban la fecha y la consideraban laborable[31].

---

[30] *El País,* 13 de octubre de 2004. García Sebastiani y Marcilhacy, 2013.

[31] Véanse *La Vanguardia,* 13 de octubre de 2012 y 12 de octubre de 2018; y *El País,* 11 de octubre de 2012, 12 de octubre de 2013 y 14 de octubre de 2016.

Por otro lado, resurgieron los debates sobre una efeméride que incomodaba a una parte de la opinión. La izquierda de Podemos rechazaba sus concomitancias coloniales —incluso genocidas— y su carácter militarista, y algunas voces en su seno proponían sustituirla por el 19 de marzo o el 23 de abril. También hubo quienes añoraban, desde posiciones más templadas, el 6 de diciembre. Cuando el gobierno de la Generalitat convocó un referéndum ilegal de autodeterminación el 1 de octubre de 2017, la fiesta española movilizó a la ciudadanía y a las instituciones en torno al rey Felipe VI, quien había intervenido para garantizar la unidad del país. Las derechas intelectuales y políticas endurecieron el lenguaje y recuperaron la exaltación de la Hispanidad. Así, María Elvira Roca Barea, ensayista de enorme éxito y defensora incansable del imperio español frente a la *leyenda negra* protestante, habló aquel día 12 de una «Hispanidad con futuro», basada en el mestizaje y la lengua compartida. Pablo Casado, presidente del Partido Popular, afirmó en 2018 que la Hispanidad era «el hito más importante de la humanidad, solo comparable a la romanización». Más nacionalismo no significaba más consenso[32].

La conmemoración que no cesa

La recreación mítica de Miguel de Cervantes y de sus criaturas literarias constituyó todo un éxito, tal vez el de mayores repercusiones para la moderna identidad española. Los supuestos en que se basaba se consolidaron con el paso del siglo XIX al XX y muchos de ellos, transformados, siguen todavía en vigor. Naturalmente, la importancia que adquirieron estos emblemas no les libraron de discrepancias entre las versiones nacionalistas más consolidadas, cuyos respectivos partidarios trataron de apropiárselos. Pero tales matices pasaron a un segundo plano ante las ventajas de mostrar como española —incluso como quintaesencia de lo español— una

---

[32] Podemos, en *El País*, 14 de octubre de 2015; y *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Comisiones*, núm. 641, 23 de octubre de 2018. «Discrepar de la fiesta», *El País*, 13 de octubre de 2016. María Elvira Roca Barea, «Hispanidad con futuro», *El Mundo*, 12 de octubre de 2017. Cita de Casado, en *El País*, 15 de octubre de 2018.

creación reconocida como una de las más sobresalientes de la literatura universal. En todo caso, casi nadie discutió la necesidad de que todos los españoles, para serlo en plenitud, conocieran y amasen el *Quijote*. Las exaltadas conmemoraciones cervantinas, tras su arranque en 1905 y 1916, se prolongaron hasta el cuarto centenario de su nacimiento en 1947. En 2005 y en su coda de 2016, al festejarse los cuatrocientos años del *Quijote* y de la muerte del escritor, se abandonaron algunas interpretaciones y se actualizaron otras. Entre tanto, ese siglo de celebraciones asentó la presencia de Cervantes y su obra en la escuela, como instrumento privilegiado de nacionalización, y renovó su recuerdo en el día del libro, transformando cada 23 de abril —aniversario de su fallecimiento— en una fiesta de importancia nacional creciente e inusitado consenso.

De los centenarios de comienzos de siglo quedaron los tropos nacionalistas, varias ediciones de los clásicos y algunos museos y estatuas. La dictadura del general Primo de Rivera procuró, dentro de sus campañas españolistas, la finalización del gran monumento de Madrid, que ilustró —junto a la efigie del escritor y una escena del *Quijote*— los billetes de cien pesetas diseñados entonces, aunque no pudo inaugurarlo completo el día 12 de octubre de 1929, como había previsto. Lo esencial ya estaba hecho, pero el repudio de las fuerzas republicanas hizo que lo rematasen las autoridades franquistas: sus últimas piezas se incorporaron en 1960. Sin embargo, al final el desgraciado monumento tuvo algo de suerte, porque la gigantesca fachada del Edificio España, terminado a su espalda en 1953 con un lenguaje afín, nacionalista de matices barrocos, le proporcionó un encuadre grandioso y una perspectiva fotogénica, salvados *in extremis* de la última reforma de la plaza. Sus figuras aparecieron en imágenes turísticas y sellos conmemorativos, y un atentado del grupo independentista canario MPAIAC decapitó en 1978 la alegoría de la literatura, lo cual confirmaba su identificación con España[33]. En su estela se multiplicaron las representaciones monumentales de Cervantes y el *Quijote,* promovidas por organismos y autoridades locales. Ya en la década de 1980, el

[33] *El País,* 3 de febrero de 1978. Decreto de 20 de noviembre de 2018, por el que se declara Bien de Interés Patrimonial de la Comunidad de Madrid el monumento a Cervantes en la plaza de España, en Madrid.

alcalde socialista de Madrid, Enrique Tierno Galván, regaló copias de la pequeña estatua ubicada en la plaza de las Cortes a sus ciudades hermanas de Moscú, Nueva York, La Paz y Pekín. Incluso se reprodujeron las esculturas de Coullaut Valera en la plaza de Cervantes de San Sebastián y también en la de España de Bruselas, con motivo de la presidencia española de la Comunidad Europea en 1989. Pese a sus controvertidos inicios, su valor como iconos nacionales parecía ya indiscutible.

Los personajes cervantinos se volvieron omnipresentes en toda clase de manifestaciones culturales. Durante la Guerra Civil se utilizaron en la propaganda bélica, mezclados con otras imágenes nacionalistas. Así, en la zona republicana se asociaban al amor por la justicia y la libertad, tenido por un rasgo consubstancial del pueblo español. Por ejemplo, el pabellón de España en la exposición internacional de París de 1937 recogía en sus paneles frases de don Quijote: *On doit exposer sa/vie pour la liberté.* Y en la película anarquista *Aguiluchos de la FAI por tierras de Aragón* (1936) se alababa al miliciano Buenaventura Durruti en estos términos: «Durruti, protagonista de mil aventuras heroicas, desciende de El Empecinado y de don Quijote, posee la valentía y la temeridad del bravo guerrillero de la independencia que, con sus cachorros, hundió en el fango las glorias del invasor Bonaparte; y posee también los fervores justicieros del hidalgo de la Mancha, esencia de nuestro propio espíritu». Para el anarquismo, don Quijote simbolizaba el indómito carácter revolucionario de los españoles[34]. Más adelante, la interpretación esencialista de la obra subsistió entre los exiliados que consideraban a Cervantes uno de los suyos, parte de esa sana tradición española que se fundía con la lucha popular contra las injusticias. La autoridad moral y el dolor del destierro permitían comprender mejor que nunca el legado patriótico del escritor. Los muchos poemas que le ofreció León Felipe veían en don Quijote la encarnación de aquel pueblo, derrotado pero aún vivo; mientras un famoso boceto de Pablo Picasso, publicado en 1955 por una revista francesa con el fin de conmemorar el 350 aniversario del *Quijote,* se erigía en una de las imágenes más reconocibles del caballero. Para el

[34] Alix Trueba, 1987.

cuarto centenario del nacimiento de Cervantes en 1947, el servicio en español de la BBC, encabezado por un grupo de republicanos en el exilio, emitió una ambiciosa versión de la novela en forma de radioteatro[35].

El franquismo empleó a Cervantes en sentido contrario, como representación de otra España inmortal, la hidalga y cristiana. El centenario de 1947-1948 acogió múltiples actividades organizadas por el Movimiento Nacional y por el Ministerio de Educación, con un eco dispar. La conmemoración permitió reconstruir la capilla de Alcalá donde había sido bautizado Cervantes, destruida por republicanos en 1936 y reinaugurada por el dictador. Proliferaron también iniciativas locales a cargo de municipios, cajas de ahorros, escuelas, instituciones culturales y bibliotecas. Se fomentaron rutas turísticas y publicaciones de lo más diverso. A juicio de las élites dictatoriales, el centenario podía aprovecharse para responder al ostracismo internacional recurriendo a un hito que recordaba las glorias de España y su ascendiente sobre la Hispanidad. Se hacía patente la voluntad de ensalzar la importancia de un idioma, el de Cervantes, en el que tantos millones de personas hablaban y rezaban. Y la Asamblea de Cervantistas celebrada por entonces se concebía como una reunión de intelectuales que luego podrían contar fuera la verdad sobre el país, para lo cual se les sometió a un régimen de excursiones, ceremonias religiosas y actos solemnes[36]. En los discursos del ministro José Ibáñez Martín se afirmaba que los españoles defendían como don Quijote sus ideales y que, frente a la nueva amenaza que venía de Oriente, la «del gran turco de la hoz y el martillo», la España antimaterialista se disponía de nuevo a la lucha, acompañada por sus naciones hermanas[37].

Cervantes era, ante todo, para los círculos franquistas, un católico comprometido con la monarquía española, militar y héroe en la batalla de Lepanto. Entre los homenajes más sentidos figuró el del Cuerpo de Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria,

---

[35] Pulido, 2008. Glondys, 2016. Ayuso-Rodríguez, 2019.

[36] Mostaza, 1948.

[37] *Símbolos hispánicos del Quijote. Discurso pronunciado en la Real Academia de la Lengua por el Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional, con motivo de las Fiestas del IV Centenario de Miguel de Cervantes*, s. c., s. e., s. a. (cita en p. 10).

presidido por el general legionario José Millán Astray y al frente de cuyo escalafón figuraba el genio, «herido y mutilado en la más alta ocasión que vieron los tiempos pasados, los presentes y esperan ver los venideros»[38]. El peso de Lepanto fue tan grande que en 1947 se solaparon y confundieron los centenarios de Cervantes y de don Juan de Austria, comandante que había derrotado a los turcos. Los cervantistas visitaron en el monasterio de El Escorial la tumba de don Juan y emitieron loas a Franco como gobernante tradicional y cristiano. Y el 7 de octubre, aniversario de la batalla y del nacimiento de Cervantes, recorrió el centro de Madrid una procesión en la que desfilaron estandartes e imágenes sagradas que habían viajado con la flota en 1571. Como el Cristo de Lepanto, traído desde la catedral de Barcelona, que también había presidido las ceremonias de la victoria franquista en 1940. El llamado *cristo de las batallas,* parado ante el balcón donde el Caudillo, con uniforme de la armada, se codeaba con los asambleístas cervantinos, resumía bien la filosofía del centenario. Una ocasión que, según uno de sus impulsores, José María Pemán, había pecado de una excesiva presencia oficial y carecido de libros importantes[39]. Aunque sí dejó una película notable, *Don Quijote de la Mancha* (de Rafael Gil, 1947). Era la primera gran producción española sobre el tema, respaldada con dinero público y estrenada con las bendiciones de la dictadura. En el estilo teatral y acartonado de CIFESA, daba al relato un sesgo que subrayaba la fe católica del protagonista y su fama posterior. Otros filmes se dedicaron bajo el franquismo a glosar escenas o personajes del *Quijote,* aunque con menos profusión y alcance que los centrados en la Guerra de la Independencia[40].

De la misma manera, la conmemoración adquirió un especial relieve en algunos países latinoamericanos, donde seguían vivas las lecturas *hagiográficas* o *evangélicas* de la obra cervantina, con numerosos ensayos, sesiones literarias y otros actos de fuerte contenido identitario. Como en Cuba, donde la apropiación nacional de estos símbolos se volcó en fiestas que abarcaron publicaciones,

---

[38] Millán Astray, 1947, p. 616.

[39] *Abc,* 8 de octubre de 1947. José María Pemán, «Balance cultural de 1947», *La Vanguardia Española,* 1 de enero de 1948.

[40] Herranz, 2005, pp. 51-72.

conferencias y exposiciones en centros académicos y clubes privados, representaciones callejeras de los *Entremeses,* emisiones radiofónicas y concursos en las sociedades de emigrantes. El poeta José Martí, padre de la patria, se elevaba a la categoría de héroe quijotil, personificación del «sacrificio ante el ideal»[41]. O en Argentina, donde los homenajes a Cervantes de la intelectualidad antifranquista se contraponían al del presidente Juan Domingo Perón, uno de los escasos apoyos exteriores de Franco, que dedicó un discurso el Día de la Raza al asunto: a su juicio, recordar a Cervantes significaba «reverenciar a la Madre Patria», origen de «una comunidad cultural hispanoamericana de la que somos parte y una continuidad histórica que tiene raíces», cuya manifestación viva era el *Quijote.* Al mismo tiempo, en varios puntos del continente se celebraba el *quijotismo* como algo muy hispánico: el individualismo llevado hasta sus últimas consecuencias. El escritor y político mexicano José Vasconcelos renovaba para la ocasión la creencia en la identidad quijotesca común, pues españoles y americanos habían forjado su alma con la lengua de Castilla y el espíritu del *Quijote,* presente tanto en la conquista como en las independencias. En el centenario —afirmaba al modo de Rodó— aquella obra podía hablar «por veinte repúblicas, para decir que prefiere la locura insensata, pero sublime, del héroe de Cervantes a la prudente cautela de Hamlet, cuyos vástagos lograron dominar la tierra». Los tópicos cuajados a comienzos de siglo seguían vigentes[42].

Los diversos centenarios promovieron, como uno de sus efectos más perdurables en España, la presencia del *Quijote* en las escuelas. Muchas se bautizaron durante el siglo con el nombre de Cervantes, empezando por las graduadas que desde sus inicios aspiraban a modernizar los métodos de enseñanza. Lo mismo que teatros, calles y plazas de todo el país, mientras sus libros salpicaban los programas didácticos. Pero el *Quijote* no era una lectura cualquiera, sino uno de los vehículos fundamentales de nacionalización de los españoles. Fue este un empeño especial de los regeneracionistas liberales.

---

[41] Fernández, 2005, p. 12. Baujín, 2015. *Revista Cubana,* vol. XXII (1947), cita en p. 5. *Vida Gallega* (La Habana), 25 de julio de 1947, p. 27.

[42] Cita en *Abc,* 14 de octubre de 1947. Mañach, 1950. Vasconcelos, 1947, cita en p. 14.

Como Eduardo Vincenti, político especializado en asuntos educativos que publicó una edición escolar en 1905 porque, a su juicio y el de otros reformadores, los niños debían aprender a «venerar el santo nombre de la Patria en la celebración de una de sus más legítimas glorias». Para ser un buen ciudadano español había que conocer la *Biblia nacional.* Si los alemanes estudiaban a Goethe y los ingleses a Shakespeare, aquí tocaba hacer lo propio con Cervantes. Después de varios intentos, ese anhelo se logró a partir de 1920: por decisión de otro liberal, el ministro Natalio Rivas, en las escuelas nacionales los maestros debían dedicar todos los días el primer cuarto de hora de clase a leer y explicar un fragmento del libro. Y ello pese a las recomendaciones en contra de pedagogos e intelectuales que no consideraban aquel tomazo en castellano del siglo XVII una buena guía para aprender a leer. No faltaron quienes pensaran que la obligatoriedad provocaba más rechazo que otra cosa. Pero las disposiciones oficiales incrementaron las adaptaciones y ediciones infantiles, o las colecciones de fragmentos comentados de la obra. La lectura del *Quijote* se introdujo, entre los años veinte y los cincuenta, en la rutina diaria de los escolares españoles[43].

Había que dominar el texto, pero sobre todo extraer lecciones de su interior, con frecuencia sobre España y la manera de ser de los españoles. Aunque muchos pensaran que del *Quijote* podían sacarse enseñanzas sobre cualquier disciplina, el imperativo patriótico conformaba la principal razón para aproximarse a él. En sus versiones más entregadas, como en los libros infantiles del escritor nacional-católico Manuel Siurot, don Quijote se comunicaba con otras glorias patrias como el Cid para convertir España en su nueva Dulcinea[44]. Además, desde 1901 los ejercicios escritos y orales del examen de ingreso, obligatorio a los diez años de edad para pasar de la primera a la segunda enseñanza, se hacían sobre textos del *Quijote,* una norma que estuvo vigente nada menos que hasta 1970 y que obligó a familiarizarse con el libro a sucesivas cohortes enfrentadas a la prueba[45]. Su uso en la escuela persistió hasta nuestros

---

[43] Pozo Andrés, 2000, pp. 192-196. Tiana Ferrer, 2004. Guereña, 2008, cita en p. 159.

[44] González Faraco, 2010, p. 128.

[45] Ruiz Berrio, 2007.

días. Mantuvo su posición central entre las herramientas para enseñar la lengua castellana durante la primera etapa de la dictadura franquista, con numerosas reediciones, y desde los años cincuenta su estudio se refugió en la historia de la literatura[46]. En el tardofranquismo, cuando las exaltaciones nacionalistas se relajaron un tanto, los libros de lectura más difundidos, como los de la editorial Santillana, desarrollaban un canon literario que, en buena ortodoxia castellanista, partía del romancero medieval y, con el *Quijote* como núcleo, hacía hincapié en la generación del 98.

En cualquier caso, la conmemoración más recurrente de las ofrecidas a Cervantes en el siglo XX hay que buscarla en el recuerdo de su fallecimiento cada 23 de abril, en la Fiesta o Día del Libro. Antes de instituirse como tal, ya era la fecha elegida por la Real Academia Española para sus honras fúnebres anuales. Pero en la década de los treinta se convirtió en una celebración de alcance y acuerdo inusitados. Al principio se situó la festividad el 7 de octubre, supuesto cumpleaños cervantino, y fue una iniciativa de los profesionales, en concreto de la Cámara Oficial del Libro y de la Propiedad Intelectual de Barcelona, donde el editor Vicente Clavel deseaba dedicar un día a «la exaltación de los valores culturales y patrióticos que en el libro se refunden». El gobierno de Primo de Rivera la aceptó y dio en 1926 orden de «propulsar la cultura, rendir pleitesía a los genios de la raza, divulgar las concepciones de los escritores nacionales y facilitar la expansión de la lengua y del alma hispánicas»[47]. Se previeron actos en todos los centros culturales y educativos, militares, de beneficencia y penitenciarios; además de la creación de bibliotecas y el reparto de ejemplares. Tuvieron un papel protagonista las cámaras gremiales, sobre todo la de Barcelona, y pronto se impuso el carácter comercial de la festividad, pues esa semana se aplicaba un descuento en el precio de los libros. En 1930 el ministerio decidió trasladarla a abril para que no coincidiese con el comienzo de curso y con el 12 de octubre, por lo que desde 1931 se consagró el día de San Jorge a recordar, decía un diario conservador, «la figura excelsa [...] que simbólicamente representa

---

[46] Tiana Ferrer, 2004.

[47] Cendán Pazos, 1989, citas en pp. 15 y 17. La última, en RD de 6 de febrero de 1926.

a España y a la raza». La coincidencia con el mercado de rosas en Barcelona dio lugar a la tradición de regalar también flores ese día. La feria del libro de Madrid, inaugurada en 1933, acompañó aquel año a los festejos que proliferaron por diversas ciudades a lo largo del periodo republicano para democratizar el acceso a la lectura. Durante la Guerra Civil se celebró en ambas zonas y se impregnó de matices militantes[48].

La época franquista asistió a una cierta decadencia de la fiesta, que, no obstante, dio lugar a distintas manifestaciones, como cabalgatas con motivos cervantinos a cargo de estudiantes y coros de la Sección Femenina de Falange o las ofrendas florales ante el monumento de la Plaza de España. En los años sesenta se montaron grandes festivales infantiles para distribuir miles de ejemplares y el Ministerio de Información y Turismo patrocinó campañas en favor del libro español. Los contenidos nacionalistas se diluyeron en el auge mercantil, que tenía en Barcelona, donde los escritores famosos firmaban sus obras ese día, su punto álgido. En realidad, la expansión del día del libro se produjo ya en la transición a la democracia. La nueva monarquía le proporcionó desde 1976 un gran esplendor cultural cada año en la Universidad de Alcalá con la entrega, que solían presidir los reyes, del premio Miguel de Cervantes de literatura en lengua española al conjunto de la obra de un escritor. Una ceremonia muy emotiva, en la cual los premiados dedicaban sus discursos a glosar la obra cervantina y que se puso al servicio de la reconciliación nacional cuando, como en 1984 con Rafael Alberti, se reconoció a un autor del exilio. Pero el 23 de abril adquirió además connotaciones populares gracias a instituciones locales, centros de enseñanza y asociaciones que honraron a Cervantes en exposiciones, concursos o programas de radio. La actividad más visible a nivel nacional fueron las lecturas públicas del *Quijote,* a veces en su totalidad y de una manera ininterrumpida, liturgias casi religiosas —de comunión alrededor del libro sagrado— y muy participativas. La del Círculo de Bellas Artes de Madrid, con asistencia de gentes famosas, se celebró desde 1996 y la iniciaba el premio Cervantes. La fecha adquirió asimismo un

---

[48] Cita en *Abc,* 22 de abril de 1931, p. 29. Véase también, por ejemplo, *Luz,* 24 de abril de 1933.

carácter internacional cuando la UNESCO la declaró Día Mundial del Libro y de los Derechos de Autor, en 1995, y Naciones Unidas Día del Idioma Español, en 2010.

El culto cervantino se desarrolló de un modo extraordinario en los tiempos democráticos recientes. Se perdió en buena parte el esencialismo de inicios del Novecientos, con su búsqueda incansable de lo español, pero persistió el enaltecimiento de la lengua castellana, celebrando su expansión por el mundo y su valor económico. Los mensajes dominantes subrayaron que, en contraste con las otras culturas peninsulares, la española disponía de un idioma hablado en dos continentes por trescientos o cuatrocientos millones de personas; y que, como creyeron opinantes de cualquier procedencia, todo español había de conocer —y disfrutar— la obra cumbre de su cultura. Los distintos gobiernos se esforzaron por difundirla. Por ejemplo, a través de la televisión pública, TVE, que emprendió grandes proyectos sobre el *Quijote*. Como una serie de dibujos animados de 1979-1981, supervisada por un académico y un cervantista, acompañada por una campaña de difusión entre el público infantil de juguetes, cómics y discos. Años más tarde, la emisora oficial, ahora bajo un gobierno socialista, abordó una ambiciosa producción, con actores de primera fila y guiones encargados a Camilo José Cela, premio Nobel de Literatura en 1989. Es decir, provista de todos los efectivos disponibles para ganar prestigio y éxito. Solo se realizó la primera parte, dirigida por Manuel Gutiérrez Aragón y estrenada en 1992, más innovadora y menos grandilocuente que la versión de Gil[49]. En vísperas del quinto centenario del descubrimiento de América, en 1991, se creó el Instituto Cervantes, a imagen del British Institute o del Goethe alemán, para enseñar y difundir la lengua española en el mundo. Su patronato se reunía todos los años en torno al 12 de octubre y, ante él y junto a los embajadores americanos, el rey pronunciaba discursos de tonos nacionalistas en los que ligaba las loas al idioma castellano con las referidas a la comunidad iberoamericana. De algún modo, ese día se erigió también en fiesta cervantina. La España al fin europeizada que entró en la unión monetaria eligió

[49] HERRANZ, 2005, pp. 72-98 y 279-293.

la efigie de Cervantes —como la de don Quijote, habitual en los billetes y sellos de varias épocas— para las monedas de 10, 20 y 50 céntimos de euro.

Todo este despliegue culminó con la celebración del cuarto centenario de la publicación del *Quijote* en 2005. Las polémicas sobre el mismo reflejaron el ambiente político de los años previos, muy tenso por el duro enfrentamiento entre las políticas nacionalistas de José María Aznar y las respuestas de la izquierda, que llegó al poder en 2004 con voluntad de rectificar el rumbo aznarista y orquestó la conmemoración en mitad de un debate identitario acerca de los nuevos estatutos de autonomía. Desde muy pronto —así lo expuso ya en un debate de 2001— el jefe socialista, Rodríguez Zapatero, se propuso hacer del centenario el centro de la política cultural española: «queremos —declaraba poco antes de ganar las elecciones— que el *Quijote* sea nuestro embajador en el mundo. Queremos que sea el estandarte por el que nos identifiquen y por el que nos valoren»[50]. Más aún, este político se identificaba con el quijotismo, entendido como categoría moral de quienes deseaban transformar la sociedad o practicar la tolerancia europeísta. En contraste con la apuesta bélica de Aznar, que se había unido en 2003 a la guerra emprendida por Estados Unidos en Irak, la cultura, con el *Quijote* en su centro, debía servir para promover la paz y evitar el choque de civilizaciones[51]. Frente a este discurso, los medios intelectuales y políticos contrarios reaccionaron de manera muy tajante y atacaron la idea de Cervantes como símbolo pacifista. Así, José María Marco, autor de algunos libros firmados por Aznar, recordaba la misión histórica de España, de «defensa de Occidente» desde la Reconquista hasta Lepanto, muy actual porque nuestra civilización estaba en crisis, como en tiempos de Cervantes, y se la jugaba en Irak. El filósofo Gustavo Bueno sentenciaba que, lejos de ser un emblema de tolerancia, el *Quijote* alababa el empleo de las armas y justificaba una visión del imperio

---

[50] «Reportaje: los planes de Zapatero. Cultura. La legislatura del *Quijote*. Objetivo: exportar conocimiento», *El País*, 21 de marzo de 2004.

[51] «La ministra defiende la paz como principio esencial», *El País*, 24 de abril de 2004. José SANROMA ALDEA, «Cervantes, don Quijote, Bush y Bin Laden», *Abc*, 21 de octubre de 2004.

español capaz de inspirar guerras como las que España tenía que emprender a comienzos del siglo XXI[52].

Más allá de estas opiniones, el cuarto centenario se vivió, en plena expansión económica, con decenas de congresos y ciclos de conferencias, publicaciones de distinta índole, ediciones baratas, concursos literarios y escolares, semanas de cine, funciones de teatro, música y danza y rutas turísticas, con abundantes recursos y multitud de páginas en Internet. Destacaron las grandes exposiciones sobre el *Quijote* en las artes o la España del *Quijote*. Y el Instituto Cervantes organizó actividades para reivindicar lo español y lo hispano. Las celebraciones, en paralelo a las de un siglo atrás, tuvieron un fuerte sabor localista y regional. Como la semana cervantina de Alcalá de Henares, donde el 9 de octubre —día del bautizo de Cervantes— es fiesta local, pues «Alcalá es a Cervantes, lo que Stratford a Shakespeare, lo que Nantes a Julio Verne o lo que Salzburgo a Mozart»[53]. O la exhibición cultural de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, el poder autonómico que hizo del *Quijote* el emblema más significativo de la identidad regional construida de arriba abajo durante tres décadas. Los gobernantes castellano-manchegos presumían de haberse adelantado al gobierno de España con su programación conmemorativa y de prever 2005 actos para aquel año. Su presidente, el socialista José María Barreda, no tenía dudas: «conmemoramos un libro y celebramos una tierra»[54]. Hubo voces, como la del académico Francisco Rico, que abominaron del uso del *Quijote* como símbolo nacional, pero eso no impidió que muchos protagonistas retomaran viejos argumentos: todos los españoles tenían que acceder, casi como si ejercieran un derecho, al *Quijote* en ediciones buenas y baratas; y la conmemoración debía tener dimensiones hispanoamericanas. El cuarto centenario festejó la riqueza de una lengua cuyo uso se extendía cada vez más, aumentando su influencia y su capacidad para generar negocios[55].

---

[52] José María MARCO, «El ejemplo de Cervantes», *El Mundo,* 13 de mayo de 2004. BUENO, 2005.

[53] http://www.alcalacultural.com/eventos-culturales/Semana+Cervantina/11.

[54] Jesús MARCHAMALO, «Quijote que algo queda», *ABCD Cultural,* 12 de febrero de 2005, citas en p. 12.

[55] RODRÍGUEZ LAFUENTE, 2005. César Antonio MOLINA, «Y Cervantes se va a América», *El País,* 1 de marzo de 2005.

Desde entonces, las conmemoraciones cervantinas sufrieron los efectos de la crisis económica y la agudización de los conflictos nacionalistas en España. La de 2016 fue una versión reducida de la de 2005, con una notable proyección internacional. Como había ocurrido cien años antes, resultaron inevitables las comparaciones melancólicas con los festejos shakespearianos. En cuanto a los impulsos nacionalistas, uno de los más chocantes consistió en la renovada búsqueda de los restos mortales del escritor, en el convento de Madrid donde al parecer estaban enterrados. La alcaldesa conservadora Ana Botella, esposa de Aznar, patrocinó el hallazgo y le elevó un monumento funerario para saldar, dijo, «una deuda de orgullo con el extraordinario legado de historia y cultura de la gran nación que es España»[56]. En Cataluña, la fiesta de Sant Jordi cada 23 de abril, en la que hasta entonces habían convivido sin problemas la promoción de la lengua catalana con las alabanzas a Cervantes, se vio contaminada por el *procés*. Mientras el independentismo procuraba marcarla con sus emblemas y terminó por inundarla de rosas amarillas —el color de la protesta contra el encarcelamiento de sus dirigentes en 2017—, los constitucionalistas denunciaban la politización de una fecha popular. La deriva soberanista convirtió asimismo a Cervantes, por vez primera de un modo tan explícito, en arma arrojadiza: los sectores radicales del nacionalismo catalán reivindicaron su improbable catalanidad o prefirieron boicotear los homenajes que se le rendían desde el lado contrario[57].

Lo que no cambió en estos últimos años fue la dimensión latinoamericana de las celebraciones. No solo por los intercambios culturales entre España y los otros países de lengua castellana en 2005 o 2016, sino también por la pujanza del culto a Cervantes en ciertos lugares. Como la ciudad mexicana de Guanajuato, cuyo museo inconográfico del *Quijote* —construido sobre la colección del exiliado español Eulalio Ferrer— le proporcionó una seña

---

[56] «El IV Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes finaliza con la participación de más de 3,2 millones ciudadanos en 519 actividades», *Nota de prensa del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte,* 1 de junio de 2017. «Inglés, rico; español, pobre», *El Mundo,* 17 de abril de 2016. «Un monumento funerario recuerda desde hoy a Cervantes en las Trinitarias», http://www.rae.es/noticias/un-monumento-funerario-recuerda-desde-hoy-cervantes-en-las-trinitarias.

[57] *La Vanguardia,* 24 de abril de 2017 y 2018. *Abc,* 8 de junio de 2018.

idiosincrática inconfundible y un gran festival de artes escénicas. Y la argentina de Azul, en torno a una biblioteca cervantina; o la colombiana de Popayán, donde, en un alarde de realismo mágico, sostenían que allí estaba enterrado el hidalgo manchego. La novela todavía se consideraba una lectura provechosa para los escolares y la población en general: los gobiernos de México y Venezuela, por ejemplo, distribuyeron un millón de ejemplares gratuitos cada uno en 2005. Las academias de la lengua colaboraron para alumbrar ese año una nueva edición popular. El programa español de 2016, en fin, se centraba en América Latina y aprovechaba la red oficial de centros culturales —como los del Instituto Cervantes— para divulgar la obra cervantina, al tiempo que se expandía la costumbre de leerla de forma colectiva. Era este un terreno en el que no se apreciaban discrepancias de fondo entre unos estados u otros, si bien las tendencias políticas más conservadoras recreaban los lazos históricos con España y las izquierdistas preferían ensalzar los valores universales del desfacedor de entuertos que buscaba un mundo mejor. En palabras de Hugo Chávez, de 2005, «somos, en cierto modo, adeptos de Don Quijote»[58].

* * *

En definitiva, desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, el imaginario nacional español se ha nutrido de unos cuantos mitos y emblemas muy poderosos, capaces de persistir en las más diversas coyunturas. Las principales versiones del españolismo —la confesional autoritaria y la liberal-democrática, por no mencionar la fascista o las de la izquierda obrera— reconocieron su relevancia y su utilidad, aunque a menudo les otorgaran contenidos distintos. Las dictaduras difundieron a través de ellos visiones que concebían a España como una nación católica y jerarquizada, cuya imposición provocó tanto la aquiescencia de unos como el hastío y el rechazo de otros. Para superarlos, la democracia actualizó discursos liberales que buscaban

---

[58] *Comisión Nacional para la Conmemoración del IV Centenario de la Muerte de Cervantes, Programa de actividades,* Madrid, s. e., 2016. CHAPARRO DOMÍNGUEZ, 2012, cita de Chávez en p. 77.

las potencialidades modernizadoras de los relatos españolistas. Con sus conmemoraciones, en aniversarios y centenarios, los distintos agentes nacionalistas se apropiaron de ellos y los difundieron a través de diferentes vías nacionalizadoras. De la escuela y los monumentos al cine y la televisión, de las exposiciones y los ciclos de conferencias a las ceremonias religiosas y militares.

Pese a las transformaciones sufridas en cuanto a sus medios y su envergadura, las conmemoraciones patrióticas mostraron algunos rasgos duraderos. Como el anclaje de los festejos en las identidades locales y regionales, compatibles en su mayor parte con las exaltaciones nacionalistas porque constituían caminos de acceso a la identidad nacional. Esa característica, muy arraigada en el nacionalismo español, aseguraba la participación popular en las efemérides y les aportaba por tanto eficacia y solidez. Del mismo modo, el estado no siempre actuó como principal incitador de las empresas españolistas, sino que el protagonismo correspondió a veces a la sociedad civil. A lo largo de cien años, eso sí, pudo advertirse una tendencia constante al crecimiento de la intervención pública, fuera de las administraciones centrales, de las municipales y, en las últimas décadas, de las autonómicas. La corona representó además un papel simbólico destacable, ya en el reinado de Alfonso XIII pero sobre todo en el de su nieto Juan Carlos I, quien, con altibajos, logró representar a la nación asociándose a sus mitos.

La historia se reveló, como en otros nacionalismos, una cantera inagotable de motivos con los que movilizar a la población y, con mayor frecuencia, legitimar los poderes establecidos. Así ocurrió con la Guerra de la Independencia o con el descubrimiento y —en menor medida— la conquista de América, epopeyas del pasado a las que se podía recurrir para sublimar el orgullo nacional, promover la cohesión de la sociedad y proyectar tareas comunes. Sin embargo, el conjunto simbólico-mitológico que más adhesiones concitó y cuyo desarrollo resultó más llamativo, el formado por Cervantes y el *Quijote,* remitía a la lengua castellana como componente fundamental de lo español y, por extensión, de lo hispánico. Esa carga cultural, tan apegada al idioma, tenía la ventaja de eliminar los aspectos más peliagudos de los conflictos históricos, pero dificultaba la construcción de un imaginario integrador que incorporara a las culturas españolas no castellanas en una identidad política compartida. Una y otra vez, los patriotismos cívicos —por

ejemplo, el vinculado a la Constitución de 1812 o a la de 1978— cedieron ante la reivindicación de factores étnico-culturales, mucho más atractivos. El grueso de la contestación, no muy beligerante hasta hace poco tiempo, provino pues de los sectores nacionalistas subestatales.

El nacionalismo español, tal y como mostraron sus conmemoraciones entre 1905 y 2016, generó polémicas y experimentó vaivenes, pero no podría considerarse un nacionalismo raquítico o demediado. Más aún, los tres mitos centrales aquí estudiados se vincularon y reforzaron entre sí. El 12 de octubre, la fiesta nacional más longeva y la única que resultó viable a largo plazo, se solapaba con la festividad religiosa de la virgen del Pilar, ligada a los sitios de Zaragoza durante la Guerra de la Independencia. Pero los solapamientos provenían ante todo del peso que América adquirió en el imaginario español, que sublimó en ella añoranzas imperiales y ambiciones internacionales hasta hacerlo dependiente de esa vertiente exterior. Cervantes —cumbre de la lengua— se enarboló como bandera de la comunidad hispanoamericana imaginada que aspiraba a encabezar España. Como aseguró Carlos Fuentes, premio Cervantes en 1987, a ambos lados del Océano Atlántico se extendía *el territorio de La Mancha*[59].

[59] Carlos Fuentes, «Territorio de La Mancha», *El País*, 24 de marzo de 2007.

AGRADECIMIENTOS Y REFERENCIAS

Centenariomanía es el resultado final de un trabajo disperso pero persistente, realizado gracias a numerosos amigos y colegas que con sus comentarios y sugerencias, o con sus propios hallazgos, contribuyeron a darle forma. Resulta difícil exagerar la influencia que ha ejercido sobre mí el Seminario de Historia del Instituto Universitario Ortega y Gasset, de Madrid. Unos cuantos capitulos del libro se discutieron en ese foro y en los que albergaron los proyectos de investigación que, financiados por el Gobierno de España, permitieron durante años viajes y reuniones. Son los siguientes: «Imaginarios nacionalistas e identidad nacional española en el siglo XX» (HAR2008-06252-C02-02), «La nación desde la raíz. Nacionalismo español y sociedad civil en el siglo XX» (HAR2012-37963-C02-01) y «La nación en escena: símbolos, conmemoraciones y exposiciones, entre España y América Latina (1890-2010)» (HAR2016-75002-P). Además, una Beca Complutense Del Amo hizo posible mi estancia en la Universidad de California, San Diego.

Me gustaría agradecer aquí su ayuda, de manera especial, a Gustavo Alares, José Álvarez Junco, Edward Baker, Alda Blanco, Lucía Blasco Mayor, Pablo Bornstein, Zira Box, Carolyn P. Boyd, Paula Bruno, Diego Caro Cancela, Félix Chirú, Christian Demange, Fernando Devoto, Eloy Fernández Clemente, Carlos Forcadell, Marcela García Sebastiani, Virginia Guedea, Rodrigo Gutiérrez Viñuales, Stephen Jacobson, David Marcilhacy, Alberto Martín del Valle, Carmen Mateos Alonso, Stéphane Michonneau, Xosé M.

Núñez Seixas, Pablo Ortemberg, Ignacio Peiró, Tomás Pérez Vejo, Pamela Radcliff, Maurizio Ridolfi, Miguel Rodríguez y Eric Storm. Agradezco asimismo su confianza incondicional a mi editor, Carlos Pascual del Pino. A la memoria de Santos Juliá, que inspiró muchas de mis reflexiones aunque él no lo supiera, está dedicado el libro.

Los textos que aquí se reúnen aparecieron —en versiones menos actualizadas y generalmente más breves— como artículos o capítulos de libros colectivos. Los avatares de la vida académica española, que obligan a atender múltiples compromisos y a acumular pequeños méritos para obtener reconocimientos necesarios, me llevaron a fragmentar esta obra, concebida casi desde el comienzo como una unidad coherente, en diversas piezas que ahora han encajado por fin entre sí:

El capítulo primero proviene de «Conmemoraciones, nacionalismo e historia cultural de la política», en Marcela García Sebastiani (ed.), *12 de octubre: cien años de hispanoamericanismo e identidades transnacionales,* Madrid, Ediciones Complutense, 2021, pp. 13-28. El segundo, de «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de la Independencia», *Historia y Política,* núm. 12 (2004), pp. 41-78. El tercero, de «Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y centenario de las independencias en 1910-1911», *Historia Mexicana,* vol. LX(1)237 (2010), pp. 561-640. El cuarto, de «Memoria de la nación liberal. El primer centenario de las Cortes de Cádiz», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea,* núm. 52 (2003), pp. 207-235; y de «Patriotas o traidores. El debate político sobre las Cortes de Cádiz en el primer centenario (1910-1912)», en Marieta Cantos y Lola Lozano Salvador (eds.), *Dos siglos llaman a la puerta (1812-2012),* Cádiz, Universidad de Cádiz, 2013, pp. 171-193. El quinto, de «Herederos de Balboa. España y la construcción de identidades en California y Panamá a comienzos del siglo XX», *Anuario Instituto de Estudios Histórico-Sociales,* vol. 32/1 (2017), pp. 155-178. El sexto, de «El genio de la raza. Las conmemoraciones cervantinas a comienzos del siglo XX, entre lo nacional y lo transnacional», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* núm. 50/2 (2020), pp. 67-90. Y el séptimo, de «Por amor a las glorias patrias. La persistencia de los grandes mitos nacionales en las conmemoraciones españolistas (1905-2008)», en Ludger Mees (ed.), *La celebración de la nación. Símbolos, mitos y lugares de memoria,* Granada, Comares, 2012, pp. 215-244.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma (1997, 1999), «Pérez Galdós, Benito», en BLAS GUERRERO (dir.), pp. 608-611.

— (2008), *Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada,* Madrid, Alianza Editorial.

ALARES LÓPEZ, Gustavo (2017), *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura,* Madrid, Marcial Pons Historia.

ALCALÁ-ZAMORA, Niceto (1977, 1998), *Memorias,* Barcelona, Planeta.

ALIX TRUEBA, Josefina (1987), *Pabellón español 1937. Exposición internacional de París,* Madrid, Ministerio de Cultura.

ALONSO LÓPEZ, Jesús (2008), «1808-1950: Agustina de Aragón, estrella invitada del cine histórico franquista», en ÁLVAREZ BARRIENTOS (ed.), pp. 379-400.

ALTAMIRA, Rafael (1909), *España en América,* Valencia, F. Sempere y Cía.

— (1911, 2007), *Mi viaje a América (Libro de documentos),* Oviedo, Universidad de Oviedo.

— (1915, 2008), «La huella de España en el Pacífico», en *La huella de España en América,* Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 107-135.

— (1948), *Homenaje a Cervantes,* México, Imp. Universitaria.

ALTOLAGUIRRE, Ángel de (1914), *Vasco Núñez de Balboa,* Madrid, Patronato de Huérfanos de Intendencia.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2007), «"Príncipe de los Ingenios". Acerca de la conversión de Cervantes en "escritor nacional"», en LOLO (ed.), pp. 89-114.

— (ed.) (2008), *La Guerra de la Independencia en la cultura española,* Madrid, Siglo XXI.

ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo (2002), *El antisemitismo en España. La imagen del judío (1812-2002),* Madrid, Marcial Pons Historia.

ÁLVAREZ JUNCO, José (1994, 2019), «La invención de la Guerra de la Independencia», en *A las barricadas. Cultura, identidad y movilización política,* Madrid, Ediciones Complutense, pp. 205-233.

— (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid, Taurus.

— (2016), «Cervantes y la identidad nacional», en LUCÍA MEJÍAS (dir.), pp. 185-199.

— (ed.) (2013), *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad,* Barcelona, Crítica-Marcial Pons Historia.

ANASAGASTI, Teodoro, y CAPUZ, José (1912), *Reseña explicativa del Monumento a las Cortes de Cádiz,* Madrid, Imp. de la Bolsa.

ANASAGASTI, Teodoro de, e INURRIA, Mateo (1916), *Memoria explicativa del proyecto de erección de un monumento a Miguel de Cervantes,* Madrid, Juan Pueyo.

ANDERSON, Benedict (1983, 1991), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism,* Londres, Verso.

ARAGUAS, Philippe (2000), «Le style mudéjar et l'architecture néo-mudéjare comme composantes de l'idéologie nationaliste dans l'Espagne de la fin du XIXe siècle et du début du XXe siècle», en SERRANO (dir.), pp. 73-92.

ARAM, Bethany (2008), *Leyenda negra y leyendas doradas en la conquista de América,* Madrid, Marcial Pons Historia.

ARENAL, Celestino del (2005), *Las cumbres iberoamericanas (1991-2005). Logros y desafíos,* Madrid, Siglo XXI-Fundación Carolina.

ARMAS Y CÁRDENAS, José de (Justo de LARA) (1905), *Cervantes y el «Quijote»,* La Habana, La Moderna Poesía.

ASSMANN, Aleida (2010), «Re-framing memory. Between individual and collective forms of constructing the past», en TILMANS, VAN VREE y WINTER (eds.), pp. 35-50.

AYUSO-RODRÍGUEZ, Elena (2019), «Génesis y realización del primer radioteatro de Don Quijote producido por la BBC en 1947», *Index. comunicación,* vol. 9 (2), pp. 35-53.

BAKER, Edward (2013), «La cultura conmemorativa», en ÁLVAREZ JUNCO (ed.), pp. 563-644.

BAIONI, Massimo; CONTI, Fulvio, y RIDOLFI, Maurizio (eds.) (2012), *Celebrare la nazione. Grandi anniversari e memorie pubbliche nella società contemporánea,* Milán, Silvana Editoriale.

BAUJÍN, José Antonio (coord.) (2015), *Del donoso y grande escrutinio del cervantismo en Cuba,* 3 vols., La Habana, Letras Cubanas.

BAZÁN DE HUERTA, Moisés (2015), «El concurso del monumento a Cervantes en Madrid a partir de los proyectos redactados y su fortuna crítica», en HERNÁNDEZ LATAS (coord.), pp. 55-74.

BELDA, José, y LABRA, Rafael M. (hijo) (1912), *El Centenario de 1812,* Madrid, Imprenta de Fortanet.

BERNABÉU ALBERT, Salvador (1987), *1892: el centenario del descubrimiento de América en España. Coyuntura y conmemoraciones,* Madrid, CSIC.

BILLIG, Michael, y MARINHO, Cristina (2017), *The Politics and Rhetoric of Commemoration. How the Portuguese Parliament Celebrates the 1974 Revolution,* Londres, Bloomsbury.

BLACK, Samuel F. (1913), *San Diego County, California,* vol.1 , Chicago, Clarke.

BLAS GUERRERO, Andrés (dir.) (1997, 1999), *Enciclopedia del nacionalismo,* Madrid, Alianza Editorial.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1890-1892, 2007), *Historia de la revolución española. Las Cortes de Cádiz,* edición de Pura FERNÁNDEZ, Cádiz, Diputación de Cádiz.

BLASCO IJAZO, José (1955), *Monumentos conmemorativos existentes en la Muy Noble, Muy Leal, Muy Heroica, Siempre Heroica, Muy Benéfica e Inmortal Ciudad de Zaragoza,* Zaragoza, La Cadiera.

BODNAR, John E. (1992), *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century,* Princeton, Princeton University Press.

BOKOVOY, Matthew F. (2005), *The San Diego World's Fairs and Southwestern Memory, 1880-1940,* Albuquerque, University of New Mexico Press.

BOONE, M. Elisabeth (2019), *«The Spanish Element in Our Nationality». Spain and America at the World's Fairs and Centennial Celebrations, 1876-1915,* University Park PA, The Pennsylvania State University Press.

BORRERO ECHEVERRÍA, Esteban (1905), *Alrededor del «Quijote»,* La Habana, La Moderna Poesía.

BOYD, Carolyn P. (1997, 2000), *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975,* Barcelona, Pomares-Corredor.

— (2004), «Un lugar de memoria olvidado: el Panteón de Hombres Ilustres de Madrid», *Historia y Política,* núm. 11, pp. 15-40.

BOX, Zira (2010), *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo,* Madrid, Alianza Editorial.

BRAOJOS GARRIDO, Alfonso (1992), *Alfonso XIII y la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929,* Sevilla, Universidad de Sevilla.

BRINKMANN, Sören (2002), «El uso público de la Historia regional: un monumento a Lanuza», en FORCADELL, FRÍAS, PEIRÓ y RÚJULA (coords.), pp. 61-73.

BUENO, Gustavo (2005), *España no es un mito. Claves para una defensa razonada,* Madrid, Temas de Hoy.

BURKE, Peter (2010), «Co-memorations. Performing the past», en TILMANS, VAN VREE y WINTER (eds.), pp. 105-118.

CABRERA, Miguel Ángel (2010), «La investigación histórica y el concepto de cultura política», en PÉREZ LEDESMA y SIERRA (eds.), pp. 19-85.

CALVO, Clara (2014), «Cervantes 1916. Literature as "Exquisite Neutrality"», en LEERSEN y RIGNEY (eds.), pp. 262-282.

CALZADA, Rafael (1927), *Cincuenta años en América. Notas autobiográficas,* vol. II, Buenos Aires, Jesús Menéndez.

CAMBA, Francisco, y MAS Y PI, Juan (1910), *Los españoles en el centenario argentino,* Buenos Aires, Imprenta Mestres.

CAMPOMAR, Marta (2009), *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española,* Madrid, Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset.

CAMPOS, Lara (2010), *Los relatos de la nación. Iconografía de la idea de España en los manuales escolares (1931-1983),* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

CANAL, Jordi (2018), *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña,* Barcelona, Península.

CANAL, Jordi, y MORENO LUZÓN, Javier (eds.) (2009), *Historia cultural de la política contemporánea,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

CANALEJAS, José (1912), *El Partido Liberal. Conversaciones con... 1.ª Serie,* Madrid, Establecimiento Tipográfico Editorial.

CANNADINE, David (1983, 1992), «The context, performance and meaning of ritual: the British monarchy and the "invention of tradition", c. 1820-1977», en HOBSBAWM y RANGER (eds.), pp. 101-164.

CARPENTIER, Alejo; PÉREZ GALDÓS, Benito, y BLANCO WHITE, José María (2008), *1808. El Dos de Mayo, tres miradas,* Madrid, Fundación Dos de Mayo, Nación y Libertad.

CARRASCO Y ENCINA, Jesús, y CUARTERO Y HUERTA, Enrique (1915), *Tercer Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra. Memoria del anteproyecto para la erección de un monumento a Cervantes en la plaza de España, de Madrid,* Madrid, s. e.

CASANOVA Y PATRÓN, Santiago (1911), *El Oratorio de San Felipe Neri,* Cádiz, Tipografía Comercial.

CASTELLS, Ricardo (2017), «Entre cubanos y peninsulares: la Universidad de La Habana y la conmemoración del tercer centenario de *Don Quijote* (1905)», trabajo inédito cortesía del autor.

CASTELLS OLIVÁN, Irene; ESPIGADO TOCINO, Gloria, y ROMEO MATEO, María Cruz (eds.) (2009), *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808,* Madrid, Cátedra.

— (2009), «Heroínas para la patria, madres para la nación: mujeres en pie de guerra», en CASTELLS OLIVÁN, ESPIGADO TOCINO y ROMEO MATEO (eds.), pp. 15-54.

CASTRO, Adolfo de (1913), *Secretaría del Congreso de los Diputados. Cortes de Cádiz. Complementos de las sesiones verificadas en la isla de León y en Cádiz,* t. I, Madrid, Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco.

CASTRO, Demetrio (coord.) (2007), *Las lecturas de* El Quijote. *Sentidos e interpretaciones,* Pamplona, Universidad Pública de Navarra.

CENARRO, Ángela (1997), «La Reina de la Hispanidad. Fascismo y nacionalcatolicismo en Zaragoza», *Revista de Historia del Instituto Jerónimo Zurita,* núm. 72, pp. 91-101.

CENDÁN PAZOS, Fernando (1989), *La Fiesta del Libro en España. Crónica y miscelánea,* Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

CERVANTES, Miguel de (1605-1616, 1998), *Don Quijote de la Mancha,* edición de Francisco RICO, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica.

CHANET, Jean-François (1996), *L'école républicaine et les petites patries,* s. l., Aubier.

CHAPARRO DOMÍNGUEZ, María Ángeles (2012), «Las celebraciones del III y IV Centenario del Quijote en Hispanoamérica a través de la prensa española de 1905 y 2005», *Anales Cervantinos,* vol. XLIV, pp. 65-82.

CHIRÚ BARRIOS, Félix Javier (2011), «Conmemoraciones y monumentalidad: las políticas de la memoria en Panamá, 1903-1931», tesis doctoral, San José, Universidad de Costa Rica.

CIRIA Y NASARRE, Higinio (1910), *Folleto dedicado a la democracia de ahora engendrada en las Cortes de Cádiz, nacida en las Constituyentes de la Gloriosa de 1868, y declarada mayor de edad en las ordinarias actuales (las del público anhelo) de 1910,* Madrid, Imprenta Ducazcal.

CLOSE, Anthony (1998), «Las interpretaciones del *Quijote*», en CERVANTES (1605-1616, 1998), vol. I, pp. cxliii-clxv.

— (2005), *La concepción romántica del «Quijote»,* Barcelona, Crítica.

COMENGE, Rafael (1909), *Congreso de los Diputados. Antología de las Cortes de Cádiz arreglada por... según encargo del Excmo. Sr. Presidente del Congreso de los Diputados,* Madrid, Establecimiento Tipográfico Hijos de J. A. García.

CONFINO, Alon (1997), «Collective memory and cultural history: problems of method», *The American Historical Review,* núm. 102/5, pp. 1386-1403.

DABROWSKI, Patrice Marie (2004), *Commemorations and the Shaping of Modern Poland,* Bloomington, Indiana University Press.

DALLA CORTE, Gabriela (2005), *Casa de América de Barcelona (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional,* Madrid, LID.

DELANTY, Gerard, y KUMAR, Krishan (eds.) (2006), *The SAGE Handbook of Nations and Nationalism,* Londres, SAGE Publications.

DELGADO, Lorenzo, y ELIZALDE, María Dolores (eds.) (2005), *España y Estados Unidos en el siglo XX,* Madrid, CSIC.

DELGADO BRACKENBURY, Manuel, y TRAVER TOMÁS, Vicente (1915), *Razonamiento estético seguido en la composición de un monumento a Miguel de Cervantes Saavedra y memorias descriptivas de las dos soluciones que presentan...,* Sevilla, Imprenta de la «Guía Oficial».

DEMANGE, Christian (2004), *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958),* Madrid, Marcial Pons Historia.

— (2004-2006), «Mémoires de la Guerre d'Indépendance: le Centenaire des Cortès de Cadix ou le libéralisme en question», *Bulletin d'Histoire contemporaine de l'Espagne,* núm. 37-42, pp. 259-296.

— (2007), «La construcción nacional vista desde las conmemoraciones del primer centenario de la Guerra de la Independencia», en DEMANGE, GÉAL, HOCQUELLET y MICHONNEAU (eds.), pp. 111-134.

DEMANGE, Christian; GÉAL, Pierre; HOCQUELLET, Richard; MICHONNEAU, Stéphane, y SALGUES, Marie (eds.) (2007), *Sombras de mayo. Mitos y memorias de la Guerra de la Independencia en España (1808-1908),* Madrid, Casa de Velázquez.

DI FEBO, Giuliana (2002), *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista,* Bilbao, Desclée de Brouwer.

DIECKHOFF, Alain, y JAFFRELOT, Christophe (dirs.) (2006), *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques,* París, Sciences Po.

DUARTE, Ángel (1998), *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en Argentina (1875-1910),* Lérida, Milenio.

— (2012), «Spagna 2008: il bicentenario del 2 maggio. Capolinea?», en BAIONI, CONTI y RIDOLFI (eds.), pp. 364-379.

DURKHEIM, Émile (1912, 2007), *Las formas elementales de la vida religiosa,* Madrid, Akal.

ELGENIUS, Gabriella (2007), «The appeal of nationhood: national celebrations and commemorations in Europe», en YOUNG, ZUELOW y STURM (eds.), pp. 68-81.

— (2011), *Symbols of the Nations and Nationalism. Celebrating Nationhood,* Londres, Palgrave Macmillan.

ELGUERO, José (1910), *Discurso pronunciado por su autor en la festividad que, en honor del general don Nicolás Bravo, organizaron los vecinos del cuartel tercero de la ciudad de Morelia, el día 29 de septiembre de 1910,* Morelia, Tip. de Agustín Martínez Mier.

ESTEBAN DE VEGA, Mariano, y CALLE VELASCO, María Dolores de la (eds.) (2010), *Procesos de nacionalización en la España contemporánea,* Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.

FERNÁNDEZ, Teodosio (2005), «Prólogo», en GARCÍA SÁNCHEZ (comp.), pp. 7-15.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (2002), «Zaragoza y la Exposición Hispano-Francesa de 1908», conferencia inédita, cortesía del autor.

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao (1964), *Impresiones de un hombre de buena fe (1914-1919),* Madrid, Espasa-Calpe.

FERNÁNDEZ DE MIGUEL, Daniel (2012), *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español,* Zaragoza, Genueve Ediciones.

FERNÁNDEZ LORENZO, Patricia (2018), *Archer M. Huntington. El fundador de la Hispanic Society of America en España,* Madrid, Marcial Pons Historia-Fundación Alfonso Martín Escudero.

FLORIA, Carlos A., y GARCÍA BELSUNCE, César A. (1983), *Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983,* Madrid, Alianza Editorial.

FORCADELL, Carlos (1997), *Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908),* Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.

FORCADELL, Carlos; FRÍAS, Carmen; PEIRÓ, Ignacio, y RÚJULA, Pedro (coords.) (2002), *Usos públicos de la historia,* Zaragoza, Asociación de Historia Contemporánea, pp. 61-73.

GALLARDO Y DE FONT, Jerónimo (1910), *Apertura de las Cortes de Cádiz en 24 de septiembre de 1810,* Segovia, Imprenta de «El Adelantado»

GARCÍA, Genaro (1911), *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia de México,* México, Museo Nacional.

GARCÍA, Hugo (2008), «La Guerra de la Independencia en la cultura española», en ÁLVAREZ BARRIENTOS (ed.), pp. 351-378.

GARCÍA CABEZAS, Adolfo (1911), *Anteproyecto de organización para el mejor éxito de la celebración del centenario de las Cortes y Sitio de Cádiz,* Cádiz, Revista Médica.

GARCÍA GUTIÉRREZ, Agustín (1912), *1812-25-agosto-1912. Cádiz en la Guerra de la Independencia,* Cádiz, Manuel Álvarez Impresor.

GARCÍA LASAOSA, José (1984), *Basilio Paraíso. Industrial y político aragonés de la Restauración,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

GARCÍA MONTERO, Luis (ed.) (2005), *La poesía señor hidalgo. Antología de poemas cervantinos,* Madrid, Visor.

GARCÍA SÁNCHEZ, Jesús (comp.) (2005), *El Quijote visto desde América,* Madrid, Visor Libros.

GARCÍA SANZ, Jorge (2006), «Arte, arquitectura y arqueología españolas en la Exposición Internacional de Roma de 1911», en GÓMEZ-FERRER MORANT (ed.), s. p.

GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (2004), «Crear identidades y proyectar políticas de España en la Argentina en tiempos de transformación

del liberalismo. *El Diario Español* de Buenos Aires (1905-1912)», *Estudios Migratorios Latinoamericanos,* núm. 55, pp. 525-553.
— (2006), «El patriotismo de los españoles emigrantes en la Argentina», en GÓMEZ-FERRER MORANT (ed.), s. p.
— (2011), «Antonio Atienza y Medrano: institucionista en otras tierras», en GARCÍA SEBASTIANI (ed.), pp. 127-157.
— (2016), «América y el nacionalismo español: las fiestas del 12 de octubre, del franquismo a la democracia», *Historia y Política,* núm. 35, pp. 71-94.
— (ed.) (2011), *Patriotas entre naciones. Élites emigrantes españolas en Argentina (1870-1940),* Madrid, Editorial Complutense.
— (ed.) (2020), *El 12 de octubre: 100 años de hispanoamericanismo e identidades transnacionales,* Madrid, Ediciones Complutense.
GARCÍA SEBASTIANI, Marcela, y MARCILHACY, David (2013), «América y la fiesta del 12 de octubre», en MORENO LUZÓN y NÚÑEZ SEIXAS (eds.), pp. 364-398.
GARCÍA-MAZAS, José (1962), *El poeta y la escultora. La España que Huntington conoció,* Madrid, Revista de Occidente.
GARCÍA-PELAYO, Manuel (1964, 1991), «Mitos y símbolos políticos», en *Obras completas,* vol. I, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, pp. 907-1031.
GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel, y ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis (coords.) (2008), *El Quijote y el pensamiento teórico-literario,* Madrid, CSIC.
GEISLER, Michael E. (2009), «The calendar conundrum: national days as unstable signifiers», en MCCRONE y MCPHERSON (eds.), pp. 10-25.
— (ed.) (2005), *National Symbols, Fractured Identities. Contesting the National Narrative,* Lebanon NH, University Press of New England.
GENTILE, Emilio (2007, 2014), *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi,* Bari, Laterza.
GERCHUNOFF, Alberto (1916), *Nuestro Señor Don Quijote,* San José de Costa Rica, J. García Monge-Alsina.
GILLIS, John R. (1994), «Memory and identity: the history of a relationship», en GILLIS (ed.), pp. 3-24.
— (ed.) (1994), *Commemorations. The Politics of National Identity,* Princeton, Princeton University Press.
GLONDYS, Olga (2016), «El homenaje a Cervantes en la revista *Realidad* (1947), la construcción de una tercera vía al margen de la guerra político-cultural entre el Franquismo y el Exilio», *Laberintos. Revista de estudios sobre los exilios culturales españoles,* núm. 18, pp. 341-354.
GÓMEZ BARDAJÍ, Julio; GÓMEZ BARDAJÍ, Joaquín, y ORTIZ DE BURGOS, José (1912), *Crónica del Centenario de la instalación de las Cortes*

Generales y Extraordinarias llamadas de Cádiz, Madrid, Apéndice a los Anales Parlamentarios correspondientes a la Legislatura de 1910.

GÓMEZ BARDAJÍ, Julio; GÓMEZ BARDAJÍ, José, y ORTIZ DE BURGOS, José (1915), *Anales parlamentarios. Cortes de 1910. Segunda legislatura, 1911 a 1914,* Madrid, s. e.

GÓMEZ VILLAFRANCA, Román (1912), *Los extremeños en las Cortes de Cádiz,* Badajoz, Tipografía y Librería de A. Arqueros.

GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe (ed.) (2006), *Modernizar España. 1898-1914,* Madrid, Universidad Complutense de Madrid (CD).

GONZÁLEZ, Luis (2000), «El liberalismo triunfante», en *Historia general de México,* México DF, El Colegio de México, pp. 633-705.

GONZÁLEZ, María Jesús (2003), «El rey de los conservadores», en MORENO LUZÓN (ed.), pp. 111-149.

GONZÁLEZ ARÓSTEGUI, Mely del Rosario (2003), «Fernando Ortiz y la polémica del panhispanismo y el panamericanismo en los albores del siglo XX en Cuba», *Revista de Hispanismo Filosófico,* núm. 8, pp. 5-18.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos (2003), *Maeztu. Biografía de un nacionalista español,* Madrid, Marcial Pons Historia.

GONZÁLEZ FARACO, Juan Carlos (2010), *Lecturas educativas del* Quijote. *Textos e iconografía escolar,* Madrid, Biblioteca Nueva.

GRANADOS GARCÍA, Aimer (2003), «Visiones encontradas en la celebración de la independencia mexicana a finales del siglo XIX», *Revista de Indias,* vol. LXIII, núm. 228, pp. 441-458.

GREENHALGH, Peter (1988), *Ephemeral Vistas. The «Expositions Universelles», Great Exhibitions and World's Fairs, 1851-1939,* Manchester, Manchester University Press.

GUEDEA, Virginia (2009), «La historia en los centenarios de 1910 y 1921», en GUEDEA (ed.), pp. 21-107.

— (ed.) (2009), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921),* México, Fondo de Cultura Económica-UNAM.

GUEREÑA, Jean-Louis (2008), «¿Un icono nacional? La instrumentalización del *Quijote* en el espacio escolar en el primer tercio del siglo XX», *Bulletin Hispanique,* vol. 110/1, pp. 145-190.

GUTIÉRREZ, Carlos M. (1999), «Cervantes, un proyecto de modernidad para el Fin de Siglo (1880-1905)», *Cervantes,* vol. 19/1, pp. 113-124.

GUTIÉRREZ VIÑUALES, Rodrigo (2003), *La pintura argentina. Identidad nacional e hispanismo (1900-1930),* Granada, Universidad de Granada.

— (2004), *Monumento conmemorativo y espacio público en Iberoamérica,* Madrid, Cátedra.

HALL, Morgan C. (2003), «El rey imaginado. La construcción política de la imagen de Alfonso XIII», en MORENO LUZÓN (ed.), pp. 59-82.

HENDLEY, Matthew C. (2012), «Cultural mobilization and British responses to cultural transfer in total war: the Shakespeare tercentenary of 1916», *First World War Studies,* vol. 3/1, pp. 25-49.

HERAS ESTEBAN, Helena de las (2005-2006), «El monumento a Cervantes en Valencia, obra de Mariano Benlliure», *Ars Longa,* núm. 14-15, pp. 313-321.

HERNÁNDEZ BURGOS, Claudio (2011), «La "cultura del tiempo" en España: la Guerra de la Independencia en el discurso del franquismo», *Historia Actual Online,* núm. 25, pp. 145-158.

HERNÁNDEZ LATAS, José Antonio (coord.) (2015), *El arte público a través de su documentación gráfica y literaria,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (1994), «Rafael María de Labra y Cadrana (1841-1919). Una biografía política», *Revista de Indias,* vol. LIV, núm. 200, pp. 107-136.

HERRANZ, Ferran (2005), *El* Quijote *y el cine,* Madrid, Cátedra.

HOBSBAWM, Eric (1983, 1992), «Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914», en HOBSBAWM y RANGER (eds.), pp. 263-307.

HOBSBAWM, Eric, y RANGER, Terence (eds.) (1983, 1992), *The Invention of Tradition,* Cambridge, Cambridge University Press.

HUMLEBAEK, Carsten (2004), «La Constitución de 1978 como *lugar de memoria* en España», *Historia y Política,* núm. 12, pp. 187-210.

JIMÉNEZ ZORZO, Francisco Javier; MARTÍNEZ BUENAGA, Ignacio; MARTÍNEZ PRADES, José Antonio, y MARTÍNEZ VERÓN, Jesús (2004), *Aragón y las exposiciones,* Zaragoza, Biblioteca Aragonesa de Cultura.

JUAN GARCÍA, Natalia, y ARRUGA SAHÚN, Jorge (2003), «La Exposición Hispano-Francesa de 1908», *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar» de Ibercaja,* núm. xc, pp. 115-220.

JULIÁ, Santos (2011), *Elogio de Historia en tiempo de Memoria,* Madrid, Marcial Pons Historia.

KAGAN, Richard L. (2010), «The Spanish *Craze* in the United States: Cultural Entitlement and the Appropriation of Spain's Cultural Patrimony, ca. 1890-ca. 1930», *Revista Complutense de Historia de América,*, vol. 36, pp. 37-58.

— (2019), *The Spanish Craze. America's Fascination with the Hispanic World, 1779-1939,* Lincoln, University of Nebraska Press.

KÖRESAAR, Ene (2014), «Concepts around selected pasts: on "mnemonic turn" in cultural research», *Folklore. EJF,* vol. 57, pp. 7-28.

KROPP, Phoebe S. (1999), «"All Our Yesterdays": The Spanish Fantasy Past and the Politics of Public Memory in Southern California, 1884-1939», tesis doctoral, San Diego, University of California.

LABRA, Rafael María de (1913a), *En honor de Canalejas. Discurso pronunciado en el Centro de Cultura Hispano-Americana el día 12 de noviembre de 1913,* Madrid, Establecimiento Tipográfico de *El Liberal.*

— (1913b), *El Panteón Doceañista de Cádiz. La conmemoración española de 1912,* Madrid, Est. Tipográfico de Fortanet.

LAREDO, Eladio, y SENTENACH, Narciso (1915), *Proyecto de Monumento a Cervantes,* Madrid, Imprenta de San Francisco de Sales.

LEBOVICS, Herman (1994), «Creating the authentic France: struggles over French identity in the first half of the Twentieth Century», en GILLIS (ed.), pp. 239-257.

LEERSEN, Joep, y RIGNEY, Ann (eds.) (2014), *Commemorating Writers in Nineteenth Century Europe,* Londres, Palgrave Macmillan.

LIDA, Clara E. (1997), *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español,* México, Siglo XXI-Colegio de México.

— (2006), «Los españoles en el México independiente: 1821-1959», *Historia Mexicana,* vol. LVI, 2, pp. 613-650.

— (coord.) (1981), *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato,* México, El Colegio de México.

LOLO, Begoña (ed.) (2007), *Cervantes y el Quijote en la música,* Madrid, Centro de Estudios Cervantinos.

LÓPEZ PELÁEZ, Antolín (1916), *Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra,* Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.

LÓPEZ SÁNCHEZ, José María (2007), «La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires», *Revista de Indias,* vol. LXVII, núm. 239, pp. 81-102.

LÓPEZ SERRANO, Alfredo (2002), *El general Polavieja y su actividad política y militar,* Madrid, Ministerio de Defensa.

LUCÍA MEJÍAS, José Manuel (dir.) (2016), *Miguel de Cervantes: de la vida al mito (1616-2016),* Madrid, Biblioteca Nacional-Acción Cultural Española.

LUMMIS, Charles F. (1916), *Los exploradores españoles del siglo XVI. Vindicación de la acción colonizadora española en América,* Barcelona, Araluce.

M.S.B. (1912), *El Centenario de las Cortes de Cádiz,* Madrid, Imprenta «Sindicato de la Publicidad».

MAC GREGOR, Josefina (1992), *México y España: del Porfiriato a la Revolución,* México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

MACMILLAN, Margaret (2010), *Juegos peligrosos. Usos y abusos de la historia,* Barcelona, Ariel.

MADDOX, Richard (2004), *The Best of All Possible Islands. Seville's Universal Exposition, the New Spain, and the New Europe,* Albany NY, State University of New York Press.

MAINER, José-Carlos (1997, 2004), «III. Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)», en *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España,* 2.ª edición aumentada, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, pp. 125-180.

MALAMUD, Carlos (2008), *Los riesgos de España frente a los bicentenarios: populismos, nacionalismos e indigenismos,* Madrid, Real Instituto Elcano, Documento de Trabajo núm. 34/2008.

MAÑACH, Jorge (1950), *Examen de quijotismo,* Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

MARCILHACY, David (2006), «Une histoire culturelle de l'hispanoaméricanisme (1910-1930)», tesis doctoral, Université de Paris III.

— (2010), *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

MARÍAS, Julián (1990, 2003), *Cervantes clave española,* Madrid, Alianza Editorial.

MAROTO DE LAS HERAS, Jesús (2007), *Guerra de la Independencia. Imágenes en cine y televisión,* Madrid, Cacitel.

MARTÍNEZ DE CASTILLA MUÑOZ, Nuria (ed.) (2008), *Don Quijote en el Ateneo de Madrid,* Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

MARTÍNEZ HERRANZ, Amparo (1991), «La obra gráfica producida a raíz de la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza de 1908», *Seminario de Arte Aragonés,* núm. 45, pp. 185-239.

MARTÍNEZ VERÓN, Jesús (1984), *Arquitectura de la Exposición Hispano-Francesa de 1908,* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

MARTÍNEZ Y ZAPATERO, Rafael, y COULLAUT VALERA, Lorenzo (1916), *Proyecto del Monumento a Miguel de Cervantes Saavedra,* Madrid, s. e.

MATEOS ALONSO, Carmen (2003), «La conmemoración del primer centenario del sitio, las Cortes y la Constitución de 1812», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo,* núm. 11, pp. 179-192.

MCCRONE, David, y MCPHERSON, Gayle (eds.) (2009), *National Days. Constructing and Mobilising National Identity,* Londres, Palgrave Macmillan.

MÉNDEZ PEREIRA, Octavio (1914), *Cervantes y el Quijote apócrifo,* Panamá, Imprenta Nacional.

— (1934), *Núñez de Balboa. El tesoro de Dabaibe,* Madrid, Nuestra Raza.

MÉNDEZ PEREIRA, Octavio, y MARTÍNEZ, Cirilo J. (1916), *Elementos de Instrucción Cívica,* Panamá, Esto y Aquello.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1880-1882, 1992), *Historia de los heterodoxos españoles,* 3 vols., Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

MENÉNDEZ ROBLES, María Luisa (2006), *El marqués de la Vega Inclán y los orígenes del turismo en España,* Madrid, Ministerio de Industria, Turismo y Comercio.

MEZA, Ramón (1905), «Don Quijote como tipo ideal», en BAUJÍN (ed.) (2015), vol. 1, pp. 85-100.

MICHONNEAU, Stéphane (2002), *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites,* Vich, Eumo Editorial.

— (2005), «Gerona, baluarte de España. La conmemoración de los sitios de Gerona en los siglos XIX y XX», *Historia y Política,* vol. 14, pp. 191-218.

MILLÁN ASTRAY, José (1947), «Miguel de Cervantes, caballero mutilado de guerra por la Patria», *Medicina y Cirugía de Guerra. Revista Informativa del Cuerpo de Sanidad Militar,* núm. 9, s. p.

MOLINA, Fernando, y CABO VILLAVERDE, Miguel (2011), «An Inconvenient Nation: Nation-Building and National Identity in Moderr Spain. The Historiographical Debate», en VAN GINDERACHTER ; BEYEN (eds.), pp. 47-72.

MONEDERO ORDÓÑEZ, Dionisio (1895, 1901), *Conferencias patrióticas,* Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

MONSONÍS MONFORT, Manuel V. (2010), *Cervantes en los monumentos,* Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

MONTERO JIMÉNEZ, José Antonio (2011), *El despertar de la gran potencia. Las relaciones entre España y los Estados Unidos (1898-1930),* Madrid, Biblioteca Nueva.

MOORE, Sarah J. (2013), *Empire on Display: San Francisco's Panama-Pacific International Exposition of 1915,* Oklahoma, University of Oklahoma Press.

MORENO LUZÓN, Javier (2007), «Introducción: el fin de la melancolía», en MORENO LUZÓN (ed.), pp. 13-24.

— (2013), «¿"El rey de todos los españoles"? Monarquía y nación», en MORENO LUZÓN y NÚÑEZ SEIXAS (eds.), pp. 133-167.

— (2014), «Condensar el alma de España. Archer M. Huntington y la internacionalización de la cultura española», en *La internacionalización de la cultura española. La encrucijada de 1914,* Madrid, Residencia de Estudiantes/Acción Cultural Española, pp. 267-274.

— (2016), «"Mi amigo el señor marqués": Cossío, Vega-Inclán y la Casa del Greco», en *El arte de saber ver. Manuel B. Cossío, la Institución Libre de Enseñanza y el Greco,* Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos-Institución Libre de Enseñanza, pp. 237-247.

— (ed.) (2003), *Alfonso XIII. Un político en el trono,* Madrid, Marcial Pons Historia.
— (ed.) (2007), *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
MORENO LUZÓN, Javier y NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2017), *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea,* Madrid, Tecnos.
— (eds.) (2013), *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX,* Barcelona, RBA.
MOSSE, George (1990, 2016), *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
MOSTAZA, Bartolomé (1948), «Crónica cultural», *Revista de Estudios Políticos,* núm. 37-38 (enero-febrero), pp. 224-240.
MOYA, José C. (1998, 2004), *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930,* Buenos Aires, Emecé Argentina.
MOYA Y JIMÉNEZ, Francisco Javier de, y REY JOLY, Celestino (1912), *El Ejército y la Marina en las Cortes de Cádiz,* Cádiz, Tipografía Comercial.
NARANJO OROVIO, Consuelo; LUQUE, María Dolores, y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (eds.) (2002), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939,* Madrid, Universidad de Puerto Rico-CSIC.
NAVARRO AZCUE, Concepción, y ESTRADA TURRA, Baldomero (2005), «Migración y redes de poder en América: el caso de los industriales españoles en Valparaíso (Chile) 1860-1930», *Revista Complutense de Historia de América,* vol. 31, pp. 115-146.
NELLES, Henry Vivian (1999), *The Art of Nation-Building. Pageantry and Spectacle at Quebec's Tercentenary,* Toronto, University of Toronto Press.
NERVO, Amado (1922), «El Centenario de la muerte de Cervantes», en *Ensayos,* Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 134-148.
NIÑO, Antonio (2005), «Las relaciones culturales como punto de reencuentro hispano-estadounidense», en DELGADO y ELIZALDE (eds.), pp. 57-94.
NORA, Pierre (dir.) (1992, 1997), *Les lieux de mémoire,* París, Quarto Gallimard.
— (1992, 1997), «L'ère de la commémoration», en NORA (dir.), vol. 3, pp. 4687-4719.
NORAMBUENA, Carmen (1994), «Inmigración española en Chile, 1890-1920: los prestamistas», *Proposiciones,* núm. 24, pp. 159-163.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2006), *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons Historia.

— (2013), «La(s) lengua(s) de la nación», en MORENO LUZÓN y NÚÑEZ SEIXAS (eds.), pp. 246-286.

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., y STORM, Eric (eds.) (2018), *Regionalism and Modern Europe. Identity Construction and Movements from 1890 to the Present Day*, Londres, Bloomsbury.

ORTIZ, Fernando (1911), *La reconquista de América. Reflexiones sobre el panhispanismo*, París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas.

ORTIZ SAN PELAYO, Félix (1899), *Estudio sobre la Asociación Patriótica Española*, Buenos Aires, El Correo Español.

— (1914), *Boceto histórico de la Asociación Patriótica Española. Desde su fundación hasta la reunión del Congreso de Sociedades Españolas*, Buenos Aires, Librería «La Facultad».

ORY, Pascal (1992), *Une nation pour mémoire. 1889, 1939, 1989, trois jubilés révolutionnaires*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.

OTTE, Thomas G. (ed.) (2018), *The Age of Anniversaries. The Cult of Commemoration*, Londres, Routledge.

PALOMO RUIZ, Luis (1911), *La emigración española a América*, Madrid, Bernardo Rodríguez.

PAMPLONA ESCUDERO, Rafael (dir.) (1911), *Exposición Hispano-Francesa de 1908. Libro de oro*, Imprenta y Fotograbado del *Heraldo de Aragón*, 1911.

PASCUARÉ, Andrea (2000), «Del Hispanoamericanismo al Pan-hispanismo. Ideales y realidades en el encuentro de los dos continentes», *Revista Complutense de Historia de América*, núm. 26, pp. 281-306.

PEIRÓ, Ignacio (2008), *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

PÉREZ, Modesto, y NOUGUÉS, Pablo (1915), *Los precursores españoles del canal interoceánico*, Madrid, Hernando.

PÉREZ COMPÁNS, Antonio (1911), *Espíritu que informa la convocación de las Cortes de Cádiz*, Madrid, Imprenta de Policarpo Sáez.

PÉREZ GALDÓS, Benito (1874, 2001), *Zaragoza*, Madrid, Alianza Editorial.

PÉREZ HERRERO, Pedro (1981), «Algunas hipótesis de trabajo sobre la inmigración española a México: los comerciantes», en LIDA (coord.), pp. 101-173.

PÉREZ LEDESMA, Manuel, y SIERRA, María (eds.) (2010), *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

PEROCHENA, Camila (2013), *De oligarcas y revolucionarios: el Kirchnerismo argentino y el Panismo mexicano frente a sus centenarios,* Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo.

PIKE, Frederick B. (1971), *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America,* Notre Dame-Londres, University of Notre Dame Press.

PIÑEIRO BLANCA, Joaquín María (1997), *Ramón de Carranza. Un oligarca gaditano en la crisis de la Restauración,* Cádiz, Universidad de Cádiz-Diputación de Cádiz.

POLAVIEJA, Marqués de (1909), *Hernán-Cortés (Estudio de un carácter),* conferencia leída en el Centro del Ejército y de la Armada, Toledo, Imprenta y Librería de la Viuda e Hijos de J. Peláez.

POSADA, Adolfo (1910), *Para América desde España,* París, Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas-Librería Paul Ollendorf.

POZO ANDRÉS, María del Mar. (2000), *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939),* Madrid, Biblioteca Nueva.

PULIDO, Genara (2008), «El *Quijote* en el pensamiento literario de los exiliados españoles del 39», en GARRIDO GALLARDO y ALBURQUERQUE GARCÍA (coords.), pp. 447-468.

QUAGGIO, Giulia (2016), «1992: la modernidad del pasado. El PSOE en busca de una idea regenerada de España», *Historia y Política,* núm. 35, pp. 95-122.

QUINAULT, Roland (1998), «The cult of the centenary, c. 1784-1914», *Historical Research,* 71/176, pp. 303-323.

QUINTANA, Manuel José (1807, 1946), «Vasco Núñez de Balboa», en *Obras completas,* Madrid, Atlas, pp. 281-300.

RABATÉ, Colette, y RABATÉ, Jean-Claude (2009), *Miguel de Unamuno. Biografía,* Madrid, Taurus.

— (2018), *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil,* Madrid, Marcial Pons Historia.

RAHOLA Y TRÉMOLS, Federico (1912), *Los diputados por Cataluña en las Cortes de Cádiz,* Barcelona, Real Academia de Buenas Letras.

RAMÓN SOLANS, Francisco Javier (1900, 1968), *«La Virgen del Pilar dice...» Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.

— (2017), «La fiesta de las Banderas. Hispanoamericanismo católico en Santiago de Chile, Zaragoza y Buenos Aires (1887-1910)», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* vol. 47, pp. 229-247.

REYERO, Carlos (1999), *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914,* Madrid, Cátedra.

— (2016), «La fortuna visual de Cervantes», en LUCÍA MEGÍAS (dir.), pp. 139-165.
RIDOLFI, Maurizio (2009), «Fiestas y conmemoraciones», en CANAL y MORENO LUZÓN (eds.), pp. 59-96.
— (ed.) (2006), *Rituali civili. Storie nazionali e memorie pubbliche nell'Europa contemporánea,* Roma, Gangemi Editore.
RIERA, Carme (2005), *El* Quijote *desde el nacionalismo catalán, en torno al Tercer Centenario,* Barcelona, Destino.
RIVADULLA BARRIENTOS, Daniel (1992), *La «amistad irreconciliable». España y Argentina, 1900-1914,* Madrid, MAPFRE.
ROBLEDO, Alfonso (1916), *Una lengua y una raza,* Bogotá, Arboleda & Valencia.
RODÓ, José Enrique (1900, 1968), *Ariel,* Montevideo, Dornaleche y Reyes.
— (1915, 1967), «El centenario de Cervantes», en *Obras completas,* Madrid, Aguilar, pp. 1210-1212.
RODRÍGUEZ GARCÍA, José Antonio (1917), *Artículos cervánticos,* La Habana, Cuba Intelectual.
RODRÍGUEZ LAFUENTE, Fernando (2005), «El *Quijote* como estereotipo de las Españas», en SALVADOR y LÓPEZ-RÍOS (eds.), pp. 245-250.
ROMA, Juan María (1910), *Las Cortes de Cádiz (con motivo de su primer centenario). Su origen, su constitución, sus hechos y sus consecuencias,* Barcelona, La Bandera Regional.
ROMERO FERRER, Alberto (2012), *Escribir 1812. Memoria histórica y literatura. De Jovellanos a Pérez Reverte,* Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
ROUDOMETOF, Victor (2005), «Toward an archaeology of national commemorations in the Balkans», en GEISLER (ed.), pp. 35-59.
RUIZ BERRIO, Julio (2007), «Las lecturas del Quijote en la escuela», en CASTRO (coord.), pp. 103-152.
RUIZ DE OBREGÓN, Ángel (1913), *Vasco Núñez de Balboa,* Barcelona, Maucci.
RUIZ RAMOS, Carlos (1913), «Don Agustín Argüelles. Su intervención en las Cortes de Cádiz», tesis doctoral, Madrid, Universidad Central.
SALAVERRÍA, José María (1910), *Tierra argentina. Psicología, tipos, costumbres, valores de la República del Plata,* Madrid, Librería de Fernando Fe.
— (1917), *La afirmación española. Estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos,* Barcelona, Gustavo Gili.
SALILLAS, Rafael (1910), *En las Cortes de Cádiz (revelaciones acerca del estado político y social),* Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando.

SALOMÓN, Pilar (2002), *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1936),* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

SALVADOR MIGUEL, Nicasio, y LÓPEZ-RÍOS, Santiago (eds.) (2005), *El Quijote desde el siglo XXI,* Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

SÁNCHEZ ALONSO, Blanca (1995), *Las causas de la emigración española 1880-1930,* Madrid, Alianza Editorial.

SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín (1999), «La normalización de las relaciones entre España y México durante el porfiriato (1876-1910)», *Historia Mexicana,* vol. XLVIII, 4, pp. 731-766.

SAWA, Miguel, y BECERRA, Pablo (dirs.) (1905), *Crónica del Centenario del Don Quijote,* Madrid, Establecimiento Tipográfico de Antonio Marzo.

SAZ, Bernardo del (1910), *Las Cortes de Cádiz,* Málaga, Instituto General y Técnico de Málaga.

SCHMIDT-NOWARA, Christopher (2008), «Spanish Origins of American Empire: Hispanism, History, and Commemoration, 1898-1915», *The International History Review,* XXX/1, pp. 32-51.

SEGARRA, José, y JULIÁ, Joaquín (1910), *La ruta de Hernán Cortés. Pro patria, 1519-1910,* Madrid, s. e.

SEPÚLVEDA, Isidro (1994), *Comunidad cultural e hispano-americanismo, 1885-1936,* Madrid, UNED.

— (2005), *El sueño de la Madre Patria,* Madrid, Marcial Pons Historia-Fundación Carolina.

SERRANO, Carlos (1999), *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos, nación,* Madrid, Taurus.

— (dir.) (2000), *Nations en quête de passé. La Péninsule ibérique (XIXe-XXe siècles),* París, Presses de Université de Paris-Sorbonne.

SERRANO GARCÍA, Montserrat (1997), «La Restauración en Zaragoza (1875-1907)», tesis doctoral, Universidad de Zaragoza.

SHUBERT, Adrian (2012), «Women Warriors and National Heroes: Agustina de Aragón and Her Indian Sisters», *Journal of World History,* vol. 23/2, pp. 279-313.

SMITH, Anthony D. (1998), «Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales», *Revista Mexicana de Sociología,* 60/1, pp. 61-80.

SOLDEVILLA, Fernando (1910), *Las Cortes de Cádiz. Orígenes de la Revolución española,* Madrid, Imprenta de Fernando Rojas.

SPILLMAN, Lynette (1997), *Nation and Commemoration. Creating National Identities in the United States and Australia,* Cambridge, Cambridge University Press.

STARR, Kevin (1986), *Inventing the Dream. California through the Progressive Era,* Nueva York, Oxford University Press.
STORM, Eric (1998), «El tercer centenario del *Don Quijote* en 1905 y el nacionalismo español», *Hispania,* vol. 58/199, pp. 625-654.
— (2010, 2019), *La construcción de identidades regionales en España, Francia y Alemania, 1890-1939,* Madrid, Ediciones Complutense.
SUÁREZ CORTINA, Manuel (2000), *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración,* Madrid, Biblioteca Nueva-Sociedad Menéndez Pelayo.
SZOK, Peter A. (2001), *«La última gaviota». Liberalism and Nostalgia in Early Twentieth-Century Panamá,* Westport, Greenwood.
THIESSE, Anne-Marie (1997), *Ils apprenaient la France. L'exaltation des régions dans le discours patriotique,* París, Maison des Sciences de l'Homme.
— (2006), «Les identités nationales, un paradigme transnational», en DIECKHOFF y JAFFRELOT (dirs.), pp. 193-226.
THOMPSON, Mark (2001), *American Character. The Curious Life of Charles Fletcher Lummis and the Rediscovery of the Southwest,* Nueva York, Arcade.
TIANA FERRER, Alejandro (2004), «Ediciones infantiles y lectura escolar del *Quijote.* Una mirada histórica», *Revista de Educación,* núm. extraordinario, pp. 207-220.
TILMANS, Karin; VAN VREE, Frank, y WINTER, Jay (eds.) (2010), *Performing the Past. Memory, History, and Identity in Modern Europe,* Ámsterdam, Amsterdam University Press.
TODOROV, Tzvetan (2000, 2002), *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX,* Barcelona, Península.
TOLEDANO GONZÁLEZ, Lluís Ferran, y RUBÍ I CASALS, Maria Gemma (2007), «Las Jornadas del Bruc y la construcción de memorias políticas nacionales», en DEMANGE, GÉAL, HOCQUELLET y MICHONNEAU (eds.), pp. 87-110.
TORMO MONZÓ, Elías (1977), «La Plaza de España (apuntes para un estudio de su historia entre 1900 y 1952)», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid,* vols. I-II, pp. 7-65.
TROUILLOT, Michel-Rolph (1995), *Silencing the Past. Power and the Production of History,* Boston, Beacon Press.
TURNER, Charles (2006), «Nation and commemoration», en DELANTY y KUMAR (eds.), pp. 205-213.
UNAMUNO, Miguel de (1911), *Rosario de sonetos líricos,* Madrid, Imprenta Española.
UNOWSKY, Daniel L. (2005), *The Pomp and Politics of Patriotism. Imperial celebrations in Habsburg Austria, 1848-1916,* West Lafayette, Indiana, Purdue University Press.

VALDEIGLESIAS, Marqués de (1910), *Las fiestas del Centenario de la Argentina. Viaje de S.A.R. la Infanta D.ª Isabel a Buenos Aires, mayo de 1910,* Madrid, s. e.

VALERO, Eva María (2004), «Introducción: El *Quijote* en los albores del siglo XX hispanoamericano», en Centro Virtual Cervantes, https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/introduccion.htm.

VALLE IBERLUCEA, Enrique (1912a), *Las Cortes de Cádiz, la revolución de España y la democracia de América,* Buenos Aires, Martín García Editor.

— (1912b), *Los diputados de Buenos Aires en las Cortes de Cádiz y el nuevo sistema de gobierno económico de América,* Buenos Aires, Martín García, Librero-Editor.

VALVERDE CONTRERAS, Beatriz (2015), *El orgullo de la nación: la creación de la identidad nacional en las conmemoraciones culturales españolas (1875-1905),* Madrid, CSIC.

VAN GINDERACHTER, Maarten, y BEYEN, Marnix (eds.) (2011), *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century,* Basingstoke, Palgrave Macmillan.

VARELA, Javier (1999), *La novela de España. Los intelectuales y el problema español,* Madrid, Taurus.

VARELA OLEA, María Ángeles (2003), *Don Quijote, mitologema nacional,* Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.

VARELA-LAGO, Ana María (2008), «Conquerors, Immigrants, Exiles», tesis doctoral, University of California San Diego.

VASCONCELOS, José (1947), «Cervantes y América», *Revista Iberoamericana,* vol. XIII/25, pp. 13-21.

VEGA-INCLÁN, Marqués de la (1916), «Noticia preliminar», en *Casa de Cervantes en Valladolid,* Madrid, Comisaría Regia de Turismo.

— (1928), *Hospederías y alojamientos populares,* Madrid, Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística.

VERGARA, Gabriel María (1912), *Los diputados eclesiásticos en las Cortes de Cádiz,* Madrid, Librería de Fernando Fe.

VERNET I LLOBET, Jaume (2003), «El debate parlamentario sobre el 12 de octubre, Fiesta Nacional de España», *Ayer,* núm. 51, pp. 135-152.

VILALLONGA, Borja (2008), «Mecenazgo político y estatuaria monumental: la obra de Miquel Blay en Panamá», *Diálogos,* vol. especial, pp. 2156-2178.

VILLACORTA BAÑOS, Francisco (1985), *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912),* Madrid, CSIC.

VILLARES, Ramón, y MORENO LUZÓN, Javier (2009), *Restauración y dictadura,* vol. 7 de *Historia de España,* dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, Barcelona, Crítica-Marcial Pons Historia.

VILLAVERDE, Jorge (2018), «La Comisaría Regia de Turismo (1911-1928), ¿ejemplo de España oficial?», en YUN y LUENGO (eds.), pp. 149-170.

VIÑA, Frederick (ed.) (1988), *Don Quijote. Meditaciones hispanoamericanas,* vol. I, Lanham MD, University Press of America.

VIPEGON (1912), *Álbum político, recuerdo del primer centenario de la Constitución de Cádiz,* Madrid, Imprenta de Gabriel López del Horno.

WEBER, Max (1922, 1964), *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva,* México, Fondo de Cultura Económica.

WILSON, Michael (1991), «Consuming history: the nation, the past, and the commodity at l'Exposition Universelle de 1900», *The American Journal of Semiotics,* vol. 8/4, pp. 131-153.

WILSON, Robert E. (1966), «The Infanta at the Fair», *Journal of the Illinois State Historical Society,* vol. 59/3, pp. 252-271.

WINTER, Jay M. (2010), «Introduction. The performance of the past: memory, history, identity», en TILMANS, VAN VREE y WINTER (eds.), pp. 11-23.

WORTMAN, Richard (2014). *Visual Texts, Ceremonial Texts, Texts of Exploration. Collected Articles on the Representation of Russian Monarchy,* Boston, Academic Studies Press.

YOUNG, Mitchell; ZUELOW, Eric, y STURM, Andreas (eds.) (2007), *Nationalism in a Global Era. The Persistence of Nations,* Londres, Routledge.

YUN, Bartolomé, y LUENGO, Jorge (eds.) (2018), *Pensar el poder,* Valencia, Publicacions Universitat de València.

ZULETA ÁLVAREZ, Enrique (2000), *España en América. Estudios sobre la historia de las ideas en Hispanoamérica,* Buenos Aires, Confluencia, 2000.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Aguilera, Alberto, 49-50, 158
Aguirre, Esperanza, 263, 265, 275
Aladern, José, 55-56
Alba, duque de, 236
Alberdi, Juan Bautista, 110
Alberti, Rafael, 285
Alcalá-Zamora, Niceto, 49
Alfonso XIII, rey de España, 44, 50-52, 55, 59, 64, 69, 74-75, 80-81, 86-88, 100, 108, 111-112, 119, 123, 127, 129, 142, 144, 155, 159, 162-164, 182, 196-200, 202-204, 207-210, 212-213, 217, 236, 243-244, 257, 268, 273, 291
Alighieri, Dante, 32, 221
Alonso Gómez, Sebastián, 64
Altamira, Rafael, 85-86, 89-90, 93-96, 98-101, 122-123, 158, 185, 201-202, 212, 225, 232
Altolaguirre, Ángel de, 184
Alvarado, Francisco, 153
Álvarez, Casta, 63
Álvarez, Melquíades, 87, 172
Álvarez de Sotomayor, Fernando, 120
Álvarez Mendizábal, Juan, 57, 167
Anasagasti, Teodoro, 250
Aragón, Agustina de, 63-64, 69, 261-262
Aramburu, Juan, 154
Araquistáin, Luis, 241
Arcos, duque de, 88, 126
Argüelles Álvarez, Agustín de, 157, 159, 167
Arias Dávila, Pedro, 183
Armas y Cárdenas, José de *(Justo de Lara),* 233
Armiñán, Luis de, 89
Artal, José, 118-119
Arzádun, Juan, 103
Atienza, Antonio, 58, 107
Augusto, emperador de Roma, 35
Austria, Juan de, 281
Azcárate, Gumersindo de, 90, 138
Aznar, José María, 275, 287, 289
Aznar, Tomás, 43

Balmes, Jaime, 153
Barrasa, José de, 154
Barreda, José María, 288
Bartolomé Cossío, Manuel, 158, 245

Basagoiti, Antonio, 120
Baselga, Mariano, 77
Bastardas, Albert, 80
Baviera, Fernando de, infante de España, 88
Bazán de Huerta, Moisés, 252
Bécker, Jerónimo, 152
Benlliure, Mariano, 68-69, 87, 119-120, 178, 200, 208-209, 238
Betegón, Javier, 49
Bilbao, Gonzalo, 87, 119-120, 193
Blanco White, José María, 264
Blasco Ibáñez, Vicente, 90, 93, 110, 139
Blay, Miguel, 119, 210
Boggiero Spotorno, Basilio, 63
Bolívar, Simón, 102, 116, 129, 210, 272, 274
Bonilla, Manuel, 227
Boone, M. Elisabeth, 120, 187, 190
Borbón y Battenberg, Alfonso, príncipe de Asturias, 155
Borbón y Borbón, Eulalia de, infanta de España, 88
Borbón y Borbón, Isabel de *(La Chata),* infanta de España, 74, 84, 86-87, 93, 97, 103, 108, 111-115, 124-126, 131, 148, 153, 163, 208, 217
Borbón y Borbón-Parma, Alicia de, 112
Borbón y Borbón-Parma, Jaime de, 112
Borbón y Habsburgo-Lorena, María Teresa de, infanta de España, 55, 163
Borbón y Ortiz, Leonor de, princesa de Asturias, 13
Borbón y Ortiz, Sofía de, infanta de España, 13
Borbón-Dos Sicilias, Carlos, infante de España, 74, 86
Borrero Echeverría, Esteban, 233
Botella, Ana, 289
Bravo, Nicolás, 114
Bretón, Tomás, 119
Buchs, José, 262
Buen, Odón de, 158
Bueno, Gustavo, 287
Burell, Julio, 157
Bureta, condesa de, 63
Buylla, Adolfo A., 78

Cadagua, conde de, 114, 124
Calatrava, José María, 157, 167
Calbetón, Fermín, 143
Calderón de la Barca, Pedro, 14, 32
Calzada, Rafael, 111, 135-137, 175
Cambó, Francesc, 44, 200
Camoens, Luis de, 32, 219
Canalejas, José, 79, 87, 89, 91-92, 94, 99-101, 111, 131, 142-144, 151-152, 154-155, 157, 163-164, 169, 237
Cánovas del Castillo, Antonio, 152, 275
Carlos I, rey de España, 192, 194
Carlos III, rey de España, 127-128
Carpentier, Alejo, 235, 264
Casado, Pablo, 277
Casas, Ramón, 77
Castelar, Emilio, 57-58, 67, 111
Castro, Adolfo de, 156
Castrovido, Roberto, 247
Cavestany, Juan Antonio, 90, 123
Cavia, Mariano de, 26, 47, 50, 52, 54, 57, 183, 202, 218, 235, 239-240, 247-249
Cebrián, Juan Carlos, 201-202, 230
Cela, Camilo José, 286
Cerezo, Mariano, 63
Cervantes, Miguel de, 6, 10, 13-14, 19-20, 24, 26, 32, 37, 96, 132, 148, 160, 164, 168-169, 201,

206-207, 210, 215-254, 257-258, 260, 264, 268-269, 277-292
Chávez, Hugo, 274, 290
Chicharro, Eduardo, 208
Chueca, Federico, 50
Cierva, Juan de la, 152
Clavel, Vicente, 284
Cólogan y Cólogan, Bernardo, 107-108, 114, 117, 120, 123, 126-128
Colón, Cristóbal, 14, 31, 67, 111, 117, 175, 184, 193, 201, 208, 243, 249, 269-270, 274-275
Comenge, Rafael, 156
Comillas, marqués de, 66, 124
Constantino, Florencio, 194
Cortés, Hernán, 127-128, 131, 185, 191, 193
Costa, Joaquín, 72, 140
Coullaut Valera, Lorenzo, 250-251, 279
Cuartero, Octavio, 158
Cuyás, Arturo, 202, 230
Cuyás, Narciso, 238

Da Silva, *Lula,* 258
Daciano, Emperador, 61
Daoiz, Luis, 49-50, 52, 58, 118
Darío, Rubén, 93, 124, 224, 228
Dato, Eduardo, 186, 217-218, 240
Davidson, G. Aubrey, 193, 201
Díaz de Mendoza, Fernando, 113
Díaz de Vívar, Rodrigo, *El Cid Campeador,* 234, 249, 259, 283
Díaz, Porfirio, 106, 111, 114, 123, 126-127, 130, 203
Doménech, Rafael, 170-171
Durán, Manuel, 114
Durkheim, Émile, 22-24, 29, 38
Durruti, Buenaventura, 279

Echegaray, José, 79
Ercilla, Alonso de, 116, 129
Escobar, Manolo, 263

Felipe III, rey de España, 194
Felipe, León, 279
Fernández, Cristina, 274
Fernández Flórez, Wenceslao, 131, 249-250
Fernández Pesquero, Javier, 109
Fernando II *(El Católico),* rey de Aragón, 198, 259, 267
Fernando VII, rey de España, 140, 147
Ferrer, Eulalio, 289
Ferrer, Francisco, 99, 124
Figueroa Alcorta, Clara, 164
Figueroa Alcorta, José, 84, 87, 131
Francisco José I, emperador de Austria, 34
Franco, Francisco, 67, 260, 270-271, 281-282
Fuentes, Carlos, 258, 292

Galarza, Ángel, 169
Galofre Oller, Francesc, 195
Gálvez, Manuel, 90
Garci, José Luis, 264
García Monge, Joaquín, 223
García Quejido, Antonio, 237
García, Gervasio, 207
García, Telesforo, 58
Gascón y Marín, José, 71, 78
Gasset, Rafael, 235
Gelman, Juan, 257
Gerchunoff, Alberto, 226
Gil, Rafael, 281
Gimeno, Amalio, 62
Ginard de la Rosa, Rafael, 148
Giner de los Ríos, Francisco, 145
Giolitti, Giovanni, 142
Goethe, Johann Wolfgang von, 32, 283

Gómez, Juan Vicente, 129
Gómez Aramburu, Juan Antonio, 154
Gómez Aramburu, José Luis, 154
González, Felipe, 272, 274
González, Joaquín V., 123
González Besada, Augusto, 73
González Pola, Julio, 231
Goodhue, Bertram G., 194
Goya, Francisco de, 263-264
Grandmontagne, Francisco, 113
Guerrero, María, 236
Gustavo I, rey de Suecia, 34
Gutiérrez, Avelino, 131
Gutiérrez Aragón, Manuel, 286

Halbwachs, Maurice, 23
Harrison, Frederic, 26
Hernández Briz, Baltasar, 250
Homero, 67, 221
Huntington, Anna Hyatt, 245
Huntington, Archer M., 119, 197, 199, 201, 243-246, 252

Ibáñez Martín, José, 280
Ibarra, Eduardo, 74
Ibárruri, Dolores, 261
Ibor y Casamayor, Jorge *(Tío Jorge)*, 63, 77
Iglesias Turrión, Pablo, 265
Ingenieros, José, 225
Inurria, Mateo, 250
Íñigo Arista, conde de Bigorra, 66
Irigoyen, Bernardo de, 110
Isabel I *(La Católica)*, reina de Castilla, 67, 117, 125, 131, 148, 175, 198, 202, 249, 259, 267, 269

Jaime I, rey de Aragón, 33, 56
Jara Ruz, Ramón Ángel, 66, 125
Jardiel, Florencio, 61-62, 64, 72
Jorge, San, 66, 284
José I Bonaparte, rey de España, 158
Jovellanos, Gaspar Melchor de, 157
Juan Carlos I, rey de España, 257-258, 265, 271, 273-274, 285, 291
Juana de Arco, Santa, 137
Juárez, Benito, 114
Juderías, Julián, 202
Juliá, Santos, 7, 23-24, 39
Juliana, Enric, 266
Just, Joaquín, 91

Koselleck, Reinhart, 24

Labra, Rafael María de, 26, 92, 94, 135, 141-142, 145-148, 155, 158, 161, 165, 167, 186
Labra, Rafael María de (hijo), 167
Las Casas, Bartolomé de, 101, 125, 183, 272
Laviña, Federico, 154
Lerroux, Alejandro, 110, 138, 172
Letelier, Valentín, 123
Lloyd George, David, 142
Lope de Vega, Félix, 247
López de Gomara, Justo, 48
López Mezquita, José María, 193, 209, 251
López Otero, Modesto, 171
Lorenzo Coria, Martín, 103
Lucia, Luis, 262
Lummis, Charles F., 189, 192, 202

Maeztu, Ramiro de, 224, 270
Magallanes, Fernando de, 183
Magdalena, Ricardo, 75
Malagarriga, Carlos, 111, 116
Malasaña, Juan Manuel, 49
Malasaña, Manuela, 50, 261
Marco, José María, 287
Margarit, Joan, 13
Marinas, Aniceto, 49, 171

Martí, José, 282
Martín, Juan *(El Empecinado),* 261, 279
Martínez de la Rosa, Francisco, 167
Martínez Ruiz, José *(Azorín),* 152, 223
Martínez y Zapatero, Rafael, 250
Marx, Karl, 149
Maura, Antonio, 11, 43-44, 48-49, 51-52, 55-57, 62, 64-65, 67-69, 73-74, 81, 87, 99, 146, 152, 230, 236, 240, 251, 268
McGroarty, John Steven, 190
Meifrén, Eliseo, 193, 195
Mejía Lequerica, José, 165
Méndez Núñez, Casto, 108, 129
Méndez Pereira, Octavio, 205, 224
Méndez Vigo, Santiago, 129
Menéndez Pelayo, Marcelino, 94, 149-150, 233, 240
Meza, Ramón, 234
Mickiewicz, Adam, 33
Millán Astray, José, 281
Miller, Frank, 189, 197
Miró, Ricardo, 203
Moctezuma, emperador azteca, 127, 131
Molera, Eusebi, 201-202, 230
Moneva, Juan, 77
Monjas, Ángel, 206-207
Montero Ríos, Eugenio, 169
Mora, Jo, 230
Morelos, José María, 127
Moreno Carbonero, José, 89, 101
Moret, Segismundo, 48, 60, 62, 69, 71-72, 78, 81, 87, 89-90, 94, 144-145, 147-148, 153, 156, 158-160, 169, 175, 235, 237
Morgan, J. P., 199
Morillo, Pablo, conde de Cartagena, 116
Morillo y Pérez, Aníbal, conde de Cartagena, 105, 107, 116, 129
Morote, Luis, 100, 148, 155
Motta, Emilio de, 208-209
Moya, Miguel, 89
Mozart, Wolfgang Amadeus, 288
Muguruza, Pedro, 252
Muñoz Torrero, Diego, 138, 143, 158-159, 167

Nájera, marquesa de, 209
Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, 27, 43, 49, 59, 102, 136, 146, 150, 160, 169, 260, 279
Navarro, Félix, 66, 70, 75
Navarro Ledesma, Francisco, 223, 237
Nebrija, Antonio de, 247
Nervo, Amado, 122-123, 242
Nora, Pierre, 36
Núñez de Balboa, Vasco, 10, 26, 37, 177-181, 183-197, 199, 201, 203-211, 213, 231, 274, 294

Octavio Picón, Jacinto, 235
Oliver, Miguel de los Santos, 72
Olózaga, Salustiano, 167
Orduña, Juan de, 262
Ortega y Gasset, José, 90, 139, 222-223, 241-242
Ortega y Munilla, José, 235
Ortiz, Fernando, 232
Ortiz San Pelayo, Félix, 114

Palafox, José, 63, 69
Palma, Ricardo, 224
Palomo, Luis, 91, 113
Paraíso, Basilio, 43, 71-76, 79-80
Pedrell, Felipe, 119
Pemán, José María, 261-262, 281
Peñalver, conde de, 49
Peral, Isaac, 115
Pérez Caballero, Juan, 86, 102, 117
Pérez de Guzmán, Juan, 152

Pérez Galdós, Benito, 67-68, 82, 138, 155, 157, 186, 264
Pérez Reverte, Arturo, 264
Perón, Juan Domingo, 282
Picasso, Pablo, 279
Pignatelli, Ramón, 60
Pío X, papa, 66
Pizarro, Francisco, 183, 193
Polavieja, marqués de, 88, 126-129
Ponce de León, Juan, 190
Porras, Belisario, 11, 203, 205-206, 209-210, 213
Portolá, Gaspar de, 190, 194, 196, 201
Posada, Adolfo, 90, 94-95, 99, 120, 130
Prescott, William H., 128
Prim, Juan, 57, 117
Primo de Rivera, Fernando, 163
Primo de Rivera, Miguel, 172, 250, 252-253, 262, 269, 278, 284
Puig i Cadafalch, Josep, 80

Querol, Agustín, 61, 68-69, 115
Quintana, Manuel José, 183
Quintero, Pelayo, 154

Rahola, Frederic, 90, 97, 102, 125, 158, 207
Rajoy, Mariano, 266
Ramón y Cajal, Santiago, 87
Renan, Ernest, 19, 25
Rey, Florián, 262
Riaño y Gayangos, Juan, 196-197, 199, 201, 212
Ribera, José Eugenio, 87, 130
Ric, Pedro María, 63
Rico, Francisco, 288
Ríos de Lampérez, Blanca de los, 85, 91, 100
Rivadavia, Bernardino, 89
Rivas, Natalio, 283
Robledo, Alfonso, 228
Roca Barea, María Elvira, 277
Rodó, José Enrique, 93, 97, 226, 234, 241, 282
Rodríguez Cabrillo, Juan, 191-192, 194, 196
Rodríguez García, José Antonio, 234
Rodríguez Marín, Francisco, 11, 230, 240, 250-252
Rodríguez San Pedro, Faustino, 89
Rodríguez Zapatero, José Luis, 265, 276, 287
Roldán, Belisario, 90, 93, 125
Roma, Juan María, 150
Romagosa, Eudaldo, 233
Romanones, conde de, 140-141, 143-144, 157, 164, 169, 172, 186, 240, 249
Roosevelt, Theodore, 194
Rousseau, Jean Jacques, 149
Rueda, Salvador, 228
Ruiz Zorrilla, Manuel, 57
Rusiñol, Santiago, 90

Sáenz Peña, Roque, 89, 93, 121-122
Sagasta, Práxedes M., 144, 169
Sala Valdés y García Sala, Mariano de la, 63
Salaverría, José María, 90, 98, 101, 110, 185, 241
Salisbury, lord, 96
Salillas, Rafael, 137-139, 155
Samos, Miguel de, 69, 82
San Martín, José de, 102
Sánchez de Toca, Joaquín, 98-99
Sánchez Ramos, José, 114
Sancho, Manuela, 63
Santiago, apóstol, 65-66
Santero, Xavier, 113
Santos Chocano, José, 124
Sargent, John Singer, 193

Sas, Santiago, 63
Schiller, Friedrich, 32
Scott, Ridley, 273
Sellés, Eugenio, 87, 130
Sepúlveda, Conchita, 190
Serra, Junípero, 189-192, 194, 197, 201, 232, 269, 271
Serrano Fatigati, Enrique, 77
Serrano Yagüe, José, 100
Serrano, Carlos, 31
Servert, Juan, 114, 116, 123, 126, 129
Shakespeare, William, 32, 219, 221, 227, 230, 241, 283, 288
Sierra, Justo, 123, 126-127
Siurot, Manuel, 283
Sofía de Grecia, reina de España, 285
Solá, Antonio, 247
Soldevila, Juan, 64-65, 67, 76
Soler, Pablo, 109
Soria y Mata, Arturo, 140
Sorolla, Joaquín, 119-120, 245
Sosa, Juan Bautista, 203, 206
Spreckels, John D., 193

Taft, William, 198
Tapia, Luis de, 140
Teresa de Jesús, santa, 14, 160
Theotokópoulos, Doménikos *(El Greco),* 14, 245, 251
Tierno Galván, Enrique, 279
Todorov, Tzvetan, 24
Toro, Cayetano del, 145, 154, 160, 167-168
Torrejón, Andrés, 52
Torres Quevedo, Leopoldo, 87, 130
Tovar, duque de, 217, 249

Ugarte, Manuel, 89-90, 102
Unamuno, Miguel de, 102, 186, 222-225, 232, 268
Urbina, Luis G., 224-225
Uvencio, 69, 79

Valdeiglesias, marqués de, 98, 108
Valenzuela La Rosa, José, 77, 79
Valle de Salazar, conde de, 196
Valle-Inclán, Ramón María del, 90, 112, 124, 251
Vancell, Juan, 247
Vargas Vila, José María, 224
Vasconcelos, José, 282
Vázquez, Juan Manuel, 59
Vázquez de Mella, Juan, 184
Vega-Inclán, Marqués de la, 11, 168, 197-199, 204, 212, 243-246
Vehils, Rafael, 90
Velázquez, Diego, 14, 171, 193
Velázquez, Ricardo, 200
Verne, Julio, 288
Victoria, reina de Gran Bretaña e Irlanda, 34, 125
Victoria Eugenia de Battenberg, reina de España, 69, 155, 217
Vidal, José, 239
Villaespesa, Francisco, 225
Villalobar, marqués de, 196
Vincenti, Eduardo, 53, 283
Viniegra, Salvador, 168
Vito, san, 29
Vives, Luis, 247

Weber, Max, 38
Wilson, Woodrow, 192, 195, 199-200, 213

Yahuda, A. S., 230
Yarnoz, José, 171

Zaldo, Bruno, 120
Zozaya, Antonio, 101
Zubiaurre, Ramón de, 77
Zubiaurre, Valentín de, 77
Zuloaga, Ignacio, 119-120
Zulueta, Luis de, 101

Marcial Pons

Las naciones no pueden sobrevivir sin conmemorar su pasado. A golpe de centenarios y aniversarios, elaboran y renuevan los mitos que alimentan sus propias identidades. *Centenariomanía* recorre las celebraciones nacionalistas que, a comienzos del siglo xx, dieron forma a algunos de los principales elementos de la españolidad.

En aquellos años se recordaron, con grandes festejos, la Guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz, la emancipación de la América hispana, el descubrimiento del Pacífico, el éxito de *Don Quijote de la Mancha* y la muerte de Miguel de Cervantes. Así quedaron definidos unos cuantos hitos que han persistido hasta nuestros días y que enfatizan la importancia de la lengua, de la historia y de su vertiente transatlántica.

Esas efemérides sufrieron los conflictos que dividían a los españoles, pero también se beneficiaron de sus acuerdos. Y pusieron además de relieve su creciente dependencia, en vigor durante casi un siglo, respecto a la dimensión americana de su imaginario nacional.

ISBN: 978-84-17945-93-0